



Mabel Díaz

La última noche

Contigo

Lectulandia

Mabel Díaz

La última noche
contigo

*Tú dame la oportunidad,
que yo me encargo de que valga la pena.*

Prólogo

En el jacuzzi de la terraza del hotel, el hombre estaba sentado en uno de los recovecos de la pequeña piscina con la mujer a horcajadas en su regazo. Completamente desnudos. Su duro y largo miembro palpitaba en el interior del caliente sexo de ella mientras no dejaban de besarse, dominados por el deseo.

Él abandonó la boca de su amante para recorrer la garganta de la joven y sus manos fueron subiendo por su espalda hasta situarse también en su delgado cuello. Lo rodeó con ellas y apretó un poco mientras volvía a los labios de la fémina. El gemido de ella murió en la boca del hombre. Él ajustó mejor las manos en torno a su garganta y presionó de nuevo. La joven jadeó otra vez. Se distanció unos centímetros del bello rostro de la mujer y, mirándola con sus azules ojos, volvió a ejercer presión sobre su cuello.

Ella tenía los ojos cerrados y se dejaba hacer. Él lo intentó de nuevo, esta vez más fuerte. Su amante abrió los ojos y llevó sus manos a las muñecas del hombre para desprenderse de su agarre. Comenzaba a hacerle daño. Quería que parase. Consiguió gritar.

—¡Para!

Pero él siguió presionando, apretando, hundiendo sus fuertes dedos en su delicada garganta. La mujer empezaba a quedarse sin aire. La angustia se apoderó de ella.

—¡Me haces daño! ¡Para!

Él la miraba con una mezcla de locura y pasión mientras no dejaba de apretar su cuello. Ella comenzó a retorcerse sobre su cuerpo. Consiguió sacar de su interior el miembro de su amante, que tanto placer le había dado hasta ese momento. Luchaba para quitar sus manos de su garganta, pero era imposible. El agarre del hombre era firme y ella no tenía la fuerza suficiente para conseguirlo. Gritó de nuevo.

—¡No! ¡No!

Oyó que él la llamaba por su nombre, pero su voz sonaba amortiguada, lejana.

Comprendió con horror que, en décimas de segundo, su amante le había metido la cabeza dentro del agua del jacuzzi mientras no dejaba de presionar su garganta. ¿Qué demonios estaba pasando?

Había oído que a algunas personas les excitaba que les hicieran eso cuando estaban a punto de llegar al orgasmo. Pero a ella no le iban esos juegos y creía que a él tampoco. Por lo visto se equivocaba. Si no ponía fin inmediatamente a esta situación, se les escaparía de las manos y un simple juego sexual acabaría en tragedia.

Continuó retorciéndose, intentando zafarse de él. Abrió la boca para gritar de nuevo, pero se le llenó de agua y no pudo hacer nada para impedirlo. Se iba a ahogar sin remedio. A lo lejos, oía la voz del joven murmurando su nombre, como un mantra.

Cerró los ojos.

Supo que su final estaba cerca.

Iba a morir a manos del hombre que amaba.



Capítulo 1

Rebeca revisó el interior de la maleta y comprobó que tenía todo lo que necesitaba para su fin de semana en Londres.

El vestido color cereza era imprescindible para estar espectacular en la boda de su amiga Kim. Sus ojos volvieron a los tacones de diez centímetros que llevaría en la ceremonia y rezó otra vez para no acabar con un tobillo roto.

Su hermana Mayra entró en la habitación para despedirse antes de ir a trabajar.

—Como mañana no te veré, me despido ahora. —Se acercó a ella y le dio un abrazo—. Llámame cuando llegues y dales recuerdos a todos. Dile a Trent que siento no poder acompañarle a la boda de su hermana.

—Tranquila, se lo diré. Y te llamaré —contestó Rebeca—. Ten cuidado esta noche. No quiero que te pase nada.

Las dos mujeres deshicieron el abrazo y se miraron a los ojos.

—No te preocupes. Sé cuidarme muy bien y, además, tengo a mi amiga. —Le señaló la pistola que llevaba.

—Bien. Hasta el lunes, inspectora López —se despidió Rebeca de Mayra.

La mujer policía salió de la habitación y poco después Rebeca escuchó la puerta de la vivienda cerrarse.

Devolvió su atención a la maleta que estaba terminando de hacer. Solo faltaba meter el neceser con todas las cremas, maquillaje y demás, y daría por concluida su preparación.

Tenía muchas ganas de asistir al enlace para ver a sus amigos ingleses, pero cuando la idea de volver a encontrarse con Derek cruzó por su mente, estas ganas se empañaron.

«No pienses en él, Rebeca. Pasa estos días lo mejor que puedas y vuelve a Madrid sana y salva. A tu rutina diaria, a tus niños en el hospital...», se dijo para animarse.

Derek abrió la puerta de su casa y, arrastrando su *trolley* hasta la habitación, la dejó al lado de la cama. Estaba cansado por el viaje. Había pasado varias semanas trabajando fuera, haciendo reportajes para firmas de moda y un par de ellos para la revista *Traveler*. Le encantaba su profesión de fotógrafo y adoraba viajar, pero enlazar un trabajo con otro sin casi tener tiempo para descansar, resultaba agotador.

Menos mal que el reportaje que haría el viernes era cerca de Londres. Podía ir y volver en el día a casa. Pero después de la boda de su hermana pequeña Kim, que se celebraría el sábado, tendría que marcharse de nuevo a Nueva York. De allí se trasladaría a Riviera Maya, Río de Janeiro... Viajes y más viajes. Fotos y más fotos.

Luego volaría a Madrid para hacer un reportaje a una actriz española para la revista *Cosmopolitan*. Y después... después no sabía qué más debía hacer. Miraría la agenda para comprobarlo todo y que no se le escapase nada.

El teléfono sonó en su bolsillo y, al sacarlo, vio que era su amigo y socio Joel.

—Te llamo para confirmar lo del viernes —dijo Joel tras el saludo inicial.

—No hay ninguna variación, así que nos veremos en Warwick a la hora prevista.

—¿Qué tal los últimos reportajes? —quiso saber Joel.

Derek le relató los acontecimientos y, tras la charla, los dos amigos se despidieron.

Se levantó de la cama, donde había estado sentado todo el tiempo, y se dispuso a deshacer la maleta. Cuando abrió el armario para colocar la ropa que le había quedado limpia después del viaje, la sucia la apartó a un lado para echarla en el cesto, observó el esmoquin negro que luciría en la boda de su hermana Kim.

No le gustaban las bodas. Eso de atarse de por vida a una persona... Claro que ahora con el divorcio todo era más fácil. Si no te iba bien, firmabas los papeles y punto. Pero, aun así, declararle amor eterno a otra persona delante de muchas más... Y aunque solo estuvieras con esa persona, sin nadie más delante, tampoco. Eso del «juntos para siempre» no iba con él.

Quizá porque no había encontrado aún a la mujer con la que compartir su vida, o quizá era porque no creía en el amor. Derek creía en la atracción física y sexual, y eso lo tenía con muchas mujeres, sobre todo, con las que trabajaba.

Pero, después de unos cuantos encuentros, perdía el interés por ellas. No era un hombre de relaciones duraderas y él estaba contento así. Tenía todo el sexo que quería. En su carrera profesional le iba estupendamente. ¿Qué más podía pedir?

Rebeca bajó del avión y se dirigió hacia la salida de pasajeros. Buscó con la mirada a su amigo Trent y su corazón se paró al posar sus ojos en una persona que nunca hubiera esperado que fuese a recogerla al aeropuerto. Comenzó a respirar agitadamente. No podía ser. Él no podía estar allí.

Habían pasado diez años desde la última vez que lo vio. Y ahora lo tenía allí, frente a ella, tan guapísimo como siempre y tan tentador. El cabello moreno lo llevaba algo despeinado, como si se hubiera pasado los dedos por él varias veces, y sus ojos azules aún tenían ese aire de niño travieso. La boca firme, sensual, invitaba a besarle hasta quedarse sin aliento. Su cuerpo atlético lo cubría con unos vaqueros gastados, un jersey de pico negro y una cazadora de cuero del mismo tono.

Y su sonrisa... Digna de cualquier anuncio de dentífrico. Esa maldita sonrisa que hacía que las rodillas de ella se convirtieran en gelatina, que la sangre corriese enloquecida por sus venas y que su corazón se acelerase al borde del colapso.

«Tienes que ser fuerte, Rebeca», se dijo a sí misma. «Solo van a ser tres días. Ignórale. Es lo mejor. Disfruta en la boda de Kim y luego regresa a casa sana y salva».

Por eso, Rebeca desvió la mirada de aquel hombre que le nublaba la razón, aquel hombre al que deseaba y odiaba a partes iguales, y la centró en su buen amigo Trent.

Este le sonrió y abrió los brazos para recibirla. Rebeca se refugió en ellos mientras le estampaba dos besos en las mejillas a su amigo inglés.

A su alrededor, en la terminal del aeropuerto de Heathrow, en Londres, multitud de pasajeros procedentes del vuelo de Madrid como ella se unían en calurosos saludos a sus familiares y amigos.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Trent una vez que su amiga española y él se hubieron separado.

—Bien. —Sonrió ella—. Pero estoy agotada. He tenido que doblar turnos en el hospital para poder juntar unos días y venir a la boda. Ya sabes que este fin de semana no me tocaba librar —le explicó Rebeca.

Derek, al lado de su hermano, escuchaba la conversación esperando su turno para saludar a la guapa española. Recorrió con su azul mirada el esbelto cuerpo de ella y se dio cuenta de lo mucho que había cambiado Rebeca en esos años.

Ella lucía unos vaqueros blancos que se ajustaban a sus muslos y a su trasero, marcándolo deliciosamente. Una sencilla camisa verde y una cazadora de cuero marrón, junto con unas botas de caña alta del mismo color, completaban su atuendo. El pelo castaño, corto a la altura de la mandíbula, enmarcaba una cara preciosa. Con grandes ojos marrones rodeados de espesas y largas pestañas, y unos labios carnosos que a Derek le dieron ganas de saborear en aquel preciso instante.

Pensó que ya no tenía nada que ver con aquella adolescente regordeta a la que

sedujo hacía tanto tiempo y que luego desechó como quien se deshace de un pañuelo de papel usado.

Ahora Rebeca era toda una mujer. Y una muy atractiva, por cierto.

—Hola, Rebeca —carraspeó Derek para hacer notar su presencia, aunque él nunca pasaba desapercibido. Era de esos hombres que hacen babear a las mujeres con su sonrisa. De ese tipo que consigue que las féminas se vuelvan a mirarlo cuando va por la calle.

Rebeca inspiró hondo para enfrentarse a él. Había llegado el momento. Sabía que iba a verlo en la boda de Kim, pero no esperaba encontrárselo allí mismo, en el aeropuerto. ¿Por qué había ido a recibirla con Trent?

Desvió su mirada de los ojos de su amigo inglés y la centró en Derek. La sonrisa de este se ensanchó, mostrando sus blancos y perfectos dientes, y cuando hizo ademán de acercarse a ella para darla dos besos en las mejillas como había hecho su hermano, Rebeca retrocedió.

—Hola, Derek. —Fingió una sonrisa al tiempo que alargaba la mano para estrechársela.

Él la miró extrañado. La alegría de Rebeca se había esfumado al verlo y un muro de hielo rodeaba ahora a la guapa española. ¿Por qué a él no le sonreía como a su hermano? ¿Por qué no se mostraba cariñosa como hacía con Trent? Llevaban diez años sin verse, sí, pero eso no era motivo para que Rebeca se comportara con él de una manera tan fría y distante.

Derek estrechó la mano de Rebeca mientras se hacía infinidad de preguntas sobre el cambio de actitud operado en ella en esos momentos. Rebeca maldijo para sus adentros cuando sintió el cálido contacto masculino. Una descarga de energía la sacudió entera, haciendo que sus braguitas se humedeciesen y su mente comenzase a imaginar mil y una formas en las que podría tener a ese hombre en su cama dándole placer.

Pero no podía permitir que ocurriera nada, por lo que luchó con todas sus fuerzas para no sucumbir a los deseos de su cuerpo. Este le pedía a gritos dejar atrás todo el rencor que sentía por Derek y abalanzarse sobre él para cumplir sus más oscuras y ardientes fantasías.

Trent, al lado de su hermano y su amiga, les observaba en silencio. Sabía lo que pasaba por la mente de Rebeca, pues la conocía bien. Y también sabía lo confuso que debía encontrarse Derek respecto a ella. Acostumbrado como estaba él a que las mujeres se tirasen a su cuello prometiéndole mil placeres lujuriosos, seguro que le resultaría extraño que Rebeca no babeara al verlo. El ego de su hermano se iba a resentir. Pero se lo merecía por lo que le había hecho a ella en el pasado.

—¿Cómo está la novia? —preguntó Rebeca a Trent obligándose a desviar la mirada de los azules ojos de Derek, que conseguían poner su ritmo cardíaco a mil por hora. Se soltó de la mano de él como si la quemase con su contacto y cogió su *trolley*.

—Si te digo que está súper tranquila, ¿me creerías? —respondió él mientras se encaminaban a la salida con un confundido Derek siguiéndole los pasos—. Parece que sea otra la que se case. Si fuera mi boda, yo estaría atacado de los nervios, pero ella está como si nada. —Trent sacudió la cabeza. A veces Kim le sorprendía muchísimo.

—Bueno, seguro que cuando llegue el momento los nervios hacen su aparición como les pasa a todas —dijo Rebeca mientras subían al BMW de Trent en el aparcamiento del aeropuerto londinense.

—No... Yo lo que creo es que va a cometer un error casándose con Peter —cuestionó Trent—. La he visto enamorada en el pasado y te puedo asegurar que lo que siente por su futuro marido no tiene nada que ver con el amor. Puede que le tenga cariño, sí, pero no le ama. Y por eso, pienso que no le importa si todo lo relacionado con la boda sale bien o no. Porque no tiene la ilusión por casarse que debería tener cualquier novia.

Se dirigieron a casa de Trent bajo una fina lluvia de principios de junio mientras Derek, en el asiento trasero, escuchaba la conversación.

—El amor está sobrevalorado —intervino él en ese momento.

«Qué sabrás tú lo que es el amor si no te has enamorado en tu puñetera vida», pensó Rebeca, molesta por la interrupción de Derek en su conversación con Trent. Pero, al fin y al cabo, también era hermano de la novia, por lo que tenía derecho a opinar.

—El amor es lo más bonito del mundo —sentenció Trent.

Rebeca, para cambiar de tema, pues ese no le atraía nada en absoluto, comenzó a comentar lo mucho que había cambiado Londres en los diez años que llevaba sin pisar la capital del Reino Unido. Mientras, Derek, sentado en la parte trasera del coche, justo detrás del conductor, contemplaba el perfil de la guapa española desde su posición.

No le gustaba nada la manera en que ella le ignoraba. Y cómo se había soltado de su mano en el aeropuerto, como si le diese asco tocarle, le había puesto de mal humor. ¿Qué le pasaba a Rebeca? Aunque le había sonreído al saludarle, esta sonrisa había sido fingida. Él se había dado cuenta de que ese gesto no había llegado a los ojos de ella. Y ahora, cada vez que Rebeca giraba la cara hacia su hermano mientras charlaban animadamente y le sonreía por los comentarios que Trent le hacía, Derek se ponía furioso.

—No te resultaría un cambio tan grande si hubieras venido más a menudo por aquí, Rebeca —intervino Derek en la conversación de aquellos dos, acercándose más a los asientos delanteros y posando una mano en cada uno de ellos para mantenerse sujeto.

Rebeca se giró hacia él y se sorprendió al ver lo cerca que estaba de su cara y de una de sus manos, casi rozándole el hombro. Se apartó de inmediato todo lo que le

permitió el habitáculo del coche. Giró su bonita cara hacia delante y continuó hablando con Trent, ignorando a propósito a Derek, mientras su corazón latía desbocado por la cercanía de aquel hombre. Rezó para que llegasen pronto a casa de su amigo y así poder librarse de la abrumadora presencia de Derek.

Él volvió a su posición inicial en el asiento trasero frunciendo el ceño. No le había gustado nada la reacción de ella. ¿Cómo podría conseguir que Rebeca cambiase su actitud hacia él? Durante unos minutos caviló, pero no se le ocurrió nada. Nunca se había preocupado por estas cosas porque nunca había tenido que trabajar en ello. Las mujeres caían como moscas a su alrededor con solo chasquear los dedos. Que Rebeca se mostrara así de indiferente con él minaba su ego.

Y ver la complicidad entre su hermano pequeño y aquella atractiva mujer a la que empezaba a desear con desesperación, hizo que, por primera vez en su vida, sintiera celos de otro hombre. Aunque ese otro fuera su hermano.

Ella era un bocado demasiado apetecible y Derek la deseaba. Haría lo que fuera por conseguirla. Incluso enfrentarse a Trent.

—Estoy deseando llegar a tu casa —le comentó Rebeca a su amigo— y dormir un poco. En el vuelo no he podido hacerlo y tengo sueño atrasado.

—No te preocupes, cielo —contestó él—. Puedes dormir un par de horas. Después iremos a recoger a Kim a su casa y nos iremos a cenar por ahí.

Pararon en un semáforo en rojo y Derek aprovechó para preguntarle a su hermano sobre los planes de esa noche. A él no le había comentado nada.

—¿Dónde vais a cenar, Trent?

—Iremos a The Black Rose, el restaurante de Adam Mackenzie, el hermano de tu amigo Joel. —Derek asintió mientras escuchaba a Trent. Conocía el sitio. Era uno de los restaurantes más famosos de Londres—. Y, después, saldremos por ahí a algún pub.

El semáforo se puso en verde y Trent continuó conduciendo.

—Me gustaría acompañaros —contestó Derek sonriendo a su hermano, que le lanzó una rápida mirada por el espejo central del coche, antes de volver a fijar su atención en la carretera—. Y así me pongo al día con Rebeca. Diez años sin verla es mucho tiempo y seguro que hay mucho que contar.

Ella resopló enfadada y se cruzó de brazos. No le apetecía nada salir de juerga con Derek. No quería tenerle cerca. Estuvo tentada de decirle que ella no tenía nada que contarle de su vida y que tampoco le interesaba lo que Derek hubiera hecho en estos años. Pero prefirió callar. Había ido a Londres para pasar el fin de semana y divertirse en la boda de Kim con sus amigos. Así que tendría que hacer de tripas corazón y seguir adelante hasta que todo acabase y volviera a Madrid.

Cuando Trent le respondió a su hermano, Rebeca se volvió hacia él, abrasándole con la mirada.

—Buena idea. Estoy seguro de que pasaréis un rato muy agradable charlando.

Rebeca abrió la boca para protestar, pero finalmente no dijo nada. A Derek no le pasó desapercibido el enfado de la morena y decidió no insistir más para que no aumentase su cabreo.

Cuando llegaron a casa de Trent, Derek se despidió de Rebeca con un beso en la mejilla que ella se apresuró a limpiar con el dorso de la mano, como haría cualquier niña pequeña cuando la ha besado la típica tía pesada. A Derek no le gustó que ella hiciera eso, pero se marchó tranquilamente pensando que tenía todo el fin de semana para conseguir que Rebeca suplicara sus besos y su compañía. Había tomado una decisión. Iba a seducirla. Sacaría todo su arsenal y lo emplearía con ella porque de una cosa estaba seguro: Rebeca no volvería a Madrid sin pasar antes por su cama.



Capítulo 2

—Así que pasaré un rato agradable charlando con Derek, ¿eh? —soltó irritada Rebeca una vez a solas en el apartamento de Trent—. ¿Tú flipas o qué?

—Vamos, Rebeca. Ya va siendo hora de que olvides el pasado.

Trent se metió en la cocina y sacó de la nevera los sándwiches que tenía preparados para comer cuando regresaran del aeropuerto. Los colocó sobre la mesa y se sentó en una de las sillas, invitando a su amiga a hacer lo mismo con un gesto de la mano.

—¿Olvidar el pasado? —preguntó indignada—. ¿Sabes el daño que me hizo escuchar de su boca que solo se había acostado conmigo para hacerme un favor? ¿Qué fue lo que dijo? —Rebeca recordó el hiriente comentario de Derek a uno de sus amigos en aquella fiesta hacía diez años—. ¡Ah, sí! «Es mona de cara, pero el cuerpo no le acompaña. Aunque tengo que reconocer que he disfrutado con ella. Nunca pensé que una chica gordita pudiera moverse tan bien en la cama. Y eso que era su primera vez. Menos mal que le he hecho ese favor porque si no se hubiese quedado sin estrenar de por vida».

—Derek siempre ha sido un capullo. —Trent agarró la mano de Rebeca por encima de la mesa para consolarla. Tenía todo el derecho del mundo a estar enfadada con Derek, pero después de tanto tiempo, Trent creía que lo mejor era olvidarlo todo y pasar página.

—Fue mi primer hombre. ¿Te puedes hacer una idea de lo herida que me sentí al oírlo? Me humilló delante de sus amigos. Se rio de mí.

—Sí, cielo, sí. Me hago una idea —dijo Trent, acariciándole con ternura la mano—. Merece ir al infierno por aquello. Pero sigo pensando que debiste hablarlo con él en su momento. Decirle que le habías escuchado y que te había herido.

—¿Para qué? ¿Para qué se cachondease más aún a mi costa? —Sacudió la cabeza negando—. Yo estaba enamorada de Derek y él de mí no. Lo sabía cuando me acosté con él aquella noche, pero pensé... —Suspiró largamente—. Fui una ilusa. Pensé que conmigo cambiaría. Que se enamoraría de mí.

Trent decidió no continuar con ese tema. Sabía lo mucho que le dolía a su amiga española hablar de aquello. Permanecieron unos minutos más en silencio mientras acababan los sándwiches.

—¿Qué tal está Mayra? —preguntó de pronto Trent.

Rebeca tragó el bocado que masticaba antes de contestar.

—¡Vaya! Esta vez te has superado. —Sonrió intentando olvidar los últimos minutos de su conversación con él—. Solo has tardado dos horas en preguntarme por mi hermana.

—No te rías, por favor. Sé buena y dime cómo está el sol de mi vida —le contestó Trent, dándole un golpecito en la mano.

—Pero qué cursi eres, por favooooorr... —se mofó Rebeca y, contemplando a su buen amigo, respondió—. Bien. Está bien. Le hubiese gustado venir a la boda, pero no le han dado permiso. Está metida de lleno en un operativo especial y no tiene días libres. Ya sabes cómo son los polis....

Trent suspiró y se quedó un momento pensando en la guapa inspectora López. Desde que la conoció hacía varios años un fin de semana que Kim y él fueron a visitar a Rebeca a Madrid, estaba enamorado de ella. Pero en aquel entonces Mayra tenía una relación con un tipo y hasta que no terminó con él, Trent no tuvo su oportunidad. Aunque las cosas no salieron como él esperaba.

Tras pasar una lujuriosa noche de pasión con ella y Trent declararle su amor, Mayra se había negado a tener algo serio con él. Sus heridas aún no habían sanado y necesitaba tiempo para curárselas. Tiempo que Trent le aseguró que le daría.

—Es una pena que no haya venido. Tendrás que ser mi pareja en la boda —contestó el inglés con una triste sonrisa—. ¿Te pregunta mucho por mí?

—A Mayra le gustas mucho y ella quiere que lo vuestro sea algo más que un simple polvo de vez en cuando —respondió Rebeca—. Es solo que... necesita volver a confiar. El capullo ese le hizo mucho daño y ahora tiene miedo. Pero mi hermana sabe que tú eres diferente. Lo que pasa es que no quiere estar contigo hasta que se haya olvidado completamente del otro tío. No quiere que tú *pagues el pato* por lo que le hizo el imbécil de su ex.

Trent asintió al escuchar a su amiga. Esperaba y deseaba con todas sus fuerzas que Mayra consiguiera abrirse a él en las próximas vacaciones que pasarían juntos en Tenerife, como todos los años.

La madre de los hermanos ingleses era canaria. Conoció a su padre durante unas vacaciones que este pasó en la isla y meses después se casaron. Ella se marchó a Londres con su flamante marido, pero cada año regresaban a Tenerife para ver a la familia materna.

Rebeca también los acompañaba en esas vacaciones en la isla. Siempre que Derek no fuera a estar, claro. Había conocido a sus amigos ingleses cuando fue por primera vez a Reino Unido para perfeccionar el idioma, pero después de lo ocurrido con el hermano mayor de estos, se juró a sí misma que no volvería a pisar la capital londinense. Así que, desde entonces, Trent y Kim viajaban a Madrid para verla y ella pasaba las vacaciones en la casa familiar que estos tenían en la isla canaria. Y de vez

en cuando Mayra se unía a ellos, como iba a suceder en julio, dentro de un mes.

Horas más tarde, sentados a la mesa del restaurante esperaban a que Derek llegase. A Kim le había sorprendido que su hermano mayor saliera con ellos y supo inmediatamente que esto se debía a la presencia de Rebeca y a la curiosidad que había despertado en él. Trent le había contado cómo había sido el encuentro entre los dos antiguos amantes y ella felicitó a Rebeca por no sucumbir a los encantos de su hermano.

Cuando Derek llegó, guapísimo con unos pantalones chinos azules y una camisa un par de tonos más clara, a Rebeca la boca se le hizo agua. Ese hombre era el sueño erótico de cientos de mujeres y ella no iba a ser menos. A pesar de todo, le deseaba. Sí. Pero no iba a caer en sus redes. Ahora era más lista que cuando era adolescente. Se obligó a apartar de su mente los pensamientos lascivos que Derek le provocaba y continuó cenando, tratando por todos los medios de ignorarle.

Sin embargo, Derek no estaba dispuesto a que eso sucediera.

—Así que eres enfermera en un hospital de Madrid —comenzó a hablarle él, sentado frente a ella, mientras se comía a Rebeca con los ojos.

Ella estaba especialmente guapa esa noche con un vestido azul que se ajustaba a su delgado cuerpo, como si fuera una segunda piel, y mostraba las largas y bien torneadas piernas que tenía.

Sin poder evitarlo, Derek centró su mirada en el escote en V de la prenda, que dejaba entrever parte de los redondos y turgentes senos de Rebeca, y su entrepierna le hizo una llamada de atención. Rebeca tenía un pecho perfecto, según los gustos de Derek, y la boca se le reseco al pensar cómo los sentiría en sus manos al posarse sobre ellos.

—Sí. Trabajo en la UCI Pediátrica o de Neonatos, como la quieras llamar, del hospital Doce de Octubre de Madrid —le contestó Rebeca, pensando en qué narices hacía ella dándole explicaciones sobre su vida privada.

Pero es que la mirada que Derek le dirigía en ese momento, mezcla de anhelo y deseo, le gustaba demasiado. Saberse deseada por un hombre tan atractivo y sexy como él hacía que su orgullo femenino subiera como la espuma de una botella de champán.

—Y tú, ¿a qué te dedicas? —preguntó ella, y al instante se reprendió a sí misma.

«Pero qué demonios hago interesándome por su vida», pensó Rebeca. «Por mí, como si se dedica a criar pollos en una granja».

—Soy fotógrafo de moda.

Rebeca se sorprendió al oírle. ¿Fotógrafo? ¿De moda?

—Hago reportajes para firmas de ropa muy conocidas. Burberry's, Calvin Klein, Chanel... —continuó explicándole orgulloso él, ahora que había captado toda la atención de Rebeca—. Cuando veas un catálogo de alguna de estas marcas acuérdate de mí, porque seguramente yo habré hecho esas fotos.

—Pero ¿tú no habías estudiado Económicas? —preguntó ella con el ceño fruncido. Cuando le conoció él estaba en el segundo curso de la carrera.

Derek iba a contestar, pero Kim se le adelantó.

—Terminó la universidad y mi padre le obligó a trabajar con él, pero pasado un año Derek nos sorprendió a todos diciéndonos que su gran pasión era la fotografía. —Kim le dio unas palmaditas en el hombro a su hermano—. Así que lo dejó todo para pasarse el día con mujeres esculturales, a veces en ropa interior —sonrió a Derek maliciosa— y viajando a lugares exóticos para hacer sus reportajes.

—También hace algún que otro trabajo para varias revistas de viajes —añadió Trent— y muy de vez en cuando le llaman para sacar alguna instantánea de algún famoso que vayan a entrevistar las revistas *Hello*, *People* y *VanityFair*.

—Como ves, soy un hombre muy ocupado —terminó Derek, sonriendo a Rebeca con el ego por las nubes. Tenía en esos momentos toda la atención de la morena española—. Mañana tengo que ir al castillo de Warwick para una sesión de fotos para la firma Burberry's. ¿Te gustaría acompañarme? El lugar es precioso y estoy seguro de que te encantará.

En ese momento se acercó Adam, el dueño del restaurante, a saludarles y preguntar si la cena había estado a su gusto. Todos contestaron que, efectivamente, los platos eran exquisitos y le felicitaron por su buen hacer en la cocina.

—No nos conocemos —dijo tendiéndole una mano a Rebeca—. Soy Adam Mackenzie. Mi hermano Joel es el mejor amigo de Derek.

—Rebeca López. —Sonrió ante un hombre tan guapo, pestañeando coquetamente.

Derek sintió deseos de darle un puñetazo en su perfecta cara al hermano de su mejor amigo viendo cómo se comía con los ojos a Rebeca. Y ella le sonreía como si Adam fuese a cumplir sus más oscuras y secretas fantasías.

—Tráenos la cuenta si no te importa, Mackenzie —soltó un poco molesto Derek para conseguir desviar la atención del joven. Parecía que se hubieran quedado solos en el restaurante Rebeca y él porque no dejaban de mirarse sonrientes, como si el resto del mundo no existiera—. Rápido, por favor.

El atractivo ejemplar masculino asintió con la cabeza y se despidió de ellos.

Rebeca suspiró. Miró a Kim y ambas soltaron una pequeña risita.

—Guapo, ¿eh? —Kim le dio un codazo juguetón.

—Mucho —contestó ella, mordiéndose el labio inferior en señal de deseo y excitación.

—Por favor, chicas... ¡No empecéis! —soltó Trent, poniendo los ojos en blanco.

Derek resopló. No le había gustado nada que Rebeca le sonriese a otro hombre de esa manera. Él quería esas atenciones solo para él. Para nadie más que él. Un instinto de posesión se adueñó de Derek en ese momento y se sorprendió al darse cuenta de lo celoso que estaba.

¿Qué le pasaba con esa mujer? Él nunca había reaccionado así con nadie. ¿Sería que tenía su orgullo demasiado herido por la indiferencia de Rebeca y por eso le indignaba que ella se mostrase seductora con otros?

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos de su mente. No. Él no era así. No se comportaba así.

Mientras ellos pagaban la cuenta, las chicas fueron al baño.

—Siento mucho que tengas que aguantar a Derek —se disculpó Kim nada más entrar en el aseo.

—Bah, no te preocupes. Aunque verlo me hace recordar lo que pasó, pero no importa. Lo soportaré —contestó Rebeca, quitándole importancia al asunto.

—Precisamente por eso, Rebeca. Pero bueno, de momento parece que se está portando bien, ¿no?

—Sí —respondió esta sonriendo.

—¿Sabes a mí lo que me gustaría? Que alguna mujer le diese a probar de su propia medicina —confesó Kim mientras se echaba jabón en las manos y abría el grifo—. Que le hicieran lo mismo que hace él. Tirárselo y luego si te he visto no me acuerdo.

—¡Kim! ¡Por Dios! ¡Es tu hermano! ¿Cómo puedes querer que le hagan eso? —la riñó Rebeca. Aunque muy, muy en el fondo, a Rebeca le gustaría precisamente lo mismo.

—¿Nunca has deseado poder vengarte? —preguntó la otra ignorando la respuesta de la española.

—Pues no —mintió.

Kim terminó de lavarse las manos y miró a Rebeca por el espejo del baño mientras se secaba.

—Si a mí me hicieran lo que Derek te hizo a ti, le odiaría toda mi vida.

—Uy, qué rencorosa... —se mofó Rebeca.

Pero Kim continuó hablando como si no la hubiera escuchado.

—Y si tuviera la oportunidad de devolverle lo que me hizo, sin duda, lo haría.

—Vale. Recuérdate que no me ponga nunca en tu contra —se rio Rebeca.

Kim se giró y se la quedó mirando largo rato. Después, suspiró.

—Aunque, en realidad, lo que más me gustaría es que Derek y tú arreglaseis las cosas. Mi hermano y mi mejor amiga juntos. Sería genial.

Rebeca puso mala cara ante el comentario de Kim.

—Eso no va a suceder nunca y lo sabes. —Sacudió la cabeza negando y, tras unos segundos, añadió intentando sonreír—. Anda, vamos. Y no vuelvas a beber vino. Te hace decir tonterías.

El pub estaba medio vacío. Nada más llegar, se acercaron a la barra y pidieron unas cervezas. Rebeca y Kim se fueron a la pista a bailar y los chicos las vigilaban desde su posición. Derek no le quitaba los ojos de encima a Rebeca y a Trent eso no le gustó nada. Sabía que su hermano deseaba a esa mujer y que iba a hacer lo posible por conseguirla. Pero ¿qué haría Rebeca? ¿Caería en sus redes?

Trent esperaba que su amiga española resistiese a los encantos de su hermano. No le gustaba cómo Derek trataba a las mujeres, como si fueran de usar y tirar. Y no quería que volviera a hacerle a su amiga lo mismo que ya le hizo años atrás. Por eso quiso hablar del tema con Derek y advertirle de que Rebeca no era para su uso y disfrute personal. Trent quería que la dejara tranquila y no intentase nada con ella. Y el comentario que le hizo Derek en ese momento le vino como anillo al dedo para comenzar.

—Rebeca ha cambiado mucho en estos años. Está más delgada y, sobre todo, mucho más guapa. ¿Tiene pareja estable en Madrid?

—No, Derek, no está con nadie, pero déjala tranquila, por favor —contestó Trent, viendo cómo su hermano desnudaba con la mirada a Rebeca.

—¿Tú sabes por qué está tan arisca conmigo? —volvió a preguntar él sin apartar la vista de la morena española.

Trent se giró para encarar a su hermano antes de hablarle.

—Porque eres un capullo. Bueno, lo fuiste con ella hace diez años.

—¿A qué te refieres? —preguntó el otro mirándolo extrañado.

—¡Vamos! ¡No te hagas el tonto! —exclamó Trent, poniendo los ojos en blanco—. Me refiero a lo que dijiste de ella a tus amigos en aquella fiesta. Rebeca lo oyó todo. ¿Cómo crees que se sintió?

Derek lo miró frunciendo el ceño. Él no recordaba que hubiera sucedido nada especial aquella noche. A parte de pasar un buen rato con Rebeca en la cama y de

sentirse orgulloso por ser su primer hombre, no había nada digno de recordar. Ni siquiera lo que habló con sus amigos en la fiesta. Estaba seguro de que sería alguna tontería de macho alfa que había olvidado tan pronto salió de su boca.

Sin embargo, sí recordó que Rebeca desapareció de la fiesta sin dar ninguna explicación y desde entonces no había vuelto a verla. Hasta ahora. En aquel momento no le dio importancia a la ausencia de ella. Normalmente Derek no repetía cita con ninguna, por mucho que ellas se encaprichasen con él. Así que hasta agradeció que Rebeca se esfumara del local y no se pusiera pesada como hacían las demás.

—No tienes ni idea, ¿verdad? —continuó Trent.

Derek sacudió la cabeza.

—Pues no seré yo quien te lo diga. —Trent dio un trago a su cerveza y se giró para ver cómo las chicas continuaban bailando en la pista—. Si quieres saberlo, pregúntale a Rebeca. Y cuando ella te cuente por qué tiene esa actitud contigo, más te vale ponerte de rodillas y arrastrarte por el fango suplicando su perdón.

—Vamos, Trent, no será para tanto. Seguro que ella ha hecho una montaña de un granito de arena. —Esbozó una sonrisa desdeñosa y añadió—. Las mujeres siempre exageran. Ya lo sabes.

—Si yo fuera mujer y escuchara decir sobre mí lo que tú dijiste de Rebeca, te aseguro que, a día de hoy, serías el eunuco más conocido de todo Londres. —Se plantó frente a su hermano, tapándole la visión del cuerpo de Rebeca contoneándose en el centro del pub—. ¿Sabes? A veces me avergüenza que seas mi hermano. Tratas a las mujeres fatal.

—Las hago disfrutar muchísimo. Ninguna se ha quejado hasta ahora —se defendió Derek moviéndose hacia un lado para seguir contemplando a la española.

—Eres gilipollas. —Trent sacudió la cabeza, dando por perdido a su hermano—. Ojalá llegue el día en que te enamores y te den con la puerta en las narices.

Aquello a Derek no le gustó nada. No entendía cómo su hermano tenía tan mala opinión de él, pero claro, Trent y él nunca habían congeniado en lo que a mujeres se refería. Derek las usaba para satisfacer sus apetitos sexuales, aunque también las hacía gozar a ellas. Sin embargo, Trent se enamoraba. Era un romántico empedernido. Algo que no iba con Derek.

—Para darme un revolcón con ellas y hacerlas gritar cuando se corran no tengo que jurarles amor eterno ni fidelidad —le respondió con una sonrisa desdeñosa.

—Capullo —resopló Trent.

Rebeca sabía que era el centro de la atención de Derek. Apenas lo había mirado desde que llegaron al pub, pero ella era consciente de que este no apartaba la vista de su cuerpo. Sabía que Derek la deseaba. Igual que a todas las demás.

Mientras bailaba con Kim, recordó su conversación en el baño y la palabra «venganza» destelló en su mente como un luminoso de neón. ¿Podría hacerle pagar a

Derek el daño que le hizo este en el pasado? Nunca se había planteado la posibilidad de hacer algo como lo que había comentado Kim. Pero si pudiera, si tuviera la oportunidad de hacerle pagar por ello, ¿sería capaz de llevar a cabo una pequeña venganza?

La idea comenzaba a resultarle tentadora. Podría poner caliente a Derek y luego dejarle en la estacada con un dolor de huevos impresionante. Se rio interiormente ante esto. A Derek le fastidiaría mucho no conseguir llevarse a la cama a la mujer que deseaba en aquel momento.

Kim la agarró del brazo y la arrastró de nuevo hacia la barra.

—¡Me muero de sed! —gritó la inglesa para que la oyera por encima de la música.

Pidieron dos cervezas más y, después de beberse casi la mitad de un trago, Trent cogió a Rebeca y se la llevó de nuevo a la pista.

Kim se dio cuenta de la manera en que Derek miraba a su amiga y le dijo:

—Ni lo sueñes. No la vas a conseguir.

Derek la miró con una sonrisa de suficiencia.

—¿Tú también me vas a soltar la charla como ha hecho Trent? Ahórratelo, hermanita. A él no le ha servido de nada y cualquier cosa que tú me cuentes, no me hará cambiar de opinión.

—Ojalá te hicieran a ti lo mismo que tú le haces a las mujeres —soltó Kim con desprecio por la actitud de su hermano mayor.

Derek la ignoró y prefirió centrar su atención en la guapa española que se contoneaba en la pista. Con el sensual movimiento de sus caderas, Rebeca le estaba poniendo duro a pasos agigantados. Tenía un par de tetas y un culo muy apetecibles, y él se moría por tenerla en su cama y saborearla entera. Se la imaginó desnuda, tumbada boca arriba esperando recibirle, con las piernas abiertas y el sexo rojo y mojado. Su erección creció un poco más con esta erótica imagen.

Tenía que seducirla. Sí. Costase lo que costase. Esa mujer debía ser suya antes de que volviese a Madrid y pasaran un montón de años hasta que la volviese a ver de nuevo.

Sin embargo, las palabras de Trent no se le iban de la cabeza. Derek había dicho algo a sus amigos que Rebeca oyó y eso había hecho que ahora se mostrase tan distante e indiferente con él. ¿Cuál habría sido aquel comentario? Intentaba recordarlo, pero no lo conseguía.

En ese momento, Rebeca caminó hacia Derek bailando y no supo bien si tropezó o la empujaron, el caso es que perdió el equilibrio poco antes de llegar y acabó entre los fuertes y protectores brazos de Derek que, al ver que la mujer iba a caerse al suelo, se lanzó hacia ella para sostenerla.

—Creo que has bebido demasiado —le dijo con una gran sonrisa, apretándola

contra su pecho—. ¿Quieres salir fuera y que te dé un poco el aire?

—No iría contigo ni a la puerta —contestó Rebeca para picarle.

—¿Por qué? ¿Me tienes miedo? —quiso saber Derek, burlón. El olor a fresas de Rebeca se colaba por sus fosas nasales y le estaba atontando.

Rebeca soltó una gran carcajada e intentó deshacerse de su abrazo, pero Derek la estrechó con más fuerza contra su pecho.

—No te tengo miedo. Pero no me gustan los chicos malos como tú. —Sonrió, notando todo el calor corporal de Derek en su piel quemándola.

—Yo no soy malo. ¿Quieres que te lo demuestre? —preguntó Derek, acercándose a su oreja y haciéndole cosquillas en la piel con su aliento.

Rebeca se estremeció y una descarga de energía sexual la recorrió entera. Quería jugar con él, tratar de hacerle daño, pero era peligroso para su salud mental. Su cuerpo la traicionaba. Se preguntó qué ocurriría si se dejaba llevar por sus instintos y se acostaba con Derek. Y lo que su mente le contestó no le gustó nada.

—A lo mejor soy yo quien te da una lección a ti. En estos años he mejorado mucho, ¿sabes? —le susurró ella también al oído con voz melosa, metida totalmente en su papel de seductora—. Ya no soy aquella chica gordita a la que hechizaste hace diez años. Ahora tengo muchísima más experiencia y sé cómo volver loco a un hombre en la cama. —Lo miró a los ojos y se pasó la lengua por el labio inferior para excitarle. Después se lo mordió viendo cómo las pupilas de Derek se volvían más grandes, comiéndose casi el iris azul de sus ojos. Supo que sus palabras estaban causando el efecto que ella quería.

La respiración de él se volvió más agitada y al tener a Rebeca tan apretada contra su cuerpo, ella pudo sentir, sin ningún género de dudas, la erección que continuaba creciendo en los pantalones de él.

La diosa que llevaba dentro dio palmas, contenta. Derek estaba cayendo en su red como un tonto. Comenzaba el juego.



Capítulo 3

—Cuéntame cómo vas a volverme loco —susurró Derek con sensualidad cerca de la boca de Rebeca. Les separaban apenas unos centímetros y él estaba deseando acortar esa poca distancia y apoderarse de aquellos tentadores labios rojos como las fresas maduras.

—Si te digo lo que voy a hacerte, la noche perdería su gracia. ¿No crees? —ronroneó ella como una gatita en celo, mientras subía con sus manos por el pecho de Derek y al llegar a la nuca de él las entrelazaba por detrás—. Prefiero sorprenderte —añadió, sonriendo con malicia. Sacó la lengua y se la pasó a Derek por los labios lentamente. Cuando él abrió la boca para que ella continuase con su incipiente beso, Rebeca se echó hacia atrás. Se alejó de sus labios y de ese cuerpo masculino que tanto la encendía.

«Cuidado, Rebeca. Empieza a gustarte demasiado estar entre sus brazos. Mantén la cabeza fría y el corazón aún más frío mientras dure esta peligrosa seducción que has comenzado», se advirtió a sí misma.

Derek la miraba con deseo. Intentó abrazarla otra vez, pero ella se zafó. Rebeca le dirigió una juguetona sonrisa y dio media vuelta para volver contoneándose hacia la pista donde Kim y Trent les habían estado observando.

—¿Qué ha pasado con Derek? —preguntó Trent con el ceño fruncido.

—Nada —respondió ella encogiéndose de hombros.

Se volvió y divisó a Derek aún apoyado en la barra, bebiendo. Le guiñó un ojo y este le sonrió, siguiéndole el juego.

—Ya. Nada. —Oyó a Trent, escéptico, a su lado.

—¿Estás pensando en tirártelo? —preguntó Kim.

—Eso es cosa mía.

Rebeca seguía bailando en la pista con sus amigos mientras hablaban entre los tres y Derek se mantenía ajeno a lo que ocurría.

—Hagas lo que hagas con Derek, me parecerá bien —añadió Kim.

—No sabía que necesitase tu permiso para liarme con tu hermano —contestó Rebeca con sorna.

—Rebeca, por favor, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir —intervino Trent, adivinando las intenciones de su amiga—. Mira, Kim y yo estamos de acuerdo en que alguien debería darle un escarmiento a mi hermano. Pero piensa que, si lo haces tú, corres el riesgo de hacerte daño a ti misma también y...

Rebeca levantó una mano para hacerle callar.

—Tranquilo. No me voy a acostar con él. Solo quiero ponerle un caramelo en los labios y luego quitárselo. —Posó una mano sobre el hombro de Trent y le dio un ligero apretón—. Yo no voy a correr ningún riesgo. Mi corazón está blindado.

Trent asintió, pero aun así no pudo evitar aconsejarla.

—Ten cuidado, por favor.

—Si necesitas algo —terció Kim—, dímelo.

Rebeca negó con un movimiento de cabeza. Regresó a la barra mientras observaba cómo Derek recorría su cuerpo con mirada hambrienta. Se estremeció bajo el poder de aquellos ojos abrasadores. Él la deseaba. Y mucho. Rebeca sabía el efecto que su ahora bonito cuerpo ejercía en los hombres y pensaba usarlo para beneficio propio. Su pequeña venganza se estaba fraguando.

Cuando llegó hasta él se colocó a su lado y lo miró de reojo, sonriendo.

—¿No bailas más? —preguntó Derek, poniéndose de lado con un codo sobre la barra del pub para poder verla la cara.

Rebeca se acercó más a él.

—Ahora me apetece otro tipo de baile. —Le miró los labios y después subió hasta sus ojos—. Uno en el que dos cuerpos estén unidos disfrutando.

Al oírla, la entropierna de Derek se hinchó un poco más. La boca se le hizo agua ante la expectativa de lo que podía suceder con Rebeca. ¿Se le estaba insinuando? Descaradamente, sí.

«Las mujeres tienen unos cambios de humor extrañísimos», pensó él. «Hace una hora parecía que yo no existiese para ella y ahora está incitándome a follármela. ¿Quién las entiende?».

—Podemos ir a mi casa —dijo Derek, cogiendo un mechón de pelo de Rebeca y poniéndoselo detrás de la oreja. Al hacerlo, le acarició sutilmente el contorno con las yemas de los dedos y Rebeca se derritió ante aquel delicado contacto.

—¿Queda lejos?

—He venido en moto —le explicó él, agarrándola de la cintura y ciñéndola más a su cuerpo. Rebeca posó sus manos sobre los duros bíceps del hombre y pudo sentir cómo estos se contraían bajo sus dedos—. En diez minutos estaríamos desnudos en mi cama.

Ella se puso de puntillas para acercarse más a la boca de Derek.

—Demasiado tiempo. No puedo esperar tanto —murmuró a escasos centímetros de sus labios, haciéndole cosquillas con su aliento—. Se me ocurre algo mejor.

Cogió a Derek de la mano y tiró de él hacia el baño del pub. Abrió el de señoras y, tras comprobar que estaba vacío, se metió en él con Derek siguiéndola como un perrito faldero.

Nada más cerrar la puerta, Rebeca aplastó a su hombre contra la madera. A él le gustó ese gesto rudo y salvaje. Estaba seguro de que lo iban a pasar muy bien juntos. Parecía que ella era una fiera en la cama. Ardiente y atrevida a juzgar por el lugar que había buscado para su encuentro sexual.

Derek llevó sus manos hasta la cara de ella y la enmarcó. Era preciosa. Sonrió orgulloso. Por fin había conseguido tenerla como él quería. Y la iba a disfrutar al máximo.

Se inclinó sobre sus labios, esos que llevaba toda la noche deseando besar, y sacó la lengua para lamérselos. Rebeca gimió al sentir la húmeda caricia de Derek y la sangre comenzó a correr enloquecida por sus venas, calentándola entera.

«Controla la situación, Rebeca. Mente fría. No dejes que tu cuerpo te traicione», pensaba ella, mientras Derek bajaba con sus manos por los costados de su cuerpo hasta llegar al trasero y darle un buen apretón.

Las respiraciones de ambos se mezclaban agitadas.

Derek olía a gel de baño y a ropa limpia, y eso a ella le gustó.

El corazón de Rebeca se aceleró aún más cuando él buscó el bajo del vestido y comenzó a subírselo lentamente. Los dedos de Derek dejaban ríos de fuego allí por donde pasaban en su ascenso por los muslos de Rebeca.

—Este vestido te sienta de muerte —murmuró él, besándola el cuello—. Ojalá pudiera quitártelo todo y ver el cuerpazo que escondes debajo. Has cambiado mucho, preciosa.

—Sí —jadeó Rebeca con el corazón martilleando en su pecho tan fuerte, que creyó que Derek lo oiría—. He pasado de la talla 44 a la 40. Ya no soy aquella chica gordita a la que hiciste un favor arrebatándole su virginidad.

Escuchar aquello no gustó a Derek. Daba la sensación de que había forzado a Rebeca a entregarse a él cuando era más joven.

La miró a la cara antes de hablar para defenderse.

—Te entregaste a mí voluntariamente. Fui cuidadoso para dañarte lo menos

posible. Sé que la primera vez es doloroso, pero creo que conseguí hacerte disfrutar, a pesar de todo.

—El dolor físico se supera fácilmente. —Sonrió ella para tranquilizarle y que no adivinase sus intenciones. «Pero el dolor del corazón no y por eso vas a pagar».

Rebeca se acercó a los labios de Derek y comenzó a mordérselos con sensualidad. Cuando él abrió la boca, ella metió su lengua dentro buscando la de Derek.

Él se entregó al beso. Bebió de los labios de Rebeca como si fuera un sediento en mitad del desierto y acabase de encontrar un oasis.

De pronto, ella se alejó de su boca rompiendo el apasionado contacto. Lo miró jadeante. Las neuronas de su cerebro comenzaban a fundirse y no podía pensar con claridad. Por eso había tenido que distanciarse. Para que su cuerpo no la traicionase y pasara algo de lo que luego se arrepentiría.

Derek la observó unos instantes con el anhelo de saciarse con el cuerpo de Rebeca reflejado en sus pupilas. Esbozó una lenta sonrisa que hizo que las braguitas de ella se humedecieran más todavía.

Rebeca supo que debía continuar con su juego. Estaba a punto de conseguir su particular venganza. Ahora no podía echarse atrás.

Agarró a Derek de la mano y le guio hasta el lavabo. De un salto, se sentó en la encimera de mármol blanco, sintiendo el frío de la piedra en sus nalgas a través del algodón del vestido, y abrió las piernas. Con un dedo de la mano, le hizo a Derek un gesto para que se colocase entre sus muslos y él, contento, obedeció.

—¿Sabes? Nunca lo he hecho en un aseo público —confesó él, posando sus manos a cada lado de las caderas de ella.

Rebeca tampoco, pero no pensaba decírselo. De todas formas, allí no iba a ocurrir nada de lo que Derek esperaba tan ansioso.

Ella le cogió de la cintura y le acercó más a su cuerpo enroscando sus piernas en las caderas del hombre. Cuando el duro miembro de Derek chocó contra su mojada abertura, los dos gimieron de placer. Rebeca se mordió el labio inferior excitada y Derek se inclinó sobre la garganta de ella para recorrerla con pequeños y ardientes besos. La piel de Rebeca se erizó por el sensual contacto de los labios de Derek sobre ella y todas sus terminaciones nerviosas comenzaron a volverse locas.

—Me encanta tu olor a fresa —susurró él contra su cuello.

—¿Me deseas? —preguntó ella melosa.

—Mucho —jadeó Derek, recorriéndole toda la garganta con sus labios.

—Quiero ver cuánto.

Y nada más decir esto, Rebeca llevó sus manos hasta la bragueta del pantalón de Derek. Con rapidez, se la abrió y metió la mano por dentro del calzoncillo para encontrarse con su miembro duro y caliente.

Derek gimió al sentir los dedos de Rebeca aferrándose a su pene y movió las caderas, insinuante.

—Mmm, qué bien dotado estás —le alabó ella, y el ego masculino subió varios puntos.

—Claro que sí. ¿No lo recordabas?

Rebeca comenzó a subir y bajar con su mano por todo el largo falo haciendo que Derek jadeara contra la piel de su cuello. Cuando llegaba a la corona rosada de su miembro, la acariciaba con la yema del dedo pulgar y después descendía de nuevo hasta la base del mismo.

Derek apoyó su frente contra la de Rebeca mientras se bajaba él mismo los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas para facilitarle a ella la tarea. Le encantaba el trabajo manual que Rebeca estaba llevando a cabo. Estaba convencido de que en pocos minutos alcanzaría su éxtasis si ella continuaba así. Y no pensaba detenerla, pues la veía muy entregada en su afán por darle placer.

El corazón de Derek latía desbocado y la sangre de su cerebro se centró toda en su hinchado y caliente pene.

—Sigue, preciosa —gimió sintiendo cómo un delicioso calor se apoderaba de su bajo vientre.

—Dime que soy quien mejor te toca la polla —exigió Rebeca viendo cómo Derek se derretía en sus manos.

—Eres la mejor... —Hizo un esfuerzo para poder seguir hablando, pues tenía los testículos a punto de estallar—. La que mejor me ha hecho este trabajito de todas las mujeres con las que he estado.

Rebeca le dio un fuerte apretón en la base del pene que a él le hizo un poco de daño.

—No se te ocurra pensar en otras mientras estás conmigo —siseó con rabia.

—Ahhh, tranquila, nena. Solo hago lo que me has pedido.

Rebeca asintió y le sonrió traviesa. Continuó trabajándole el duro miembro, deslizándolo por toda su largura. Sintiendo en la palma de su mano la piel suave de Derek. Le encantaba el tacto sedoso de ese hombre. Verle tan entregado a ella, tan rendido a sus caricias, hizo que el corazón de Rebeca latiera con más fuerza. Ojalá las circunstancias fueran otras. Ojalá él se entregase a ella porque la amaba y no por satisfacer sus apetitos sexuales.

—¿Te parezco guapa? ¿Te gusta mi cuerpo ahora?

—Mucho. Me encanta la mujer en la que te has convertido —jadeó Derek, notando la inminencia de su orgasmo. El cosquilleo del clímax comenzaba a proyectarse desde sus testículos hacia la punta de su endurecida erección. Estaba a punto—. No me gustaría estar en ningún sitio más que aquí contigo.

Derek buscó la boca de Rebeca y se apoderó de ella con un beso agresivo que evidenciaba el estado de excitación en el que se encontraba. Con las manos, tanteó el interior de los muslos de ella buscando su sexo. Lo encontró muy húmedo contra la tela de las braguitas y eso hizo que su inminente éxtasis se acercase más a la cúspide.

Cuando fue a apartar con un dedo la delgada tela que cubría los pliegues femeninos para poder acariciar el tesoro que ella guardaba entre sus piernas, Rebeca detuvo el movimiento de su mano en el pene de Derek. Con la otra mano, le aferró a él la muñeca y tiró hacia atrás para sacar sus largos dedos de su caliente intimidad.

—No —dijo rompiendo el beso que Derek le estaba dando. Ante la cara de extrañeza que puso él, ella se apresuró a añadir—. Primero tú. Quiero ver cómo te corres en mi mano. —Sonrió juguetona y continuó—. Después te dejaré probarme. Con tus dedos, con tu lengua y... —Le dio un fugaz beso en los labios y comenzó de nuevo a deslizar su mano por el pene de él—... con tu polla. —Finalizó acariciándole la boca a Derek con su aliento.

—Jodeeerrr, no te imaginas lo cachondo que me ponen tus palabras, nena. Sigue... Estoy al límite.

Rebeca aumentó su ritmo volviéndolo frenético.

Derek boqueaba como un pez fuera del agua. Desvió sus ojos azules un instante hacia el espejo del baño y la imagen tan erótica que este le devolvió consiguió que una gota de semen manase de la punta de su verga. La primera de las muchas que estaban por llegar.

De repente, Rebeca paró. Le empujó con todas sus fuerzas haciéndole tropezar y a punto estuvo de caerse si no fuera porque se agarró con una mano a la encimera de mármol del lavabo.

Contempló cómo ella se bajaba de un salto de allí, daba la vuelta para mirarse en el espejo y se recomponía el vestido.

—¿Qué pasa? ¿Por qué hemos parado? —preguntó Derek, parpadeando confuso.

—Yo ya he terminado lo que vine a hacer aquí —comentó ella con voz fría y actitud aún más gélida mientras se atusaba el pelo sin mirarlo.

—¿Perdona?

Derek estaba alucinado. ¿Dónde se había ido la Rebeca que hacía solo diez segundos le devoraba los labios hasta dejarle sin aliento y le hacía el mejor trabajo manual de su vida?

Ella se giró, lo miró de arriba abajo y sonrió con maldad.

—Puedes terminar tú. Seguro que sabes cómo se hace.

Caminó hacia la puerta ante un atónito Derek, que no acababa de creerse lo que estaba pasando. Antes de salir del baño, él reaccionó y la cogió por la muñeca para detenerla.

—¿Cómo que has acabado ya? —Tiró de ella para que diese la vuelta y verle la cara—. Aún no me he corrido. Acaba lo que has empezado —le ordenó con rabia.

Rebeca forcejeó para soltarse de su agarre. Los dedos de Derek alrededor de su brazo la quemaban.

—Además, has dicho que luego me dejarías probarte —añadió él, al tiempo que Rebeca conseguía desprenderse de su mano.

—Lo bueno se hace esperar —contestó ella con maligna sonrisa—. ¿Nunca has oído que cuanto más se retrasa el orgasmo, mayor placer obtienes al llegar a él? —Le dio unas palmaditas en el pecho—. Lo hago por tu bien. Para que disfrutes más. Ya me agradecerás el favor después, guapetón.

Y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Derek pasó los siguientes cinco minutos maldiciendo mientras esperaba que la erección de caballo que tenía bajase y pudiera salir del baño.



Capítulo 4

A la mañana siguiente, Rebeca se despertó eufórica. Cada vez que recordaba la cara de Derek cuando le dejó con la miel en los labios, la diosa que llevaba dentro daba saltos de alegría. Se recreó en cada instante con él, en el morbo del momento. Allí, en el aseo de un pub, donde cualquiera les podía haber pillado en plena faena.

Se rio ella sola en mitad de la cama.

Recordó los ardientes besos de Derek. El anhelo con el que la miraba, como si ella fuera la única mujer en el mundo para él, y cómo la hizo sentir. Especial. Pero ella sabía que, ni era única para Derek, ni especial. Simplemente era una más de su larga lista.

Debía tener cuidado, pues el juego podía volverse en su contra. Su encuentro en el baño con él le había gustado demasiado y había tenido que hacer uso de todo su autocontrol para no dejarse llevar y rendirse a Derek. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo y sexy el condenado? ¿Por qué tenía que encenderla tanto con sus caricias y sus besos?

Cada vez que recordaba las manos de Derek recorriendo su cuerpo, estimulando sus terminaciones nerviosas, se calentaba. Y cómo salió él del baño más tarde, enfurecido y, sin despedirse de nadie, se largó del pub.

Se obligó a apartar de su mente a ese hombre al que deseaba y odiaba a partes iguales, y se levantó de la cama para ir a desayunar.

Al llegar a la cocina se encontró con una nota de Trent en la que le indicaba que trabajaría hasta las cinco de la tarde. Se disculpaba por dejarla sola casi todo el día, pero al ser laborable, no podía faltar al bufete de abogados donde trabajaba.

Desayunó rápido y se metió en la ducha. Minutos después, mientras se secaba con la toalla, llamaron a la puerta. Se la enrolló alrededor del cuerpo y fue a abrir.

—¡Vaya! ¡Menudo recibimiento! —exclamó Derek con una sonrisa de oreja a oreja al encontrársela de aquella manera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida, ciñéndose más la toalla al cuerpo.

—Anoche me dejaste a medias —soltó él dando un paso hacia delante y metiéndose en el piso de su hermano Trent.

Rebeca lo miró boquiabierta. ¡No pensaría que iba a terminar en ese momento lo que había comenzado la noche anterior! ¡Ni loca!

Derek colocó un dedo en la barbilla de Rebeca y le cerró la boca.

—Es broma, preciosa —dijo sin perder la sonrisa de anuncio que iluminaba su cara—. Aunque me encanta el sexo matinal, bueno, más bien, me encanta el sexo a cualquier hora del día o de la noche. —Recorrió con ojos codiciosos su cuerpo, apenas cubierto por la toalla. Rebeca pudo sentir todo el calor que emanaba de las pupilas de Derek abrasándola—. Ahora no puedo entretenerme. Ni siquiera para un polvo rápido. Tengo que irme a Warwick para una sesión de fotos.

—Y entonces, ¿qué haces aquí?

Rebeca dio un paso atrás. Necesitaba distanciarse de ese maldito hombre que la calentaba en décimas de segundo y hacía que se derritiese como la mantequilla puesta al sol.

—He venido a buscarte. Mis hermanos estarán todo el día trabajando y tú te quedas sola, así que he pensado que podías venirte conmigo y yo te entretengo.

Rebeca abrió la boca para replicar, pero Derek continuó hablando.

—Además, Warwick es una zona preciosa y recuerdo que me comentaste una vez que te gustaban mucho los castillos y las historias de príncipes y princesas.

—Me sorprende que recuerdes algo que te conté hace diez años —comentó ella frunciendo el ceño.

—Tengo buena memoria.

«Ya. Pero en aquel entonces yo era una chica a la que te querías llevar a la cama y no creo que escuchases ni una sola palabra de lo que te conté sobre mis gustos», pensó Rebeca. Aunque al parecer se equivocaba porque Derek sí recordaba aquello que le había explicado ella.

—¿Has desayunado ya? —le preguntó él intentando no mirar más abajo de los ojos de Rebeca. Si lo hacía, corría el riesgo de abalanzarse sobre ella y no salir de la cama en todo el día.

—Sí. Antes de ducharme.

—¡Genial! Vístete. Quiero salir en diez minutos. ¿Serás capaz de estar lista en ese tiempo? —la provocó.

—Pues claro que sí —contestó ella de mal humor.

Derek la miraba con el fuego ardiendo en sus pupilas. Recorrió cada centímetro del cuerpo de Rebeca y ella se derritió bajo el poder de aquellos ojos abrasadores que

estaban consiguiendo que, poco a poco, las neuronas de su cerebro se fundiesen. Aun así, logró sobrevivir al escrutinio intenso de él. Dio la vuelta y salió en dirección al cuarto de invitados que ocupaba para vestirse.

Echa un manojo de nervios, Rebeca se puso la ropa más cómoda que había llevado a Londres. Miró por la ventana y comprobó que el cielo estaba nublado y amenazaba lluvia. Pensó que quizá Derek no podría realizar su sesión de fotos como estaba previsto. Casi mejor. Así no tendría que estar con él. La noche anterior había estado cerca de sucumbir a sus encantos. No tenía la certeza de que hoy pudiera hacer lo mismo. Cuando estaba cerca de Derek, su fuerza de voluntad flaqueaba. Y cuando él la tocaba... ¡Dios!, ese hombre era capaz de hacerle perder la capacidad de razonar con solo una caricia.

Cuando salió de la habitación, Derek la esperaba apoyado en la pared frente a su puerta con las manos en los bolsillos del pantalón. Estaba irresistible todo de negro, con vaqueros y camisa. Las mangas de la camisa las llevaba enrolladas hasta los codos, dejando ver sus fuertes antebrazos y un par de botones sin abrochar, que mostraban parte del oscuro vello que le cubría el torso. El corazón de Rebeca comenzó a latir veloz y miles de pensamientos lujuriosos cruzaron su mente. Se obligó a desviar su atención de ese maldito hombre tan guapo. No le gustaba el camino que sus pensamientos seguían.

Una vez en la calle, Derek se acercó a un impresionante Jaguar azul y le abrió la puerta para que Rebeca entrase en el vehículo, haciendo alarde de toda la caballerosidad inglesa que poseía. Cuando él se sentó frente al volante, la escaneó con la mirada.

—Te queda muy bien esa bandana. Estás muy guapa —comentó sonriente.

Rebeca se llevó una mano a la cabeza y se quitó el pañuelo que le cubría parte del pelo. En ese momento, no quería que él la viese guapa. Es más, no quería estar allí con Derek y no entendía cómo no le había mandado a tomar viento cuando le vio aparecer en casa de Trent.

Recordó su pequeña venganza y gimió interiormente. Estaba hecha un lío. Por un lado, deseaba seguir adelante con su plan. Por otro, quería que él desapareciese de la faz de la Tierra y poder vivir tranquila.

Derek se rio por el gesto de mal genio que vio en ella.

—Si te digo que con esos pantalones y esa camiseta estás muy sexy, ¿te los quitarás también?

—No hagas que me arrepienta de pasar el día contigo, Derek. Cállate y conduce.

Él estalló en carcajadas y, arrancando el Jaguar, partieron de Londres en dirección al condado de Warwickshire. A medida que se alejaban de la capital inglesa, el tiempo mejoraba y para cuando llegaron al pueblecito de Stratford-upon-Avon, lucía un sol maravilloso. Durante el viaje, Derek le contó parte de la historia del castillo y los alrededores.

—¿Te apetece parar un rato? —preguntó Derek al llegar a esta villa medieval—. Podíamos tomar algo y visitar el pueblo. Aquí nació Shakespeare. Y estoy seguro de que te gustará. Es muy bonito. También hay un mercado medieval por el que podemos pasear si quieres.

Minutos más tarde, deambulaban entre los puestos de comida y artesanía cuando Rebeca se paró frente a uno de muñecas hechas con goma EVA y estaba admirando las diferentes manualidades que en él se mostraban cuando oyó un clic, seguido de otro y otro más.

Cuando levantó la vista de las bonitas muñecas y miró a su alrededor para ver de dónde provenía el sonido, se encontró con Derek a pocos metros de ella sacándole fotos.

—¿Qué haces? Yo no soy una de tus modelos. No quiero que me hagas fotos —gruñó más enfadada que una famosa que ha pillado al *paparazzi* de turno robándole instantáneas.

—¿Por qué te molesta que tome fotos de ti? ¿Temes salir mal? Mira. —Le enseñó la pantalla digital de la cámara donde ella pudo ver las tres instantáneas que Derek le había sacado en esos momentos—. Estás espléndida. La cámara te adora. Tienes un cuerpo espectacular y un rostro precioso, y yo solo quiero tener un recuerdo de este día.

Rebeca se quedó mirando las fotos en la pantalla de la cámara pensando que Derek tenía razón. Había salido bastante bien. Pero aun así no quería que él tuviese recuerdos suyos. Era como entregarle una parte de ella misma y él no se la merecía. Bastante tenía con haberle regalado su virginidad. Algo que él no supo valorar.

—Bórralas —exigió secamente.

Derek se rio.

—No.

—Pues lo haré yo.

Intentó cogerle la cámara, pero él retrocedió, impidiéndoselo.

—No quiero que tengas fotos mías.

—¿Por qué?

—Porque no te lo mereces.

Él la miró extrañado.

—¿Por qué? —Volvió a preguntar.

«Porque eres un cabrón malnacido que se rio de mí después de hacer el amor. Porque les contaste a tus amigos cosas íntimas sobre nosotros y porque te burlaste diciendo que me habías hecho un favor acostándote conmigo porque nadie más hubiera querido hacerlo», estuvo a punto de soltarle, pero se contuvo.

—Está bien. Haz lo que te dé la gana —contestó enfadada.

Derek se quedó un momento contemplándola. Incluso con ese gesto enfurruñado en su cara, estaba preciosa. Pero no quería que ella estuviera molesta con él. Quería verla sonreír. Quería que Rebeca se mostrara cariñosa, amable y alegre con él.

Por eso, se giró hacia el puesto donde estaban las muñecas que ella había estado mirando un momento antes de su pequeña discusión y cogió una para regalársela. Además, acertó en su elección, pues la muñeca seleccionada tenía mucho que ver con Rebeca, ya que iba vestida de enfermera y ella desempeñaba esa labor en su vida diaria.

—Por favor, no te enfades —comenzó a hablar Derek dulcemente—. Solo son unas fotos. Mira —dijo tendiéndole la muñeca de goma EVA—, acepta este detalle a cambio de las instantáneas que he tomado.

—No quiero que me regales nada, Derek. No tienes por qué hacerlo. —Ella lo miró sorprendida. ¿Por qué hacía Derek eso? Seguramente para conseguir llevársela a la cama cuando volvieran a Londres. ¡Pues iba listo! Porque Rebeca no pensaba caer en sus redes. Como mucho, le calentaría como había hecho la noche anterior y de nuevo le dejaría en la estacada.

—Sí, tengo que hacerlo —respondió él mientras pagaba la muñeca—. Es una ofrenda de paz. Estás muy guapa cuando te enfadas. —La miró a los ojos y sonrió—. Pero estás aún más guapa cuando sonríes. Tus ojos brillan con una fuerza que ni las estrellas podrían competir con ellos.

Rebeca lo miró alucinada. ¿Derek acababa de soltarle esa cursilada? Claro. Seguro que era otra táctica más para conseguir acostarse con ella. Él era un seductor nato y sabía cómo regalarle los oídos a las mujeres con palabras bonitas para que sucumbieran a sus deseos.

Derek la observaba en silencio. Su sonrisa aún intacta en su cara. Pero por dentro estaba preguntándose de dónde narices le había venido aquella inspiración para decirle algo así a Rebeca. Vale que él solía adular a las mujeres para conseguir sus propósitos, pero nunca les decía cosas románticas como la que acababa de soltar por su boca.

Sin saber cómo ni por qué, Rebeca esbozó una lenta sonrisa.

—Vaya... ¿Acaba de salir el sol o me has sonreído? —exclamó él contento. «Otra tontería más que se me ha escapado. Pero ¿qué me está pasando con esta mujer?», pensó con una confusión interior que trató por todos los medios de que Rebeca no notase.

Rebeca le miró a sus azules ojos perdiéndose en ellos durante un instante, para decirle, una vez que se hubo recuperado del hechizo de su mirada:

—Está bien. Puedes quedarte con mis fotos y yo aceptaré la muñeca. Además, es preciosa. Muchas gracias.

Continuaron su viaje hacia el castillo de Warwick, al que llegaron poco antes de la hora prevista. Rebeca estaba absorta contemplando el imponente edificio junto al río Avon, con sus torres y sus murallas, imaginando la vida allí en la Edad Media, con princesas que esperaban ser rescatadas por caballeros de brillante armadura a lomos de su corcel. Derek se acercó por detrás a ella, sorprendiéndola al hablarle en un murmullo al oído.

—¿Soñando despierta?

Pudo notar el calor que desprendía el cuerpo de Derek, tan cercano al suyo en ese momento, y las cosquillas que su aliento le hizo en la oreja le resultaron deliciosas. Sin volverse hacia él, contestó.

—Sí. Con princesas y caballeros. Esto es precioso. El castillo me parece realmente espectacular y los alrededores son... —Dudó unos segundos. No encontraba la palabra adecuada—. Es un paisaje maravilloso.

Cuando se giró para encarar la mirada de Derek percibió en sus ojos todo el deseo que sentía por ella y el corazón de Rebeca comenzó a latir desbocado. Le vio con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y supo inmediatamente que Derek estaba conteniéndose. Rezó porque él la pegase a su cuerpo abrazándola con fuerza y se apoderase de su boca con un beso que los consumiera a ambos por completo. Y se riñó a sí misma por albergar esta esperanza.

—¡Derek!

Oyeron una voz masculina que le llamaba, interrumpiendo el momento que estaban viviendo. Derek cerró los ojos y bajó la cabeza. Rebeca observó cómo en pocos segundos desaparecían de su cuerpo la pasión y el anhelo, y sacaba a la luz al Derek bromista y divertido que estaba empezando a conocer.

Él abrió los ojos de nuevo y, girándose hacia el hombre alto y atractivo que lo llamaba, exclamó con una sonrisa en el rostro:

—¡Joel! Tú siempre tan oportuno.

—¿Qué pasa? ¿He interrumpido algo? —preguntó el aludido dirigiéndole a Rebeca una lobuna sonrisa.

Joel terminó de cubrir la distancia que le separaba de la pareja y, dándole un amistoso puñetazo a Derek en el estómago, se giró hacia Rebeca.

—¿Y esta preciosidad es...?

—Rebeca —contestó ella con una sonrisa, al tiempo que alargaba una mano para estrechársela.

—Joel Mackenzie.

Cuando Joel le cogió la mano, se la llevó a los labios para depositar en el dorso un beso. Rebeca sintió que se ruborizaba y Derek, al notar las mejillas enrojecidas de su objeto del deseo, carraspeó celoso antes de decirle a su amigo:

—No hemos venido a ligar, ¿cierto?

La mirada que le lanzó a su socio no dejaba lugar a dudas de que la joven no estaba disponible. Este soltó la mano de Rebeca inmediatamente.

—Cierto —respondió Joel—. Pero siempre es un placer conocer a una bella mujer.

—Anoche conocí a tu hermano Adam —comentó Rebeca para entablar conversación con el amigo de Derek. Sabía que él se sentía amenazado por la presencia de otro hombre que podía resultarle atractivo a ella y aprovechó la situación.

—¿Ah, sí?

—Cenamos en su restaurante —le explicó ella sonriéndole como si Joel fuera un rico helado y Rebeca estuviera a punto de comérselo.

—Tenemos trabajo —intervino Derek, desesperado por desviar la atención de Joel sobre Rebeca. No le gustaba nada cómo se miraban aquellos dos—. Cuanto antes empecemos, antes terminaremos. ¿Han llegado ya todas las modelos?

—Sí. Ya está todo listo. Vamos —contestó Joel notando la incomodidad de su amigo.

Derek se arrepintió de haber llamado a Joel para que le ayudase con la sesión de fotos de esa mañana. Su amigo normalmente se dedicaba a fotografiar paisajes, animales y demás para *National Geographic*, pero como la sesión se realizaba rodeados de naturaleza, a los pies del castillo, quiso que él estuviera allí para asesorarle. Así que ahora tocaba tragarse la bilis que le había subido por la garganta al ver coquetear a Rebeca con él y hacer el trabajo lo más pronto posible.

Derek cogió a Rebeca de la mano. Un gesto que a ella le sorprendió mucho. Era la primera vez en toda la mañana que la tocaba y supo que quería marcar su territorio frente al otro hombre.

Echaron a andar hacia una explanada cercana al castillo cubierta por una verde capa de césped, donde había tres jovencitas y dos chicos junto a un par de hermosos caballos. Uno negro y el otro castaño. Varios sillones de mimbre y utensilios para la sesión fotográfica repartidos por allí cerca. Un grupo de personas rodeaba a los modelos dándoles los últimos retoques de maquillaje, peluquería y vestuario.

Derek cogió uno de los sillones de mimbre y, separándolo del resto, lo colocó a varios metros de distancia de donde se desarrollaba toda la actividad. Con un gesto de la mano, le indicó a Rebeca que le esperase allí sentada y ella corrió a ocupar su puesto.

Contempló admirada cómo trabajaba Derek. Las órdenes que les daba a los modelos eran claras y sencillas, y los felicitaba continuamente por interpretar a la perfección lo que él les pedía.

Rebeca lo vio tan absorto en su trabajo que no quiso molestarle cuando decidió

entrar en el castillo para hacer una de las visitas guiadas que Derek le había dicho que hacían allí. Así que se levantó de su sillón de mimbre y se fue sin decir nada.

Recorrió el interior del castillo de Warwick junto a un grupo de personas y escuchó muy atenta todas las explicaciones del guía. Cuando terminó la visita y salió al exterior, comprobó que Derek y el resto de las personas que trabajaban en la sesión fotográfica aún continuaban haciéndolo. Se dirigió entonces hacia el río Avon y se sentó en la mullida hierba, empapándose de la tranquilidad que se respiraba en el ambiente. Se quitó la cazadora de cuero para que los rayos de sol le calentasen los brazos y el escote.

Cerró los ojos y levantó su cara hacia el cielo. Estaba tan absorta en la paz que sentía en esos momentos que no se dio cuenta de que alguien se acercaba a ella hasta que oyó su voz.

—¿Dónde te habías metido? Llevo un buen rato buscándote.

Se giró sobresaltada para encontrarse con Derek, que llevaba en una mano las riendas de uno de los caballos que habían usado para la sesión. Estaba imponente vestido todo de negro junto al caballo del mismo color.

—¿Ya has terminado de trabajar? —preguntó Rebeca, ignorando su comentario.

—Sí. Ya hemos recogido todo y los demás se han marchado. ¿Dónde estabas?

—He visitado el castillo y luego he venido aquí.

«¿Por qué le daba explicaciones sobre lo que había estado haciendo? ¿Qué narices le importaba a él?», pensó Rebeca confusa.

—Al no verte cerca, me he preocupado por si te hubiera pasado algo.

Rebeca lo miró sorprendida. ¿Demostrar intranquilidad respecto a su seguridad y bienestar era otra táctica para ligar con las mujeres?

Pero Derek parecía sincero en su declaración. ¿De verdad se preocupaba por ella? ¿Porque no le sucediera nada malo mientras estaba bajo su cuidado?

—¿Te apetece dar un paseo? —Derek señaló con la cabeza al hermoso corcel, sacándola de sus cavilaciones.

—Yo... —Titubeó unos segundos—. Sí, pero no sé montar.

—Tranquila. Yo lo llevaré.

Rebeca se levantó del suelo y se acercó al caballo negro como el azabache. Derek la aupó hasta el lomo del animal, cogiéndola por la cintura e indicándole que debía montar a horcajadas. Después se subió él colocándose detrás de ella.

Con una mano agarró las riendas del alazán, mientras con la otra apretaba contra su cuerpo a Rebeca, asiéndola por la cintura. Un hormigueo le recorrió el estómago al notarse pegada a Derek. Cuando el animal echó a andar no pudo evitar dar un gritito y agarrarse a la mano con la que Derek la tenía sujeta.

—Tranquila, princesa. Blake es un caballo muy dócil.

En cuanto Derek la tuvo entre sus brazos en lo alto del caballo, sintió el impulso de salir corriendo con ella y desaparecer de la faz de la Tierra para cumplir sus más oscuras y perversas fantasías. Pero se controló.

El aroma de Rebeca, a fresas, le invadía las fosas nasales haciendo que su mente se nublara por el deseo contenido que había estado sufriendo buena parte del día.

Rebeca estaba de lo más sexy con sus vaqueros ajustados, las botas hasta las rodillas y la camiseta, bastante ancha en el cuello que le caía hacia un lado enseñando todo el hombro y parte del brazo. Derek se quedó embelesado admirando la porción de piel cremosa que tenía a su alcance, tan cerca de sus labios que con solo inclinarse un poco podría recorrerla con sus besos. Y no dudó en hacerlo. Ahora estaban solos y podía satisfacer sus instintos más primarios.

Rebeca sintió cómo los labios de Derek depositaban un beso en su hombro y continuaban su camino hacia su cuello, dejando un rastro de fuego allí por donde pasaban, hasta que se detuvieron en su nuca. Inclino la cabeza hacia un lado para dejarle libre acceso. Ella también lo deseaba. Notó la respiración entrecortada de Derek contra su piel. La mano que la sujetaba por la cintura ascendió en dirección a uno de sus pechos hasta que consiguió alcanzar su objetivo. Se lo acarició por encima de la camiseta mientras la sangre le martilleaba en las venas a Rebeca y su sexo comenzaba a humedecerse.

—Derek... —susurró con un pequeño jadeo.

—Mi princesa...

Él detuvo el caballo. La mano que acariciaba el pecho de Rebeca continuó subiendo por su garganta hasta coger la mandíbula de ella. La obligó a girar la cara hacia él. Derek se inclinó sobre el rostro de Rebeca y reclamó su boca con un enloquecedor beso que hizo que ella se derritiese en sus labios.

Él recorrió con su húmeda lengua la tentadora boca de la joven y, cuando esta le permitió el acceso a su interior, profundizó el beso mientras gemía contra ella.

Rebeca notaba en la costura de su trasero el miembro endurecido de Derek y cómo sus besos la obligaban a ir más allá. A dejarse llevar. Se aferró a las crines del caballo porque tenía miedo de que la pasión de ese momento le hiciera perder el sentido y caerse.

—Derek... Para... —gimió contra sus labios.

—¿Por qué? Te deseo tanto...

—No.

Ella se distanció de los abrasadores labios de Derek todo lo que pudo y le miró a los ojos azules.

No podía dejarse llevar. No podía permitir que su cuerpo se rindiera a Derek. A sus besos y sus caricias. No quería sufrir de nuevo por él.

Derek vio en sus ojos castaños la lucha interna que Rebeca tenía. Supo que también le deseaba. ¿Por qué se contenía entonces? ¿Qué le pasaba a Rebeca?

—¿Estás jugando conmigo? —le preguntó molesto.

Ella parpadeó sorprendida. ¿Se había dado cuenta él de lo que ella tramaba? ¡Pues sí que era mala actriz!

—Lo que estás haciendo tiene un nombre —continuó hablando él—. Primero, me calientas. Luego, me rechazas. Igual que anoche. ¿Qué pasa, Rebeca? ¿Así es como haces tú con los hombres? ¿Te gusta ponerles cachondos y luego dejarles con la miel en los labios?

—No se te ocurra insultarme —siseó enfadada. La sorpresa inicial se había evaporado del todo—. No me gusta nada lo que estás insinuando.

—Yo no insinúo nada. Solo estoy constatando un hecho. Si tanto te molesta, ¿por qué no acabas lo que empiezas? Lo que comenzaste conmigo anoche. Y ahora. Me dejas besarte y acariciarte. Luego me rechazas. ¿Qué pasa contigo, Rebeca?

—¡Estamos en mitad del campo! —exclamó ella, mirándolo como si le hubiesen salido dos cabezas. ¿Pretendía Derek que tuvieran sexo allí mismo? ¡Estaba loco!

—Anoche no te importó cuando me tocabas la polla en el aseo del pub. Cualquiera podría haber entrado y sorprendernos.

—No es lo mismo —dijo entre dientes ella, clavando sus ojos en los de Derek—. Esto está lleno de turistas que vienen a visitar el castillo y los alrededores.

Derek se inclinó sobre su cara y, a escasos centímetros de la boca de Rebeca, murmuró:

—Si es por eso, nos marchamos ahora mismo a Londres. Y, en cuanto lleguemos, te quiero desnuda en mi cama. Sin juegos. Vas a terminar lo que has empezado, preciosa —la amenazó—. Me encargaré de ello.



Capítulo 5

—No puedes obligarme a subir a tu casa, Derek —insistió Rebeca cruzada de brazos en el asiento del coche frente al edificio donde vivía él.

—Puedes terminar tu trabajo aquí mismo. —Derek sonrió cínicamente.

—¡Ja! Si piensas que me lo voy a montar contigo en el coche, vas listo —se mofó ella.

La lluvia caía sobre el vehículo con fuerza haciendo un ruido molesto. Habían regresado de Warwick hacía unos minutos al Londres nublado y lluvioso. Rebeca echaba de menos el calor de sol que allí había disfrutado. Aunque, en realidad, no tenía frío porque la mirada de Derek la estaba abrasando.

Pero no iba a ceder a sus deseos. Ni a los de su propio cuerpo, que pedía a gritos bajar la guardia y darse un buen revolcón con ese hombre tan condenadamente guapo que haría realidad sus fantasías prohibidas.

—Llévame a casa de Trent —le ordenó a Derek.

Él la ignoró por completo. Se acercó a ella todo lo que pudo y la aprisionó contra la puerta del coche.

—No te vas a escapar —dijo con un susurro que hizo que el corazón de Rebeca latiera desbocado.

El olor al gel de ducha que usaba Derek se le metía por las fosas nasales y la aturdí. Pero tenía que ser fuerte y luchar contra él.

Puso sus manos en el pecho de Derek y sintió todo el calor de su cuerpo en las palmas.

—¿Vas a forzarme? ¿No tienes suficiente con haberme desflorado cuando era más

joven, que ahora quieres violarme? —soltó Rebeca para herirle en su ego masculino.

Pero no tuvo el efecto que ella buscaba.

—Estoy orgulloso de haber sido tu primer hombre, ¿sabes? —contestó él sonriendo, mostrando todos sus blancos y perfectos dientes. A Rebeca le dieron ganas de borrarle esa estúpida sonrisa de su cara con un bofetón—. Habrá muchos otros en tu vida, pero el primero siempre seré yo. Me recordarás, para bien o para mal. Eso no podrás evitarlo mientras vivas.

—Eres un cerdo —comenzó a insultarle—. Un capullo. Un engreído. Gilipollas...

No pudo continuar.

Derek se apoderó de su boca mordiéndole los labios. Haciéndole daño. Pero eso no le importó. Esa mujer debía ser suya. *Necesitaba* desesperadamente que fuera suya. Tenerla desnuda y expuesta para él en su gran cama. Disfrutar de ese cuerpo perfecto que Rebeca poseía.

El móvil de Rebeca comenzó a sonar. Ella lo empujó con todas sus fuerzas para romper el agresivo beso que Derek le estaba dando, y que a ella le estaba gustando demasiado a pesar de todo, y buscó el teléfono en su bolso.

—Dime, Kim —contestó aun sintiendo en sus labios un dulce cosquilleo y el sabor a menta de la boca de Derek. Tras unos segundos escuchando lo que su amiga le contaba, Rebeca añadió—. Pues no lo sé. Tu hermanito me tiene secuestrada. Estamos parados frente a su casa y quiere violarme aquí mismo, en el coche. Vais a tener que venir Trent y tú a rescatarme antes de que me canse de sus tonterías y atente contra la virilidad de Derek.

Este la miró enarcando una ceja. Rebeca continuó escuchando a Kim al teléfono. Cuando colgó se volvió hacia Derek, sonriendo victoriosa.

—En cinco minutos estarán aquí tus hermanos.

Él resopló.

—Estás jugando conmigo. Lo sé. —La miró muy serio—. Y no me gusta nada. Ninguna mujer me ha hecho lo que estás haciendo tú. Esta especie de... —dudó, buscando la forma correcta de expresarlo—... seducción peligrosa a la que estás jugando. Y no voy a consentirlo. No soy un muñeco para que tú te diviertas.

—Yo no te pedí que me llevaras contigo hoy, ni que me besaras cuando estábamos a lomos del caballo —se defendió ella, cruzándose de brazos.

—¿Por qué haces esto, Rebeca? Sé que me deseas. Igual que yo a ti.

De repente, la conversación mantenida con Trent en el pub cruzó por su mente.

—¿Intentas vengarte de mí por algo que te hice en el pasado? —quiso saber él.

Rebeca contuvo la respiración y Derek supo que había acertado de lleno con su pregunta.

—Que yo recuerde, no te juré amor eterno ni nada por el estilo. No entiendo qué puedes tener contra mí para querer vengarte.

Rebeca agarró el tirador de la puerta para abrirla y bajar del vehículo. No soportaba ni un minuto más en compañía de Derek con todos los recuerdos del pasado que la estaban bombardeando.

Al ver su gesto, él la detuvo.

—Dímelo —exigió—. Seguro que fue algún malentendido que podemos solucionar ahora mismo.

—Suéltame. Tus hermanos tienen que estar a punto de llegar.

—No hasta que me digas qué fue lo que hice mal.

Se volvió hacia él furiosa.

—¿Para qué? ¿Para qué te vuelvas a reír de mí como entonces? —le gritó, sintiendo como los dedos de Derek en torno a su muñeca le quemaban la piel.

—¿Cuándo me he reído de ti?

Derek parpadeó confuso.

Unos toques en el cristal del auto les sacaron de su particular discusión. Kim y Trent estaban allí, bajo un gran paraguas, esperando que Rebeca descendiera del vehículo.

—¿No has dicho que tenías buena memoria? Pues úsala —le espetó ella, tirando del brazo para conseguir soltarse.

Bajó del coche veloz, como si el auto estuviera en llamas y ella pudiera perecer calcinada, y se unió a sus amigos, que le hicieron entrega de otro paraguas.



Capítulo 6

El sábado amaneció radiante. El sol brillaba en el cielo y algunas nubes blancas se dedicaban a decorarlo. En la puerta de la iglesia se congregaban los invitados a la espera de que la novia hiciera su aparición. Tras aparcar el coche de Trent no muy lejos de allí, Rebeca se colgó de su brazo y ambos se dirigieron hacia la entrada del templo.

Derek charlaba animadamente con su primo Tom cuando este exclamó, mirando por encima de su hombro:

—Pedazo de mujer que acompaña a tu hermano Trent.

Derek siguió la dirección de la mirada de Tom y se encontró con una Rebeca deslumbrante. Llevaba un vestido largo hasta los pies de color cereza, que se ajustaba a su esbelto cuerpo marcando todas sus sensuales curvas. Los tirantes del vestido estaban cubiertos de pedrería y esta cruzaba por debajo del pecho de la mujer, realzándolo. El escote era bajo y, cada vez que Rebeca tomaba aire, sus pechos se llenaban haciendo que el vestido la oprimiera un poco en esa parte. Derek se quedó atontado al verla y, en cuestión de segundos, notó que su miembro se ponía duro. Comenzaron a picarle los dedos por la necesidad de tocar a esa sexy mujer.

Continuó con su recorrido por el cuerpo de ella hasta llegar a la curva de su trasero pequeño y respingón, como a él le gustaban. Se percató, demasiado tarde, de que Rebeca lo miraba con el ceño fruncido. Se había dado cuenta del escrutinio al que estaba siendo sometida por parte de Derek y no parecía contenta con eso.

Cuando sus miradas se encontraron, ella torció el gesto y se volvió para decirle algo a Trent. Se alejaron de allí y entraron en la iglesia.

Rebeca estaba muy nerviosa. Había pillado a Derek observándola. «Menudo chequeo me ha hecho», pensó. La manera ardiente en que él la miraba la había calentado. Su corazón latía desbocado y su mente recreaba fantasías prohibidas con él

como protagonista. Pero, aun así, se obligó a dejar de pensar en él. Ese hombre era peligroso para su salud mental y, sobre todo, para su dañado corazón.

Derek estaba increíblemente atractivo con el esmoquin negro y la camisa blanca. A Rebeca le había impactado, pero supo disimularlo bien. Sentada en un banco de la iglesia con Trent a su lado, oyeron los acordes de la marcha nupcial que indicaba que la novia estaba haciendo su aparición.

El almuerzo de la boda transcurrió tranquilo. Acomodados en una gran mesa redonda con Trent a la derecha de Rebeca y el primo Tom a la izquierda, intentando captar en todo momento la atención de la bella joven, Derek, frente a ella, la contemplaba envidiando a las dos personas de su familia que más cerca estaban de Rebeca.

Ella reía y charlaba animadamente con todos, excepto con él y eso empezaba a molestarle. En ningún momento dirigió su mirada hacia donde Derek se encontraba sentado, pero ella sabía que estaba siendo objeto de su continua atención. Al acabar la comida, pasaron al gran salón de baile que los novios, ahora marido y mujer, inauguraron con el típico vals.

Trent bailó varias piezas con Rebeca y cuando este la soltó para bailar con su hermana Kim, Tom aprovechó para estar con la española. Más tarde, Rebeca fue pasando de los brazos de unos a los de otros.

Agotada y con un dolor de pies tremendo a causa de los tacones de diez centímetros que llevaba a juego con el vestido, rehusó continuar con la tortura del baile y discretamente salió por una puerta lateral del salón. Esta la condujo a una terraza donde se sentó en un mullido sofá blanco con cojines dorados. Se recostó en él y cerró los ojos. Comenzaba a oscurecer y deseó que la boda terminase pronto para regresar a casa de Trent y descansar, a pesar de que lo estaba pasando bien.

—Has bailado con todos los hombres de la boda menos conmigo. ¿Estás evitándome?

Se irguió sobresaltada al oír la voz de Derek a su lado. Se había sentado en el sofá sin que ella se percatase. Intentó levantarse, pero él la agarró del codo y la obligó a quedarse donde estaba.

—No te vayas —le ordenó Derek apretando los dientes. Estaba furioso por no haber podido pasar dos minutos con ella y ahora no iba a dejarla escapar.

—Déjame —contestó Rebeca de malos modos intentando soltarse.

Pero no lo consiguió porque Derek le apretó más fuerte el brazo.

—¿Es que no podemos ser amigos? —preguntó él, cansado del jueguecito del gato y el ratón que se traían entre manos—. Escucha, ayer lo pasamos bien en Warwick y nunca me había pasado eso con una mujer.

Rebeca lo miró escéptica.

—Quiero decir —continuó él— fuera de la cama. Sabes que he sido un capullo

toda mi vida. Que he usado a las mujeres para mi uso y disfrute personal. Nada de amistades. Solo sexo. Pero... —Sacudió la cabeza y comenzó a acariciarle el brazo a Rebeca despacio, alterando todas sus terminaciones nerviosas—, contigo... ¡Maldita sea!, no sé qué me pasa contigo que quiero algo más. No te niego que deseo llevarte a la cama mucho más de lo que he deseado a ninguna otra. Pero también me gusta conversar contigo. Eres divertida e inteligente, y....

—¿Es otra de tus tácticas para ligar, Derek? —le interrumpió ella socarrona.

—No —suspiró él.

¿Qué diablos le estaba pasando con Rebeca? ¿Por qué ella le hacía sentir todas esas cosas?

—Por favor. Empecemos de nuevo. Sin reproches —suplicó y, tras lo que le pareció un siglo, Rebeca asintió de acuerdo.

Permanecieron unos minutos en silencio sentados en el sofá blanco, uno al lado del otro. La música se filtraba por la puerta abierta de la terraza donde estaban. Comenzó a sonar una balada. *Always* de Bon Jovi. Rebeca sonrió al reconocer la canción. Era una de sus preferidas y así se lo comentó a Derek.

—¿Quieres bailar? —preguntó él, levantándose y tendiéndole la mano a ella—. Por favor. Todavía no has bailado conmigo.

Ella aceptó su mano y, al instante, se vio envuelta por su cálido abrazo. Con los tacones que llevaba era casi igual de alta que Derek. Al principio, danzaron guardando las distancias. Pero poco a poco sus cuerpos fueron acercándose, atraídos como si fuesen imanes, hasta terminar con el firme y duro torso de Derek pegado al pecho de Rebeca.

Ella, que le agarraba por los hombros hasta ese momento, le echó los brazos alrededor del cuello y acomodó su cabeza en la curva de la garganta de él, con la frente pegada a ella, aspirando el olor de Derek.

Los dos notaban cómo la sangre corría enloquecida por sus venas. El deseo resurgió en ellos con fuerza. Pero ninguno supo si debían dar rienda suelta a lo que sentían o no. Ambos tenían miedo de estropear ese momento.

Derek, para tranquilizarse, comenzó a tararear la balada haciéndole cosquillas a Rebeca en la oreja con su aliento.

—Lo que daría por correr mis dedos por tu pelo, tocar tus labios, tenerte cerca....

La abrazó con más fuerza. Su corazón latía al mismo compás que el de ella. Se había creado un ambiente mágico y los dos desearon que la canción no terminase nunca. Instintivamente, Rebeca le besó en el cuello. Fue un beso corto, suave, apenas el roce de sus labios contra la tibia piel de Derek, pero lo suficientemente íntimo para crear un vínculo entre ellos.

—Y te amaré, *baby*, siempre... y estaré ahí por siempre y más... Estaré para ti hasta que las estrellas dejen de brillar... hasta que el cielo arda y las palabras dejen de

rimar... y cuando muera, estarás en mis pensamientos y te amaré siempre... siempre.

La balada finalizó, pero Derek y Rebeca continuaron abrazados unos minutos más. Él recorría lentamente la espalda de Rebeca con una mano, acariciándola, sintiendo el calor de su piel en las yemas de los dedos, haciendo que ella se estremeciera con su delicado contacto. Rebeca notaba cómo todas sus terminaciones nerviosas se alteraban excitadas con cada pasada de la mano de Derek por su cuerpo.

Él echó hacia atrás un poco la cabeza y la vio con los ojos cerrados, rendida por completo.

Y entonces....

La besó.

Tomó su boca con lentitud y, cuando ella entreabrió los labios y le devolvió el beso, Derek gimió de placer. Se afanó por hacer que el beso fuera el mejor que le habían dado a ella en toda su vida para que nunca pudiera olvidarlo. Invadió con su lengua la caliente cavidad de Rebeca, jugó con su gemela, le succionó el labio inferior y le mordisqueó la hinchada carne.

—Derek... —susurró Rebeca, derritiéndose en sus labios.

Rebeca se apretó más contra él. La sangre latía furiosa en sus sienes y le nublaba la razón. No debería besarle, pero lo deseaba tanto... Hundió las manos en su pelo y, tirándole de sus cortos mechones oscuros, lo atrajo más hacia ella. Notó la erección del hombre a través de los pantalones de su esmoquin, pegada a su vientre. Sonrió contra su boca.

—Rebeca...

Ella abrió los ojos lentamente y se encontró con la mirada color zafiro de Derek.

—Estás increíblemente atractiva y sexy con ese vestido. Pareces un ángel. Con el atardecer de fondo...

—¿Un ángel de rojo? Mejor un diablillo, ¿no? —le respondió ella con una sonrisa.

—Entonces serás mi diablillo. —Se inclinó y la besó de nuevo.

Rebeca dio un paso hacia delante para pegarse más al cuerpo de Derek y sus pies le llamaron la atención. Soltó un gemido de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Derek preocupado.

—Los tacones me están matando.

—Siéntate —pidió Derek, indicando el sofá—. Te daré un masaje para aliviarte un poco.

Rebeca se sorprendió al oírle. Derek, al ver su expresión, añadió con una enigmática sonrisa:

—Es uno de mis talentos ocultos.

Cuando se sentaron en el sofá, Derek colocó los pies de Rebeca en su regazo y le quitó los zapatos.

—Ponte cómoda. Relájate y disfruta.

Rebeca se recostó sobre el sofá, sonriendo al pensar en las palabras que él había dicho con esa voz ronca y sensual. Daba la sensación de que fuera a hacerle el amor en lugar de a darle un masaje en los pies.

—Tienes unos pies muy bonitos —comentó él mientras Rebeca emitía pequeños gemidos de placer.

Derek se imaginó cómo sería tenerla en su cama, abierta y expuesta para él. Jadeando y pidiéndole más y más. Recordaba perfectamente la única vez que se acostó con ella hacía diez años. Entonces era poco menos que una jovencita abandonando la adolescencia. Ahora tenía frente a él a una mujer.

Un pensamiento cruzó fugaz por su mente. Más bien fue un destello de algo, pero no logró retenerlo a tiempo. Era como parte de una conversación con sus amigos. Risas... Tan pronto su cerebro lo evocó, desapareció rápidamente.

La mano de Derek recorrió el suave empeine del pie con delicadeza y, lentamente, fue subiendo por su gemelo hasta llegar a la rodilla. Rebeca sentía cómo dejaba tras de sí un rastro de fuego allí donde la había tocado. Derek acarició la parte interna de su muslo con las yemas de los dedos hasta llegar a la liga de las medias. Se detuvo y observó a la hermosa joven que tenía frente a él. Recostada en el sofá, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, era toda una tentación. El corazón de Derek latía desbocado y le apremiaba a hacerla suya en ese mismo instante. El deseo hervía en sus venas quemándole.

Rebeca sintió cómo la mano de Derek abandonaba su dolorido pie para iniciar el ascenso por su pierna. La tímida caricia que le estaba regalando hizo que su ritmo cardíaco se acelerase. Tragó saliva y se preguntó si debería dejarle continuar. En el fondo de su ser se dio cuenta de que ansiaba que Derek llegase hasta su sexo, que comenzaba a humedecerse, y que jugará con él....

Jugar.

Una vocecita en su cabeza le dijo que con lo único que Derek jugaría sería con su corazón.

Él continuó con sus caricias hasta que llegó a rozar el tanga de Rebeca. Lo encontró mojado y sonrió orgulloso por el efecto que producía en ella. Le acarició los pliegues femeninos por encima de la prenda y, cuando intentó apartar a un lado la delgada tela para pasar el pulgar por su hendidura, Rebeca dio un respingo y, abriendo los ojos, con un manotazo le apartó de su objetivo.

—¡No! Derek...

—¿Por qué no? —preguntó Derek con la voz ronca por el deseo—. Tienes las pupilas dilatadas por la excitación. Tu corazón late más deprisa. Sé que lo deseas. Y

yo también. Estás mojada por mí. Por mis caricias. —Se inclinó sobre ella, que permanecía recostada en el sofá.

Colocó los antebrazos a cada lado del cuerpo de Rebeca y pegó su frente a la de ella.

—No podremos ser amigos así —susurró Rebeca y con su aliento le hizo cosquillas a Derek en los labios.

Derek la ignoró. Cubrió la poca distancia que le separaba de la boca de Rebeca y la besó de nuevo. Con pasión, ardor y lujuria.

Rebeca se debatía entre lo que le pedía su cuerpo y lo que le decía su mente. Sabía que disfrutaría enormemente del sexo con él, pero ¿y luego? ¿Cuándo sintiera su rechazo otra vez? ¿Cuándo la apartase de su lado como hacía con todas?

Con sus manos en el pecho de Derek, lo empujó con todas sus fuerzas para separarlo de su cuerpo. Lo consiguió y se levantó lo más rápido que pudo.

—He dicho que no.

Se miraron unos segundos en silencio, midiendo la fuerza del otro, hasta que Derek habló de nuevo.

—Solo una vez. Solo esta noche —suplicó.

Se levantó del sofá y caminó hasta ella. ¿Derek estaba suplicando un polvo? ¡Aquello era surrealista!

Rebeca retrocedió hasta chocar con la pared a su espalda. Derek aprovechó y la acorraló entre sus brazos poniéndolos a cada lado de sus hombros. Sin los tacones, le llegaba a la altura de la barbilla. Ella levantó la cabeza para mirarlo fijamente a sus azules ojos y el deseo que vio en ellos la hizo decidirse.

—De acuerdo. Solo esta noche.



Capítulo 7

Derek esbozó una sonrisa triunfal. La besó nuevamente y la agarró de una mano, cogiendo los zapatos de ella con la otra. Rebeca se sentó unos segundos en el sofá y se calzó las sandalias que Derek le tendía. Cuando hubo terminado, de nuevo en pie, Derek la volvió a besar dulcemente y ella supo que estaba conteniéndose para dar rienda suelta a su pasión una vez que llegaran a casa del inglés.

Al cruzar el salón de baile, Trent les salió al paso.

—Derek, necesito hablar contigo —le dijo a su hermano intuyendo dónde iban esos dos con tantas prisas.

—¿Tiene que ser justo ahora? —preguntó molesto Derek.

Kim también se acercó a ellos.

—Rebeca, ¡qué bien que te encuentro! Acompáñame al baño. Yo sola no puedo sujetarme la cola del vestido, hacer pis y aguantarme con las manos en las paredes para no sentarme en el inodoro —pidió, tirando de ella para alejarla de Derek.

Cuando consiguió separar a la pareja, corrió hacia el aseo con Rebeca pisándole los talones. Una vez dentro y tras comprobar que estaban solas, Kim se volvió hacia ella.

—¿Dónde ibas con mi hermano?

—¿Tú que crees?

—¿Vas a cumplir tu venganza esta noche?

Rebeca meditó unos segundos antes de contestar.

—No. Voy a hacer algo que llevo soñando mucho tiempo, aunque no he querido reconocerlo hasta ahora. —Miró a su amiga a los ojos, tan iguales a los de Derek, y frunció el ceño—. ¿Tú no ibas a hacer pis?

—Era una excusa —contestó Kim sonriendo.

Rebeca puso los ojos en blanco y se apoyó contra el lavabo de mármol rosado.

—Sé que no debería hacerlo. Al principio pensé vengarme de él y comencé un juego de seducción un tanto peligroso para mí, para mi corazón, pero me he dado cuenta de que le deseo muchísimo. Y, aunque tu hermano es un cabrón y después de esta noche se olvidará de mí, solo espero... —Suspiró—. Espero que no vaya por ahí contando cómo lo hemos pasado juntos. No soportaría que me hiciera dos veces lo mismo. Pero necesito darme un homenaje y Derek es una fantasía demasiado tentadora. No sé si me entiendes.

Kim afirmó con la cabeza.

—Créeme, te comprendo mejor de lo que piensas. A pesar del rollo que te solté sobre la venganza y todo eso, si yo tuviera la oportunidad de pasar una noche con mi objeto del deseo, lo haría. Aunque luego me arrepintiese toda la vida. Mejor tener un encuentro con él y atesorar ese recuerdo el resto de mi vida, que pasarla toda sin saber cómo hubiera sido estar entre sus brazos.

Rebeca la miró boquiabierta. Kim hablaba con una tristeza y con un sentimiento tan desgarrado que Rebeca no pudo por menos que abrazarla para darle un poco de... ¿consuelo?

—¿Por qué te has casado con Peter?

—Porque le quiero. Es obvio —contestó Kim con la barbilla apoyada en el hombro de Rebeca.

—No me engañes —la riñó la española.

—Es cierto.

Kim rompió el contacto y se distanció de su amiga, mirándola con el ceño fruncido.

—Quiero a Peter —afirmó.

—No estás enamorada de él. No es de Peter de quien me acabas de hablar ahora mismo.

Pero Kim ya no deseaba continuar con sus confidencias, así que se hizo a un lado para verse en el espejo y comenzó a retocarse los labios.

—Derek estará esperándote. Corre. Ve con él y disfruta.

—Mira, Kim, yo no digo que no quieras a tu recién estrenado marido. Seguro que le tienes muchísimo cariño, pero lo que sientes por Peter no es amor —continuó hablando Rebeca del tema anterior—. Trent y yo siempre hemos pensado que...

—Por favor, es el día de mi boda. No quiero más dudas. ¿De acuerdo?

En un lateral del salón de baile, cerca del pasillo que conducía al baño de señoras, Trent y Derek esperaban a que las chicas volviesen.

—¿La vas a llevar a tu casa? —preguntó Trent a su hermano mayor.

Este asintió.

—Haz el favor de no ir por ahí chismorreando luego tu encuentro sexual con ella —le pidió a Derek, que continuaba de brazos cruzados con la espalda apoyada contra la pared—. No creo que Rebeca soportase dos veces la misma humillación.

Derek se despegó de la pared y bajó los brazos, que colgaron a ambos lados de su cuerpo. Lo miró con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Solo quiero advertirte. Rebeca es mi mejor amiga. No le hagas daño.

—¿Por qué iba a hacerle daño? —preguntó Derek confuso—. Pasaré la noche con ella y los dos nos quedaremos con un bonito recuerdo de su estancia en Londres.

—Mientras que luego no publiques vuestra intimidad por ahí....

Y, de repente, Derek se acordó. Aquel pensamiento que había estado rondando su mente destelló en ella como un luminoso de neón.

—Espera un momento. —Posó una mano sobre el hombro de Trent que lo miraba fijamente—. Rebeca ha estado tan rara conmigo porque hace diez años me fui de la lengua y les conté a mis amigos lo que había hecho en la cama con ella, ¿verdad?

—En parte sí —confirmó su hermano—. Pero eso no fue lo peor. ¿Recuerdas cómo era ella entonces? Físicamente.

—Estaba bastante rellenita. Recuerdo que cuando se lo conté a mis amigos... — Se quedó un momento en silencio al darse cuenta de su gran metedura de pata—. ¡Joder! Me reí de ella por su físico. La humillé delante de todos.

Trent le dio la razón asintiendo con la cabeza.

Derek resopló molesto consigo mismo y maldijo para sus adentros. ¿Por qué había sido tan imbécil? Solo para que su orgullo masculino y su fama subieran varios puntos delante de sus colegas. Se mordió los labios pensando lo mal que lo tuvo que pasar Rebeca al oír sus comentarios graciosos sobre ella. Las risotadas de sus amigos. Por eso ella había desaparecido. Estaba herida. Y justo después de haberle entregado su mayor tesoro. Su virginidad.

¡Idiota! ¡Idiota! Ahora entendía muchos comentarios de ella y su actitud de esos días. Por eso ella le había calentado y luego dejado en la estacada. Para vengarse de él. ¿Tendría planeado Rebeca hacerle lo mismo esa noche?

—He sido un gilipollas —murmuró sacudiendo la cabeza.

—Te quedas corto.

—¿Qué puedo hacer?

—¿Pedirle perdón? —aventuró Trent arqueando una ceja. Era obvio que Rebeca se merecía una disculpa.



Capítulo 8

—Has estado muy callado todo el tiempo —comentó Rebeca, sentada en el sofá de cuero blanco del apartamento de Derek mientras degustaban un vino delicioso—. ¿Se te han pasado las ganas? —Sonrió, pinchándole seductoramente.

Derek, a su lado, observaba su copa colocada en la mesa central, entre el sofá y la pantalla de plasma.

Habían llegado al piso del inglés hacía más de diez minutos y Rebeca pensó que a esas alturas ya deberían estar en la cama. Sin embargo, nada más entrar en la casa, él la había dirigido al salón y le había servido vino.

Derek se volvió hacia ella y la contempló largo rato. Era tan hermosa. ¿Qué le estaba pasando con Rebeca? Desde hacía dos días no conseguía quitársela de la cabeza y ahora le remordía la conciencia por lo que le había hecho en el pasado. Él nunca se habría molestado por estas cosas con otra mujer, pero Rebeca...

—Te debo una disculpa —comenzó a decir—. He hablado con Trent y me ha hecho recordar. Por fin sé por qué te comportas así conmigo.

Rebeca inspiró hondo. ¿Ya sabía toda la verdad? ¿Por eso estaba tan silencioso? ¿Y se iba a disculpar? En esos momentos, pensó que ya no quería ninguna disculpa de Derek. Lo que quería, lo que anhelaba desesperadamente, era hacer realidad una de sus fantasías. Estar otra vez entre sus brazos. Tener de nuevo la oportunidad de disfrutar de una noche de sexo desinhibido con él.

Ella levantó la mano para hacerle callar.

—Déjalo, Derek. No he venido aquí esta noche para que me pidas perdón.

—Necesito hacerlo —confesó él, cogiéndole una mano a Rebeca y acariciándola el dorso con lentitud. Con cada roce de su dedo pulgar sobre la tersa piel de ella,

enviaba ráfagas de fuego por todo el brazo de Rebeca que llegaban hasta su corazón haciéndolo latir desbocado.

—Solo tenemos esta noche. Disfrutémosla —insistió ella.

Se acercó más a él y se subió el vestido hasta las caderas. Se acomodó sobre el regazo de Derek y se inclinó para besarle.

—¿O me vas a dejar con la miel en los labios? —preguntó melosa muy cerca de su boca—. ¿Ahora eres tú el que se vengará de mí?

Derek le dedicó una lenta sonrisa.

—No, preciosa. Pero necesito decirte que lo siento. Fui un capullo. Solo pensaba en mi ego, en quedar como el más machote de mis amigos... y te hice daño. No pensé que estarías cerca escuchando mi conversación.

—Si quieres que te perdone —Rebeca rozó con sus labios los de Derek—, hazme disfrutar esta noche. Mañana vuelvo a Madrid. Quiero cerrar este capítulo de mi vida. Ayúdame a hacerlo. Después, todo quedará en el olvido.

Rebeca se apoderó de la boca de Derek, de aquellos labios firmes y suaves, tentadores, mientras enredaba sus dedos en los mechones oscuros de él y tiraba para atraerle más hacia ella.

Derek deslizó las manos por la cintura de la mujer y la pegó a su cuerpo. Poco a poco, fue subiendo por la espalda de la prenda que Rebeca llevaba hasta dar con la cremallera. La bajó despacio, acariciando con las yemas la piel que iba descubriendo mientras Rebeca suspiraba de placer por su delicado contacto. Hizo a un lado los tirantes del vestido y, cuando ella sacó los brazos, él la levantó de su regazo para que el traje pudiera caer al suelo y librarla de él.

—Dios mío, qué hermosa eres —susurró Derek al contemplarla con la sexy lencería de encaje color cereza.

—Te toca —indicó Rebeca para que se desnudara también él, lo que hizo con velocidad, al tiempo que ella se deshacía de sus prendas íntimas.

Derek la cogió de la mano y la guio por el pasillo hasta su habitación. Una vez allí, se sentaron en la cama y comenzaron a besarse de nuevo.

Rebeca se perdía en sus besos y sus caricias hicieron que al instante estuviera húmeda y preparada para lo que vendría después. La boca de Derek devoraba la suya con fascinantes besos. Sus lenguas se unían en un baile caprichoso y sus respiraciones, cada vez más entrecortadas, les instaban a ir más allá.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó Derek mientras recorría con sus manos y sus cálidos labios la clavícula de Rebeca.

—Sí —contestó ella en apenas un susurro—. Nunca he deseado tanto algo.

—Yo también, pero....

—No, Derek. No digas nada. Solo tenemos esta noche. Disfrutémosla —insistió

ella.

Y, agarrándole de sus cortos mechones oscuros, le levantó la cabeza para atraerle de nuevo hacia su boca y besarle con desesperación. El corazón de Derek latía desbocado y su miembro pedía a gritos una liberación.

Derek se cernió sobre el cuerpo desnudo de Rebeca al tiempo que la tumbaba en la cama y comenzó a recorrer con sus tiernos besos el valle de sus senos. Capturó un pezón con la boca y lo lamió, deleitándose con su sabor y el aroma a fresas de la piel de Rebeca. Nunca olvidaría su olor. Cuando la punta comenzó a endurecerse, lo cogió entre los dientes y tiró suavemente de él, haciendo que Rebeca arquease la espalda y exhalara un jadeo de placer. Con la otra mano acariciaba mientras tanto el otro pecho y cuando sus dedos lograron que el otro pezón estuviera a punto, se lanzó sobre él con un hambre voraz.

—Me encanta tu olor... tu sabor...

—Sigue... Quiero más...

Rebeca abrió las piernas para que Derek se acomodase entre sus muslos, mientras él abandonaba sus senos y su lengua viajaba hacia su vientre, abrasándola allí por donde pasaba, haciendo que toda la sangre de su cuerpo se concentrase en sus ingles y su sexo reclamase la atención del hombre. Al llegar a él, Derek levantó la vista y miró a Rebeca directamente a los ojos, como pidiendo su permiso. Ella lo observaba con las mejillas enrojecidas por la excitación y, con un gesto de la cabeza y una sonrisa juguetona, le indicó que podía darse el banquete que estaba ansiando.

Derek bajó la cabeza admirando de nuevo el cuerpo desnudo de Rebeca, tan exuberante y precioso, y supo que nunca olvidaría ese momento. El momento en el que Rebeca iba a ser suya.

El picante aroma del sexo comenzó a inundar la habitación. Derek posó su boca sobre el ya mojado sexo de ella y comenzó con pequeños lametazos que, poco a poco, fueron aumentando de intensidad hasta que Rebeca comenzó a gemir y le agarró del pelo para impedir que Derek parase.

—Así, preciosa. Disfruta.

El aliento de Derek sobre la hendidura de Rebeca hizo que esta se estremeciera de anticipación y deseo, y sus palabras la tentaban como si él fuera su fruta prohibida. Su manzana del pecado. Cuando Derek comenzó a jugar con su hinchado clítoris, Rebeca se sintió desfallecer. Esos pequeños toques que le daba con su lengua la embriagaban, prometiéndole todo el placer que Derek le tenía reservado.

—Derek... No pares... Por favor... No quiero que pares nunca.

Consiguió decir Rebeca entre jadeos. Él sonrió contra su mágico botón.

—Tus deseos son órdenes, cielo.

Mientras Derek saboreaba la esencia de Rebeca, comenzó a introducirle un dedo, para, unos segundos más tarde, unirle otro más. No dejó de succionar y lamer su

sensible punto mientras la penetraba y veía cómo ella se consumía sin piedad. La respiración de Rebeca se aceleró más todavía junto con los latidos de su corazón. Derek estaba llevándola al precipicio y se preguntó cuánto tiempo tardaría en dejar que cayera.

De repente, el contacto de su lengua se desvaneció para ser sustituido inmediatamente por el dedo pulgar de Derek que, trazando tortuosos círculos sobre aquel nudo de nervios, hizo que Rebeca se ahogase en la necesidad de sentir su pene enterrado profundamente en su interior.

El inglés se incorporó para ver la expresión en el rostro de la española y se encontró con su mirada suplicante. Se acercó a sus labios y le devoró la boca, dándole pequeños mordiscos. Rebeca pudo sentir en su lengua el sabor de su propia excitación.

Cuando Derek se apartó de sus labios, ella se aferró más a él en señal de protesta. Se sostuvieron la mirada unos instantes viendo cómo sus ojos brillaban de necesidad. Con sus manos continuó el tortuoso ataque al sexo de Rebeca hasta que notó cómo su vagina se contraía en torno a sus dedos, apresándolos, y con un grito ella se corrió contra su mano de una manera rápida, fuerte y distinta a cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

—¡Derek! ¡Sí! —gritó clavándole las uñas en los hombros.

Con el grito de Rebeca resonando en sus oídos, él se colocó rápidamente un preservativo y enterró su dura erección en el paraíso que prometía la entropierna de ella. Comenzó a bombear con fuerza, desesperado por dejarse llevar y alcanzar su orgasmo. El placer era atormentador. Con cada envite, con cada estocada, con cada roce, Derek ardía de necesidad.

—Eres increíble... Tan hermosa, tan ardiente, tan apasionada... —jadeó, mirándola con veneración a sus castaños ojos.

Derek notó cómo un exquisito calor nacía en su vientre y se apoderaba de su sexo mientras Rebeca yacía desmadejada sobre la cama. La explosión de su clímax fue devastadora y se preguntó si alguna vez había sido tan bueno. Abrió los ojos, que había cerrado inconscientemente, y se encontró con la cara ruborizada de Rebeca, los labios entreabiertos, hinchados por sus besos y una sonrisa de satisfacción difícil de olvidar.

Continuaron unos minutos abrazados hasta que sus respiraciones se regularizaron. Rebeca intentó levantarse de la cama, pero Derek se lo impidió estrechándola más fuerte contra su pecho. Con la cabeza recostada sobre uno de sus pectorales, Rebeca acariciaba el suave vello que cubría el torso de Derek y bajaba en una delgada línea por su estómago hasta unirse con sus rizos en la zona púbica.

—Si sigues tocándome así, tendré que follarte otra vez —ronroneó Derek mientras hundía sus dedos en la sedosa melena corta de Rebeca.

Ella sintió la sonrisa en su voz y le dio un dulce beso en el pecho.

—No quiero torturarte —le contestó, deteniendo sus caricias y posando su mano sobre el duro y liso vientre de Derek.

—No me importaría repetir, princesa.

Rebeca lo miró traviesa. Y entonces comenzó a masajear el miembro de Derek, que aún no había perdido del todo su vigor. Cuando lo tuvo a punto, se colocó a horcajadas encima de él y con un certero movimiento se empaló. Derek soltó un profundo y masculino gemido y ella comenzó un sensual balanceo que los llevó a los dos en poco tiempo a lograr un nuevo orgasmo igual de placentero que el anterior.



Capítulo 9

Rebeca llegó al aeropuerto de Madrid-Barajas agotada física y mentalmente. Durante el vuelo no había dejado de pensar en Derek. No había dormido en toda la noche. Cuando comprobó que Derek estaba sumido en un sueño profundo, se levantó de la cama. Salió del piso sin hacer ruido y cogió un taxi para ir a casa de Trent. Esa mañana, mientras desayunaban, su amigo le había preguntado qué tal la noche con su hermano, pero ella le había dicho que no quería hablar de ello y Trent, como siempre, había respetado su decisión sin insistir más en el asunto. Ahora debía olvidarlo todo y continuar con su vida.

Sin embargo, no pudo evitar dejarle una nota a Derek agradeciéndole el maravilloso encuentro sexual y deseándole que todo le fuera bien en la vida, puesto que no tenía planeado volver a verlo nunca más.

Una vez en su casa, se tiró en el sofá. Su hermana Mayra estaba trabajando, pero llegaría en un par de horas. Miró de nuevo el móvil. Tenía tres llamadas de Derek, lo que le sorprendió bastante, y una de Trent. No contestó a ninguna. A Trent le llamaría Mayra en cuanto ella le diera el regalo que su amigo inglés le enviaba y con Derek no quería hablar. Cuanto antes se olvidara de él y de todo lo que había ocurrido el fin de semana, mejor. Sobre todo, de la última noche. Debía empezar a vivir su vida sin Derek en su cabeza ni en su corazón. Estaba cansada. Diez años era mucho tiempo.

Cuando Mayra llegó al piso que compartía con Rebeca y vio el precioso osito de peluche que Trent le había enviado a través de su hermana, su corazón se ablandó un poquito más. Rebeca le había contado con todo lujo de detalles cómo había sido la boda, el vestido de Kim y lo guapísimo que estaba Trent con esmoquin. Pero se abstuvo de contarle sus encuentros con Derek. Sobre todo, el último.

—¿Ya te han confirmado las vacaciones? —le preguntó a Mayra mientras comían en la cocina de su casa.

—Sí. En julio, como habíamos previsto. Tengo ganas de volver a Tenerife y sobre

todo de ver a Trent. Voy a llamarle antes de que sea más tarde. Luego me sigues contando.

Mayra se levantó de la silla que había estado ocupando, cogió su teléfono y desapareció en su habitación para llamar a Trent, con una sonrisa bobalicona en sus labios. Rebeca suspiró contenta. Se alegraba de que entre su hermana y su amigo las cosas empezasen a funcionar.

«Ahora me toca ser feliz a mí», pensó minutos después en su cuarto mientras terminaba de deshacer la maleta. Al sacar la muñeca que Derek le había regalado, recordó el día en Warwick. Sintió un pinchazo de nostalgia, pero se obligó a apartar esa sensación de su mente. Metió la muñeca en el fondo del armario, dentro de la bolsa de papel marrón que le habían dado a Derek al comprarla, y cerrando la puerta con un suspiro, comenzó a prepararse mentalmente para volver al trabajo al día siguiente.

Esa semana se le pasó volando. En el hospital todo había estado tranquilo. Habían operado de corazón a una niña de dos años y tras tenerla unos días en coma inducido, la pequeña había superado la operación y ya se encontraba en planta. Rebeca estaba muy orgullosa de su trabajo. Le gustaban los niños muchísimo, pero sufría lo indecible al verlos tan enfermos o con los graves problemas que llevaban a algunos de ellos a la UCI. Siempre les brindaba una sonrisa y palabras de cariño, aunque por dentro estuviera rompiéndose al saber que, en algunos casos, los pequeños no lograrían superar sus crisis.

Pasó los días absorta entre su trabajo y las tareas del hogar. Mayra tuvo un par de días libres y ambas aprovecharon para redecorar el salón. Pintaron las paredes, colgaron cuadros nuevos y cambiaron de sitio los muebles. Ahora parecía más grande. El piso lo habían heredado de sus abuelos. Estaba en un barrio obrero de la capital madrileña y era totalmente suyo. Sin hipoteca ni cargas. Constaba de tres habitaciones, salón, cocina y un único baño.

Rebeca había estado muy entretenida todos esos días, así que apenas pensó en Derek ni en el fin de semana en Londres. Pero al llegar esa noche, su último pensamiento antes de caer inconsciente en los brazos de Morfeo voló al ático de Derek. A la última noche que había pasado en su cama. Entre sus brazos. Con sus besos, sus caricias, su miembro en su interior...

Por otro lado, Mayra hablaba todos los días con Trent. A veces se pasaba una hora o dos al teléfono y Rebeca tenía que llamarles la atención porque la factura, cuando les llegase, sería astronómica. Otras veces utilizaban Skype o chateaban en Facebook.

Una noche, después de hablar con Trent, Mayra entró en el cuarto de Rebeca, que ya estaba lista para irse a dormir y le preguntó por Derek. Trent le había contado que, durante su estancia en Londres, había estado con él en varias ocasiones y a Mayra le enfadó que su hermana no le dijera nada al respecto.

—No tiene importancia, Mayra —intentó tranquilizarla Rebeca. Su hermana estaba enfadada por lo que Derek le hizo en el pasado—. Pasé con él un día en el

castillo de Warwick. Se portó... bien. Fue correcto. —No quería decirle que se había acostado con él ni que se habían besado—. Y en la boda estuve espantando a las mosconas que se acercaban a Trent. Solo bailé una vez con Derek.

—Pero me ha dicho Trent que Derek parecía muy interesado en ti. Que hablaron de lo que te hizo y que parecía sincero en su arrepentimiento. ¿Le has perdonado?

Rebeca titubeó unos segundos antes de contestar y Mayra, como buena inspectora de policía que era, supo al instante que su hermana había tenido algo con Derek aquellos días.

—No me mientas, Rebeca. ¿Qué ha pasado exactamente con Derek? ¿Te has acostado con él?

—Yo... —Rebeca abrió la boca para decir algo en su defensa, pero supo que nada podía hacer—. Sí. Me acosté con él. Solo fue una noche. Un capricho. Pero no volverá a ocurrir.

—¡Joder! ¿Cómo has podido hacerlo? —le recriminó su hermana—. Has pasado diez putos años intentando olvidar a ese tío, evitándole a toda costa, y resulta que la primera vez que vuelves a verlo después de tanto tiempo, caes de nuevo en sus redes. Eres tonta de remate. Y ahora, ¿qué? ¿A volver a llorar por las esquinas como alma en pena?

—¿Me has visto triste o llorosa desde que he vuelto de Londres, Mayra? No. ¿Y sabes por qué? Porque ahora soy más fuerte. Me acosté con él. Sí. Me apetecía. Y me lo pasé en grande. Pero cuando lo hice fui plenamente consciente de que sería mi última noche con él. Quería dar por finalizado el asunto y pensé que esa sería la mejor forma, porque le deseaba muchísimo. Deseaba poder sentirme especial otra vez entre sus brazos y que me dijera las bonitas palabras con las que siempre sueño. Quería cerrar ese capítulo de mi vida y quería hacerlo así. Con una última noche.

—Fue un error acostarte con él. —Mayra habló sacudiendo la cabeza negativamente para dar más énfasis a sus palabras—. No tenías que haberlo hecho. Dices que estás bien, pero ¿hasta cuándo? Y, ¿qué pasa con Javier, tu compañero en el hospital? ¿Vas a seguir viéndolo después de lo que has hecho?

Rebeca la miró sorprendida. ¿Qué pintaba Javier en todo esto?

—Javier y yo no tenemos una relación, Mayra. Lo sabes. Nos acostamos de vez en cuando y ya está. Lo dices como si le hubiera sido infiel y no es así. Y no creo que fuese un error echar un polvo con Derek. De todas formas, no es asunto tuyo.

—Le diste justo lo que quería. Se estará riendo de ti ahora mismo, estoy segura.

—No quiero seguir hablando de este tema. Déjalo ya. No me había acordado de él en toda la semana hasta que tú me has preguntado —mintió.

Al día siguiente, cuando Rebeca llegó de trabajar, se encontró en el salón con un maravilloso ramo de margaritas azules. Pensó que Trent se las habría enviado a Mayra, pero esta la sacó de su error al decirle que había una nota con su nombre entre

las flores. Rebeca la buscó y al sacarla del sobrecito donde iba, comprobó que no ponía nada, salvo su nombre.

—¿Y bien? —preguntó Mayra a su espalda—. ¿Quién te las envía?

Rebeca se encogió de hombros, enseñándole la nota a su hermana.

—A lo mejor es Javier —aventuró Mayra.

Rebeca cogió las flores para ponerlas en un jarrón con agua y dejarlo en el centro de la mesa del salón.

—Pues hoy le he visto en el hospital y no me ha comentado nada.

—Igual quería darte una sorpresa y por eso no te lo ha dicho.

—Mañana lo veré de nuevo. Se lo preguntaré.

Pero al día siguiente Javier no fue a trabajar. La noche anterior se había roto una pierna al caerse con la moto cuando volvía a su casa y estaría de baja varias semanas. Rebeca le llamó para saber cómo estaba, pero no le preguntó nada de las flores y él tampoco le dijo nada.

Cinco días más tarde llegó otro ramo de margaritas azules. También con su nombre como única palabra en la nota que las acompañaba. Rebeca llamó a Javier para saber qué tal iba con la pierna y entonces sí le comentó lo de las flores, pero este le dijo que él no había sido.

—¿Quién entonces? —preguntó Mayra a su hermana—. ¿Sergio?

—No. Hace más de tres meses que lo dejamos y, aunque hemos hablado por teléfono alguna vez, no creo que se le ocurra enviarme flores precisamente ahora —dijo una Rebeca escéptica.

—¿Rubén? ¿Álvaro? —volvió a preguntar Mayra.

—Rubén tiene novia desde hace más de un año y Álvaro se casó hace dos y su mujer está embarazada de siete meses. No puede ser ninguno de ellos.

—Entonces descartamos los antiguos novios. ¿Algún pretendiente nuevo que se te haya olvidado contarme?

—No —contestó Rebeca.



Capítulo 10

Habían pasado tres semanas desde la boda de Kim, cuando Rebeca recibió una llamada suya un viernes por la noche. Le contó con todo detalle su luna de miel en China y la incorporación a su nuevo trabajo como médico, junto a su flamante marido, en el hospital propiedad de la familia de Peter. Estaba entusiasmada por el cambio que se había producido en su vida y no dejó de hablar en los treinta y cinco minutos que duró la conversación. Cuando por fin Rebeca tuvo la oportunidad de decir algo, le contó algunas cosas de su trabajo en el hospital y el dichoso tema de las flores. Kim se rio mucho al saber que su gran amiga tenía un admirador secreto y le hizo algunas bromas al respecto. Continuaron charlando unos minutos más hasta que Kim puso el dedo en la llaga al hablarle de Derek.

—Bueno, ¿no vas a preguntarme por mi hermano?

—Mayra habla casi todos los días con Trent, así que sé todo lo que necesito saber de él —respondió Rebeca haciéndose la sueca. Sabía que Kim se refería a Derek.

—No me refiero a Trent y lo sabes.

«Mierda. No ha picado», pensó Rebeca.

—¿Es qué tienes algún otro hermano que a mí me interese? —le preguntó Rebeca con desdén.

—Sí. Te doy varias pistas: treinta y dos años, alto, moreno, guapísimo y con unos increíbles ojos azules que siempre te han gustado.

—No voy a preguntarte por él, Kim, así que ahórrate la charla.

—Pues él sí pregunta por ti —le contó su amiga contenta—. Y eso que se ha pasado estas tres semanas entre Nueva York, la Riviera Maya y Río de Janeiro. El pobre no ha parado de trabajar. Pero sé que ha llamado a Trent a menudo para saber de ti. Y también sé que la última noche te marchaste de su casa sin despedirte y eso no le ha sentado nada bien a Derek. Huiste como una fugitiva.

—¡Venga ya, Kim! —exclamó Rebeca poniendo los ojos en blanco—. No hui

como una fugitiva. Simplemente me marché cuando acabó nuestro encuentro sexual.

—Esperaste hasta que se durmió y te largaste —la acusó Kim.

Rebeca resopló.

—Vaaaleee, está bien. Fui una cobarde. Hui. Pero era mejor así. Me hubiese costado mucho más separarme de Derek si hubiese estado despierto.

Derek se tumbó en la cama del hotel agotado. Entre los vuelos a Nueva York y a Riviera Maya, junto con las largas sesiones de fotos, estaba hecho polvo. Su móvil vibró en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó y comprobó que era una de las modelos con quien había hecho un reportaje para una firma de bikinis esa mañana. Sabía para qué le llamaba la chica y, aunque estuvo tentado de contestar, finalmente no lo hizo.

En otra ocasión habría accedido a la petición de la mujer, pero en ese momento no podía hacerlo. Algo le impedía aceptar la proposición de la modelo.

Dejó que el teléfono sonara hasta que la llamada se cortó. Derek emitió un largo y cansado suspiro. ¿Qué le estaba pasando? No se reconocía. Desde la boda de Kim, desde aquel fin de semana que Rebeca había pasado en Londres, no era el mismo.

¿Cuándo había rechazado él un encuentro sexual con una bella mujer? Esta era la tercera vez que le ocurría desde que se reencontró con Rebeca después de tantos años sin verla.

Había tenido la oportunidad de salir con dos modelos americanas cuando estuvo en Nueva York y, al final, rehuyó la petición de las chicas. Ahora también.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Contempló la playa, las palmeras, el sol maravilloso que lo bañaba todo, dotándolo de luz y calor y, de nuevo, suspiró.

—Ojalá Rebeca estuviera aquí para ver toda esta hermosura —murmuró en voz baja.

Se le dibujó una sonrisa tonta al pensar en ella. Rebeca despertaba en él sentimientos con los que nunca antes había contado. No era solo atracción sexual. Ella tenía algo, que no sabía definir, que hacía que Derek quisiera estar cerca, tocarla, besarla, conocerla a todos los niveles. Le atraía tanto, de tantas formas distintas, que le costaba pensar en todas ellas.

Y las sensaciones que despertaba en él le gustaban más de lo conveniente. ¿Qué le pasaba con Rebeca?

La echaba de menos más de lo normal. Era como si una parte de él se hubiera ido con ella a Madrid al día siguiente de su huida del piso en el que vivía.

Huida. Sí. Porque eso era lo que Rebeca había hecho aquella noche.

Cuando despertó al día siguiente y vio el lado de la cama que había ocupado ella vacío, la buscó por el piso. Llamó a su hermano Trent y este le confirmó que Rebeca hacía una hora que había tomado el vuelo de regreso a Madrid.

Se había ido sin despedirse siquiera.

Y eso a Derek le dolió.

No comprendía por qué. Era algo que él también hacía con sus amantes. Pero nunca lo había sufrido en sus propias carnes. Y, sin embargo, no dejaba de doler.

Se preguntó si todos esos sentimientos se traducirían en uno solo. Amor. ¿Se estaba enamorando de Rebeca? Nunca tuvo mucha fe en eso. Jamás quiso arriesgar su corazón descubriéndolo, pero ahora...

No quería traspasar esa línea. Nunca lo había hecho y se había jurado millones de veces que jamás lo haría.

Pero algo le impulsaba a ir tras Rebeca y descubrir qué se siente cuando eres correspondido.

Porque Derek estaba seguro de que ella sentía lo mismo por él, por mucho que le rechazara, solo era una coraza que se había puesto para que no dañaran su corazón de nuevo. Como hizo Derek en el pasado. ¡Ah, qué tonto había sido! ¡Pobre Rebeca! ¿Cómo podía haberle hecho eso?

Estuvo tentado de llamarla por teléfono. Trent le había dado su número. Sin embargo, no lo hizo. Dudaba sobre si sería mejor verla en persona o mantener una conversación telefónica y hasta que no se decidiera, no haría nada. Aunque se muriese de ganas de escuchar su voz. Sabía que solo con eso ya le alegraría el día y conseguiría que su cansancio se evaporase.

Tres días después llegó otro ramo de margaritas azules. Rebeca empezaba a impacientarse. Quería saber quién se las enviaba y la curiosidad la estaba matando. Por suerte, junto con la tarjeta en la que venía su nombre, había otra de la floristería, así que llamó al teléfono que indicaban y preguntó por el remitente de las mismas. Solo pudieron decirle que se las enviaban desde Barcelona. ¿Barcelona? Ella no conocía a nadie en Barcelona. ¿Cómo era posible que alguien le mandase flores desde allí?

Cuando Mayra llegó de trabajar, le contó lo que había averiguado y esta le informó que ella también había hecho su propia investigación. Resultado: todos los ramos de flores fueron enviados desde Barcelona. Y eso no les aclaraba nada.

Un par de días más tarde, al salir Rebeca de la ducha, se encontró a su hermana en medio del pasillo con la muñeca de enfermera en la mano.

—¿Por qué tienes esta preciosidad escondida en el armario?

—¿Por qué hurgas en mis cosas? —preguntó a su vez Rebeca quitándole la muñeca.

—Estaba buscando el vestido de Desigual para que me lo dejes esta noche, que voy a salir a cenar con Marta y Lucía, cuando me he topado con la bolsa donde estaba la muñeca —le explicó ella.

—Me la regaló Derek. Entenderás ahora por qué la tengo guardada en el armario —contestó Rebeca dirigiéndose a su habitación.

—Comprendo. —Mayra asintió con la cabeza—. Pero aun así no creo que debas tenerla escondida. Es muy bonita. Ponla en la mesilla o en una estantería.

Rebeca cruzó su cuarto y colocó la muñeca donde Mayra le había dicho, al lado de la cama. Se giró hacia su hermana y le preguntó si ya estaba contenta con el lugar que ocupaba la enfermera de goma EVA.

—Sí —contestó Mayra—. Así cada vez que la veas te acordarás de él.

—Espero que no —soltó Rebeca, aunque sabía que eso era precisamente lo que ocurriría.

—¿Qué más da? Si, en teoría, ya le has olvidado y él no es nadie importante en tu vida, ¿no? —La miró suspicaz y cambió de tema—. Bueno, ¿quieres venir esta noche a cenar con nosotras?

—No. Me ha pedido Rosa que le cambie el turno y trabajaré mañana por la mañana, así que esta noche quiero acostarme pronto. Ah, por cierto, he hablado con mamá. Como el domingo libramos las dos, he quedado para comer con ella y con papá en su casa.

Tras salir su hermana de la habitación y despedirse de ella hasta que volviese del trabajo, Rebeca se quedó mirando la muñeca. E hizo justo lo que Mayra había comentado. Recordar. Recordó cuando bailó con Derek en la terraza del hotel durante la boda de Kim y Peter, su cercanía, la calidez de su cuerpo, su olor. El beso que Derek le dio con aquellos suaves labios que poseía, cómo devoró su boca con pasión....

Estaba sumida en sus pensamientos cuando sonó el teléfono. Lo cogió sin mirar la pantalla y contestó.

—¿Rebeca?

Se tensó al oír la voz de Derek al otro lado de la línea. Parecía que le había invocado con sus pensamientos.

—¿Derek? —Parpadeó sorprendida.

—El mismo. ¿Qué tal todo?

—Bien —susurró Rebeca, que no salía de su asombro. ¿Qué demonios hacía Derek llamándola por teléfono?

—Me alegro, preciosa. Escucha, te llamo porque tengo que estar en Madrid unos días para hacer un reportaje para la revista *Cosmopolitan* y he pensado que me podía quedar en tu casa.

—Perdona, ¿cómo dices? —Rebeca estaba tan alucinada que si la pinchaban no le sacarían ni una gota de sangre. ¿Que Derek se iba a quedar en su casa? ¡Con la cantidad de hoteles que había en Madrid! ¿Por qué?

—Solo serían tres días. Cuatro a lo sumo.

Rebeca permaneció en silencio. ¿Se lo estaba diciendo en serio?

—No te noto muy entusiasmada. —Oyó que Derek comentaba al teléfono.

—Es que... Me sorprende. Eso es todo —atinó a decir ella.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Me puedo quedar en tu casa o no?

—¿No sería mejor que te fueras a un hotel? —preguntó ella saliendo de su cuarto algo más recuperada de la sorpresa y se dirigió hacia la cocina—. Así podrías entrar y salir cuando te diera la gana y si tienes que llevarte... compañía a tu habitación... —Dejó la frase en el aire porque estaba segura de que él comprendería lo que venía a continuación.

—Los hoteles son fríos e impersonales. Estoy harto de alojarme en ellos —rebatía Derek tratando de convencerla—. Me apetece estar con gente conocida. Y en cuanto a la compañía que supuestamente quieres que me lleve a mi habitación, tranquila, voy a Madrid a trabajar, no a ligar.

—En mi casa solo hay dos habitaciones —mintió Rebeca para desalentarle—. Una la ocupo yo y la otra Mayra. Tendrás que dormir en el sofá.

—El sofá me parece bien.

Rebeca cerró los ojos unos segundos y suspiró. Estaba segura de que se arrepentiría de lo que iba a hacer y cuando Mayra llegase de trabajar y se encontrase con Derek allí se iba a montar una buena. Pero se dio cuenta de que le apetecía verlo. Le había echado de menos, a pesar de haber intentado no pensar en él.

—De acuerdo. ¿Qué día vienes?

—Ya estoy aquí. Abre la puerta.

Con el teléfono aún pegado a la oreja, Rebeca abrió la puerta de su casa y se quedó boquiabierta al ver a Derek al otro lado. Con una maravillosa sonrisa en la cara y vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta azul, guapísimo como siempre, Rebeca sintió el impulso de echarse en sus brazos y besarlo con fervor, pero se contuvo.

—¿Y si te hubiera dicho que no? —preguntó una vez repuesta de la sorpresa de verle allí plantado frente a ella.

—Habría insistido más —contestó Derek, encogiéndose de hombros mientras entraba en el piso arrastrando su *trolley*—. Por cierto, ya puedes colgar el teléfono.

Rebeca se dio cuenta de que aún tenía el móvil en la oreja y se sonrojó. A Derek le gustó ver ese leve rubor en sus mejillas.

—¿Y si no hubiese estado en casa? —Quiso saber ella.

—Habría esperado. O hubiera ido a buscarte al hospital. Kim me dijo en cual trabajas. Bueno, ¿me vas a dar un beso o seguimos discutiendo las posibilidades de lo que hubiera podido pasar?

Rebeca se acercó a él para besarle en las mejillas con el corazón latiéndole a mil y Derek aprovechó la cercanía para cogerla de la cintura y estamparle un beso en los labios que le supo a gloria. Ella se separó enseguida.

—No te pases o te echo de casa. Si quieres quedarte aquí, tendrás que guardar las distancias, ¿entendido?

—Lo siento. No he podido contenerme —se disculpó Derek y añadió, cambiando de tema—. ¿Dónde está el maravilloso sofá en el que voy a dormir?

—Eh... Verás, en realidad... Tenemos tres habitaciones. Puedes usar la de invitados.

—Ah, me habías mentido. No querías que me quedase, ¿cierto?

—Pues no. Pero ahora que estás aquí... Tu cuarto está al fondo del pasillo a la izquierda. El baño está justo en frente —contestó Rebeca, echando a andar por el pasillo enseñándole la casa.

Pero Derek necesitaba sentirla cerca así que la agarró de la cintura y se pegó a ella como si quisiera meterse dentro de su cuerpo.

—¿Estás sola en casa? —susurró en su oído y su aliento le hizo cosquillas a ella, que se estremeció de placer.

—Has dicho que no venías a ligar. Suéltame. —Forcejeó con los brazos de Derek tratando de liberarse, sin mucho éxito ni ganas. Se sentía tan bien pegada al duro cuerpo de Derek...

—No me gustó nada despertarme y no encontrarte a mi lado en la cama —la riñó él con dulzura—. Te escabulliste en cuanto me dormí, ¿a qué sí? Como si fueras una delincuente.

—¿Has venido para echarme en cara eso? ¿Por eso insistes tanto en quedarte en mi casa? —le preguntó Rebeca con el corazón desbocado.

—No. He venido porque tengo trabajo. Quiero quedarme en tu casa porque llevo tres semanas sin verte y me apetecía hacerlo. Y porque no he dejado de pensar en ti ni un maldito segundo en todo este tiempo. La última noche contigo fue demasiado corta.

—Derek, por favor... —gimió ella, derritiéndose contra el pecho de él.

Derek comenzó a deslizar su lengua por el contorno de la oreja de Rebeca. Bajó poco a poco por su garganta y depositó un tierno beso en la base de su nuca. Todas

las terminaciones nerviosas de Rebeca se alteraron con este mínimo roce y la sangre corrió enloquecida por sus venas, calentándola entera.

—Te he echado de menos, princesa.

En un arranque de cordura, Rebeca logró salir de su estado de atontamiento y se distanció de él con el pulso atronando como loco en las sienas.

—Por favor, Derek... No. —Se volvió hacia él—. Aquella noche fue maravillosa, pero se acabó. Ese capítulo de mi vida está cerrado y no quiero que continúe. Si te vas a quedar aquí, te pido respeto. Acepta mi decisión de no tenerte como... amigo con derecho a roce. Si no —le señaló el final del pasillo, donde estaba la puerta de entrada a la vivienda—, tendrás que marcharte.

Derek asintió en silencio mirándola a los ojos. La entendía perfectamente. Aunque él nunca creyó que llegaría a este punto con nadie. Pero que la comprendiese no quería decir que estuviera de acuerdo con ella. Algo le pasaba con Rebeca y era algo tan bueno que no quería dejarlo correr. Pensó que ella necesitaba tiempo y confiar en él de nuevo, ahora que se habían reencontrado. Bien. No tenía prisa. Pero tampoco la dejaría descansar mucho. Trabajaría para conseguir su objetivo. Y su meta ahora era iniciar algo con Rebeca. Por mucho que ella se opusiera.



Capítulo 11

Unos minutos después, Rebeca estaba preparando la comida cuando Derek llegó a la cocina y, sin decirle nada, se sentó en una silla para observarla. Ella notó su presencia, pero no se volvió para mirarlo ni le habló. Continuó con lo que estaba haciendo como si estuviese sola.

—¿Te importa si pongo algo de música? —le preguntó Derek, mirando la radio que tenían encima de la mesa.

—Como quieras —contestó Rebeca sin volverse.

Encendió la radio y la música llenó la cocina. Derek continuaba sentado viendo trabajar a Rebeca. Admirando su cuerpo. Llevaba unos shorts negros y una camiseta de tirantes verde. Recorrió con su mirada sus esbeltas piernas y, cuando llegó a su redondo y firme trasero, la boca se le hizo agua. Comenzó a tener una erección y tuvo que obligarse a mirar hacia otro lado para mantenerla a raya. Pero el cuerpo de Rebeca era tentador y después de tantos días sin verla, la deseaba de una manera abrumadora. Se levantó de la silla y se colocó a su lado.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí. Ve poniendo la mesa. En cinco minutos tendré la comida lista. Los vasos están ahí arriba —señaló un armario encima de la cabeza de Derek— y los cubiertos en el primer cajón. En la nevera hay agua fría, refrescos y cerveza. Coge lo que quieras.

Mientras Derek ponía la mesa comenzó a sonar una canción en la radio y él, que la conocía y le gustaba, empezó a cantarla en voz baja.

—Qué milagro tiene que pasar para que me ames. Que estrella del cielo ha de caer para poderte convencer...

Rebeca sonrió al oírle. No cantaba mal, pero le sorprendió escucharle cantar en castellano. ¡Y además una canción romántica! Recordó cuando Derek le cantó al oído, en la boda de Kim, la canción *Always*, pero en aquella ocasión lo hizo en inglés.

—Puedo darte un corazón que es verdadero. Mis alas en el viento necesitan de tus besos. Acompáñame en este viaje, que volar solo no puedo....

—No sabía que te gustara Bisbal —le dijo Rebeca, interrumpiéndole.

—Algunas de sus canciones. Esta la he oído mucho, así que me la sé entera. ¿Te molesta que cante?

—No. Qué va. Sigue, sigue...

Derek, que ya había terminado de poner la mesa, se apoyó en la encimera de la cocina junto a Rebeca mientras esta servía la comida en los platos y, sin dejar de mirarla, continuó cantando.

—Y sabes que eres la princesa de mis sueños encantados. Cuantas guerras he librado por tenerte aquí a mi lado. No me canso de buscarte, no me importaría arriesgarme, si al final de esta aventura yo lograra conquistarte....

Ella levantó la vista de los platos y se encontró con la azul mirada de Derek. Al darse cuenta de que le estaba cantando esas frases a ella, se le aceleró el pulso y las manos comenzaron a temblarle. Derek le cogió los dos platos para evitar que se le cayeran y, viendo lo nerviosa que la había puesto, decidió callarse. Se dirigió a la mesa con ellos y se sentó, apagando la radio.

Comieron en silencio durante un rato. Ella con la vista fija en su plato y él lanzándole furtivas miradas de vez en cuando. Para romper el tenso silencio que se había creado, Derek comenzó a contarle lo que había hecho desde que ella se fue de Londres.

—Primero he estado en Nueva York. La diseñadora Carolina Herrera se ha comprado un lujoso ático en la gran manzana y le hicimos un reportaje para *VanityFair*.

—¿Conoces a Carolina Herrera? —preguntó ella asombrada.

—Claro. —Se rio Derek al ver la expresión de su cara—. Por mi trabajo conozco a muchos famosos. Y viajo muchísimo. Después de Nueva York, pasé una semana en la Riviera Maya fotografiando las maravillosas e increíbles playas para un reportaje que me habían pedido para la revista *Glamour*.

—¿Estas fotos las has hecho tú? —exclamó Rebeca cogiendo la revista que Derek acababa de mencionar y que había comprado en el quiosco del hospital el día anterior.

Derek abrió la revista y miró su interior. Con una sonrisa divertida por ver lo impresionada que estaba Rebeca, le contestó.

—Sí. Todas y cada una de ellas.

—Pero yo creía que solo hacías fotos a modelos. —Frunció el ceño y Derek

pensó que estaba preciosa, aun con ese gesto que arrugaba su cara.

—Hago todo lo que me piden. Me gusta mucho mi trabajo e intento ser el mejor. Y además de fotografiar a jovencitas para catálogos de moda, como aquel día en Warwick, también hago esto —le explicó—. Ahora tengo que hacerle una sesión a Amaia Salamanca para el número de *Cosmopolitan* que saldrá en septiembre y algunas fotos de los principales reclamos turísticos de Madrid para la revista *Traveler*.

—¿Vas a ver a Amaia Salamanca? —Rebeca abrió los ojos como platos—. ¡Me encanta! Es una chica guapísima y no me pierdo ni un capítulo de la serie que emiten ahora en la que ella es la protagonista.

Derek la miraba sonriendo. Había conseguido hacerla reír y eso le gustaba. Le encantaba su fresca y juvenil risa.

—Vaya, te estoy impresionando, ¿eh? —comentó Derek divertido.

—Alucino con tu trabajo. Debes pasártelo genial.

—Pues sí. Pero lo que más me gusta es conocer lugares nuevos. Otras culturas...

—¿Necesitas ayuda para lo del turismo en Madrid? Trabajo esta tarde y mañana por la mañana, pero luego tengo libre el domingo y el lunes. O si prefieres hacerlo solo, te puedo dejar un plano de Madrid.

—No te preocupes. Conozco bien la ciudad —dijo él encantado de verla tan servicial—. He estado muchas veces aquí.

Rebeca se había quedado sorprendida al saber que él visitaba la capital de España. Su ciudad. En todos estos años podía habérselo encontrado por casualidad en cualquier punto de la metrópolis y, sin embargo, el destino los había vuelto a unir en Londres, donde todo empezó.

—Por cierto —continuó hablando Derek—, te he traído unas cosillas de los sitios donde he estado estas tres semanas. Voy a la habitación a buscarlas. Enseguida vuelvo.

Salió rápidamente de la cocina y Rebeca comenzó a ponerse nerviosa. ¡Le había traído recuerdos de sus viajes! ¿Por qué? Derek no tenía ninguna obligación con ella y ninguno de los dos sabía cuándo volverían a verse. Si él había ido comprando cosas para ella en su recorrido por los distintos países donde había estado, era porque tenía intención de verla en poco tiempo. ¿Desde cuándo sabía él que a finales de junio iría a Madrid para hacer lo de *Cosmopolitan*? ¿Había planeado entonces pasar esos días en su casa?

Derek regresó con una pequeña bolsa de papel y, antes de dársela a Rebeca, la ayudó a recoger la mesa que esta había comenzado a limpiar en su ausencia. Cuando terminaron de meter todas las cosas en el lavavajillas, Rebeca le indicó que mejor iban al salón para abrir sus regalos.

—Lo de *Cosmopolitan*, ¿desde cuándo sabes que tenías que venir a Madrid?

—Me lo dijeron unos días antes de la boda de Kim.

Así que cuando ella estuvo en Londres, él ya sabía que vendría a Madrid a final de mes. ¿Por qué no se lo había comentado entonces? ¿Era una treta más de Derek para seducirla? ¿De verdad estaba interesado en ella o solo quería tener una amiguita en la ciudad para un polvo fácil cuando viniera aquí? ¿Habría supuesto algún cambio en él la noche que pasaron juntos? «No. No puede ser», se dijo Rebeca a sí misma. Derek no cambiaría nunca. Ni por ella ni por nadie.

—Bueno, ¿no vas a abrir los regalos? —le preguntó Derek ansioso, sacándola de sus pensamientos.

Le dio el primer paquete. Era pequeño y venía envuelto en papel con la bandera americana dibujada. Lo abrió y se encontró con un maravilloso bolso de Carolina Herrera.

—¡Me encanta! —gritó Rebeca entusiasmada—. Además, no tengo ninguno así de pequeño y en este color plata me va a juego con unas sandalias que me compré el otro día. Muchas gracias. Es perfecto.

Se acercó a Derek y le dio un suave beso en la mejilla. Él, feliz por haber acertado con el primer regalo, le entregó el segundo. Cuando Rebeca lo abrió, descubrió que era una pequeña tortuga pintada de muchos colores.

—Este lo compré en la Riviera Maya. Es artesanía popular mejicana. Si levantas el caparazón de la tortuga puedes guardar dentro joyas pequeñas como anillos o pendientes —le explicó Derek.

—Es precioso. Pero no tenías que haberte molestado en traerme nada. Además, no sabías cuándo íbamos a vernos de nuevo... —dijo Rebeca para ver si conseguía que Derek le contase cuándo había planeado ir a su casa.

Pero Derek ignoró su comentario y le entregó el tercer regalo. Era un paquete pequeño y blandito. Rebeca se preguntó qué podía ser.

—Este lo compré en Río de Janeiro. En una tienda de la playa de Ipanema. Espero que te guste tanto como los otros regalos.

Rebeca asintió con la cabeza mientras desenvolvía el paquete. Así que le había comprado un vestido o algo así, pensó. Pero se quedó de piedra cuando vio que lo que había dentro del papel era un colorido bikini minúsculo.

—¡Pero si los triángulos apenas me van a tapar el pecho! Y la braguita es... La braguita es... ¡Es un tanga! ¿Cómo me voy a poner esto?

—Muy fácil. Poniéndotelo —le contestó Derek muerto de la risa al ver la cara de asombro de Rebeca.

—Tú estás loco. No puedo ponerme esto para bajar a la piscina. ¡Qué van a decir los vecinos si voy enseñando el culo y casi las tetas con esta... cosa! —protestó nuevamente ella, refiriéndose a la piscina que tenían en mitad de la urbanización donde vivía.

—Úsalo solo en la playa. Cuando vayas a Tenerife.

—Pero allí también me conoce la gente. No pienso ponérmelo. ¡Me voy a morir de la vergüenza!

—Vamos, Rebeca, tienes un cuerpo precioso. Deberías lucirlo más. Estoy deseando verte con él puesto. Te va a quedar perfecto —la animó divertido ante su repentino ataque de pudor. ¿Dónde estaba la Rebeca descarada que le había masturbado en un baño público en Londres? ¿Dónde había dejado a esa ardiente mujer que le sedujo para llevarle a la cama de su habitación?

—Pero ¿tú sabes lo que pasará cuando me ponga esto? A parte de que me va a mirar *to* Dios, seguro que algún pesado intenta ligar conmigo.

—Eso ya te pasa sin ir con un bikini tanga. ¿No te has fijado cómo te miran los hombres? En la boda de Kim muchos te comían con la mirada. Algo que no me gustó nada, por cierto. —Frunció el ceño—. Has cambiado mucho, princesa. Ahora eres una auténtica belleza. —Derek recorrió con su azul mirada el cuerpo que tanto deseaba acariciar y su entrepierna le hizo una llamada de atención. Se estaba poniendo duro de nuevo.

Rebeca no sabía qué decir. Las palabras de Derek la estaban abrumando e imaginarse con el pequeñísimo bikini puesto... No, no, no. Aunque sabía el efecto que ahora su esbelto cuerpo tenía en los hombres, a veces seguía sintiéndose como aquella chica gordita de hacía diez años, tímida, vergonzosa y que trataba de ocultar su feminidad a toda costa.

Derek, al ver el apuro que estaba pasando ella, decidió dejar de acosarla con sus comentarios. Estaba roja como un tomate y eso le hizo gracia. Pero no quería que ella pasara un mal rato por su culpa.

—Bueno, no te preocupes. No estás obligada a ponértelo, aunque no te imaginas lo que me gustaría verte con él. Para eso lo compré. Para vértelo puesto. Pero ya te digo que no es necesario. Si vas a sentirte incómoda, no lo uses. Pero no te deshagas de él. Guárdalo de recuerdo. Quizá algún día seas más valiente y cambies de opinión. —La miró con picardía.

—Lo dudo mucho...

—Bueno —continuó Derek levantándose del sofá—, creo que será mejor que me prepare para irme. Tengo que estar a las tres en un hotel de Gran Vía para el reportaje de *Cosmopolitan*.

Rebeca miró su reloj. Iba a llegar tarde al trabajo.

—¡Mierda! Se me hace tarde —soltó, poniéndose en pie y corriendo hacia su habitación—. ¿Cómo vas a moverte por la ciudad?

—He alquilado un coche en el aeropuerto. Siempre lo hago. Por cierto, muy bonitas las margaritas azules que tienes aquí.

—Ah... Gracias.

Estuvo a punto de contarle que se las habían regalado y que no sabía quién había sido, pero no lo hizo porque pensó que quizá no le gustase a Derek saber que tenía un admirador secreto. Aunque, de todas formas, ¿a él qué le importaba? Se puso rápidamente un veraniego vestido de flores y salió al pasillo lista para irse a trabajar.

La habitación de invitados estaba al lado de la suya y al pasar por delante de la puerta entreabierta, vio a Derek cambiándose de ropa. Estaba descalzo y sin la camiseta. El pantalón lo llevaba desabrochado y, cuando fijó su mirada en su desnudo torso y la bajó hasta el bulto de sus vaqueros, la sangre comenzó a arderle en las venas y su sexo se humedeció de inmediato. Los dedos le picaban por el anhelo de deslizarlos por el suave vello que cubría los pectorales de Derek. Por sentir cómo cada músculo se contraía bajo su tacto.

Cerró los ojos para tranquilizarse y cuando los volvió a abrir, se dio cuenta de que Derek la había sorprendido espiándole.

—Entra, si quieres. Estás en tu casa —la tentó con una sonrisa lasciva mientras se quitaba el pantalón, quedándose únicamente con un bóxer negro.

—Tengo que irme a trabajar.

Y dejando a Derek plantado en medio de la habitación, casi desnudo, corrió hacia la puerta de salida mientras intentaba borrar de su mente la visión que acababa de tener. «¡Dios mío! No voy a poder resistirme a él los días que esté aquí. Tiene un cuerpo hecho para el pecado. Exuda sexo por cada poro de su piel», pensaba Rebeca mientras conducía camino del hospital. «Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas porque las voy a necesitar, pero mucho, mucho».

Durante la tarde, Rebeca llamó a su hermana para comentarle la visita de Derek y que no se sorprendiera al encontrarle en casa cuando llegase de la comisaría. Mantuvieron una discusión nuevamente sobre Derek y todo lo que le había hecho sufrir a Rebeca en el pasado, pero por fin, Mayra dio su brazo a torcer y decidió que le daría una tregua al inglés.

—Como te vuelva a hacer daño, le mato. En cuanto llegue a casa, voy a tener unas palabras con él y como me dé mal rollo, le echo de casa a patadas —le advirtió su hermana.



Capítulo 12

Cuando Mayra llegó a casa después del trabajo, se encontró con Derek. Este la saludó con educación y amabilidad, pero ella entrecerró los ojos, estudiándole.

—Supongo que te habrá llamado Rebeca para decirte que estoy aquí.

—Sí, ya me ha advertido de que teníamos un invitado en casa. —Hizo una pausa y añadió—. Te voy a decir algo, Derek y quiero que me escuches con mucha atención. Rebeca es muy importante para mí y si le haces daño, si vuelves a hierirla de cualquier forma, mi amiga y yo —sacó la pistola y se la enseñó— tendremos una conversación muy seria contigo. ¿Has entendido?

Derek tragó saliva, acojonado, pero no estaba dispuesto a que Mayra dudase de sus sentimientos por Rebeca.

—Sí, lo he entendido, pero ahora tú me vas a escuchar a mí. Siempre he ido de mujer en mujer, buscando solo sexo. Cuando pasó lo de Rebeca hace años, no supe darme cuenta de la gran mujer que tenía ante mí. Sin embargo, al volver a verla, lo he sabido. Cometí un error en el pasado. Te juro que no lo volveré a cometer. Estoy dispuesto a hacer lo que sea, incluso dejarme disparar por ti, con tal de estar con Rebeca. Mis sentimientos hacia tu hermana son reales. No es ningún juego. Estoy enamorado y he venido aquí con la intención de conquistarla de nuevo.

Mayra le observó en silencio unos segundos, procesando su confesión.

—Más vale que lo que me has dicho sea cierto, si no...

—Si no, soy hombre muerto. Ya lo he pillado —contestó Derek—. Pero tienes que creerme. Es la verdad.

El instinto policía de Mayra y algunos rasgos más que vio en el inglés, le dijeron que el hombre no estaba mintiendo. Se guardó la pistola y se acercó más a él. Comenzaron una tensa charla sobre Rebeca. Poco a poco, los dos fueron relajándose y el ambiente se volvió muy agradable.

A Rebeca se le pasó volando la tarde en el hospital y cuando regresó a casa ya estaba algo más tranquila. Había tenido mucho que hacer en la UCI, así que apenas había podido pensar en Derek.

Nada más entrar en el piso, oyó la risa de su hermana. Le extrañó, pero supuso que Mayra le había sometido a un interrogatorio completo y que Derek lo había superado.

La enfermera se dirigió hacia la cocina y se encontró con Mayra preparada para salir a cenar con sus amigas y a Derek cocinando. Charlaban animadamente y se reían. Parecía que lo pasaban bien juntos y eso a Rebeca no le gustó. Sintió una punzada de celos al ver a su hermana y al hombre de sus sueños más húmedos mirándose con complicidad.

—¡Ya has llegado! —exclamó Mayra cuando la vio en la puerta de la cocina.

Derek se giró y le dedicó una espléndida sonrisa que hizo que a Rebeca le revoloteasen miles de mariposas en el estómago.

—Estoy haciendo la cena —le informó él—. Ponte cómoda. En menos de diez minutos la tendré lista.

—Bueno, parejita, yo me voy, que he quedado con mis amigas. Vendré tarde. Vamos a ir al Jerry's después de cenar. ¿De verdad no quieres venir? —preguntó Mayra, girándose hacia Derek.

—No, te lo agradezco, pero no. Estoy cansado del viaje y quiero acostarme pronto. Mañana tengo que madrugar —respondió el aludido, mientras Rebeca observaba la escena sin moverse del quicio de la puerta donde había permanecido apoyada.

—Vale, pero mañana no te escapas —le amenazó Mayra y, mirando a Rebeca, añadió—. Y tú tampoco. El domingo libras, así que mañana ¡fiesta!

—Cuidadín con lo que haces por ahí, *cierrabares* —soltó Rebeca a su hermana con una sonrisa—. O me chivaré a Trent.

Mayra le dio un azote en el culo a Rebeca al pasar por su lado y le susurró al oído.

—Tú sí que tienes que tener cuidado, petarda, ahora que te quedas solita con un bombonazo como ese.

Rebeca le sonrió y Mayra se alejó de ella despidiéndose con la mano.

Cuando por fin se quedaron solos, Derek le preguntó:

—¿*Cierrabares*?

—Sí. Es que Mayra siempre es la última en volver a casa cuando sale de fiesta y, algunas veces, cierran el bar donde está y la echan. Por eso la llamo así.

—Ah, vale.

Los dos se quedaron en silencio un momento, hasta que Derek lo rompió.

—Es muy simpática tu hermana. Me cae bien y me alegro de que Trent y ella tengan una relación. ¿A él también le hizo lo de la pistola?

—¿Qué es lo de la pistola? —preguntó Rebeca sorprendida, adentrándose en la cocina para sentarse en una silla. No tenía ni idea de a qué se refería Derek. Pero este se lo aclaró enseguida.

—Cuando ha llegado de la comisaría yo ya estaba aquí. Nos hemos presentado y lo primero que ha hecho ha sido sacar la pistola y decirme que como me pase un pelo contigo, me pegaba un tiro —le contó él apagando el fuego y girándose hacia Rebeca—. Te juro que me ha acojonado mogollón. Recuérdame que no la haga enfadar nunca. Por cierto, ¿mi hermano está seguro con ella? Te lo digo porque...

—¡Te ha apuntado con el arma! ¡Está loca! Me la voy a cargar en cuanto la vea. ¡Pero cómo se le ocurre! —gritó Rebeca alucinada.

—Tranquila, tranquila. —Derek se rio con una carcajada que fue como música para los oídos de Rebeca—. No me ha apuntado con ella, solo me la ha enseñado para intimidarme. Pero hemos estado hablando y al final la he convencido de que soy inofensivo. Y cómo has visto, ahora hasta le caigo bien.

—Mayra está como una cabra. Como una puta cabra —murmuró Rebeca sacudiendo la cabeza. No salía de su asombro.

—Olvídalo. Ha sido un incidente... gracioso. Ya tengo otra anécdota más que contar.

Mientras cenaban hablaron sobre lo que habían hecho durante la tarde. La sesión de fotos con la actriz española había ido bien y Derek había conseguido que la joven firmase una foto dedicada para Rebeca, que se lo agradeció enormemente cuando este se la entregó después de cenar.

Rebeca, por su parte, le contó cómo había pasado la tarde en el hospital y sobre todo, su preocupación por un niño de tres años al que un coche había atropellado ese mismo día, cuando salió a la carretera corriendo detrás de un balón, y que se debatía entre la vida y la muerte.

Derek la vio muy apenada y, acercando su silla a la de Rebeca, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él.

—No me gusta verte triste —le dijo dándole un beso en la sien—. ¿Qué puedo hacer para alegrarte un poco?

—No te preocupes. Se me pasará. Llevo muchos años viendo casos así, pero es que no termino de acostumbrarme a ver sufrir a los pequeñines ni a sus familias. No puedo evitar que me afecte, pero se me pasará. Ya verás.

Rebeca se sentía tan bien con la cercanía del cuerpo de Derek que no pensó lo que hacía hasta que se dio cuenta de que tenía sus labios pegados a los de él y este le acariciaba el interior de la boca con su húmeda lengua.

Cuando Derek vio que ella levantaba la cabeza para buscar su boca, no lo dudó y comenzó a besarla con delicadeza. Pero cuando Rebeca intentó apartarse, Derek la cogió por los hombros para profundizar el beso e impedir que se alejara de él. ¡Dios! ¡Había deseado ese momento desde que ella abrió la puerta de su casa esa mañana! Se había imaginado mil veces cómo hacer para conseguir tenerla así, como la tenía en ese momento, entre sus brazos y saboreando su boca. No iba a consentir que ella se apartase y finalizara el beso. La levantó de la silla y la sentó sobre su regazo, abrazándola más fuerte y perdiéndose en el increíble beso que se estaban dando.

Rebeca luchaba contra sí misma. Por un lado, su cuerpo requería las caricias y los besos de Derek, sentirse cerca de él, apoyada contra su duro pecho. Pero, por otro lado, la maldita voz de la conciencia le decía que parase de una vez. Que se alejara de Derek. Que no le diera lo que él estaba buscando. Pero le deseaba tanto...

—Derek, para... por favor.

—No quiero —susurró él pegado a su boca—. Me muero por besarte, por acariciarte, por tenerte así... junto a mí, sintiendo tu calor, tu olor, no sabes el tiempo que llevo esperando esto.

Derek le devoró la boca con un beso abrasador que hizo que Rebeca se derritiera y ya no pensase en nada más. Él comenzó a acariciarle las piernas lentamente, subiendo y bajando por sus muslos dejando un rastro de fuego allí donde la tocaba. Rebeca notaba cómo se humedecía su sexo y reclamaba las manos de Derek, que al parecer no llegaban nunca, haciendo que su necesidad creciera. Cuando parecía que iba a rozarle su caliente hendidura, se retiraba. Estaba jugando con ella. Excitándola.

Derek sabía que estaba llevándola al límite con sus besos y sus tortuosas caricias, pero no quería satisfacerla tan rápido. Intuía que en cuanto lo hiciera, Rebeca se alejaría de nuevo de él. Por eso, luchando contra el deseo de darle lo que el cuerpo de Rebeca le pedía a gritos y contra el suyo propio de penetrarla y hacerla gritar de placer, se obligó a detenerse y sacando la mano de debajo del vestido de Rebeca, puso fin al beso que le estaba dando.

—Pero, aunque me muero de ganas de hacerte el amor... No lo voy a hacer.

Rebeca lo miró boquiabierta. La había calentado para nada. «¡Será cabrón!», pensó enfadada. Se levantó de su regazo. Derek acababa de hacerle lo mismo que ella le hizo en Londres, en aquel aseo del pub. ¿Se estaba vengando de ella por eso?

—¡Qué te den, imbécil! —le gritó.

Salió de la cocina totalmente enfadada y se encerró en su habitación maldiciendo a Derek. Se paseó por la estancia durante un rato, pero no se tranquilizaba y, además, la había excitado tanto que no podía pensar en otra cosa que no fuera en tener sexo con él. Cogió el pijama de debajo de la almohada de su cama, donde lo guardaba

siempre, y salió de la habitación para ir al baño. Necesitaba darse una ducha. Estaba tan caliente que iba a explotar. ¡Maldito Derek!

Cuando abrió el grifo y el primer chorro de agua fría le cayó en el cuerpo, dio un pequeño grito y se apartó. Pero poco a poco comenzó a salir a una temperatura más idónea y se apoyó contra la pared, dejando que el agua corriera por su cuerpo llevándose con ella el enfado que sentía hacía unos momentos.

Empezaba a relajar los alocados latidos de su corazón, pero su sexo aún pedía atención. Involuntariamente, sus manos bajaron por su vientre y comenzó a acariciarse sus oscuros rizos púbicos. Un dedo buscó su abertura y cuando la halló, la penetró con suavidad. Entraba y salía de ella delicadamente hasta que su vagina le exigió más y Rebeca se metió otro dedo. Comenzó a frotarse el clítoris con la otra mano, al tiempo que aumentaba el ritmo de las embestidas de sus dedos.

Empezaba a sentir un delicioso calor que le nacía en el vientre y le bajaba hasta su sexo, cuando oyó que se abría la puerta del baño y entraba alguien.

Y ese alguien solo podía ser Derek.

Salió de su nube de placer en milésimas de segundo.

—¿Se puede saber qué haces? ¡Me estoy duchando! ¡Sal de aquí inmediatamente!
—le gritó fuera de sí.

—Es el único baño que hay y necesito usarlo —contestó Derek tranquilamente.

—¡Pues te esperas a que yo termine!

—Solo será un minuto.

—¡Ni un minuto ni leches! ¡Sal ahora mismo!

—Pero si no te veo nada con la cortina de la ducha... Y, además, ya te he visto desnuda, ¿recuerdas? La última noche contigo no la olvidaré mientras viva.

Rebeca notó la sonrisa en la voz de Derek y eso la enfureció más todavía. Además de que era la segunda vez en menos de veinte minutos que la dejaba al borde del placer.

—¡Qué te vayas! —gritó de nuevo.

Derek no contestó.

Rebeca oyó cómo tiraba de la cadena del váter y esperó oír la puerta al cerrarse, pero el sonido no llegó. Lo que sí oyó fue el agua del lavabo correr y a Derek tarareando una canción que no reconoció. Sacó la cabeza por un lateral de la cortina de la ducha y se encontró con la mirada de Derek en el espejo. Estaba lavándose los dientes tranquilamente. Este le sonrió y continuó con lo que estaba haciendo mientras Rebeca le fulminaba con la mirada.

—No voy a compartir casa contigo nunca más. Así que la próxima vez que vengas a Madrid, te buscas un hotel.

Derek siguió a lo suyo como si no la hubiese oído y Rebeca se apartó de la cortina y, tratando de superar su nerviosismo, terminó de ducharse. Antes de salir, comprobó que Derek se había marchado.

Cuando salió del baño, vestida con el pijama, que consistía en unas braguitas de tipo culotte y una camiseta de tirantes, vio que Derek estaba tumbado en la cama de su habitación leyendo en un *ebook*. Únicamente llevaba puesto un bóxer. Él levantó la vista y la descubrió mirándolo.

Se puso duro al instante.

—Mmm, qué sexy estás con esas braguitas. ¿Quieres entrar? —le preguntó pícaramente.

—No vuelvas a entrar en el baño cuando yo esté dentro, ¿entendido? —respondió ella con irritación sin poder apartar la vista de la protuberancia de su bóxer.

—Así que yo no puedo usar el aseo al mismo tiempo que tú, pero tú si puedes espíarme cuando estoy en mi habitación medio desnudo. Y ya van dos veces hoy —la pinchó, dejando el libro electrónico a un lado y cruzándose de brazos, lo que hizo que sus pectorales y sus bíceps se hincharan más, lo que hacía juego con la dolorosa erección que tenía entre las piernas. Pero ni loco iba a cubrirse. Quería que Rebeca fuera consciente de cómo ella afectaba a su masculino cuerpo.

—Cierra la puerta y así no tendré que verte.

—Hace calor —se excusó él.

—Pues abres la ventana —contestó ella secamente.

—¿Para que me vean tus vecinas y les aumente la temperatura? ¿Quieres que te tengan envidia, princesa?

—¡Pero qué chulo y prepotente eres! ¡Ni que fueses el único tío bueno del mundo! ¡Por favor!

Derek comenzó a reírse y Rebeca, ignorándole, se encerró en su cuarto. Se metió en la cama con el recuerdo del cuerpo de Derek y sus besos y caricias sobre su piel. Poco a poco el enfado se le fue pasando, al mismo tiempo que el sueño se apoderaba de ella.

Cuando llegó de trabajar al día siguiente estaba abatida. El niño que había ingresado el día anterior atropellado por el coche no había conseguido salir adelante y había fallecido durante esa mañana. Nada más entrar en casa, se dirigió a su habitación y se acurrucó sobre la cama. Comenzó a llorar amargamente. Lamentaba que una vida tan corta hubiese terminado ya.

Derek estaba en la cocina cuando oyó la puerta de casa. Rebeca volvía del trabajo. Su corazón comenzó a latir alegremente. La vería en cuestión de segundos.

Pero al ver que pasaba el tiempo y Rebeca no aparecía en la cocina para saludarle,

pensó que todavía estaba enfadada por lo de la noche anterior. Así que salió a su encuentro para disculparse con ella y que todo volviese a estar bien entre ambos.

Derek había pasado toda la noche soñando con el cuerpo de la mujer que deseaba y por la mañana había recorrido el Madrid más turístico tomando fotos para el reportaje que le habían encargado y pensando en ella. Deseando que las horas pasaran rápidamente para estar con ella de nuevo. ¿Qué le estaba pasando con Rebeca? Nunca había anhelado tanto estar con alguien, aun sabiendo que no tendría sexo. Intuía que algo muy bonito empezaba a sentir su corazón. Y aunque en cualquier otro momento este sentimiento le habría hecho salir corriendo despavorido, ahora quería investigarlo.

Cuando llegó a la puerta de la habitación de Rebeca llamó con suavidad y le preguntó si podía entrar. Pero ella no contestó. Derek la oyó sollozando y se asustó. Abrió la puerta y se acercó hasta la cama donde Rebeca yacía en posición fetal.

—Princesa, ¿qué ocurre? —dijo mientras la rodeaba con sus fuertes brazos y la apretaba contra su pecho.

—Se ha muerto... Pobrecito mío. Al final se ha muerto —contestó ella entre lágrimas, dejándose consolar.

—¿El niño de ayer? ¿El que atropelló el coche?

Rebeca asintió. No le salían las palabras.

Derek continuó acunándola un rato más mientras le acariciaba su corta melena hasta que notó que, poco a poco, ella se iba tranquilizando y dejaba de llorar. Levantó la cara hacia él y Derek se la encerró con sus manos, limpiándole con los pulgares el rastro que las lágrimas habían dejado en ella.

—Gracias —murmuró Rebeca.

—No me gusta nada verte llorar —confesó él, y se inclinó para depositar un tierno beso en sus labios.

Ella no lo rechazó y Derek deseó seguir besándola, pero creyó que no era el momento oportuno.

—La comida está lista. ¿Vamos? —dijo cogiéndole de la mano y tirando de Rebeca para levantarla de la cama. Ella le siguió dócilmente.

Llegaron a la cocina y Rebeca se sorprendió al ver la mesa preparada para dos y un gran ramo de margaritas azules sustituyendo al otro que ya se había marchitado.

—Un repartidor trajo estas flores esta mañana. Pero en la tarjeta solo pone tu nombre —le informó Derek—. ¿Algún admirador secreto?

—¿Has leído la tarjeta? No deberías haberlo hecho. Es personal —le riñó ella.

—Lo siento —se disculpó Derek. Aunque la verdad era que no parecía para nada arrepentido por su indiscreción.

—Hace varias semanas que me las están enviando y he intentado averiguar quién

es, pero lo único que me han dicho es que las mandan desde Barcelona. Y no conozco a nadie allí. No sé quién puede ser —le contó Rebeca sentándose en la silla.

—Pues espero que no sea un psicópata asesino obsesionado contigo. —Se rio Derek.

—¡Vaya, qué tranquilizador!

—Perdona... —Volvió a disculparse sin perder su sonrisa de niño travieso—. Bueno, ¿comemos? Espero que te guste lo que he preparado hoy. *Risotto* de setas y merluza a la plancha con ajitos y perejil.

Rebeca lo miró asombrada. La comida estaba deliciosa.

—¿Dónde has aprendido a cocinar tan bien?

—Mi madre me enseñó algo y luego... bueno, la cocina siempre me ha gustado. Si no hubiera sido fotógrafo, creo que me hubiese dedicado a la restauración —explicó Derek con orgullo.

—Entonces, ¿por qué estudiaste Económicas? —preguntó ella mientras se metía el tenedor cargado de arroz en la boca.

—Mi padre quería que fuera economista como él y por no darle un disgusto... —Se encogió de hombros—. Pero cuando terminé la carrera y después de trabajar con él, los dos nos dimos cuenta de que aquello no iba a funcionar. Así que me dijo que me daba libertad para hacer lo que quisiera. Y me lancé al mundo de la fotografía. Como al principio tenía mucho tiempo libre, hasta que empecé a ser conocido y me llovieron las ofertas de trabajo, hice varios cursos de cocina. Y este es el resultado —dijo señalando ambos platos.

—Pues me alegro de que tuvieras tanto tiempo libre. Se te da bien. Cuando te vayas voy a echar de menos llegar a casa y encontrarme la comida o la cena hecha. Sobre todo, porque está todo muy rico —contestó Rebeca con una gran sonrisa.

Derek correspondió con otra sonrisa y comenzó a contarle lo que había visto esa mañana del Madrid turístico. Cuando terminaron de comer, pasaron al salón y entre los dos decidieron ver una película de las muchas que Mayra tenía en DVD. Era una gran aficionada al cine. Otra cosa en la que coincidía con Trent.

Cuando la película estaba a punto de acabar llegó Mayra. Había salido a comer con unas amigas y luego se habían ido de compras. Iba cargada de bolsas y Derek la ayudó a llevarlas hasta la mesa del salón, donde comenzó a sacar vestidos, camisetas y shorts, enseñándoselos a Rebeca para que le diera su opinión.

Más tarde, Mayra insistió en bajar a la piscina comunitaria que tenían en el edificio donde vivían, pero Rebeca rechazó la idea. Había madrugado y si esa noche iban a salir de fiesta, quería dormir al menos una hora y descansar.

Derek decidió acompañar a Mayra y juntos salieron del piso después de ponerse los bañadores. Cuando regresaron, más de una hora y media después, Mayra le contó a Rebeca entre risas que las vecinas habían *flipado* al ver a Derek. Algunas se le

habían insinuado. Primero pensaron que Derek era el novio inglés de Mayra, pero cuando esta las sacó de su error, comenzaron a pavonearse delante de él mientras Derek intentaba que le dejaran en paz amablemente. A Rebeca no le gustó nada que sucediera esto. Aunque sabía que Derek llamaba la atención allá donde fuera. Era el típico hombre atractivo y sexy que hacía que volviésemos la cabeza para mirarlo cuando pasaba por tu lado caminando por la calle.

—Y no me extraña. Está buenísimo. Pero qué te voy a contar, si tú ya le has visto desnudo —le dijo Mayra mientras las dos terminaban de maquillarse frente al espejo del baño.

—Mayra... —la reprendió Rebeca. No quería tocar ese tema. Sobre todo, porque él podría escucharlas.

—¿Qué? ¿Es cierto o no es cierto? —continuó su hermana ignorándola—. Y no pienses mal. Está como un tren, pero a mi quien me quita el sueño es Trent. Por cierto, la próxima semana tengo libre desde sábado hasta el martes y me voy a Londres a verlo.

—¿Sí? ¡Cuánto me alegro, Mayra! Trent se va a poner muy contento cuando lo sepa. Está deseando verte.

Terminaron de arreglarse y al salir del baño, Derek las silbó y las piropeó haciéndolas saber lo guapísimas que estaban las dos. Se fijó en que Rebeca llevaba el pequeño bolso de Carolina Herrera que él le había traído de Nueva York y se sintió feliz por ello.

Cuando bajaron a la calle Derek insistió en ir con el coche que había alquilado en el aeropuerto, un impresionante Audi blanco. Rebeca montó delante y al sentarse, la falda de su corto vestido azul se le subió un poco. Sintió la mirada abrasadora de Derek en sus piernas y sonrió. Aunque se había pasado la tarde con las féminas de su vecindario, quien le atraía a él era ella. Se sintió poderosa y, dejando a un lado sus reticencias en cuanto al tema sexual con Derek, se dispuso a disfrutar de la noche.

Fueron a cenar a un restaurante italiano y después se dirigieron al Jerry's, el pub donde Mayra había estado el día anterior y al que iban a menudo las dos hermanas, pues era propiedad de unos amigos suyos.

—Jerry me dio recuerdos para ti anoche —le contó Mayra a Rebeca mientras aparcaban el Audi en una calle cercana—. Y Clarisa también. Está tremenda. Tiene una barrigota...

—Jerry y Clarisa están esperando su primer hijo —le aclaró Rebeca a Derek ante la mirada interrogante que este le dirigió—. Los conocemos hace muchos años. Nos encanta ir a su pub. Ponen, sobre todo, ritmos latinos y caribeños. Jerry es dominicano y Clarisa brasileña. Cuando Trent y Kim vienen a vernos también salimos a bailar en su local. Lo vamos a pasar genial, ya lo verás. Son gente muy maja.

Entraron en el negocio, decorado con grandes palmeras artificiales y las paredes

pintadas semejando las playas de la República Dominicana y Brasil. El *reggaetón* inundaba la sala y decenas de personas bailaban al son de la música. Algunas parejas se besaban en las esquinas ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor. Otros disfrutaban de la vista desde la barra.

Cuando los tres llegaron hasta ella, un hombre de casi dos metros de alto que había al otro lado con una reluciente sonrisa que dejaba ver sus blanquísimos dientes, se acercó a ellos para saludar efusivamente a las dos hermanas y ser presentado a Derek. Era Jerry. Detrás de él, una mujer morena y con una prominente barriga le empujaba para quitarle de en medio y poder saludar también ella a Rebeca y a Mayra. Derek pensó que hacían una extraña pareja. Mientras que él era un mulato gigante, a ella se la veía pequeña y frágil, con una piel de porcelana.

Estaban pidiendo sus bebidas cuando un chico joven, de unos veintidós años, se acercó a hablar con Rebeca y acto seguido se la llevó a la pista para bailar con ella. Mayra se quedó con Derek.

—Solo es un amigo —le comentó esta al ver cómo Derek miraba con mala cara a Rebeca y al chico con el que bailaba.

—¿Todos sus amigos la manosean así? —preguntó molesto.

—¡Derek! —Mayra estalló en una sonora carcajada—. Están bailando un *reggaetón*. Se baila así.

La canción terminó y se solapó con otra. Al hacerlo, otro joven se acercó al que bailaba con Rebeca y le pidió permiso a este para danzar con ella. El primer chico que se había llevado a Rebeca le dejó el camino libre a su nuevo compañero de baile. Este la cogió por la cintura y la hizo girar para quedar con la espalda de Rebeca apoyada en su pecho y contoneando las caderas al unísono, danzaron esa segunda canción.

Derek cada vez estaba más irritado. Quería romperle la cara a los dos jóvenes que habían bailado con ella, pero algo le decía que enzarzarse en una pelea complicaría las cosas con Rebeca. Aguantó, más mal que bien, a que terminase la canción y Rebeca volviese a la barra junto a ellos. Mayra seguía a su lado bebiendo su ron con Coca-Cola y mirándolo de reojo, observando su reacción, con una expresión divertida en el rostro.

Cuando por fin el chico liberó a Rebeca, Derek vio cómo se despedía de ella y le entregaba un papel que ella, tras mirar el contenido y sonreír al joven, escondió en la mano rápidamente. Se acercó a la barra y se colocó al lado de Derek.

—Me muero de sed —dijo cogiendo el vaso de Derek y bebiéndose lo poco que quedaba de un trago.

—¿Qué te ha dado ese? —le preguntó Derek.

—¿Quién? ¿El chico con el que he bailado ahora? Oh, nada importante.

—Aun así, quiero saberlo —insistió Derek.

—Me ha dado su número de teléfono. ¿Por qué? —le contestó Rebeca dejando el papelito sobre la barra.

—¿Vas a llamarle?

Pero Rebeca no tuvo tiempo de contestar. Unas grandes manos la cogieron por la cintura y la arrastraron a la pista de baile. Comenzó a bailar con este nuevo hombre ante la mirada enfadada de Derek.

—Otro amigo —le dijo Mayra a su lado.

—¿Tiene muchos amigos así? —Derek no apartaba los ojos de Rebeca. Quería controlar en todo momento lo que ese hombre hacía con ella. Dónde tocaba y dónde no.

—Conocemos a casi todos los tíos del local. —Mayra hizo un gesto con la mano abarcando todo el pub.

—¿Y a ti por qué no te sacan a bailar?

—Rebeca es más famosa. Todos la quieren a ella. Baila mejor que yo.

Mayra comprobó cómo Derek tensaba la mandíbula apretando tanto los dientes para contenerse que estaba segura de que se le saltaría alguno.

—¿A eso le llamas bailar? —masculló furioso—. Lo que hacen es sobarla todo lo que pueden. Y encima ella se deja.

—¿Estás celoso? —preguntó Mayra divertida.

Derek pensó la respuesta antes de contestar. ¿Estaba celoso? Realmente no le gustaba nada ver cómo otros tocaban el cuerpo de Rebeca y ella les sonreía mientras se frotaba contra ellos. Si eso era bailar... que bailase con él. No quería que nadie disfrutase de los encantos de Rebeca. Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya. Sí. Estaba celoso. Muy celoso.

Se dirigió al centro de la pista, donde Rebeca se contoneaba con el joven agarrado de su cintura, y cuando llegó le puso una mano en el hombro separándole del cuerpo de la mujer que deseaba.

—Lo siento, amigo, pero ella ha venido conmigo y aún no hemos podido bailar juntos. Si no te importa...

Le hizo un gesto para que se marchase y el joven, asintiendo con la cabeza, se alejó buscando otra pareja de baile.

—Ahora me toca a mí. —Cogió a Rebeca de la cintura y apretándola contra su cuerpo comenzó a moverse con ella—. El resto de la noche vas a bailar conmigo y con nadie más, ¿entendido?

—Como tú quieras, *papito* —le contestó ella con burla.

Las manos de Derek fueron bajando de la cintura de Rebeca hasta sus caderas mientras ella danzaba sin agarrarle. Se miraban fijamente a los ojos y Rebeca vio el

deseo en la mirada de Derek. Por un instante, creyó que iba a besarla. Sus bocas estaban tan cerca... Pero ninguno de los dos acertó la distancia que separaba sus labios. Continuaron bailando pegados uno al cuerpo del otro, sintiendo el calor que emanaba de ellos.

—Necesito beber algo —le susurró al oído y Derek, agarrándola de la mano, se la llevó hasta la barra.

Cuando llegaron se situó a su espalda, encerrándola con sus brazos, impidiendo que nadie más la tocara o se acercara a ella. Rebeca pidió un ron con Coca-Cola y cuando el camarero fue a ponérselo, Derek le indicó que el ron no lo echara en el vaso. Solo la Coca-Cola.

—No quiero que te emborraches esta noche, princesa.

—¿Quién ha dicho que vaya a emborracharme?

—Nada de alcohol. Te quiero sobria toda la noche —insistió Derek, acariciando con la nariz la oreja de Rebeca.

—¿Ah, sí? ¿Para qué? —preguntó melosa mientras un estremecimiento la recorría entera.

Rebeca se giró entre los brazos de Derek y, alzando los suyos, le rodeó el cuello con ellos. El corazón le latía enloquecido y, al encontrarse con la mirada de él, su respiración se aceleró más todavía.

Derek buscó los labios de Rebeca y los reclamó con un beso profundo y largo. Se apretó más contra ella, hundiendo los dedos en su corta melena castaña, y gimió contra su boca.

Mayra, a su lado, los miraba divertida. Sacó el móvil del bolso y les hizo una foto mientras se besaban.

—Quiero esa foto —le exigió Derek cuando se dio cuenta de lo que había hecho.

Se volvió de nuevo hacia Rebeca y continuó besándola. Una *lambada* comenzó a sonar y cogiendo a Rebeca de la cintura, se la llevó hasta el centro de la sala para bailar pegado a su cuerpo. Cada vez estaba más excitado y tener a Rebeca tan cerca, moviéndose con aquel baile tan sensual, le ponía a mil.

Bajó una mano hasta su trasero y lo apretó contra él para que ella pudiera sentir la erección que tenía en ese momento. Rebeca, al notar lo, lo miró con picardía y sonrió. Comenzó a frotarse contra él, observando cómo Derek hacía verdaderos esfuerzos por no poseerla allí mismo. Cuando estaba finalizando *la lambada*, se solapó con una canción que Derek había oído bastante en la radio en los dos días que llevaba en Madrid. Giró a Rebeca para que quedase con su culo pegado a su entrepierna y su espalda contra su pecho. Con sus manos en las caderas de la mujer, comenzó a cantarle la letra de la canción al oído mientras ella se contoneaba.

—Ay, mamita cuando tú me tocas, me pones loco a mí y rápido quiero tu boca...

Rebeca apoyó su cabeza en el pecho de Derek y este le dio un suave beso en el

hombro. Ella inclinó la cabeza hacia un lado y Derek aprovechó que le daba libre acceso a su cuello para recorrerlo con sus labios hasta llegar al lóbulo de la oreja y, con los dientes, tirar dulcemente de él.

—Me mira y me seduce, y me pide que apague las luces, para acariciarnos sin parar, si empieza no quiere terminar....

Derek la hizo girar para quedar frente a él y mordisquearle los labios sin ninguna piedad. Quería su boca, la ansiaba y la necesitaba tanto como respirar. Comenzó a jugar con su lengua mientras seguían bailando al ritmo de la música. Rebeca estaba muy excitada y sabía que solo podía hacer una cosa para desahogarse. Además, los dos lo estaban buscando. Los dos lo deseaban. Sus cuerpos se necesitaban mutuamente. Cogió a Derek de la mano y tiró de él para sacarle de la pista.

Al pasar junto a Mayra, que charlaba con Clarisa, le guiñó un ojo y su hermana comenzó a reírse a carcajadas. Clarisa la detuvo un momento y le entregó algo, que Rebeca guardó en su mano sin que Derek pudiese ver qué era.

Le condujo por el pasillo donde estaban los aseos hasta llegar al final, donde había una puerta negra que ponía «Almacén». Abrió su mano y Derek comprobó que era lo que le había entregado unos segundos antes la dueña del local. Un paquetito metálico y una llave. Metió la llave en la cerradura y la giró para abrir la puerta. No encendió la luz. Una ventana situada al fondo del almacén dejaba entrar la claridad de la luna y allí, en la penumbra, Rebeca se giró hacia Derek. Aplastándole contra la puerta comenzó a besarle de nuevo.

Derek recorría con sus manos las sensuales curvas de la mujer que más deseaba en el mundo mientras disfrutaba de sus besos. Su miembro estaba tan duro que le dolía. Metió una mano por debajo de la corta falda del vestido azul de Rebeca y comenzó a acariciarla por encima de las braguitas. Descubrió con orgullo que estaba mojada. Su pene palpité pidiendo penetrar ese maravilloso cuerpo que tanto ansiaba. Le quitó las braguitas con rapidez y se las guardó en el bolsillo del pantalón.

Los gemidos de Rebeca se ahogaban en la boca de Derek. Estaba muy caliente y necesitaba tenerle dentro de ella ya. Cuando él le quitó las bragas, la diosa que llevaba en su interior saltó de alegría. Estaba cerca, muy cerca de conseguir todo el placer que Derek prometía con sus caricias y sus besos.

—Me gusta que estés tan húmeda... Mmm, no te imaginas las travesuras que te quiero hacer.

Derek la besaba en la garganta y la clavícula mientras le acariciaba con sus dedos el largo de la hendidura a Rebeca, empapándolos con sus fluidos. De golpe, le metió dos dedos y ella, al sentir la invasión, jadeó. Todas sus terminaciones nerviosas estaban alteradas por culpa de las caricias de aquel tentador y sexy hombre. Su corazón latía al borde del colapso.

—Oh, sí, Derek... Oh, Dios mío, sigue...

—¿Te gusta?

—Mucho...

Continuó penetrándola con los dedos mientras que con el pulgar trazaba tortuosos círculos en torno a su sensible clítoris y le devoraba la boca con besos abrasadores. Rebeca se apretaba contra su pecho y movía las caderas contra la mano de Derek buscando el orgasmo que tanto necesitaba sentir. La sangre martilleaba en sus venas y su temperatura corporal aumentó hasta casi quemarla viva.

—Así, princesa, siéntelo... Déjate llevar. Puedo darte todo el placer del mundo si me dejas. Quiero que te corras mientras gritas mi nombre... Y quiero... Quiero que seas mía. Solo mía.

Rebeca comenzó a sentir cómo algo se contraía en su interior y supo que estaba cerca de alcanzar su clímax. Derek la mordisqueaba en la unión del cuello con la clavícula, chupaba y succionaba su piel. Estaba segura de que le dejaría una marca que tardaría días en irse. Él volvería a Londres, pero su marca continuaría ahí más tiempo. No le importaba. En ese momento se sentía suya. Le pertenecía. Y no podía hacer nada para evitarlo.

Derek notó cómo el empapado sexo de Rebeca se contraía contra su mano, aprisionando sus dedos, como si no quisiera dejarlos salir nunca de su interior. Continuó llevándola al borde del precipicio mientras la besaba en esa boca tan sensual y carnosa que le volvía loco. Cuando Rebeca estalló de placer y gimió su nombre, se retiró unos segundos para verle la cara. Quería contemplar su expresión al llegar al orgasmo para retenerla en su memoria de por vida.

Ella se había derretido entre sus brazos. Había vibrado al correrse contra su mano. Había gritado su nombre. Y Derek... Derek estaba pletórico. Feliz. Recorrió con su azul mirada el cuerpo de Rebeca y cuando sus ojos se posaron en el cuello donde la había marcado con su boca y sus dientes, sonrió. Esa parte no la podía ocultar. El pelo no lo tenía lo suficientemente largo como para taparle la curva donde se unía su garganta con el principio de la clavícula, así que todo el mundo vería que era una mujer marcada. Una mujer con dueño. Él era su dueño. Rebeca era suya. «Mía», pensó Derek. «Mía para siempre».

La realidad le estalló en la cara en ese mismo instante. Quería tener a Rebeca siempre con él, a su lado. Estaba enamorado de ella. No era solo deseo y lujuria. Era necesidad, anhelo, amor. Sí. La amaba. Y haría todo lo que fuera necesario para conseguir que ella dejase a un lado sus miedos y se entregase a él por completo. En cuerpo y alma. Nunca había tenido mucha fe en el amor y tampoco había querido arriesgar su corazón averiguando qué se siente estando enamorado. Pero si era con Rebeca... Con ella todo era distinto. Con ella sí estaba dispuesto a intentarlo.

Rebeca abrió los ojos y se encontró con Derek mirándola con devoción. Le sonrió y se acercó a sus labios para besarle. Recorrió con su lengua la superficie de su labio inferior para continuar su viaje por el superior y después introducirla en la cavidad bucal de Derek. Jugueteeó con su homóloga y profundizó el beso. Comenzó a desabrocharle los vaqueros. A pesar de que había tenido un sensacional orgasmo, quería más. Le quería a él dentro de ella. Deseaba correrse de nuevo, pero esta vez

con su erección en su caliente sexo.

Derek la ayudó a bajarle los pantalones y el bóxer, y cuando su potente miembro saltó libre de ropa, Rebeca lo cogió y comenzó a acariciar la aterciopelada piel. Estaba caliente y duro. Muy duro.

—Derek... Fóllame —le pidió ella contra sus labios.

Le entregó el paquetito metálico que Clarisa le había dado junto con la llave del almacén. Él rompió el envoltorio con los dientes y sacó el condón.

—¿Quieres hacer los honores?

Ella le sonrió pícaramente y, cogiendo el preservativo, le colocó la punta en el sensible glande a Derek y lo desenrolló, cubriendo así todo su largo falo. Su amante inglés la cogió de las caderas y la alzó, al mismo tiempo que giraba con ella para apoyarla contra la puerta y Rebeca le rodeaba con las piernas. Poco a poco fue dejándola caer sobre su excitado pene, observando cómo la enfermera española jadeaba al sentir el contacto con su miembro, hasta que la llenó por completo. Ella se agarraba a su cuello mientras él entraba y salía de su mojada vagina sintiendo un exquisito placer con cada roce.

—¡Joder! Rebeca, esto es... Eres increíble, mi princesa.

Continuó subiendo y bajando el cuerpo de Rebeca por su mástil, mirándola a sus castaños ojos. Perdiéndose en ellos y sintiendo que sus sentimientos por ella crecían y se hacían más fuertes. Sí. Estaba completamente seguro. La amaba y nada podría cambiar ese hecho. Era algo tan real como que estaba allí con ella en ese momento. En su interior.

Varias gotas de sudor comenzaron a perlar su frente y la camiseta blanca que llevaba se le pegó al cuerpo, empapada y caliente, igual que el coño de Rebeca. ¡Dios! ¡Qué bien se sentía dentro de ella! No quería salir nunca. Ojalá pudiese detener el tiempo y que ese momento durase eternamente.

—Derek... Necesito correrme otra vez. Hazlo. Haz que me corra de nuevo... Contigo dentro de mí. Llenándome... —le suplicó Rebeca sin dejar de mirar los azules ojos de Derek. Él aumentó el ritmo de sus embestidas y, jadeando de placer, el orgasmo les llegó como un tsunami, arrasando todo a su paso hasta dejarles exhaustos.



Capítulo 13

En cuanto Derek salió de su interior, Rebeca se dio cuenta de que había cometido un error. No deberían haber tenido ese encuentro sexual. Estaba segura de que él se había alojado en su casa simplemente para conseguir tener sexo con ella otra vez, una amiguita a la que tirarse cuando viajara a Madrid, y ella le había dado justo lo que él quería.

A pesar de que Derek la había adulado con sus bonitas palabras y sus acciones, con sus comidas y sus cenas, con los regalos que le había traído, Rebeca sabía que todo eso era solo una fachada para conseguir sus propósitos.

Se odió a sí misma por caer de nuevo en la tentación que suponía Derek. Pero le deseaba tanto...

—Dame mis braguitas —le ordenó Rebeca fríamente.

Derek sacó la prenda de color celeste del bolsillo de sus vaqueros y se la tendió. No le pasó desapercibido el tono duro de la voz de Rebeca y se preguntó por qué, de repente, había cambiado su actitud. Habían echado un polvo glorioso. Ella se había corrido dos veces. ¿Por qué se enfadaba ahora? Había sido algo consentido. Los dos lo buscaban y los dos pusieron de su parte para que sucediera. Entonces, ¿por qué ese cambio?

—¿Qué te ocurre, princesa?

—Esto es un error, Derek. No teníamos que haberlo hecho.

Rebeca se giró para abrir la puerta, pero Derek se lo impidió apoyando una mano en ella, por encima del hombro de Rebeca.

—Espera un momento. No voy a dejar que salgas corriendo. Y

esto no ha sido un error. Al menos para mí no lo ha sido.

—Apártate —exigió Rebeca con una mirada glacial.

—No. Vamos a hablar y a solucionar esto de una vez.

Rebeca sabía que no podría conseguir que él se quitase de en medio. Era más fuerte que ella y nada podía hacer por apartarle de su camino. Así que se sentó en una de las cajas de bebida que había en el almacén y cruzó los brazos sobre el pecho, esperando que Derek comenzara. Le daba igual todo lo que dijera.

Derek quería confesar que acababa de darse cuenta de que se había enamorado de ella, pero sabía que Rebeca no le creería. ¡Si casi no se lo creía ni él! Era un sentimiento totalmente nuevo y... le gustaba. Mucho.

—En estas semanas no he estado con nadie de la manera en la que hemos estado tú y yo esta noche. Ya sé que te resulta difícil de creer —dijo Derek al ver la expresión de «a otro perro con ese hueso» que tenía Rebeca en la cara—, y no tengo forma de demostrártelo, pero te juro que es cierto. No me he acostado con ninguna mujer desde nuestra noche en Londres.

—Déjame salir. —Rebeca se levantó de la caja donde había estado sentada ignorando lo que él acababa de confesar—. Querías follarme y lo has conseguido. Así que como ya hemos terminado lo que vinimos a hacer aquí, deja que me vaya. Si tienes ganas de más polvos, hay un montón de chicas en el local que se morirían por estar contigo. Puedo decirle a Clarisa que te dé unos cuantos condones, si no tienes.

—No me interesan otras mujeres. Solo quiero follar contigo —se defendió.

—¡Ah! ¡Por fin algo sincero que sale de tus labios! Solo quieres follar conmigo —le contestó Rebeca con sarcasmo.

—No malinterpretes mis palabras. —Derek apretó los dientes. Empezaba a enfurecerle la actitud burlona de ella—. No es que lo único que quiera de ti sea follarte, es que solo quiero estar contigo y hacer el amor solo contigo. Eres la única mujer que me interesa. Pero te niegas a creerme. ¿Por qué te resulta tan difícil aceptar que después de todo este tiempo me arrepienta de lo que te hice y quiera arreglar las cosas?

—¿Y esta es tu manera de arreglar las cosas? ¿Follando conmigo?

Rebeca caminó hasta la puerta. Necesitaba salir de allí. No quería oír las palabras de Derek. Comenzaban a hacer mella en su corazón y tenía que ser fuerte. No podía continuar a su lado. Encerrada con él allí, escuchándole.

Derek la detuvo para que no pudiera escapar y la abrazó tan fuerte que Rebeca creyó que se le cortaba la respiración. Él no iba a permitir que se fuera sin oír todo lo que tenía que decirle. La haría cambiar de opinión respecto a él costase lo que costase. Y si tenía que usar la fuerza y obligarla a quedarse, lo haría. Deseó tener a mano una cuerda o algo parecido con la que poder atarla y amordazarla para impedir que saliese de aquel cuarto y le escuchase, pero solo tenía sus brazos. Así que la retuvo en ellos mientras Rebeca forcejeaba para librarse de su firme agarre.

—No lo entiendes —dijo él a escasos centímetros de su cara—. De verdad quiero que me perdones por haberme reído de ti. Fui un gilipollas. Ojalá pudiera

volver atrás y no haber hecho aquello. —Le acarició la mejilla a Rebeca con su nariz—. Pero no puedo viajar en el tiempo. Lo que sí puedo hacer es suplicarte que me des otra oportunidad. Me gusta la mujer en la que te has convertido y quiero descubrirte.

—Solo son palabras para llevarme a la cama de nuevo —escupió ella, apartando la cara de su tierno contacto—. La próxima vez que vengas a Madrid no te molestes en llamarme.

—Rebeca, por favor...

—No. Y suéltame.

Forcejeó, pero Derek en lugar de aflojar su abrazo, lo hizo más firme. Ella gimió desesperada. El caliente cuerpo de él la estaba quemando. Y lo peor era que le gustaba demasiado. Tenía que hacer algo. Y rápido.

Rebeca levantó la rodilla con tanta fuerza para impactar en la entrepierna de Derek, que este la soltó de inmediato y cayó al suelo retorciéndose de dolor. Ella abrió la puerta, pero antes de desaparecer, se giró y le dijo:

—Quiero que te vayas de mi casa esta noche. Recoge tus cosas y lárgate.

Cuando Mayra vio salir del almacén a su hermana echando humo por las orejas, supo que algo gordo había pasado. Rebeca llegó a su lado y le dijo que se marchaba a casa.

—¿Vienes conmigo o te quedas?

—¿Qué ha pasado con Derek? ¿Eso que tienes en el cuello es un chupetón? ¡Joder! ¿Por qué estás tan enfadada? —le preguntó Mayra.

—Ahora no quiero hablar de eso. ¿Vienes o no?

—Pero ¿y Derek? ¿Le vas a dejar aquí?

—Ya es mayorcito para cuidarse solo.

—Pues a mí no me lo parece —contestó Mayra viendo cómo en ese momento el inglés salía del almacén caminando con dificultad mientras se agarraba la entrepierna con una mano—. ¿Qué le has hecho? Rebeca...

—Le he dado donde más le duele —dijo ella con sorna.

—Eres la hostia, tía —la riñó su hermana—. Pero ¿tú estás loca o qué te pasa? Pensaba que te lo estabas tirando, no dándole una paliza. ¡Joder!

—Bueno, me voy. ¿Vienes o qué? —insistió Rebeca.

—No. Me quedo con Derek. Creo que el pobre necesita ayuda —contestó Mayra mirando al hombre que se apoyaba en el otro extremo de la barra y le dirigía una mirada llena de resentimiento.

—¿Te vas a poner de su parte? ¡Eres mi hermana! ¡Deberías apoyarme a mí! —exclamó ella indignada.

—Mira, Rebeca, te quiero con toda mi alma, pero creo que te estás equivocando con él. No sé lo que ha pasado ahí dentro, aunque me lo imagino. Y apostaría mi pistola a que Derek quiere contigo algo más que un simple polvo. ¡Pero si estaba muriéndose de celos mientras tú bailabas con los demás! —Alzó los brazos y exclamó—. ¡Ese hombre se está enamorando de ti!

—Derek es un depredador —le acusó ella—. Solo busca satisfacer sus instintos más primarios. Eso es lo único que tiene en mente. Lo único que quiere conmigo.

Y dicho esto salió del pub enfadada. ¿Cómo era posible que su hermana no se diera cuenta? ¿Y decía que Derek estaba enamorado de ella? ¡Ja! Eso no se lo creía nadie. Y ella menos.



Capítulo 14

Cuando Rebeca se despertó a la mañana siguiente, Derek ya no estaba en el piso y Mayra no la hablaba por haberle echado de la vivienda. Su hermana estaba enfadada con ella.

Antes de ir a casa de sus padres, Rebeca tuvo que ponerse mucho maquillaje para cubrir la marca que Derek le había dejado en la garganta. «¡Maldito hombre!», masculló mientras cubría el cuello con lentas pasadas hasta dejar el tono uniforme.

La semana pasó rápido. Rebeca pensó mucho en todo lo sucedido, tanto en Londres como en Madrid. ¿Tendría razón Mayra al afirmar que Derek estaba enamorándose de ella? ¿Tanto había supuesto para él aquel fin de semana en Londres y los pocos días que había pasado aquí en Madrid? ¿Era posible que Derek hubiese cambiado por ella? ¿Que estuviera dispuesto a explorar ese sentimiento amoroso que, según su hermana, estaba teniendo con ella como objetivo? Ojalá fuera así porque... Rebeca aún estaba enamorada de él. A pesar de tantos años de rencor... todavía le deseaba, todavía le amaba.

Después de darle muchas vueltas, tomó una decisión. Si volvía a tener contacto con Derek y este sacaba el tema de nuevo, ella intentaría darle la oportunidad que parecía que Derek buscaba. Todo el mundo se merece una segunda oportunidad, ¿no? Bueno, ella podía dársela. Pero no se entregaría al cien por cien, por si acaso. Prefería ir poco a poco, con pies de plomo, a ver qué pasaba al final.

El viernes Mayra estaba terminando de hacer la maleta para irse a Londres con Trent cuando Rebeca entró en su habitación para hablar con ella.

—No quiero que te vayas estando enfadada conmigo, Mayra.

—¿Has llamado a Derek para disculparte? No. Bueno, pues hasta que lo hagas, seguiré sin hablarte —le contestó esta.

—Le llamaré, te lo prometo, pero necesito tiempo para poner mis ideas en orden —dijo sentándose a los pies de la cama, mientras contemplaba a su hermana atareada con la maleta.

—Pues no tardes mucho —Mayra continuó con su trabajo sin mirarla—, porque después de cómo te has comportado con él, no sé si seguirá interesado en ti.

—Es que... —comenzó a decir Rebeca, pero Mayra la cortó.

—No. Es que nada. —Se colocó frente a ella con los brazos en jarras—. Tienes que dejar tus miedos a un lado y confiar en él. Dale una oportunidad —le ordenó—. Sabes por todo lo que pasé yo con mi ex y ¡mírame! Estoy dispuesta a intentar algo con Trent. Haz tú lo mismo con Derek. Si sale bien, genial. —La cogió de las manos y se sentó a su lado en la cama—. Y si sale mal pues le pego un tiro entre ceja y ceja y *santas pascuas plis*.

Aquello hizo reír a Rebeca por primera vez en toda la semana. Las dos hermanas se abrazaron unos minutos hasta que la enfermera habló de nuevo.

—Lo intentaré.

El sábado no llegó el ramo de margaritas azules al que Rebeca ya se había acostumbrado. Pensó, con alivio, que quizá su pretendiente anónimo se había cansado, pero aun así se sintió decepcionada.

La tarde en el hospital fue tranquila y al día siguiente tampoco tuvo mucho trabajo, por lo que se dedicó a pensar en Derek y a recordar todos sus momentos con él. La marca de su cuello apenas se notaba ya, estaba muy difuminada, y con tristeza se dio cuenta de que le echaba de menos. En un impulso, cogió el móvil y le llamó. Pero Derek no contestó. Saltó el buzón de voz, sin embargo, Rebeca no supo qué decir y finalmente cortó la llamada. Se imaginó que estaría trabajando y no podría atenderla en ese momento.

El lunes, aprovechando que tenía el día libre, fue a ver a Javier. La pierna de este iba mejorando. Ya incluso podía andar con muletas y se desenvolvía bastante bien. En apenas dos semanas le quitarían la escayola y regresaría al hospital. Pasó una tarde agradable con él. Javier era muy divertido. La hacía reír mucho, pero cuando él le propuso que se fueran juntos de vacaciones, Rebeca comprendió que ya no quería estar con él de la manera que habían estado hasta entonces. No quería seguir acostándose con él y supo por qué. Derek no solo la había marcado en su piel, también la había marcado en su alma. Sí. Estaba enamorada de él, pero después de lo que había pasado, ¿no era mejor olvidarle y continuar? Nunca podría superar su miedo a entregarle su corazón a Derek y que este, de nuevo, se lo pisotease. ¿O sí podría hacerlo? Un par de días antes había estado dispuesta a darle otra oportunidad si Derek volvía a pedírsela, pero ahora...

Estaba hecha un lío. No sabía qué camino tomar.

Mayra regresó de su fin de semana en Londres henchida de felicidad. La relación con Trent iba viento en popa y lo habían pasado estupendamente juntos. Nunca había ido al país inglés, así que además de hacer mucho el amor con Trent, también se habían dedicado a hacer algo de turismo y todo lo que había visto le había gustado.

Rebeca se alegró de que a su hermana se le hubiera pasado el enfado durante esos días y que, de nuevo, volviesen a tener la buena relación de siempre. Mayra le contó que Trent y ella habían hablado mucho sobre irse a vivir juntos, pero no habían decidido nada. Trent era abogado. Perfectamente podía montar un bufete aquí y trabajar. Pero Mayra, inspectora de policía, lo tenía más difícil para trasladarse a Londres y realizar su labor. La balanza se inclinaba porque el inglés se mudara a España.

Rebeca fantaseó con la idea de que su mejor amigo se viniera a vivir a Madrid. Mayra y él serían muy felices juntos, de eso estaba completamente segura. Trent adoraba a su hermana y ella, por fin, había superado su miedo a tener una nueva relación. «Al menos, una de las dos será feliz y vivirá un gran amor», pensó.

Al entrar en su habitación para cambiarse de ropa e irse al hospital, vio la muñeca de enfermera que Derek le había regalado. No le había preguntado por él a su hermana y esta tampoco le había comentado nada. Quería saber qué tal estaba y si había preguntado por ella, por lo que mientras se ponía unos vaqueros piratas y una blusa roja, habló con Mayra.

—¿Has visto a Derek? ¿Estaba allí? —Alzó la voz para que su hermana pudiera oírla desde la otra habitación.

—Le vi el día que llegué y al siguiente. Luego se fue de viaje. Está en Bangkok haciéndole un reportaje a no sé qué modelo famosa. Creo que me dijo que tenía que estar cuatro o cinco días allí, en Tailandia, porque además le habían encargado también unas fotos para una revista de viajes.

—¿Cómo le vistes? ¿Está...? Bueno... ¿qué tal está? —preguntó Rebeca sentándose en la cama para atarse la tira de las sandalias.

—Si te refieres a si todavía camina encorvado gracias a tu rodillazo, no. —Oyó la burla en la voz de su hermana—. Está plenamente recuperado. Pero el día que le llamaste estábamos juntos y no te cogió el teléfono porque sigue enfadado contigo. —Mayra apareció en el umbral de la puerta de la habitación de Rebeca y se apoyó en el quicio con los brazos cruzados en el pecho mientras observaba a Rebeca terminar de acicalarse—. Hablamos bastante sobre ti. Se está cansando de tus miedos y de que no confíes en él. Aunque por otro lado dijo que lo entiende. Fue un capullo contigo.

Rebeca pensó que su hermana tenía razón. Debería disculparse con él por el rodillazo en sus partes nobles. Así que cogió el teléfono una vez que Mayra se hubo marchado y le llamó. No sabía si él podría contestar, ni la diferencia horaria respecto a Bangkok, pero tenía que hacerlo.

Como le ocurrió la vez anterior que le llamó, saltó el buzón de voz.

—Hola Derek. Soy... Rebeca. Solo quería... disculparme por lo que pasó la última vez que nos vimos. Me porté muy mal contigo y... Lo siento. Mayra me ha dicho que ya caminas perfectamente. —Intentó que su voz sonara alegre, pero estaba tan nerviosa que apenas lo consiguió—. Bueno... Solo quería pedirte perdón. Adiós.

Cuando colgó el teléfono le sudaban las palmas de las manos por el nerviosismo. Esperaba que Derek la llamase y le dijera que todo estaba bien. Que ya no estaba enfadado y aceptaba sus disculpas. Pero esa llamada no llegó.

Durante esa tarde en el hospital y los días posteriores Rebeca estuvo pendiente del teléfono. Saltaba al primer toque y se desilusionaba al ver que no era Derek quien llamaba.

El siguiente sábado tampoco llegó el famoso ramo de margaritas azules, pero Rebeca no le dio importancia. Ese día estaba hecha polvo. Habían pasado cinco días desde que llamó a Derek y él no había respondido y ya no pensaba que lo hiciera. Esa mañana, en el hospital, había comprado una revista del corazón y se había llevado una enorme sorpresa. En un reportaje se hablaba de una conocida modelo alemana junto a su nuevo novio. Y el novio había resultado ser Derek. El artículo comentaba el romántico viaje de la pareja a Bangkok y lo atractivo y sexy que era el nuevo amor de la modelo. Al parecer, según la revista, se habían conocido trabajando juntos y entre ellos había surgido un maravilloso romance. De él únicamente decían su nombre y su profesión. Nada más. De ella, rememoraron su larga lista de amantes e incluso los dos exmaridos que poseía.

En una de las fotos se les veía paseando. Ella colgada del brazo de Derek y una impresionante sonrisa en el rostro «fruto del amor que se profesan», decía el periodista. En la siguiente fotografía estaban en un centro comercial de compras y en la tercera, sentados en una mesa de un restaurante cenando. A Derek se le veía guapísimo y ella era... Ninguna mujer podría competir con una belleza como la de la modelo alemana.

Rebeca sintió rabia y decepción. Rabia porque se dio cuenta de que Derek había necesitado poco tiempo para caer en los brazos de otra mujer y decepción porque había empezado a creer en él, y de nuevo este le había demostrado que no podía confiar en sus palabras. Sintió incluso vergüenza por haberle pedido perdón cuando le llamó.

«Se estará riendo de mí ahora», pensó enfurecida.

En ese momento decidió que por fin había llegado la hora de dar carpetazo al asunto de Derek. Tenía que olvidarle. Y tenía que hacerlo ya.



Capítulo 15

Cuando Rebeca llegó al hospital al día siguiente lo primero que hizo fue hablar con varias compañeras para ver si alguna podía cambiarle las vacaciones. No quería ir a Tenerife la segunda quincena de julio como harían sus amigos ingleses y su hermana. Mayra le había comentado que Derek también estaría allí con ellos y no quería verlo ni estar con él. Por fin, una de las enfermeras hizo un trato con ella e intercambiaron la fecha de los días de descanso. Rebeca iría a finales de septiembre. Así no coincidiría con nadie y podría relajarse y descansar. Y estar sola. Sobre todo, necesitaba eso. Estar sola.

Poco antes de acabar su turno una compañera la avisó de que su hermana había ingresado en Urgencias. Al parecer la habían disparado y tenían que operarla. Rebeca, con el corazón encogido por la angustia, corrió a ver a Mayra. La encontró justo cuando la llevaban a quirófano. Estaba demacrada por la cantidad de sangre perdida. La cogió de la mano y, sollozando, le preguntó cómo había sucedido. Mayra, con la voz ronca, se lo contó a grandes rasgos.

—Estábamos vigilando la casa de unos traficantes de drogas y ha debido haber un chivatazo porque en cuanto hemos bajado del coche nos han empezado a disparar. A mi compañera le han dado en la pierna y a mí en el hombro y la cadera. Pero no te preocupes, en cuanto me saquen las balas y me recupere, volveré a por ellos.

—¡Ay, Mayra! Un día te van a matar... Si es que ese trabajo que tienes no da más que disgustos... —se quejó una llorosa Rebeca aferrada a la mano de su hermana como si fuera un salvavidas en medio de una tempestad.

—Anda, no te pongas así. Sabes que soy dura como una piedra. —Sonrió Mayra tumbada en la camilla intentando tranquilizarla—. Me recuperaré en poco tiempo.

—Es que me das cada susto... Hace unos meses te rompiste un brazo en una pelea con un ladrón. Antes de eso tuvieron que darte puntos en la ceja por otro forcejeo con...

—Son gajes del oficio —la cortó Mayra soltándose de la mano de Rebeca—. Y deja de llorar que no me gusta verte así. Por favor. No me hace ningún bien verte así.

Rebeca asintió limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano y se despidió de su hermana cuando entró el doctor. Tenían que operarla urgentemente y no podían demorarse más. Llamó a sus padres para informarles de lo ocurrido y a Trent. No estaba segura de si era lo mejor, ya que con la distancia de por medio, Trent se preocuparía en exceso y estaría en un sin vivir los días que Mayra tuviese que permanecer ingresada en el hospital. Pero él tenía todo el derecho a saber lo que le había ocurrido a su hermana. Al fin y al cabo, era su pareja.

La operación salió bien y Mayra se encontraba en una habitación de la tercera planta cuando Rebeca subió a verla acompañada de sus padres. Tras tranquilizarlos a todos, el médico les informó de que en pocos días le darían el alta. Rebeca pasó la noche con Mayra y al día siguiente cuando su madre fue a relevarla, llevaba con ella una gran sorpresa.

Trent.

Al conocer lo que le había ocurrido a su amada, había pedido unos días libres en el trabajo y había volado hasta Madrid en el primer avión donde consiguió plaza. Nada más entrar en la habitación y ver a Mayra postrada en la cama y con todas aquellas vías, cables conectados a varios aparatos y demás, casi se le para el corazón.

Corrió a besarla en la frente, los labios y acariciándola el pelo, se sentó a su lado en la cama, con cuidado, sin dejar de mirarla. Mayra intentó sonreír cuando lo vio y le tranquilizó con la escasa voz que tenía. Unos minutos después, Trent agradeció a Rebeca el haberle avisado de lo ocurrido.

Rebeca estaba despidiéndose de ellos cuando llegó un repartidor de una floristería con un enorme ramo de margaritas azules para Mayra.

Rebeca, al ver las flores, se quedó estupefacta.

¡Eran las mismas que le habían estado enviando a ella!

Cogió la tarjeta enseguida y la leyó:

Querida Mayra,

Espero que te recuperes muy pronto.

Además, con el cariño de mi hermano, que ahora está a tu lado, seguro que lo haces.

Un abrazo,

Derek.

Boquiabierta, Rebeca se giró hacia su hermana y Trent, que la miraban sonrientes.

—Derek, te manda estas flores.

—Oh, qué detalle por su parte —contestó Mayra.

—Son margaritas azules —murmuró Rebeca.

—Sí. Ya lo veo.

—Son margaritas azules —repitió.

—Te he oído la primera vez —le dijo Mayra burlona—. Las balas no me han hecho perder capacidad auditiva.

—Llevo semanas recibiendo margaritas azules.

La mente de Rebeca trabajaba a toda velocidad. ¡Qué casualidad que les enviaran ese tipo de flores a las dos! Aunque quien se las había mandado a su hermana estaba claro como el agua. Pero ¿quién se las enviaba a ella? Volvió a mirar la tarjeta que aún sostenía en la mano. Le dio la vuelta y su corazón se saltó un latido. Era de una floristería de Barcelona y las enviaban a través de Interflora. Comenzó a atar cabos bajo la atenta mirada de Mayra y Trent y sus sonrisas de complicidad.

—Derek...

¿Era él quien le mandaba las flores durante todo este tiempo? ¿Cómo era posible que las enviase desde Barcelona, si vivía en Londres y se pasaba media vida de viaje por distintos países? Con las preguntas que cruzaban su mente reflejadas en su cara, miró el ramo, después otra vez la tarjeta con las palabras de ánimo para su hermana y, finalmente, a la destinataria de esas flores.

—Quiero una explicación.

Trent miró a Mayra antes de separarse de ella y asentir con la cabeza. Después se levantó del lado de su amada y se acercó a Rebeca. Le cogió la tarjeta de la mano y la depositó entre las flores. Acto seguido, tomó a su amiga por el brazo y la obligó a sentarse en un sillón que había en la habitación donde Mayra estaba ingresada.

—Derek te las ha estado enviando todo este tiempo. Un amigo suyo se casó con una chica de Barcelona y tienen una floristería allí. Así que le llamó hace varias semanas y le encargó que todos los sábados te enviaran un ramo de margaritas azules.

—Pero... ¿Por qué no puso nunca su nombre? —Rebeca lo miraba con el ceño fruncido—. No sé... O una nota diciendo algo.

—¿Las habrías aceptado de saber que te las enviaba él? —preguntó Trent y, sin esperar a que ella contestara, pues sabía la respuesta, continuó—. No. No las habrías querido. Por eso no puso nada. A excepción de tu nombre, claro.

—¿Vosotros lo sabíais todo el tiempo? —Se volvió hacia su hermana mientras se levantaba del sillón y caminó hacia la cama—. ¿Tú lo sabías?

—Derek se lo contó a Mayra cuando estuvo aquí en Madrid, en vuestra casa —le

aclaró Trent.

—¿Y no me dijiste nada? —le preguntó a Mayra enfadada, poniendo los brazos en jarras a ambos lados de sus caderas.

—Te lo iba a decir aquella noche cuando... ya sabes, en el Jerry's, pero era imposible hablar contigo. Estabas tan ofuscada... —replicó Mayra desde la cama.

—Desde entonces no me las ha vuelto a enviar. —Rebeca se llevó una mano a la boca y comenzó a morderse una uña.

—Claro. Después de lo de... ejem... del rodillazo... Está enfadado. Compréndelo —le contestó Trent a su espalda todavía sentado en el sillón.

—Te pasaste tres pueblos, Rebeca. —La hizo ver su hermana.

«Sí y ahora está saliendo con una súper modelo guapísima y viviendo un romance maravilloso, portada de varias revistas del corazón», pensó Rebeca.

A Derek no le había costado nada pasar página y seguir con su vida de eterno soltero consiguiendo, con sus dotes de seducción, todo el sexo que necesitase. Siempre había sido así, ella lo sabía. Y aunque él parecía que estaba interesado de verdad en Rebeca por las bellas palabras que le había dicho en los momentos que habían pasado juntos, ahora, con el reportaje de la prensa rosa quedaba claro que no era así. Sintió la punzada de los celos, pero desechó el sentimiento enseguida. Derek nunca había sido suyo y nunca lo sería.

Unos días más tarde a Mayra le dieron el alta y Trent volvió a Londres. Durante los días que el inglés había estado con ellas, Kim y Derek habían llamado por teléfono en varias ocasiones para interesarse por la evolución de la joven herida. Las dos veces que Derek llamó a Trent para hablar con Mayra, Rebeca estuvo tentada de ponerse también al teléfono. Necesitaba oír su voz, pero aún pesaba en ella la decepción al saber que ahora el hombre de sus sueños estaba con otra mujer.

A pesar de que Trent le había asegurado que eso no era así. Simplemente eran amigos y después del reportaje que Derek le había hecho a la modelo, y como tenía que hacer el otro para la revista de viajes, la belleza alemana se había ofrecido a acompañarle en su recorrido por Bangkok y, de paso, conocer ella también la ciudad. De ahí las fotos en la prensa rosa.

—Este tipo de publicaciones inventan infinidad de historias. Tienen que vender. Y los amoríos de los famosos y sus desdichas es lo que vende, Rebeca. No creas todo lo que sale en esas revistas —le había dicho Trent.

Pero ella se negaba a creer a su amigo. Era más fácil pensar que Derek había vuelto a las andadas, que romper una lanza a su favor y darle el voto de confianza que, quizá, se merecía. Kim también había insistido en ello, defendiendo a su hermano Derek, y Mayra aseguraba que él estaba enamorado de Rebeca. Se lo había confesado cuando Mayra estuvo en Londres.

—¿Y por qué no me llama? —preguntaba Rebeca confusa a su hermana—. Le

dejé un mensaje pidiéndole perdón. Entiendo que esté enfadado por lo que le hice, pero ya han pasado dos semanas. No me ha vuelto a enviar flores, Mayra. Una de dos: o no ha sido sincero con ninguno de vosotros respecto a sus sentimientos por mí y os ha engañado este tiempo, o no le intereso lo suficiente porque a la primera de cambio, al primer obstáculo, al primer enfado, coge la puerta y se pira. Y encima se lía con otra.

—A ver, vamos por partes —le contestó Mayra recostada en el sofá de su casa con un cojín entre las manos—. No está con la alemana siliconada esa. No nos ha engañado a ninguno con sus sentimientos por ti. Derek te quiere. ¡Te quiere, atontada! —Le dio a Rebeca un golpe con el cojín—. Lo más difícil es aceptarlo y él lo ha hecho, y además nos lo ha confesado a nosotros. Y no digas que al primer enfado se larga, porque desde la boda de Kim habéis tenido varios encuentros y tú has sido la que siempre ha salido corriendo. —Le dio golpecitos en el hombro a Rebeca con un dedo acusador—. Se lo has estado poniendo muy difícil, tía. Y, además, después de lo que pasó la última vez... Es normal que esté dolido contigo. Has herido su orgullo masculino. ¿Y crees que con un simple mensaje de «lo siento» vas a arreglar las cosas? —Mayra sacudió la cabeza y se acomodó mejor en el sofá—. Mira, si yo fuera tú, cogía el primer avión a Londres y me plantaba en su casa para pedirle perdón en persona y darle la oportunidad que se merece de una vez por todas.

—No sé si está en Londres ahora mismo —dijo Rebeca sentada a su lado sopesando la posibilidad que le planteaba su hermana de arreglar las cosas con Derek.

—Volvió de Bangkok hace varios días. Y la semana que viene se marcha para Tenerife. Como te veo un poco dubitativa —continuó Mayra— si no quieres estar con viajes para aquí y para allí, puedes esperar a que estemos en la isla para hablar con él y solucionar esto. Pero no lo demores más —la advirtió con el mismo dedo amenazante de antes.

—Me temo que eso no va a ser posible —murmuró Rebeca, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo.

Cuando le dijera a su hermana que a la semana siguiente no viajaría a Tenerife con ella para pasar las vacaciones con el resto de sus amigos porque las había cambiado para más tarde, se iba a liar una buena.

—¿Qué has hecho, Rebeca? —le preguntó Mayra intuyendo que algo había pasado y que no le iba a gustar nada. Por eso era una buena inspectora de policía.

—Las he cambiado con mi compañera Rosa. Iré a finales de septiembre.

—¿¡Qué!? —exclamó enfadada Mayra y se puso todo lo recta que pudo en el sofá—. ¿Pero tú eres idiota? Lo has hecho para no coincidir con Derek, como siempre. ¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta! —soltó dándole con el cojín en la cabeza.

Rebeca se levantó lo más rápido que pudo del sofá y se alejó del ataque de su hermana.

—Las cambié antes de saber todo lo que me habéis contado sobre las flores y la

modelo esa —Se defendió mirándola desde el otro extremo del salón—. Estaba confundida y no quería verle. Y ahora no las puedo volver a cambiar. De todas formas, necesito estar sola un tiempo y poner mis ideas en orden.

—Tú lo que necesitas es que te den dos buenas hostias por gilipollas —le soltó su hermana enfadadísima, cruzándose de brazos y recostándose de nuevo en el sofá—. ¿Lo saben Trent y Kim? No les va a parecer nada bien lo que has hecho, Rebeca.

—No se lo he dicho todavía —confesó Rebeca, sacudiendo la cabeza negativamente—. Pero estoy segura de que tú se lo vas a decir a tu amorcito en cuanto se acabe esta conversación. De todas formas, no me importa. Tengo que pensar en mí. En lo que es mejor para mí.

—Sí, claro. Piensa en ti, bonita. Es lo que haces siempre —le contestó Mayra con sarcasmo, levantándose del sofá para salir del salón.



Capítulo 16

Llegó el momento en el que Mayra se marchaba a Tenerife para disfrutar de aquellos merecidos días de descanso junto a su novio y sus amigos. Rebeca volvió a su casa desde el aeropuerto triste. Por un lado, sentía mucho no poder pasar las vacaciones con su hermana y el resto y todo lo que ello conllevaba, risas, juega y diversión. Pero, por otro lado, la voccecita que siempre le susurraba desde su interior le decía que era lo mejor. Alejarse de todo y de todos unos días le vendría bien. No habría nadie que la machacara con el tema de Derek y su mente podría descansar.

Un par de días después Mayra la llamó para contarle cómo lo estaban pasando y también para decirle que Derek no había ido a la isla. Al parecer cuando Kim le contó que ella tampoco pensaba ir porque quería evitarle, como había hecho siempre, él decidió ahorrarse el viaje. Si iba a Tenerife era únicamente para estar con ella, pero si ella no estaba allí....

«¡Ay, no! ¡Por favor! Que no se presente aquí en Madrid como hizo la última vez. Ahora estoy sola y no sé si seré capaz de resistirme», pensó Rebeca.

Pero pasaron varios días en los que continuó sin tener noticias de Derek y sin que él apareciera en la puerta de su casa. Rebeca comenzó a tranquilizarse.

El sábado llegó un ramo de margaritas azules. Rebeca sonrió en cuanto lo vio. Derek volvía a la carga. Se alegró al darse cuenta de que eso significaba que el enfado se le había pasado y además lo que le había dicho su hermana de por qué él no había ido a la isla... Había conseguido que ella volviera a plantearse algo con Derek de nuevo. Sintió miles de mariposas en el estómago, pero sus miedos las aplastaron sin piedad. Otra vez. Las dudas, el miedo, la desconfianza...

No se molestó en buscar la tarjeta. Sabía que solo pondría su nombre. Las puso en un jarrón con agua y las dejó encima de la mesa del salón. Se quedó un momento mirándolas y recordando a Derek. Sus besos, sus caricias, cómo este la hacía vibrar entre sus brazos al hacer el amor con él... Estaba perdida en una montaña rusa de emociones y todavía no se decidía respecto a qué hacer con Derek.

Le mandó un mensaje al móvil para agradecerle el bonito ramo. Ahora que sabía quién era el remitente podía hacerlo.

A los pocos minutos, Derek la llamó.

—Hola, princesa.

—Hola, guapo —dijo ella con una sonrisa en los labios, paseando nerviosa por el salón.

—Vaya, veo que hoy estás de buen humor.

—Hacía mucho que no me mandaban esas flores y me han alegrado el día. Muchas gracias, de verdad. —Llegó hasta la mesa donde había colocado el ramo y acarició delicadamente un pétalo de la flor más cercana—. Pero también estoy algo enfadada contigo por no habérmelo dicho antes. Estuviste en mi casa, las viste y ¡no dijiste nada! Incluso te hiciste el sorprendido y bromeaste con que a lo mejor era un psicópata obsesionado conmigo. Ya te vale, Derek.

Él se rio antes de contestar y aquello fue como música para los oídos de Rebeca.

—La verdad es que estuve tentando de hacerlo, pero como tienes esos cambios de humor tan drásticos... pensé... bueno, no sé lo que pensé.

—Siento mucho lo del rodillazo —murmuró ella avergonzada—. De verdad, me entró el pánico y...

—No quiero hablar de eso —la cortó Derek con suavidad—. Lo pasado, pasado está. Y ahora que vuelves a sonreír, no quiero que dejes de hacerlo.

Al escucharle, Rebeca sintió miles de mariposas en su estómago y un delicioso calorcito que la recorrió entera. Caminó hasta el sofá del salón y se sentó en él.

—Ya, pero necesito disculparme.

—Me dejaste un mensaje en el buzón de voz. Con eso vale.

—Pues no estoy muy segura de si con eso vale porque no me has llamado ni me has enviado flores hasta hoy —le regañó dulcemente—. Además, te vi en aquella revista con la modelo alemana y...

—Es todo mentira, cariño. —Derek se apresuró a aclarar las cosas, no fuera a ser que ahora que Rebeca había dado su brazo a torcer todo se estropeará de nuevo—. Sé que mis hermanos te lo han contado, que te han dicho que no hay nada entre Heidi y yo. Y solo espero que lo creas porque cuando vi lo que habían publicado... ¡Joder! —exclamó molesto—. Me enfadé muchísimo. Pero hablé con Heidi y me dijo que me tranquilizase. Que en pocos días se desmentiría todo. En cuanto a ella la vieran de nuevo con otro amigo y volvieran a suponer que tenía una nueva relación. Como así ha sido. No sé si habrás visto la prensa rosa esta semana, pero ya le achacan otro romance.

—No he visto nada, la verdad. —Rebeca negó con la cabeza a pesar de que Derek no podía ver su gesto—. No he comprado ninguna revista desde hace días.

Y no lo había hecho por miedo a encontrarse de nuevo con que Derek y la modelo alemana seguían con su relación, según los cotilleos de la prensa.

—¿Sabes que ahora podríamos estar en Tenerife disfrutando de las vacaciones juntos? —comenzó a decirle Derek cambiando de tema—. Si no fuera por tu cabezonería...

—Tú podías haber ido con ellos perfectamente —le contestó Rebeca.

—Pero tú no estabas allí. Y yo quiero verte.

«Oh, oh», pensó Rebeca, «como me diga que está en la puerta de mi casa, me muero. Por favor, Dios, por favor, que sí esté, que sí esté...».

Estaba tan nerviosa por la posibilidad de verlo que ya no sabía ni lo que pensaba ni lo que rezaba.

Derek continuó hablando.

—¿Y sabes lo que he pensado para poder vernos?

—Me da miedo preguntar —contestó Rebeca burlona.

—Escucha, cielo. Tengo dos entradas para el concierto de Bon Jovi en Barcelona del próximo viernes y como a ti te gusta tanto... —Hizo una pequeña pausa para crear expectación y Rebeca le odió por eso. Bastante nerviosa estaba ya para que encima él echara más leña al fuego—. He pensado que podías acompañarme y pasar luego el fin de semana conociendo la ciudad. Bueno, yo ya la conozco y sé que tú no has estado nunca, así que disfrutaré mucho siendo tu guía turístico personal.

—Derek, no puedo ir a Barcelona. Tengo que trabajar —mintió.

De nuevo la inundó el pánico al pensar en estar sola con él y todo lo que pasaría.

—Mentirosa... —la acusó con dulzura—. Acabo de hablar con Mayra y me ha confirmado que tienes cuatro días libres. Así que puedes venir conmigo al concierto perfectamente.

—¡Joder con mi hermana! Es una chaquetera —se quejó levantándose del sofá y paseando otra vez nerviosa por el salón—. No sé qué le has hecho, pero la tienes comiendo de tu mano desde que os conocisteis. Será que como ahora eres su cuñado... Pero, de todas formas, no puedo ir. Son muchas horas de coche y luego está el hotel. No sé si encontraré habitación libre y a buen precio... —continuó con sus excusas.

En el fondo se moría de ganas de verlo y estar con él. Pero el miedo a que Derek la volviera a hacer daño aún estaba ahí.

—Por eso no te preocupes —la interrumpió Derek—. El hotel ya lo tengo reservado y puedes venir en avión en vez de en coche. Te pagaré el billete.

—No, Derek. Yo correré con mis gastos. Y te pagaré la entrada del concierto —afirmó vehemente. No podía permitir que Derek se ocupase de eso como si ella fuera su... amante.

—Eso sí que no —se opuso él con firmeza—. Te he dicho que te invito y no voy a aceptar tu dinero.

—¿Y qué vas a querer a cambio, Derek? Porque estoy segura de que quieres algo. ¿Quizá continuar donde lo dejamos la última vez? No sé si es buena idea. Todavía estoy confusa —le contestó Rebeca sincera.

Derek emitió un suspiro cansado.

—Lo único que quiero es que me acompañes al concierto y pasar un fin de semana tranquilo contigo. Sin peleas ni enfados. ¿Te parece que pido mucho?

—Está bien —claudicó Rebeca con otro suspiro, rindiéndose—. Pero tenemos que hablar del tema del dinero.

—He dicho que sin peleas ni enfados. Recuérdalo.



Capítulo 17

Rebeca pasó toda la semana anhelando que llegase el jueves por la tarde para coger el avión que la llevaría a Barcelona junto a Derek.

Decenas de veces hizo la maleta y la deshizo. Era un mar de dudas. No sabía qué llevarse de ropa y qué no.

Por un lado, quería estar guapa e irresistible para Derek. Sentirse adorada y deseada por él era lo mejor del mundo. Pero por otro, el miedo a que las cosas acabasen mal y volver a sufrir seguía aguijoneándola sin descanso.

Finalmente, decidió que ese fin de semana le daría una oportunidad a Derek. Solo esos días. Intentaría no pensar en nada más que en él y en ella. Sin recuerdos del pasado. Como si se hubieran conocido hacía poco tiempo y estuvieran empezando una bonita historia de amor.

Se preguntó si habría momentos de pasión y sexo entre ellos y le respuesta fue clara. Sí. Los habría. En su habitación de hotel o en la de ella. Pero los habría. Estaba segura y, sobre todo, lo deseaba.

Por fin llegó el jueves y cuando Rebeca salió del hospital fue corriendo a casa para ducharse, cambiarse de ropa y coger la maleta para irse al aeropuerto.

Estaba ansiosa por comenzar su fin de semana con Derek y, sobre todo, por ir al concierto de Bon Jovi. Hacía varios años desde el último al que asistió y tenía muchas ganas de volver.

Cuando llegó al aeropuerto de El Prat, Derek la esperaba con un enorme ramo de margaritas azules, ¡cómo no!, se habían convertido ya en sus flores. Se dirigió hacia él con una gran sonrisa y el corazón latiéndole de alegría. Derek estaba guapísimo con unas bermudas grises y una camisa blanca de manga corta. Sus fuertes brazos, surcados de venas, rodearon el esbelto cuerpo de Rebeca para atraerla hacia él y darle

un suave beso en los labios.

—Hola, princesa. Estás muy guapa —dijo recorriendo con su azul mirada el cuerpo de la mujer que más deseaba en la vida y poniéndose duro inmediatamente.

Rebeca llevaba un bonito vestido corto, en color rojo, con escote en V por el que asomaba la redondez de sus pechos con cada respiración.

—Si vas a intentar seducirme, me vuelvo a Madrid en el primer avión que haya —bromeó ella.

—Vale. En ese caso, estás horrible. Eres la mujer más fea que conozco y no me atraes nada.

—Bueno, tampoco te pases. —Rebeca se rio y le dio un cariñoso manotazo en el pecho.

—Me alegro mucho de que aceptaras mi invitación. Te prometo que este fin de semana será inolvidable —contestó Derek cogiéndole el *trolley* a Rebeca al tiempo que le entregaba el ramo de flores.

«Y sobre todo me esforzaré por quitarte todos los miedos que tienes», se dijo Derek a sí mismo.

Derek la cogió de la otra mano y comenzaron a caminar hacia la salida del aeropuerto, donde tomaron un taxi para dirigirse al hotel. En ningún momento soltó su mano. Tenía miedo de que Rebeca saliera huyendo de nuevo. No quería separarse de ella en todos esos días y haría lo imposible para conseguirlo. Si tenía que encadenarse a su cuerpo para retenerla junto a él, no dudaría en hacerlo. Iba a poner todo su empeño en conquistarla ese fin de semana. Tenía esos pocos días para conseguir que se rindiera al amor que él le ofrecía. Rebeca debía superar su miedo a que Derek le hiciese daño y debía hacerlo ya.

Y más ahora, que él estaba enamorado hasta la última fibra de su ser, algo que pensó que nunca ocurriría. Pero es que, al ver a Rebeca aquel fin de semana en Londres, su frío corazón deshizo el hielo que lo rodeaba y fue como si sufriese un flechazo repentino e inesperado. Le costó varios días darse cuenta de este hecho y, ahora que él lo había aceptado, iba a conseguir que Rebeca hiciera lo mismo.

—¿No has alquilado un coche como haces siempre? —le preguntó ella cuando terminaron de pagar al taxista y este se alejó en busca de otro cliente.

—No. Esta vez he cogido una moto. Es más fácil moverse por la ciudad y mejor para aparcar. Vamos —le indicó que entrase en el hotel donde se iban a hospedar—. Yo ya tengo mis cosas en la habitación. Llegué esta mañana.

—¡Qué pasada! —murmuró Rebeca al ver lo suntuoso que era el hotel—. Te habrán costado una fortuna las habitaciones.

—La habitación —la corrigió Derek—. He reservado la mejor suite del hotel.

¿Una única habitación? ¿Para los dos? A Rebeca le entró de nuevo el pánico y, aunque intentó aplastarlo, no lo consiguió. «¡Dios mío! ¡Voy a dormir con él! Una

cosa es follar y otra es dormir juntos. Eso no puedo hacerlo» pensó ella, mirándole boquiabierta.

—No pienso dormir contigo —farfulló nerviosa.

—Sabía que dirías eso. Ven, tienes que registrarte en recepción —contestó Derek sacudiendo la cabeza, mientras empujaba a Rebeca para acercarla al mostrador.

«Aunque yo espero que no durmamos mucho» estuvo a punto de soltar Derek, pero se contuvo.

—Es demasiado íntimo —alegó ella presa del ataque de pánico que sentía.

—¿Más íntimo que hacer el amor? —Derek se rio—. Ya somos mayorcitos, ¿no te parece? A veces te comportas como si tuvieras quince años y yo fuese un violador en serie.

Tras registrarse en recepción, Derek la condujo hacia el ascensor. Al entrar, apretó el botón que los llevaría hasta la última planta.

—Escucha cielo, sabes de sobra que estar conmigo significa muchas cosas y entre ellas, sexo. Solo pretendo pasar un fin de semana tranquilo contigo y... —se acercó lentamente a ella y a Rebeca le recordó a un león a punto de saltar sobre su presa—, me gustaría mucho dormir abrazado a ti. —Se inclinó y la besó despacio saboreando sus labios. Haciendo que ella se derritiese con el beso y deseara más.

Llegaron a la habitación y Rebeca se maravilló nada más entrar y contemplar el lujo que allí había. La cama era inmensa. Una enorme pantalla de plasma ocupaba la pared frente a ella. Había dos sillones de cuero negro a un lado de la estancia, con una mesita entre ellos. Una de las paredes estaba totalmente acristalada y, a través de ella, se veía una amplia terraza con un jacuzzi, un par de tumbonas de madera oscura con acolchado blanco y, al fondo, una impresionante vista de Barcelona y la playa. El baño era todo de mármol negro y blanco. Con dos lavabos, una bañera y una ducha separada, con la mampara de cristal transparente.

—Ni se te ocurra entrar en el baño cuando me esté duchando —le advirtió Rebeca a Derek al ver la ducha.

—¡Joder!; Qué cabezota eres! —Derek sacudió la cabeza—. ¿De verdad crees que voy a perderme el espectáculo que supone tu cuerpo desnudo y mojado? Ni lo sueñes. Pienso mirar y tocar todo lo que quiera —la amenazó con su sonrisa más lasciva.

—Derek... —se quejó ella con voz lastimosa.

Él se acercó a ella y la envolvió entre sus brazos mirándola fijamente a los ojos. En ellos vio su lucha interna y creyó ver también una pronta rendición. Por eso trató de ser sincero con Rebeca.

—Tesoro, este fin de semana contigo me propongo muchas cosas. Entre ellas, acallar de una vez por todas la maldita voz que hay en tu cabeza que te hace seguir con miedo respecto a mí. Quiero conquistarte. Quiero enamorarte. Y haré todo lo posible para conseguirlo.

—Derek, yo... —comenzó a decir mientras se colgaba de su cuello y se apretaba más contra el cuerpo masculino.

—Shhh, no digas nada. —Derek se inclinó y rozó su nariz con la de Rebeca en un gesto íntimo y cariñoso—. Sé que tarde o temprano conseguiré que vuelvas a confiar en mí y no tengas miedo de amarme. Voy a luchar por lo nuestro. Por nosotros.

—¿Me estás diciendo que quieres tener una relación seria conmigo? —preguntó Rebeca incrédula, deshaciéndose de su abrazo para poner algo de distancia entre ellos. No podía pensar con claridad cuando él la tocaba—. Derek, tú no eres así. A ti te gusta ir de cama en cama, de mujer en mujer. Huyes del compromiso como si fuera la peste. Y yo no puedo pedirte que cambies por mí. No puedo pedirte que me des algo que no va contigo. No estás hecho para eso.

—Tú no sabes lo que siento. No estás dentro de mí para saberlo —le contestó Derek, apretando los dientes para controlar la rabia que comenzaba a crecer en su interior al oír las palabras de Rebeca—. Me he enamorado de ti, princesa.

—No, Derek. Estás confundido. —Rebeca sacudió la cabeza mientras lo miraba, intentando hacerle entender que él no era un hombre de relaciones duraderas—. Crees que te has enamorado de mí. Pero lo único que sientes es el típico deseo sexual entre un hombre y una mujer que se atraen físicamente.

—¿Eso crees? ¿Qué solo es sexo? —preguntó acercándose a ella para cogerla de la cintura y tenerla de nuevo entre sus fuertes brazos—. Te demostraré que no es así. Cada día, cada hora, cada minuto, me esforzaré por convencerte de que no es solo sexo. Será difícil, lo sé. Contigo en Madrid y yo en Londres... Va a ser complicado. Pero no me da miedo. —Clavó sus ojos azules en los castaños de ella—. Nunca tuve mucha fe en el amor y no quise poner en juego mi corazón, pero tú... Contigo es distinto. Así que cállate y no digas nada, por favor. Porque me destrozan tus palabras llenas de desconfianza. Este fin de semana quiero abrirte mi corazón.

Se inclinó sobre la boca de Rebeca y rozó con sus labios los de ella.

—Esto para mí es un sueño. Un sueño del que no quiero despertarme. Sé que necesitas tiempo. —Se distanció unos centímetros de la tentadora boca de Rebeca para poder terminar con su alegato y ella echó de menos inmediatamente sus labios recorriendo su boca—. Iré despacio. Pero no me llames mentiroso porque mis palabras son sinceras. Salen desde lo más profundo de mi corazón. He tardado en darme cuenta. Yo también he estado un poco confundido, pero ahora sé que lo que siento es real.

La besó en la frente con delicadeza y volvió a clavar su mirada en la de ella.

—Así que te voy a pedir que me des este fin de semana para empezar a demostrártelo. Dame la oportunidad de conquistarte de nuevo porque la última noche contigo no fue suficiente y, mucho me temo, que todas las que están por venir tampoco lo serán.

Encerró la cara de Rebeca entre sus manos y, aproximándose a su boca, la besó.

Ella se aferró a sus muñecas queriendo creer que todo lo que le acababa de decir era cierto. Esa semana pensando en él había estado más que dispuesta a darle otra oportunidad, pero ahora sus palabras volvían a aturdira. Ella también necesitaba tiempo para confiar de nuevo en él. Quería creer con todas sus fuerzas que los sentimientos de Derek eran verdaderos.

—Pero te cansarás de mí. Lo sé —comenzó a decir Rebeca, sintiendo cómo su corazón latía al borde del colapso por culpa de esos besos que él le daba—. Estás rodeado de mujeres hermosas que supondrán una tentación para ti. Todas son más bellas que yo. Y tú... Tú eres tan atractivo que con solo una sonrisa haces que mojen las bragas las chicas de tu alrededor. Te irás con otra y entonces, ¿qué pasará conmigo? ¿Qué será de mi corazón? Me harás daño de nuevo. Me lo romperás —confesó sus miedos con total sinceridad.

—No, no, no. Eso no va a suceder. Estoy muy seguro de mis sentimientos por ti. La única que me interesa que moje las bragas cuando le sonrío, eres tú. Además —añadió besándola en la frente, los párpados y la punta de la nariz—, ¿quién ha dicho que tú no eres bella? ¿O que las modelos con las que trabajo son más atractivas y sexis que tú?

—Bueno... Tengo el pelo corto, me falta altura y... varias tallas de sujetador. Soy muy normalita. —Rebeca volvía a sentirse como aquella chica regordeta de hacía diez años—. Aunque ahora peso bastante menos que cuando me conociste...

—No quiero a la persona más bonita del mundo —la cortó él—. Quiero a la persona que hace que mi mundo sea más bonito y mejor. Y esa persona eres tú, cielo. Te quiero a ti. —Derek continuó confesándole su amor mientras recorría con sus labios la mandíbula de Rebeca y ella se rendía a sus caricias y sus besos.

—Me estás regalando los oídos con bonitas palabras, Derek.

Él la agarró con más fuerza por la cintura, aplastándola contra su duro torso. Sentir la calidez de su cuerpo, sus pechos aprisionados contra el suyo, su respiración entrecortada por los besos que le estaba dando... No podría controlarse mucho más. Su erección había crecido lo suficiente en esos minutos y comenzó a frotarse contra el vientre de Rebeca.

—Créetelo, princesa. Mi corazón no miente.

Rebeca le pasó los brazos alrededor del cuello y le atrajo hacia su boca para besarlo. Derek se perdió feliz en sus labios, sabiendo que había conseguido que ella comenzara a confiar en que su amor era sincero. Pero aún tenía que seguir trabajando duro. Rebeca necesitaba más que palabras. Necesitaba hechos. No le bastaba con que él le dijera que la quería. Tenía que demostrárselo.

Rebeca se apretó contra él tanto como pudo, sintiendo su duro mástil contra su vientre y deseando que Derek le hiciera el amor en aquel instante. Comenzó a recorrer con sus manos el torso del hombre que la abrazaba. Cuando se topó con los botones de la camisa, muy despacio, se los fue desabrochando. Le picaban los dedos por la necesidad de sentir su piel y su calidez contra las yemas.

Derek jadeó en su boca, consciente de lo que ella estaba haciendo y de lo que suponía eso. Buscó a tientas la cremallera del vestido rojo de Rebeca y la deslizó hasta el final. Le bajó el vestido por los hombros acariciando con las yemas de sus dedos los brazos de Rebeca. Dejando un rastro de fuego por donde pasaban. Hasta que la prenda cayó a sus pies en un remolino.

Cuando ella hubo terminado con la camisa y se la quitó, se dedicó a sus bermudas. Mientras, Derek le soltaba los corchetes del sujetador que fue a unirse con el vestido.

Se distanció un poco de ella para contemplar el maravilloso espectáculo que ofrecían sus pechos turgentes, con los pezones rosados. Rebeca se mordió el labio inferior excitada sin apartar la vista de la entrepierna masculina.

Derek se quitó las bermudas y el bóxer rápidamente y quedó completamente desnudo ante ella. Rebeca no pudo contener un gemido de deseo. El cuerpo de Derek estaba hecho para dar placer. Con sus fuertes brazos, su amplio torso cubierto por la fina capa de vello que le bajaba por el trabajado vientre hasta unirse con su miembro, que en ese momento apuntaba hacia Rebeca en señal de lujuria y pasión.

Ella se humedeció más todavía. La sangre se espesó en sus venas y el corazón le latía tan atronadoramente que creyó que Derek podría oírlo.

De nuevo, Derek se aproximó a ella. La cogió por las caderas, enrolló sus piernas a su cintura y se dirigió a la gran cama que dominaba aquella habitación. Una vez que la hubo tumbado se lanzó a sus pechos con un hambre feroz, devorándoselos con lametones exigentes, haciendo que los pezones se pusieran duros como piedras.

Succionó, chupó, mordisqueó y lamió hasta que consiguió que estuvieran rojos e hinchados. Los gemidos de placer que Rebeca emitía fueron como música celestial para los oídos de Derek. Su pene palpitó contra Rebeca exigiendo atención. Pero Derek se dijo que aún era pronto para satisfacer sus instintos. Primero ella.

Con los jadeos de Rebeca resonando en sus oídos, recorrió con su húmeda lengua el liso estómago hasta llegar a la cinturilla de sus braguitas. El picante aroma del sexo inundó la habitación del hotel. Derek metió una mano entre sus piernas, separándoselas y acariciándole el interior de los muslos, ascendiendo hasta rozar su sexo. Ella se retorció de puro éxtasis con cada caricia en su ardiente piel.

—Tienes las bragas completamente empapadas, cielo.

—Sí... —acertó a decir ella, boqueando como un pez fuera del agua.

—Voy a comértelo tan bien que no querrás que pare nunca. Te llevaré al orgasmo una y otra vez. Primero con mi boca. Luego con mis dedos y después con mi polla —le explicó mientras ella se arqueaba contra él buscando todo eso que Derek le estaba prometiendo—. Y quiero que grites cada vez que te corras. Que grites mi nombre. Hasta que te quedes ronca y ya no puedas más. Y entonces... —Derek tragó saliva. Ver a Rebeca tan dispuesta y excitada le había reseca la boca—. Entonces comenzaré a darte placer de nuevo. Quiero convertirme en tu droga.

Derek cogió con los dientes el coqueto lacito que decoraba las braguitas de Rebeca y comenzó a tirar de él para bajárselas. Cuando consiguió mover la prenda lo suficiente, terminó el trabajo con la mano. Por fin la tenía desnuda y expuesta ante él. Mojada para él. Antes de abalanzarse sobre su sexo, volvió a reclamar su boca con un beso abrasador. Con una provocativa sonrisa, se lanzó a beber del dulce elixir que Rebeca tenía entre las piernas.

—Me encanta tu sabor —murmuró después del primer lametón, aún pegado al sexo rojo e hinchado de ella.

Rebeca se había aferrado a las sábanas al sentir cómo la lengua de Derek recorría lentamente su húmeda hendidura y cómo presionaba el nudo de nervios que, en poco tiempo, estaría más hinchado y sensible de lo que ya estaba. La sangre corría veloz por sus venas, calentándola entera. Haciendo que sus terminaciones nerviosas estuvieran a punto de estallar de placer.

Derek le separó con los pulgares los labios íntimos para tener mejor acceso y continuar llevándola al borde del precipicio. Las pasadas de su lengua aumentaron, dejando un rastro de fuego allí donde la tocaba. Haciéndola arder. El clítoris comenzaba a estar más sensible y receptivo.

—Oh, Dios, Derek... Me vas a matar... Eres tan bueno... —jadeó Rebeca retorciéndose contra su boca.

—Estate quieta o tendré que atarte —la amenazó con dulzura.

Rebeca pensó que no le importaría que la atase. Era una de sus fantasías y estar a merced de Derek, de sus caprichos, era... excitante.

—No puedo. El placer es tan... intenso —se defendió.

—Me alegro de que te guste. Dime, ¿mejor así? —Y le dio un fuerte lametón en todo lo largo de su sexo, a lo que Rebeca correspondió con un gemido—. ¿O así, cielo?

Y jugueteó con su lengua dando pequeños toques en su abultado botón.

—De las dos maneras es... perfecto —contestó ella con un tembloroso gemido de pasión.

Derek sonrió para sus adentros. Por el temblor que comenzaba a apoderarse de sus muslos, supo que ella estaba casi al borde del clímax.

—Mi princesa.

Susurró contra el ardiente sexo de Rebeca. Continuó chupando y succionando el clítoris llevándola cada vez más al límite. Le mordisqueó sus anegados pliegues y, cuando ella se aferró a su pelo para impedir que apartase la cabeza, le metió con fuerza la lengua y la folló hasta que con un grito Rebeca se corrió en su boca.

—¡Derek!

Él se incorporó y cubrió con su metro ochenta el desmadejado cuerpo de Rebeca.

Sintió cómo en su pecho el corazón de ella latía desbocado. Le dio un beso fugaz en la garganta.

—¿Todo bien, cariño?

Rebeca asintió. No le salían las palabras. Su piel estaba cubierta de un leve rubor que a Derek le puso más duro aún.

—Veo que la marca que te dejé en el cuello ha desaparecido.

—Sí —contestó ella con la respiración todavía entrecortada—. Me duró una semana.

—No te preocupes, cielo. Te haré más —prometió, mirándola con avaricia—. Quiero que todos sepan que tienes dueño. Que eres mía.

—Derek, no...

—Sí, cielo, sí.

Y se lanzó a su boca con furia, mordiéndole los labios, jugando con su lengua mientras recorría con sus manos de nuevo el cuerpo de la mujer que amaba.

—Preciosa, no te imaginas lo feliz que me hace verte así. Satisfecha. Pero aún puedo darte más —confesó acariciándole los rizos púbicos a ella. Deleitándose con su suavidad.

—Derek, por favor... Necesito... descansar un poco.

—Lo que necesitas es tenerme dentro de ti. Sentirme enterrado en tu apretadito coño por completo. Hasta lo más hondo de él. Y voy a dártelo, cielo. Te lo voy a dar todo.

Alargó la mano hasta la mesita que había al lado de la cama y cogió un condón que ya tenía preparado. Se lo colocó rápidamente y empezó a introducirse en Rebeca poco a poco, sintiendo en cada centímetro de su dura erección todo el calor que desprendía el coño de ella.

—¡Joder! No sé si aguantaré mucho —gimió una vez que la hubo colmado—. Estás tan caliente. Tan estrecha. Mira cómo tu coño me aprieta la polla. No quiere dejarla salir. Y yo tampoco quiero hacerlo. ¿Cómo me sientes, cielo? Dímelo.

Rebeca estaba perdida en el mar de deseo y placer que Derek le estaba dando. El corazón atronaba en sus oídos. Su pulso estaba tan acelerado que creyó que le iba a dar un infarto.

Derek la cogió por las muñecas, alzándoselas para situarlas por encima de la cabeza de ella, mientras que con cada embestida de su potente miembro jadeaba de gusto.

—Dímelo, tesoro. Dime cómo me sientes —exigió mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y sus mejillas.

—Eres tan... grande. Me siento llena. Y creo... Madre mía... Creo que

conseguirás que me corra otra vez —consiguió decir ella boqueando en busca de aliento.

—Sí. Lo haré. No te quepa la menor duda.

Derek comenzó a besarla en la garganta. A succionar la piel de su cálido cuello y Rebeca supo que, de nuevo, la dejaría marcada. No le importó. Es más, lo deseaba. Le gustaba sentirse suya.

Derek entraba y salía de ella con un ritmo salvaje. Cada vez que se retiraba y volvía a hundirse en su sexo el placer era mayor. Comenzó a notar un delicioso calor que nacía en su vientre y bajaba hasta sus testículos. Le inundaba el pene, que continuaba con sus castigadoras estocadas enterrándose entre los pliegues de Rebeca.

Metió una mano entre sus cuerpos y buscó el hinchado y sensible clítoris de ella. Lo masajeó lo suficiente para conseguir que la explosión del orgasmo se apoderase de ambos en cuestión de segundos. Cuando lo logró sus cuerpos vibraron al unísono y los gritos de uno resonaron en los oídos del otro.

Cayó sobre el cuerpo de Rebeca jadeante y sudoroso. La envolvió entre sus brazos y con el poco aliento que le quedaba, le dijo:

—Cada vez que hago el amor contigo... me siento como si me abrieran las puertas del cielo... —La besó en la frente—. Como si hubiera estado lejos de casa demasiado tiempo y hubiese vuelto a mi hogar... —Bajó hasta la nariz de Rebeca para depositar otro tierno beso en la punta.

A Rebeca la inundó una sensación de felicidad y plenitud que hizo que las lágrimas aflorasen a sus ojos encharcándolos y derramándose por sus mejillas. ¡Derek la amaba! ¡Sí! La amaba. Y ella a él. Tendrían un futuro juntos. ¡Por fin! Después de tantos años de dolor y sufrimiento por fin tenía su recompensa. Por fin podía ser feliz con el hombre de sus sueños a su lado amándola sinceramente.

Derek, al ver sus lágrimas, cogió la cara de Rebeca entre sus manos y, limpiándoselas con los pulgares, la miró con preocupación.

—¿Por qué lloras, cielo? ¿Sigues sin creerme?

Rebeca negó con la cabeza.

—Lloro porque... —Se interrumpió para poder tragar el nudo de emociones que le atascaba la garganta—. Soy tan feliz. No sabes el tiempo que llevo soñando que esto sucedía.

—Esto es real. Y lo será para siempre —murmuró Derek antes de apoderarse de su boca otra vez con un beso lento y profundo.



Capítulo 18

Al día siguiente Rebeca se despertó rodeada de margaritas azules. Derek las había esparcido por toda la almohada y la cama y estaba sacándole fotos.

—¿Qué haces? Estoy horrible. Con el pelo enmarañado... No me hagas fotos así, por favor —se quejó, tapándose con la sábana de la cama hasta el nacimiento del cabello.

—Calla, tonta —le contestó él cariñosamente, quitándole la sábana para poder seguir fotografiándola—. Estás preciosa. ¿Sabes qué significan las margaritas azules? Fidelidad. Por eso las elegí. Porque es importante que confíes en que voy a serte fiel.

—Estoy empezando a hacerlo —respondió Rebeca sonriente—, y más después de ver cómo en el restaurante la camarera te tiraba los tejos y tú solo tenías ojos para mí. Pobrecilla. Debió sentirse muy decepcionada.

—¿Intentó ligar conmigo? No me di cuenta —bromeó Derek.

Sabía perfectamente las intenciones de la camarera, pero no le interesaba. Ya no le interesaba ninguna mujer que no fuera Rebeca. La tarde anterior, tras hacer el amor de nuevo contra la pared del baño, habían salido a cenar y a pasear por la playa bajo la luna.

—Pues era bastante guapa. Yo creo que es tu tipo.

—Mi tipo eres tú, preciosa. Y no hay nadie que sea más hermosa que tú. Ninguna puede compararse contigo, amor.

Derek se inclinó sobre la cama para besarla y Rebeca aprovechó la cercanía para agarrarle del cuello y tumbarle encima de ella. Minutos después, él siguió haciéndole fotos a Rebeca mientras esta se reía y seguía todas las instrucciones que Derek le daba, jugando a ser una de sus modelos.

Ese día lo pasaron en la playa. Derek la llevó a una cala solitaria y perdida a

varios kilómetros de Barcelona. Rebeca se puso el bikini que él le había traído de Brasil y, cuando Derek la vio con él, su erección creció al instante.

—Ya sabía yo que te iba a quedar de miedo —dijo poniendo sus manos en el trasero desnudo de Rebeca y acercándola a él para que pudiera sentir la dureza de su pene—. Me dan ganas de follarte ahora mismo —le susurró al oído, haciéndole cosquillas con su aliento.

Rebeca miró a su alrededor. Solo había otra pareja y estaban bastante alejados besándose. Podían hacerlo. Sí. Tenía ganas de hacer algo así. Excitante y atrevido. Arriesgado. Morboso.

—Vamos. —Cogió a Derek de la mano y tiró de él hasta el agua.

Él la siguió, consciente de lo que iba a ocurrir. Su miembro se endureció todavía más y presionó contra su bañador. Caminaron unos metros adentrándose en el mar hasta llegar a una zona donde les cubría lo suficiente para que, si la otra pareja los miraba, pensase que únicamente estaban besándose y no haciendo el amor.

Comenzaron a devorarse los labios con sus pechos pegados el uno al otro. La piel de Rebeca sabía a sal, a mar, pero su olor a fresas no quedaba oculto. A Derek le volvía loco su aroma. Cuando esa mañana se había despertado con Rebeca entrelazada a él y había aspirado el dulce perfume, deseó que el tiempo se detuviera y permanecer siempre así. Abrazado a ella. Respirando su esencia.

Rebeca lo besaba con pasión, mordiéndole los labios sin llegar a hacerle daño mientras metía su mano en el bañador de él y le acariciaba su aterciopelado miembro, duro como el acero.

Derek le desató la parte de arriba del bikini y lo dejó flotando en el agua. Recorrió con sus besos la garganta de Rebeca, sonriendo al ver la marca que le había dejado. Con una de sus manos acariciaba el terso pecho de su amada, poniéndole en pocos segundos el pezón duro.

—Me encanta tu olor... —ronroneó él contra el cuello de Rebeca—. El sabor de tus labios y tu piel... Cómo tu cuerpo responde a mis caricias...

—Mmm, sigue. Me muero por saber qué más cosas te gustan de mí —pidió ella dejándose hacer.

—Todo, princesa, todo. Eres perfecta para mí. Has nacido para ser mía. Es una pena que no me hubiera dado cuenta cuando te conocí. Era tan joven y tonto. Tan chulo y prepotente...

Poco a poco le fue quitando el tanga del bikini, que quedó en la superficie del mar al igual que los triángulos del pecho, flotando cerca de allí.

—Me gustan tus castaños ojos... —continuó confesándole—. Son muy expresivos. Tus delgadas cejas, tus espesas pestañas... Tu naricilla insolente, con esas pequitas repartidas por ella... Me dan ganas de besártelas todas...

Posó sus labios justo en la punta de la nariz y Rebeca se rio feliz.

—Y tu risa... Es fresca, alegre... —continuó mientras no dejaba de pasear posesivamente sus manos por el cuerpo femenino—. Cuando te oigo reír, mi corazón se acelera. No dejes de hacerlo nunca. Adoro que me mires y me sonrías haciéndome sentir el único hombre del mundo. De tu mundo.

Derek se sentía afortunado por haber conseguido, por fin, tenerla entre sus brazos y que ella creyera todas las palabras de amor que le decía.

«Pero todavía no me ha dicho que me quiere», pensó en ese momento con tristeza. Deseaba más que nada en el mundo que ella le confesase que le amaba. «Tarde o temprano lo hará», se dijo a sí mismo. «Tengo que ser paciente. Es increíble que hasta hace poco tiempo ni me acordase de ella y ahora esté deseando que me diga las palabras mágicas».

Una vez que ambos estuvieron desnudos bajo el agua, Rebeca se dio cuenta de que no tenían preservativos allí y, mirando a Derek con preocupación, se lo comentó.

—Tranquila, cariño. Estoy sano —contestó él con un dulce beso en los labios.

—No es solo eso lo que me preocupa. Es que... —Rebeca se mordió el labio inferior nerviosa—. No tomo la píldora.

—¿Cómo es posible? —preguntó Derek extrañado—. Quiero decir... Has tenido relaciones sexuales con otros hombres...

—Sí, pero siempre he usado condón. Y no las tenía tan a menudo como para necesitar tomarla —le aclaró ella, bajando la mirada avergonzada.

—Tendrás que hacerlo a partir de ahora, cielo. Me gustaría estar dentro de ti sin ninguna barrera entre nosotros. Tiene que ser maravilloso. Piel con piel. No puedo esperar a probarlo. Solo de pensar en ello... Me pongo más duro todavía.

—Podemos intentar... la marcha atrás. Cuando vuelva a Madrid pediré que me receten la píldora.

—La marcha atrás no es un método seguro —le advirtió Derek, acariciándole la mejilla a Rebeca con los nudillos de la mano.

—De todas formas, terminé con la regla hace tres días, así que creo que no corremos peligro si lo hacemos ahora sin condón.

—Bien. —Derek asintió y volvió a besarla—. Abre las piernas.

La cogió por la cintura y enroscó los muslos de Rebeca a sus caderas. Se introdujo en ella con una sola estocada que hizo que Rebeca jadease al sentir la invasión en su estrecha vagina. Derek comenzó a subirla y bajarla por su duro miembro mientras ella se sujetaba a sus fuertes hombros y no dejaba de mirar los hermosos ojos azules de su amante.

—Me encantan tus ojos, Derek —susurró ella—. Ese color zafiro que tienen me acelera el corazón cada vez que me miras.

Derek sonrió orgulloso. Su ego por todo lo alto. Sintió aquellas palabras como

una declaración de amor por parte de Rebeca. Como si ella le hubiese confesado que le amaba.

Se devoraron los labios con besos abrasadores. A pesar de lo fría que estaba el agua, sus cuerpos aumentaron varios grados su temperatura y, atrapados en las redes del placer que estaban viviendo, llegaron al clímax y se abandonaron a él completamente.

A las ocho de la tarde estaban preparados para ir a cenar y después al concierto. Rebeca estaba ansiosa por ver de nuevo a Bon Jovi en plena acción. Montaron en la moto que Derek había alquilado a su llegada a la ciudad condal y se dirigieron hacia el Estadio Olímpico, donde a las diez de la noche tendría lugar el evento.

Poco antes de que comenzara, Mayra llamó por teléfono a Rebeca para darle una estupenda noticia.

—¿¡Qué!?! ¿Qué Trent te ha pedido que te cases con él? ¡Mayra, eso es fantástico! Me alegro mucho por ti —gritó loca de contenta Rebeca cuando su hermana se lo contó.

Derek, al oírla, la miró con una sonrisa en sus labios y una juguetona mirada en los ojos. Él ya lo sabía. Trent se lo había comentado antes de marcharse de vacaciones a Tenerife con Mayra.

—Bueno, ¿y lo tuyo con Derek? ¿Cómo va? —preguntó curiosa su hermana.

—Bien. Muy bien.

Rebeca estuvo tentada de confesar que en esos momentos se sentía la mujer más feliz del mundo, pero se contuvo.

—Estamos esperando que comience el concierto —continuó hablando con Mayra—. Tengo muchísimas ganas de ver otra vez a Bon Jovi.

—Nosotros hemos cenado a las siete de la tarde, ¿te lo puedes creer? —le contó su hermana—. Estos *quiris* me tienen frita con sus horarios. Menos mal que Trent se vendrá a vivir a Madrid dentro de poco y acabará cogiendo nuestras costumbres.

—¿En serio? —preguntó Rebeca, feliz ante la perspectiva de tener a su mejor amigo en su ciudad.

Derek se acercó al teléfono para ver si podía captar algo de la conversación de las dos hermanas y Rebeca le dio un manotazo cariñosamente por cotilla. Se alejó un par de metros de él para poder hablar con intimidad con Mayra.

—Sí. Sus jefes han abierto un bufete en Madrid y él ha pedido el traslado. A mitad de agosto ya estará allí viviendo. Cuando volvamos de Tenerife pasará conmigo unos días en casa y mientras yo trabajo él aprovechará para buscar un piso. —Mayra carraspeó—. Para los dos. Nos iremos a vivir juntos.

—¿Me vas a dejar sola? —preguntó Rebeca fingiendo enfado.

—Rebeca... yo... —titubeó Mayra—. Cuando una pareja quiere hacer vida en

común lo más normal es que...

Pero Rebeca no pudo aguantar la risa y la interrumpió.

—¡Tonta! Estoy bromeando. —Soltó una carcajada y Derek se acercó a ella para cogerla de la mano. El concierto estaba a punto de comenzar—. Me parece perfecto que os vayáis a vivir juntos. ¿Habéis pensado ya en fecha para la boda?

—Sí. Queremos casarnos lo antes posible. Y será aquí. En el Puerto de la Cruz. Seguramente a finales de septiembre, así coincidirá con tus vacaciones y no tendrás que pedir días libres. Mañana iremos a hablar con el párroco para que nos diga qué día tiene disponible.

—¿Tan pronto? —Se sorprendió por las prisas que se daban los tortolitos—. ¡¿No estarás embarazada?! —exclamó mirando a Derek y abriendo los ojos como platos.

—No, boba, no lo estoy. —Mayra se apresuró a sacarla de dudas—. Es que después de los años que Trent y yo llevamos jugando al gato y al ratón... Nos conocemos lo suficiente para dar este paso. Los dos estamos completamente seguros y decididos a hacerlo.

—Tienes razón, Mayra. Y estoy segura de que todo va a ir bien y vais a ser muy felices. Te quiero, *petarda*.

—Yo también te quiero, *atontá*.

Cuando cortó la comunicación vio en los ojos de Derek un brillo de satisfacción. Este se inclinó un poco hacia delante para besarla en los labios y Rebeca se pegó a ellos con ansia.

—Tú lo sabías —le acusó.

—Mmm —ronroneó Derek asintiendo con la cabeza.

—Y no me has dicho nada. Eres un capullo.

Derek ignoró la pulla. Le rozó la nariz con la suya y la besó nuevamente en la boca.

La gente comenzó a gritar enfervorecida y los primeros acordes de una guitarra eléctrica empezaron a sonar. Jon Bon Jovi apareció ataviado con una chaqueta estilo domador de leones, en color rojo, que deslumbraba a través de las tres grandes pantallas instaladas. La primera canción que tocaron fue *You give love a bad name*, que Rebeca cantó enardecida.

—Esta te la dedico a ti especialmente —le dijo a Derek sonriéndole mientras este la agarraba por la cintura, manteniéndola sujeta a su cuerpo.

—¡Qué halagador! Así que yo le doy mala fama al amor, ¿eh? —se quejó él con un mohín típico de un niño pequeño.

—Has sido un chico muy malo durante mucho tiempo —contestó Rebeca melosa.

—Pues pienso seguir siéndolo, pero solo contigo —confesó él mordiéndola en la

curva que unía el cuello con la clavícula.

Poco después sonaba *It's my life*, que fue coreada por todos los asistentes como si fuera la canción bandera de un mundial de fútbol. El grupo fue tocando una tras otra y Jon Bon Jovi incluso se atrevió a cantar en castellano el estribillo de *Bed of Roses*. Cuando habían pasado de las doce de la noche, el cantante hizo un cambio de vestuario para enfrentarse al final del concierto. Hasta tres veces dijeron «adiós» antes de volver a retomar los instrumentos y tocar los dos últimos temas. Comenzó a sonar la perfecta balada *Always*.

—Es nuestra canción, princesa —le susurró Derek al oído y su aliento le hizo cosquillas a Rebeca—. ¿Recuerdas cuando la bailamos y te la canté en la boda de Kim? Creo que ya entonces estaba enamorado de ti y no me había dado cuenta. Supongo que sentí un flechazo cuando te vi en el aeropuerto.

Rebeca notó cómo su corazón latía desbocado por la confesión de Derek. Y se sintió feliz. Inmensamente feliz. Sus dudas, sus miedos, comenzaban a evaporarse.

Abrazados, bailaron la canción como aquella vez. Derek la besó, perdiéndose en la calidez de su boca, con sus manos alrededor del cuerpo femenino y las de ella prendidas de los cortos mechones oscuros de él. Cuando finalizó el beso se miraron unos instantes antes de que Derek volviese a hablar.

—Fui tu primer hombre. Tu primer amor. Ahora quiero ser el último. El único. La última noche contigo nunca será suficiente, por eso, necesito todas las demás.



Capítulo 19

En el jacuzzi de la terraza del hotel, Derek estaba sentado en uno de los recovecos de la pequeña piscina con Rebeca a horcajadas en su regazo. Completamente desnudos. Su duro y largo miembro palpitaba en el interior del caliente sexo de la mujer que amaba mientras no dejaban de besarse, dominados por el deseo.

Derek abandonó la boca de Rebeca para recorrer la garganta de la joven y sus manos fueron subiendo por su espalda hasta situarse también en su delgado cuello. Lo rodeó con ellas y apretó un poco mientras volvía a los labios de Rebeca. El gemido de ella murió en la boca de Derek. Él ajustó mejor las manos en torno a su garganta y presionó de nuevo. Rebeca jadeó otra vez. Se distanció unos centímetros del bello rostro de la mujer y, mirándola con sus azules ojos, volvió a ejercer presión sobre su cuello.

Ella tenía los ojos cerrados y se dejaba hacer. Derek lo intentó de nuevo, esta vez más fuerte. Rebeca abrió los ojos y llevó sus manos a las muñecas de Derek para desprenderse de su agarre. Comenzaba a hacerle daño. Quería que parase. Consiguió gritar.

—¡Derek! ¡Para!

Pero él siguió presionando, apretando, hundiendo sus fuertes dedos en su delicada garganta. Rebeca empezaba a quedarse sin aire. La angustia se apoderó de ella.

—¡Derek! ¡Me haces daño! ¡Para!

Él la miraba con una mezcla de locura y pasión mientras no dejaba de apretar su cuello. Rebeca comenzó a retorcerse sobre su cuerpo. Consiguió sacar de su interior el miembro de Derek, que tanto placer le había dado hasta ese momento. Luchaba para quitar sus manos de su garganta, pero era imposible. El agarre del hombre era firme y ella no tenía la fuerza suficiente para conseguirlo. Gritó de nuevo.

—¡Derek! ¡No! ¡No!

—Rebeca... —Oyó que le decía él, pero su voz sonaba amortiguada, lejana.

Comprendió con horror que, en décimas de segundo, Derek le había metido la cabeza dentro del agua del jacuzzi mientras no dejaba de presionar su garganta. ¿Qué demonios estaba pasando?

Había oído que a algunas personas les excitaba que les hicieran eso cuando estaban a punto de llegar al orgasmo. Pero a ella no le iban esos juegos y creía que a Derek tampoco. Por lo visto se equivocaba. Si no ponía fin inmediatamente a esta situación, se les escaparía de las manos y un simple juego sexual acabaría en tragedia.

Continuó retorciéndose, intentando zafarse de él. Abrió la boca para gritar de nuevo, pero se le llenó de agua y no pudo hacer nada para impedirlo. Se iba a ahogar sin remedio. A lo lejos, oía la voz de Derek murmurando su nombre como un mantra.

—Rebeca... Rebeca...

Cerró los ojos. Supo que su final estaba cerca. Iba a morir a manos del hombre que amaba.

—¡Rebeca! ¡Rebeca!

Abrió los ojos al sentir unas fuertes sacudidas que zarandeaban su cuerpo desnudo. Se encontró con la mirada preocupada de Derek. Su instinto la obligó a empujarle con todas sus fuerzas para apartarlo de ella y este cayó hacia atrás sobre la gran cama. ¡Estaban en la cama!

—¿Qué te ocurre, princesa? —preguntó totalmente extrañado.

Derek se colocó de nuevo frente a ella alargando los brazos para poder abrazarla.

—No me toques —siseó Rebeca con el miedo corriendo por sus venas a la vez que le ponía la mano en el pecho a Derek para detenerle.

—Pero ¿qué te pasa? —Miró la mano de ella sobre su pecho con preocupación y después levantó la vista hasta los ojos de Rebeca—. De repente has empezado a gritar mi nombre, a decir que parase, que te hacía daño... ¿Estabas teniendo una pesadilla? —Puso su mano sobre la de Rebeca y comenzó a acariciársela dulcemente para tranquilizarla—. ¿Conmigo? Dabas patadas a las sábanas y te retorcías como si intentases librarte de algo. ¿Qué soñabas?

Rebeca se dio cuenta de que había sido otro de sus malditos sueños. Las lágrimas afloraron a sus ojos y comenzaron a derramarse por sus mejillas. Comenzó a llorar de alivio. Solo había sido un sueño. Otro de tantos. Permitted que Derek la abrazase, sintiéndose reconfortada y protegida. Segura.

—No llores, cielo. —La besó en el pelo mientras con una ternura infinita deslizaba sus manos por la espalda femenina—. Me muero cuando te veo llorar. Dime qué es lo que has soñado, qué te ha puesto tan nerviosa. Cuando has abierto los ojos... ¡Joder! Estabas muerta de miedo. Había pánico en tu mirada. Y tus gritos... —dijo con la voz cargada de preocupación y ansiedad—. Eran desgarradores. Se me ha roto el corazón al oírte gritar así. He intentado despertarte antes, pero dormías tan profundamente....

Rebeca se aferró a su cuerpo y continuó sollozando unos minutos más hasta que poco a poco fue tranquilizándose.

—¿Quieres contármelo? ¿Quieres que hablemos de ello? —preguntó él una vez que la notó más calmada.

—No —negó Rebeca al tiempo que sacudía la cabeza y se libraba de su abrazo—. Solo necesito... un poco de tiempo y... —Suspiró—. Quiero darme una ducha. Estoy empapada en sudor.

Se levantó de la cama y, sin mirar atrás, entró en el baño.

Cuando el agua cayó sobre su cuerpo rompió a llorar de nuevo. Sin apenas ver lo que hacía, se enjabonó y se lavó el pelo. Al terminar se dio cuenta de que Derek la había seguido y la esperaba apoyado contra uno de los lavabos.

Él cogió una toalla cuando ella abrió la puerta de la ducha y la envolvió con ella. La sentó en el váter y con otra toalla le secó el pelo. Estuvieron en silencio mientras Derek se ocupaba de ella. Cuando estuvo completamente seca la cogió en brazos, como a una novia recién casada, y se dirigió con Rebeca a la cama de nuevo. La tumbó de lado y se colocó a su espalda, abrazándola.

—Cielo, no sé qué es lo que has soñado, pero te ha dejado muy alterada. Creo que es mejor que hablemos de ello —insistió Derek preocupado. No le gustaba nada verla así.

—No, Derek. Ahora no.

—Pero gritabas mi nombre y que te hacía daño... —La aferró más a su cuerpo.

—He dicho que no quiero hablar de mi sueño. ¿Qué parte de «no» no entiendes?

Rebeca comenzaba a enfadarse. No quería que Derek supiera que a veces tenía esas pesadillas terribles con él.

—A lo mejor puedo ayudarte. Si el sueño tiene que ver conmigo...

—¡Te he dicho que no! —le gritó furiosa, separándose de él y levantándose de la cama.

—De acuerdo. Tranquila. No insistiré. Vuelve aquí, por favor. —Derek señaló el lado de la cama que Rebeca acababa de abandonar.

—Necesito estar sola.

Y comenzó a sacar de su maleta unos shorts y una camiseta junto con la ropa interior, que se puso rápidamente.

—¿Qué haces? ¿Te vas? ¿Adónde te vas?

Derek se levantó de la cama para detenerla. No pensaba dejarla sola en ese estado de nervios y en una ciudad que ella no conocía. Rebeca intuyó sus intenciones.

—Déjame. Necesito estar sola un rato y pensar —soltó, terminando de vestirse—. Solo voy a pasear por la playa. Te prometo que volveré. No voy a huir como hice las

otras veces —dijo recordando cuando se marchó sin decir nada de su casa en Londres y tras la discusión en el pub de sus amigos en Madrid.

—Ya lo estás haciendo —contestó él con un toque de decepción en la voz.

—No es lo mismo. Antes huía de ti. Ahora... —Se quedó en silencio, pensando.

¿De qué estaba huyendo ahora? ¿De sus sueños? Fuera donde fuese la perseguirían. No serviría de nada salir corriendo. Y Derek no tenía la culpa de que su retorcida mente le jugara esas malas pasadas. ¿O sí? Sus pesadillas eran consecuencia del desengaño con Derek en el pasado. Al principio las tuvo muy seguidas. Pero con el paso de los años estas se habían ido espaciando en el tiempo hasta que solo soñaba con él dos o tres veces al año.

—Por favor, dame solo una hora. Volveré. Te lo prometo —dijo antes de salir de la habitación.

Caminó hasta la playa los escasos cien metros que la separaban del hotel. Al llegar se quitó las sandalias y se adentró en la fina y dorada arena. Anduvo hasta el mar y cuando llegó a su orilla se dirigió hacia el final de la playa, contemplando los centenares de personas que en esos momentos tomaban el sol, nadaban en el agua o jugaban con la arena.

Vio cómo varios niños se esforzaban por construir un castillo que las olas del mar destruían una y otra vez. Así era como se sentía ella. Intentaba rehacerse y su mente no la dejaba. La atacaba constantemente con sus miedos y sus pesadillas. Estaba cansada. Frustrada.

Sumida en sus pensamientos, no se percató de que alguien se acercaba a ella hasta que la cogieron por las piernas y la cargaron al hombro. Era un hombre rubio, alto y delgado, pero lo suficientemente fuerte para soportar su peso.

—¡Eh! Pero ¿qué coño...?

—Calla, morenita, o pensarán que te estoy secuestrando.

Solo había una persona que la llamaba «morenita». Javier. Su compañero médico en el hospital. Y su amante ocasional.

—¡Javier! ¡Bájame tonto! —gritó ella riendo.

Cuando la hubo puesto en el suelo de nuevo, Rebeca lo miró contenta. Le habían quitado la escayola y, aunque su pierna se veía más blanca que la otra y con menos masa muscular, él estaba formidable. Como siempre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella—. Menudo susto me has dado. ¿Tú crees que es normal que vayas por ahí cogiendo a las mujeres de esa manera?

—Perdona si te he asustado —contestó él con una bonita sonrisa en la cara—. ¿Y que qué hago aquí? Esta es mi ciudad, ¿recuerdas? Mi familia vive aquí y las vacaciones siempre las paso aquí con ellos. Te lo dije cuando te pedí que nos fuéramos juntos de vacaciones, ¿no te acuerdas?

—Oh, sí. Perdona. Lo había olvidado. Veo que estás mejor —respondió Rebeca señalando la pierna.

Echaron a andar por la playa uno al lado del otro mientras continuaban su conversación.

—Sí. Me quitaron la escayola el miércoles y me vine corriendo para Barcelona. Sabes que echo de menos a los míos muchísimo. Pero bueno, ¿y tú? ¿Qué haces tú en mi ciudad?

—He venido al concierto de Bon Jovi y me quedaré un par de días más.

—¡Fantástico! Podemos pasar juntos estos días. ¿Por qué no me dijiste que venías al concierto? Podía haberte acompañado. —Javier le pasó un brazo por encima de los hombros a Rebeca y la atrajo más hacia él mientras seguían paseando.

—Es que... He venido con un amigo. Me invitó y...

—Amigo... ¿Cómo yo? —le preguntó Javier queriendo saber si tenía relaciones sexuales con ese hombre.

—Más o menos —contestó ella con una tímida sonrisa.

—Entonces... Se acabó lo nuestro —dijo él soltándola y parándose frente a ella para mirarla a los ojos.

—Creo que sí. Él... Él... Empieza a ser... importante para mí —le confesó Rebeca esperando que sus palabras no dañasen el corazón de Javier.

Por la sonrisa que este le dedicó, supo que no debía temer nada al respecto. Desde la primera vez que se acostaron los dos habían dejado muy claro que aquello sería sexo y solo sexo. Y lo habían cumplido.

—¡Vaya! Mi morenita se ha enamorado... —exclamó, contento por su amiga—. ¿Sabes? Creí que nunca lo conseguirías. Siempre salías corriendo después de hacer el amor para evitar tener sentimientos hacia mí o que yo los tuviera contigo. —La cogió de ambas manos y, bajando la voz hasta que apenas fue un susurro, preguntó—. ¿Ya has dormido con él? Me refiero a dormir, dormir. Después de haber follado.

Rebeca asintió con la cabeza. Javier la había llegado a conocer muy bien en los pocos meses que habían estado juntos. Sabía que nunca, bajo ningún concepto, dormía con sus amantes.

—Habrás sido eso, entonces —continuó hablando él, recuperando su tono de voz normal—. Me alegro mucho, de verdad. Eres una chica extraordinaria y te mereces lo mejor. ¿Le conoceré?

—¿Te gustaría? —preguntó Rebeca sorprendida.

Javier le soltó las manos y, de nuevo, continuaron con su paseo por la orilla de la playa mientras las olas daban en sus pies descalzos.

—¿Por qué no? —Se encogió de hombros—. Tú y yo solo somos amigos. Lo que haya pasado en la intimidad de nuestras camas nos compete solo a nosotros. Y,

además, no tuvimos una relación propiamente dicha. No éramos pareja. Solo era sexo. Nada más. ¿Por qué no voy a querer conocer a tu novio?

—Bueno... No sé si esa es la palabra correcta —comentó Rebeca, pensando que no sabía si debería usar el término «novio» para referirse a Derek o no—. Pero si te apetece conocerle se lo preguntaré y te llamaré si a Derek le parece bien.

—Espera un momento. —Javier se detuvo y la agarró del brazo, obligándola a detenerse también ella—. ¿Has dicho Derek? ¿El tío ese de Londres que te jodió tanto cuando tenías veinte años? ¿El malnacido que se rio de ti porque eras una chica gordita?

Rebeca asintió.

Cuando comenzó su amistad con derecho a roce con Javier le contó la causa por la que ella no quería enamorarse ni comprometerse con nadie. Por lo tanto, entre ellos solo habría encuentros sexuales y nada más. A parte de la buena amistad que se había forjado entre los dos después de tantas horas trabajando codo con codo en el hospital. Por su parte, Javier se había divorciado hacía pocos meses, así que tampoco tenía intención de comenzar nada serio con nadie.

—Sí —contestó Rebeca mientras se ponía de nuevo en marcha para dirigirse a la terraza de un bar cercano—. Ese Derek. Cuando fui a la boda de mi amiga en Londres, que es su hermana, le volví a ver y... Bueno, desde entonces él ha estado persiguiéndome y pidiéndome perdón por lo que me hizo y yo... —Emitió un pequeño suspiro—. Al principio le rechacé. Pero Derek es muy insistente y este fin de semana... ha conseguido lo que se proponía.

—O sea, acostarse de nuevo contigo.

—No es solo eso, Javier. Me ha dicho que me quiere y yo le creo. Me lo está demostrando. Y, además, yo... Yo también le quiero.

El camarero se acercó a pedirles nota y cuando se marchó, Javier continuó hablando.

—¡Ay, Dios mío! Morenita... Estás muy enamorada. —Le dio unas palmaditas sobre la mano que Rebeca tenía apoyada en la mesa—. De verdad espero que te salga todo bien. Y más le vale al Derek ese hacerte feliz. Muy feliz. O le rompo las narices.

Rebeca sonrió. Javier, a veces, se comportaba como un hermano mayor con ella. Siempre tan protector.

El camarero regresó con las bebidas que habían pedido y Javier pagó la cuenta antes de que se volviese a ir.

—¿Recuerdas al asunto de las flores que te comenté? —preguntó Rebeca después de dar un largo trago a su refrescante Coca-Cola—. Pues era él quien me las mandaba. Fíjate, cuando te lo pregunté, no caí en que tú eres de Barcelona y lo hice pensando que como nos acostábamos pues igual te había dado por enviarme flores. Pero como me dijiste que tú no habías sido... —Se encogió de hombros.

—Pues no, morenita. Pero me alegro de que hayas descubierto a tu admirador secreto. Ojalá todo te vaya bien. Te lo mereces. —El médico le acarició la mejilla con cariño.

Cuando Rebeca volvió al hotel habían pasado dos horas. Al abrir la puerta se chocó con Derek que, en ese momento y harto de esperar, había decidido salir en su busca.

Él, al verla, respiró aliviado. Había vuelto. La notó más tranquila que cuando se fue. Mucho más tranquila y se alegró por ello. Rebeca le dedicó una sonrisa que hizo que su corazón latiera enloquecido. La rodeó con sus brazos y la atrajo hacia su pecho. Ella levantó la cabeza buscando su boca y lo besó dulcemente. Poco a poco el beso se fue transformando en otro más profundo, duro, abrasador. Se desnudaron con rapidez y allí mismo, en el suelo enmoquetado de la habitación, hicieron el amor.



Capítulo 20

Derek y Rebeca comían en un restaurante del centro de la ciudad cuando ella le contó su encuentro con Javier. A Derek le molestó que hubiese estado con un hombre cuando él pensaba que estaba paseando sola por la playa poniendo sus ideas en orden. Pero había sido un encuentro fortuito. Y solo era un amigo. Aunque él sabía, por Kim, que Rebeca había tenido «algo» con ese hombre hasta poco antes de la boda de su hermana. Una punzada de celos se clavó en su corazón. ¿Y si ese tal Javier aún quería seguir con Rebeca?

—Estás muy serio. ¿Qué te pasa? —le preguntó ella, rompiendo el silencio que se había creado entre los dos.

—Ese Javier y tú...

—No hay nada entre nosotros. Solo es un compañero del hospital —le aclaró la enfermera.

—Pero ha habido algo. Kim me lo ha dicho.

—Fue antes de la boda. Antes de... volver a estar contigo. Tú también has tenido otras relaciones. ¿Debo pedirte explicaciones por lo que hacías antes de estar conmigo?

—No. —Derek sacudió la cabeza—. Entiendo que has vivido tu vida a tu manera estos años, igual que yo. Pero yo no he vuelto a ver a ninguna de mis amantes desde la noche que pasamos juntos en Londres. Sin embargo, tú ves a ese tipo todos los días en el hospital. Y para colmo, venimos aquí y lo ves también —soltó enfurruñado.

Rebeca abrió los ojos como platos, sorprendida.

—¿Piensas que había quedado con él? ¿Crees que estoy engañándote? —Se rio. Aquello le parecía de chiste—. ¿Estás celoso?

¡Es imposible que estés celoso! Tú no eres así.

Bajó su mirada al plato que estaba a punto de terminar sintiéndose como una diosa. Su ego femenino por las nubes al descubrir los celos de Derek.

—¿Yo no soy así? ¿Y qué te hace pensar eso? —preguntó Derek molesto—. Contigo me siento diferente. Me siento... posesivo. —La agarró de una mano por encima de la mesa y Rebeca levantó la vista para mirarlo de nuevo—. Sí. Lo reconozco. Estoy celoso. Pero no creo que estés engañándome ni que hayas planeado tu encuentro con él. Te creo cuando has dicho que lo encontraste por casualidad. — En los ojos de Derek, Rebeca vio la sinceridad de sus palabras—. Pero saber que has estado con otro hombre cuando yo creía que estabas paseando sola por la playa... Me cabrea. Aunque no hayas hecho nada... de índole sexual. No te imaginas cuánto me gustaría estar contigo todos los días, cada hora... Cuando pienso en la distancia que nos separa... —Derek sacudió la cabeza, apesadumbrado.

—Tranquilo, Derek —susurró Rebeca. Nunca, en toda su vida, ella habría imaginado ver al inglés así.

Se inclinó aún más por encima de la mesa y le dio un tierno beso en los labios. Con las yemas de los dedos le acarició la cara, perdiéndose en sus hermosos ojos azules.

—Todo saldrá bien —continuó Rebeca—. Va a ser duro, pero si los dos estamos seguros de lo que sentimos... Yo... Me has dicho varias veces que me quieres. Y te creo. Ahora sí. Ahora te creo cuando me lo dices.

—Es un alivio oírte decir eso. Por fin confías en mí.

—Sí... Y también... —Se mordió el labio inferior nerviosa, antes de añadir—. Yo también te quiero.

La cara de Derek se llenó de alegría. Era algo que había esperado oír de sus labios con ansia. La besó con pasión, haciéndole saber a Rebeca lo feliz que le habían hecho sus palabras.

—Javier me ha dicho que le gustaría conocerte —le comentó Rebeca poco después, saliendo del restaurante donde habían comido.

—No, princesa. Prefiero no hacerlo. No quiero tener cara a cara a un hombre que te ha visto desnuda. Que te ha tenido entre sus brazos y que ha disfrutado de tu cuerpo estando en tu interior. No quiero. Lo siento, pero no.

Rebeca comprendió lo incómoda que sería la situación para Derek. Incluso para ella misma y no insistió más.

Pasaron la tarde recorriendo la ciudad. El parque Güell fue lo que más le gustó a Rebeca. Las obras modernistas de Antonio Gaudí y las maravillosas vistas de la ciudad condal, les hicieron disfrutar de la visita. Derek hizo infinidad de fotos y poco después se marcharon de allí para pasear por las calles del barrio gótico, conociendo

así la Catedral y la Plaza del Rey. Después fueron a visitar La Sagrada Familia, dejando su donativo para contribuir a las obras de dicha maravilla arquitectónica, y más tarde, cenaron en un restaurante junto a la playa.

Derek llevaba todo el fin de semana pensando en cómo darle un regalo que le había traído de Bangkok. Para él era algo importante y estaba seguro de que para Rebeca también lo sería por el simbolismo de aquel pequeño regalo. Cuando les sirvieron el postre ya no aguantó más.

Sentado frente a Rebeca le cogió la mano y comenzó a hablarle mientras trazaba lentos círculos con su dedo pulgar en el dorso.

—Tengo algo para ti. —Sonrió clavando sus ojos azules en los castaños de ella—. Es... Bueno, es mejor que lo abras y lo veas por ti misma.

Depositó una pequeña cajita de terciopelo negro en la mesa cerca de Rebeca y la miró, deseando que lo aceptase.

Rebeca pensó que no podía ser un anillo, pues la caja era más grande. Ni unos pendientes. Y, además, ¿por qué le habría de regalar Derek joyas? No, sería otra cosa. Aunque tenía toda la pinta de ser algo comprado en una joyería. ¿Una pulsera, quizá? Con las manos temblorosas por los nervios, tomó la caja y poco a poco la abrió. Se quedó boquiabierta al ver el contenido.

—Derek... Es... Precioso —susurró al ver el pequeño corazón azul con la cadenita que había en el interior del estuche. Lo cogió y se lo llevó al pecho—. Me encanta. Pónmelo —pidió totalmente emocionada por aquel detalle.

Derek se levantó de su asiento y rodeó la mesa para colocar en el precioso cuello de Rebeca la cadena de oro blanco con el corazoncito. Cuando hubo terminado, la besó delicadamente en la nuca y volvió a sentarse, cogiéndola de la mano y acariciando el dorso con la yema de su dedo pulgar otra vez.

—Es un zafiro —comentó él contemplando lo bien que quedaba esa joya en el escote de Rebeca—. Como mis ojos que tanto te gustan. —Sonrió y levantó su mirada para encontrarse con la de Rebeca llena de amor—. Representa mi corazón y quiero que lo lleves siempre contigo. Prométeme que no te lo quitarás nunca —pidió.

Rebeca negó con la cabeza. No le salían las palabras por la emoción del momento. Una lágrima rodó por su mejilla, cayendo sobre su pecho, cerca del corazón de zafiro azul. No. Nunca se lo quitaría. Sería como tener a Derek siempre con ella.



Capítulo 21

Cuando regresaron al hotel se encontraron en la puerta con Joel, el amigo de Derek, y con Heidi, la modelo alemana con la que Derek había sido fotografiado hacía escasas semanas, que salían en ese momento para disfrutar de la noche barcelonesa.

Pasados los primeros instantes de sorpresa, Derek presentó a Rebeca a la belleza teutona, y Joel, tan galante como siempre, la saludó con un beso en el dorso de la mano. Tras aclarar que la visita de unos a la ciudad condal se debía al concierto de Bon Jovi y la visita de los otros era fruto de una relación que habían iniciado días atrás, Joel les invitó a acompañarlos en su salida nocturna.

—No —dijo Derek—. Estamos cansados y preferimos irnos a dormir.

—¿A dormir? ¿Con una belleza así? —contestó Joel señalando a Rebeca y, al ver la cara seria de Heidi, añadió—. Mejorando lo presente, querida.

—Sí, Joel. Rebeca está cansada.

—¡Qué va! No lo estoy —contestó la aludida, ganándose una dura mirada por parte de Derek.

—¿Podemos hablar un momento, colega? —le preguntó Joel a Derek.

Los hombres se alejaron unos metros y comenzaron a hablar en susurros para que las chicas no los oyeran. Mientras, Rebeca, alucinada por haber conocido a la famosísima modelo Heidi Baumann, charlaba con ella sobre las fotos que habían aparecido en todas las revistas del corazón en las que se la veía con Derek en Bangkok. La modelo le confirmó que entre ellos no había existido nada, a parte de una buena amistad.

Al ver el corazón de zafiro que colgaba de la garganta de Rebeca le explicó que el día que los fotografiaron en el centro comercial habían ido justo a comprar ese regalo para Rebeca. Esta se alegró mucho al saber que, aunque Derek estaba en aquel

momento con una belleza semejante en aquel país lejano, pensaba en ella hasta tal punto de buscar un símbolo de su amor. Con la felicidad inundándole el pecho miró a su hombre, que en esos momentos discutía con su amigo.

—¿Por qué no venís Rebeca y tú? —quiso saber Joel—. A lo mejor a ella le gusta.

—Ni se te ocurra pensarlo —dijo Derek, aproximándose a su amigo con una mirada amenazante—. No meteré a Rebeca en eso.

—Pues antes te gustaba. ¿Qué te ha hecho cambiar? ¿Ella? ¿Tan dulce es su coñito que te tiene atontado? —volvió a preguntar Joel con desdén.

Rebeca se sorprendió al oír aquella palabra tan cruda en los labios del hombre, que parecía el perfecto caballero inglés. ¿Qué le estaría proponiendo a Derek que le había alterado tanto?

—No hables así de Rebeca o te rompo la cara —masculló Derek enfadado con los puños apretados fuertemente a los lados de su cuerpo, controlando su rabia—. Ella es diferente. Se merece algo mejor. Algo bueno.

—Vamos, Derek. —Se rio Joel—. Esto es algo bueno. Se lo pasará en grande. Seguro que nunca le han dado placer dos hombres a la vez. Disfrutará de lo lindo.

Rebeca se sobresaltó al oírle. ¿Placer dos hombres a la vez? ¿Joel le estaba proponiendo a Derek hacer un trío? Miró a Heidi que, a su lado, esperaba con paciencia a que los chicos terminaran con su discusión para poder irse a donde quiera que fueran. ¿Un cuarteto? Se estremeció al pensar que Heidi la tocase o besase. A Rebeca no le gustaban las mujeres. Por muy guapas que fueran como la modelo. Sintió una oleada de asco al pensar que Derek le pediría que se fuese a la cama con Heidi. Pero desapareció en cuanto le oyó hablar de nuevo.

—No la compartiré —siseó Derek furioso—. Y como vuelvas a insinuar una cosa así, borraré esa estúpida sonrisa de tu jodida cara con mi puño, ¿me has entendido? —le amenazó, apuntándole con un dedo.

Joel recorrió con su mirada el cuerpo de Rebeca y, ampliando más su lobuna sonrisa, le dijo:

—Querida, el muermo de Derek no quiere que te llevemos al mejor local de Barcelona donde te lo pasarías de vicio.

—¡Cierra la jodida boca o te la cerraré yo! —gritó Derek, que apenas podía contener su rabia. Los nudillos de sus manos estaban blancos del esfuerzo que hacía para no abalanzarse sobre su amigo.

Rebeca dio un respingo ante su arranque de furia.

—¡Derek! ¡Tranquilo! Por favor... —Le agarró del brazo y le giró para que la mirase—. Tranquilo. No vamos a ir a ningún sitio que tú no quieras. No vamos a hacer nada que tú no quieras.

—Es una pena que Derek ya no quiera divertirse como antes —intervino Joel—.

Te puedo asegurar, Rebeca, que lo hubieras pasado muy bien.

—Lo dudo mucho —soltó ella, haciendo una mueca de asco—. No me van las tías.

—No tienes que hacer nada con Heidi si no quieres —insistió Joel—. Nosotros dos —señaló a Derek y a sí mismo— podemos darte todo el placer que puedas imaginar. Cuando hayamos acabado contigo, preciosa, será el turno de Heidi. Tú descansarás mientras tanto y después volveremos a ocuparnos de ti... —La miró de arriba abajo, desnudándola con la mirada—... Si aún te quedan fuerzas.

—He dicho que no —masculló molesta.

—Quizá si lo probases...

Derek agarró a su amigo por el hombro y lo empujó contra la pared del hotel. Le puso un brazo sobre el pecho para sujetarle contra ella.

—Ya lo has oído. Ella no quiere y yo tampoco —siseó entre dientes cerca de la cara de Joel—. Nadie toca a mi mujer. ¿Te ha quedado claro o necesitas que acompañe mis palabras con unos buenos puñetazos?

—Tranquilo, tío. —Joel levantó las manos en señal de paz y emitió una pequeña risa—. Vale, si de verdad no queréis ninguno de los dos, no insistiré más. Perdóname. A veces soy un capullo.

Derek dio un paso atrás, separándose así del otro hombre.

—Yo diría mejor que eres gilipollas. —Suspiró aliviado porque Joel se hubiese rendido. Era su mejor amigo y no quería pelearse con él—. Pero capullo también me vale.

Joel le tendió la mano. Una ofrenda de paz después de su altercado.

—Lo siento —se disculpó nuevamente.

Derek le estrechó la mano con fuerza y sonrió, aceptando sus disculpas.

Después, Joel se despidió de Rebeca.

—Si alguna vez cambiáis de opinión, Derek sabe dónde encontrarme.

—Joel... —Suspiró Derek poniendo los ojos en blanco.

Rebeca le sonrió al inglés antes de contestar.

—Si Derek no te rompe la cara, te juro que lo haré yo como te vuelvas a insinuar.

—Guauuu —Joel miró a Derek riendo—. Es una chica dura. Perfecta para ti, amigo.

—No lo sabes tú bien. —Derek soltó una carcajada. El enfado totalmente olvidado. Cogió a Rebeca de la mano y entraron en el hotel.

En cuanto atravesaron la puerta de la habitación, Derek aplastó contra ella a Rebeca y buscó su boca desesperadamente. El fuego de la pasión se extendió por sus venas veloz, quemándolos a ambos.

Derek metió una mano bajo la falda del vestido de Rebeca y, cuando llegó hasta sus braguitas, las arrancó de un fuerte tirón. Ella le desabrochó los pantalones desesperada por tener en sus manos su caliente y duro pene. Cuando consiguió liberar el pene de Derek de la prisión de la ropa, él la levantó para enroscar los muslos de Rebeca en torno a sus caderas y se hundió en su sexo con una certera estocada que les hizo a los dos jadear de placer. Sus embestidas eran potentes y Rebeca supo que en poco tiempo alcanzarían los dos el orgasmo.

Derek abandonó su boca para lamer y besar su garganta.

—Eres mía y de nadie más. No te tocará ningún hombre a parte de mí. No te compartiré. Ni ahora ni nunca. Eres mía. Mía —susurró con los labios recorriéndole toda la piel de la garganta y excitando todavía más las terminaciones nerviosas de Rebeca.

—Soy tuya —consiguió decir ella con el poco aliento que le quedaba—. No te preocupes. Siempre... Soy tuya para siempre. Te quiero. Solo a ti, Derek. Te quiero.

Derek siguió entrando y saliendo de su cuerpo, enterrándose profundamente con cada estocada mientras la mordía en la garganta y la dejaba nuevamente marcada. Inspiró su dulce olor a fresa y casi se volvió loco. Tenía que poseerla de todas las maneras posibles. Tanto dentro como fuera de la cama.

Pero con la distancia sería imposible. ¿Cómo hacer para estar juntos todo el tiempo y protegerla de depredadores como Joel? No podía pedirle a Rebeca que dejara su trabajo y se trasladase a Londres para vivir con él. Y él se pasaba media vida viajando por todo el mundo. Quizá había llegado el momento de echar el freno a su ajetreada vida y vivirla más pausadamente. Y por supuesto con Rebeca a su lado.

Con su endurecido miembro aún en el interior de Rebeca y sus gemidos resonando en sus oídos, Derek se dirigió con ella a la cama y se tumbó aplastándola con su cuerpo mientras seguía penetrándola una y otra vez.

Un delicioso calor empezó a extenderse por su vientre, bajando hasta sus testículos y su erección. El clímax estaba cerca. Pero no quería alcanzarlo solo. Si no era con Rebeca al mismo tiempo no quería hacerlo. Por ello, llevó una de sus manos hasta el nudo de nervios de la joven y, con expertas caricias, comenzó a rozarlo hasta conseguir que se hinchara y que ella volase junto a él en el magnífico orgasmo que estaban a punto de tener.

—Derek... Sigue... Quiero más... —suplicó ella con las pupilas totalmente dilatadas por la excitación y el corazón al borde del colapso.

—Lo sé, princesa. Y te lo daré. Te daré todo lo que me pidas. Todo lo que tú

quieras.

—Te quiero a ti. Solo a ti. Dentro de mí. Siempre.

Derek continuó bombeando en su interior hasta que notó que salían las primeras gotas de semen y se retiró rápidamente sin dejar de tocar con las yemas de sus dedos el botón mágico de Rebeca. Se derramó encima de su pubis inundando sus rizos oscuros, al tiempo que ella gritaba extasiada en la cresta de su orgasmo. Cayó sobre ella empapado en sudor y con el pulso enloquecido. Rebeca le abrazó y comenzaron a besarse suavemente hasta que sus respiraciones se normalizaron.

—Te amo.

Durmieron abrazados, con sus manos entrelazadas sobre el pecho de Rebeca, cerca de los dos corazones que ahora poseía la joven. Además del suyo propio, el que Derek le había entregado símbolo de su amor por ella.



Capítulo 22

La luz del sol se colaba a raudales por entre las cortinas blancas de la habitación. Rebeca estaba de pie agarrada a una de ellas admirando la increíble vista del mar y recordando lo ocurrido la noche anterior. No dejaba de darle vueltas. ¿Derek había participado en tríos? Se moría de curiosidad. Quería preguntarle sobre ello, pero no sabía cómo sacar el tema.

—No te muevas. —Oyó que le decía Derek desde la cama.

Por el rabillo del ojo vio cómo este se levantaba y caminaba desnudo hacia la mesita donde tenía la cámara fotográfica. ¡Dios! Le encantaba su cuerpo. Se ponía caliente en décimas de segundos solo con verlo, o incluso, con imaginarle desnudo. Recordar sus besos, sus caricias, el placer que él siempre le daba, la ponía en un estado de excitación muy difícil de dominar. Y era suyo. ¡Sí! Ese cuerpo, ese hombre, era suyo. Solo suyo.

—Estás preciosa así. Con la luz de la mañana acariciando tu bonito cuerpo. Vestida únicamente con tu sonrisa y el colgante con mi corazón. No te muevas.

—Derek, no me hace mucha gracia que me tomes fotos desnuda. Si las viera alguien... —se quejó ella intentando mantenerse quieta, obedeciéndole.

—No las verá nadie, princesa. Son para uso y disfrute personal —le aseguró él tranquilizándola.

Sacó varias fotos y al poco rato preparó la cámara para poder hacerse una de los dos. Acercándose a Rebeca, la colocó de perfil y él se situó detrás. La abrazó por la cintura y la pegó a su torso todo lo que pudo. A Rebeca se le escapó una risita al sentir la dura erección de Derek presionando contra su trasero.

—¿Ves el efecto que produces en mí? —preguntó él al tiempo que apoyaba su barbilla en la coronilla de Rebeca—. No te muevas. La cámara está a punto de disparar.

Cuando terminó su sesión fotográfica comenzó su sesión sexual. Justo en el momento que la cámara disparó Derek la hizo girar entre sus brazos y, cogiéndola por

las nalgas, la llevó hasta el jacuzzi. Cuando estaban en el borde y Derek se iba a meter con Rebeca dentro, esta le detuvo.

—Espera... No sé si es buena idea... —comentó, recordando la pesadilla que había tenido justo allí con él como protagonista.

—Es una fantástica idea. Me muero de ganas de follarte en el jacuzzi. Cogí esta habitación precisamente por eso —contestó Derek mientras recorría con sus besos la garganta de la joven.

—Ya, pero es que yo no...

—Te gustará. Confía en mí —insistió él.

—Para, Derek. No quiero hacerlo ahí dentro.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de ahogarte? —bromeó Derek.

Rebeca se deshizo de su abrazo y entró corriendo en la habitación. Comenzó a ponerse las braguitas y una camiseta mientras Derek la observaba a través de las puertas de cristal de la terraza pensando por qué ella no querría hacer el amor en ese lugar. No tenía miedo al agua así que, ¿por qué ahí no? Entró en la habitación y la encontró sentada en el borde de la cama, absorta en sus pensamientos.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó sentándose a su lado abrazándola y besándola en la sien.

—Nada. Es que no quiero hacerlo ahí —murmuró sin mirarlo.

—¿Por qué? Sé que no tienes miedo al agua porque ya lo hemos hecho otras veces en el medio acuático. Cuéntame qué pasa.

Rebeca se levantó de la cama y caminó hacia la gran cristalera que separaba la terraza de la habitación. Sin volverse, le preguntó a Derek por lo sucedido la noche anterior con Joel para cambiar de tema y evitar así hablar de sus pesadillas.

—¿Cuántos tríos has hecho? ¿Y cuándo empezaste a hacerlos? ¿Cómo fue tu primera vez? —soltó a bocajarro.

—Ahora no quiero hablar de eso, cariño —Se negó él levantándose de la cama y acercándose a ella por detrás. La abrazó y enterró la cara en el pelo de Rebeca, aspirando su olor a fresas.

Rebeca notaba la presión que ejercía el duro miembro de Derek contra su culo. Se rio. Le gustaba sentirse deseada, amada, protegida y segura. Le gustaba estar entre los brazos de su hombre. Y le gustó la manera en que la noche anterior Derek había dicho que ella era «su mujer». Cómo lo había proclamado delante de su amigo y de la modelo alemana.

Notó que su sexo estaba húmedo. Tenía ganas de tener a Derek enterrado en su interior. ¿Y cuándo no? Derek exudaba sexo por cada poro de su piel y a ella la contagiaba. Se contoneó para rozar su trasero contra la erección de él y sintió la sonrisa de Derek en su cuello mientras él regaba de besos toda su nuca.

—Venga... Dímelo —le pidió melosa.

—Ahora no, cielo. Prefiero hacer otras cosas contigo en lugar de contarte mi vida sexual.

—Pero... ¿me prometes que me lo contarás más tarde?

—Sí, tesoro. Te lo prometo.

Sin decir nada más, Rebeca se quitó rápidamente la poca ropa que llevaba puesta y una vez desnuda apoyó las manos contra el frío cristal de la puerta de la terraza. Presionó las nalgas contra el cuerpo de Derek y oyó el siseo de placer que emitió él. Lo miró por encima de su hombro invitándole claramente a que la penetrase así, en esa posición.

Derek supo inmediatamente lo que Rebeca le estaba pidiendo. Llevó una de sus manos hasta su hendidura y comprobó con orgullo que ya estaba empapada. Con la otra le torturó un pezón tirando de él con los dedos.

Cada roce de las yemas de los dedos de Derek en el sensible clítoris de Rebeca suponía una maravillosa descarga de placer para ella.

Derek estaba cada vez más duro. Aquella visión del cuerpo de su mujer, su culito redondo y firme apuntando hacia él era una delicia. Rebeca tenía un cuerpo perfecto. Un cuerpo que se moría de ganas de poseer cada minuto del día y un corazón que sabía que ya era suyo porque le amaba con la misma intensidad que él a ella.

Se sintió el hombre más feliz de la Tierra. Por fin había conseguido lo que tanto anhelaba. Tener a Rebeca.

Continuó con sus tortuosas caricias en el hinchado nudo de nervios de la joven y empezó a introducir un par de dedos. Ella se contoneó un poco más haciéndole saber que disfrutaba de eso. De todas formas, sus gemidos también eran una prueba del placer que estaba sintiendo. La besó en la nuca y fue bajando por su espina dorsal, recorriéndola con sus labios, dejando un rastro de fuego por donde pasaba. El pezón que había estado masajeando ya estaba duro, así que centró su atención en el otro.

—Derek... —suspiró Rebeca.

—Princesa...

—¿Por qué siempre me llamas así?

—Porque eres la princesa de mis sueños. Como en la canción de Bisbal. Eres mi cuento de hadas hecho realidad.

—Tú no crees en esas cosas. —Se rio Rebeca con la respiración totalmente alterada por el fuego de las caricias de Derek sobre su hinchado botón.

—Desde que estoy contigo sí. Creo en el amor. En el amor contigo. En vivir juntos y felices para siempre.

Rebeca apenas podía hablar. Apenas podía pensar con claridad. Su sexo reclamaba más atención. No quería los dedos de Derek. Quería su duro miembro

entrando y saliendo con un ritmo castigador, enloquecedor, enterrándose en ella.

—Derek... Te necesito ya... Por favor... —gimió muerta de placer—. Fóllame.

La súplica en su voz fue la orden que Derek necesitaba para sacar sus dedos de entre los húmedos pliegues de Rebeca e introducirse de una sola embestida en su interior, agarrado firmemente a su cadera.

Continuó hundiéndose y retirándose de ella al mismo ritmo que bombeaba su corazón. Sus latidos salvajes estaban en comunión con su dura polla y con sus estocadas en el mojado sexo de Rebeca.

Ella no dejaba de gemir y él de jadear. Rebeca aguantaba con sus manos apoyadas en el cristal de la puerta y las piernas bien separadas para poder tomar todo el miembro de Derek en su caliente vagina. Poco a poco, algo en su interior fue contrayéndose y con los roces de Derek sobre su botón mágico, lo hizo cada vez más y más, hasta que la liberación le llegó explotando entre los brazos del hombre que amaba.

Se derritió en ellos como la mantequilla expuesta al calor del sol. El inglés la siguió en su tremendo orgasmo y con un ronco jadeo masculino salió de ella. Su esencia quedó repartida por la costura de las nalgas de Rebeca.

Derek se abrazó al cuerpo femenino impregnándose él mismo su vientre con sus fluidos. Besándola en la nuca y el hombro derecho y, aún con la respiración entrecortada, acertó a decirle:

—¿Sabes lo malo del «vivieron felices y comieron perdices»?

Rebeca lo miró por encima del hombro esperando su respuesta. Derek continuó hablando con una traviesa sonrisa en su atractiva cara.

—Que no me gustan las perdices. ¿Podemos comer otra cosa?

Rebeca no pudo aguantar la risa y estalló en carcajadas.

—Comeremos otra cosa. Sí.

Tras ducharse juntos y vestirse, Rebeca salió a la terraza y se sentó en una de las tumbonas de madera oscura con acolchado blanco. Se sumió en sus pensamientos mientras Derek terminaba de afeitarse en el baño.

¿Cómo sería que dos hombres le dieran placer? Nunca se lo había planteado, pero tras escuchar la discusión entre Derek y Joel esa idea no se le iba de la cabeza. Era algo excitante y morboso. Pero no estaba segura de si ella podría hacerlo.

¿Cuántas veces habría participado Derek en un trío? ¿Cuándo y cómo se metió en eso? La curiosidad la estaba matando. Y los celos también. Imaginarse a Derek en

brazos de otra, mejor dicho, de otras, de dos o tres mujeres... Dándoles placer...

No se dio cuenta de que su amante estaba a su lado hasta que este puso una mano sobre su hombro, sobresaltándola.

—¡Eh, princesa! Vuelve de donde te hayas ido.

Rebeca le sonrió al encontrarse con su mirada azul.

—Estoy aquí. Contigo.

—No. —Derek sacudió la cabeza al tiempo que se sentaba frente a ella en la tumbona—. Tu cabeza estaba muy lejos de aquí. Llevo varios minutos hablándote y ni te has enterado.

—Oh, bueno. Es que estaba pensando... —Se quedó en silencio. ¿Y si le preguntaba otra vez y él volvía a escurrir el bulto como antes?

Derek se acercó a ella y la besó con ternura en los labios.

—Dime qué te preocupa, cariño.

—Quiero saber cosas sobre... lo que pasó ayer con Joel. Lo de los tríos. —Se mordió el labio inferior nerviosa, deseando que Derek no rechazara la conversación.

Él suspiró antes de hablar y se acomodó mejor a los pies de la tumbona.

—Joel es dominante sexual. Practica BDSM. Le gusta jugar para incrementar la excitación en la pareja. ¿Sabes cómo funciona eso? —Y sin esperar que ella respondiese, continuó—. Cada uno interpreta un papel. Normalmente, la mujer es la sumisa y el hombre el Amo. Pero también ocurre al revés. Depende de la relación que tenga cada pareja. Pero solo en la cama. También le gusta hacer tríos con sus sumisas, siempre que ellas estén de acuerdo, claro.

—¿Tú también...? —Rebeca tragó saliva ruidosamente. Lo del BDSM la había sorprendido—. ¿También practicas ese tipo de sexo?

—¿Yo? —Derek soltó una carcajada—. ¿Acaso en los tres días que llevamos aquí te ha dado la impresión de que me gusta dominarte? No me van las mujeres sumisas. No me va el BDSM.

Se inclinó hacia ella y la besó en la frente. Acarició con el pulgar la mejilla de Rebeca y ella se derritió por su delicado contacto. Pero Derek no estaba seguro de si ella comprendía lo que le había dicho.

—Tesoro... Sabes cómo soy. Me conoces. En estos días te he demostrado que te quiero y que quiero que nuestra relación sea duradera. Piensa en todo lo que hemos vivido aquí. Piensa en todas las veces que hemos hecho el amor. ¿De verdad crees que quiero una mujer sumisa? —insistió, mirándola a los ojos—. ¿Alguna vez he insinuado que te calentaría el culo o algo así?

—La primera noche me dijiste que si no me estaba quieta me atarías —contestó Rebeca sonriendo para tranquilizar a Derek.

—Fue una broma, cielo. No lo decía en serio. Yo nunca...

—No me importaría que lo hicieras —le cortó Rebeca sorprendiéndole—. O incluso que me vendases los ojos. Pero si alguna vez se te ocurre ponerme la mano encima para algo que no sea follar te juro que te corto los huevos —le amenazó—. Y yo no lo digo en broma. Podemos jugar, pero ni se te ocurra pegarme nunca.

Derek la abrazó.

—Te juro que no me va el sado, princesa, y que solo jugaremos a lo que te guste —murmuró rozando sus labios contra los de ella—. Anoche Joel llevó a Heidi a un club para tener una sesión y después hacer un trío. Como sabes, insinuó que podíamos ir nosotros. Pero no. Me niego. No te compartiré. No te tocará nadie más que yo.

—Egoísta —le dijo Rebeca sonriendo contra su boca.

—¿Te gustaría? ¿Harías un trío? —preguntó Derek molesto.

Rebeca se encogió de hombros.

—No sé. He leído muchas novelas eróticas y... Bueno, no es lo mismo leerlo que llevarlo a la práctica. Las novelas son... fantasías. —Se removió en la tumbona nerviosa bajo la enfadada mirada de Derek—. Si te soy sincera, la idea de que dos hombres me den placer me excita. Pero no sé si llegado el caso sería capaz de hacerlo. De momento, me basta contigo. —Le sonrió para tranquilizarle pues sabía, por el ceño fruncido de la cara de Derek, que no le estaba gustando nada lo que oía de la boca de Rebeca—. Tú me das todo el placer que quiero y necesito.

—Bien —contestó Derek muy serio—, porque no te compartiré. No es negociable, cielo. Lo siento. Cumpliré todas tus fantasías. Haré todo lo que me pidas. Pero eso no. —Se acercó a ella y le cogió la cara entre las manos para clavar sus ojos en los de Rebeca—. No soportaría ver cómo otro hombre te toca, te besa o te penetra. Me moriría de celos y no podría controlarme. Mataría al que hiciera eso —afirmó rotundo—. Con las otras mujeres era distinto. Ellas no eran tú. No me importaban nada en absoluto. Se trataba de sexo. Pero tú... Tú eres mi mujer y quiero que seas mía. Solo mía. —La abrazó posesivamente y comenzó a besarla de una manera voraz.

Rebeca se derritió en sus labios y entre sus brazos. Tampoco a ella le hacía gracia que Derek estuviera con otra, que le diera placer a otra. En el pasado él lo había hecho, pero de ahora en adelante le pertenecía a ella. Era suyo y solo suyo.

—¿Cuántas veces lo has hecho? ¿Y siempre con Joel?

—Rebeca... —se quejó Derek.

—Venga... Dímelo, por favor. —Hizo un mohín. La curiosidad podía con ella.

Derek emitió un largo suspiro antes de contestar.

—Siete, ocho... No sé. —Se encogió de hombros—. Puede que diez veces. No las he contado.

—¿Siempre con la misma mujer?

—Rebeca... —Derek puso los ojos en blanco. ¿Por qué tenía que ser tan curiosa?

—Venga, por favor... —suplicó ella, sentándose a horcajadas en el regazo de Derek. Se agarró a su cuello y lo besó despacio para convencerle.

—En tres ocasiones sí —dijo Derek pegado a su boca—. Con la misma. Y con Joel. Las otras veces... —Se alejó un poco de los tentadores labios de Rebeca para mirarla a la cara y ver su expresión—. Siempre con Joel. Pero las chicas eran distintas. Solían ser sus sumisas.

—¿Las obligaba a participar en tríos? —preguntó Rebeca boquiabierta.

—No, princesa, no. —Sacudió la cabeza, negando—. Ellas accedían muy gustosas. Y te juro que salían más contentas que... ¡Oh! ¡Por favor! No quiero hablar de eso.

—¿A ti te gustó hacerlo? —continuó insistiendo Rebeca.

Derek resopló cansado.

—Cariño... No quiero hablar. De verdad.

Pero ante la insistente mirada de Rebeca, Derek continuó contándole esa parte de su intimidad.

—Sí. Claro que me gustó. ¿A quién no le gusta ver cómo una mujer se muere de deseo y placer y al mismo tiempo te hace disfrutar a ti? —Deslizó las manos por los costados del cuerpo de Rebeca empapándose de su calor.

—Y a tu compañero.

—Sí. También. Pero en nuestro caso, a mí solo me interesa que tú te vuelvas loca conmigo y con nadie más que conmigo, ¿entendido? —dijo dándole un toquecito con el dedo en la punta de la nariz.

—No te preocupes —le aclaró ella acomodándose mejor en el regazo de Derek, sintiendo cómo crecía la erección de él—. Aunque reconozco que debe ser una experiencia abrumadora y excitante. Morbosa. Pero te repito que contigo me basta y me sobra. —Le besó suavemente en la boca para tranquilizarle—. Y yo tampoco te compartiría con nadie. Te quiero solo para mí. Mío. Mío. Mío.

Continuaron besándose unos minutos más, contentos por haber aclarado todo aquel embrollo y felices porque su relación marchaba bien.



Capítulo 23

Faltaban pocas horas para que su avión saliera y su tiempo juntos terminase. Estaban planeando cómo harían para verse a partir de entonces cuando a Rebeca le sonó el móvil. Miró la pantalla y vio que era su madre. Se lo enseñó a Derek para que supiese quién la llamaba y soltó el aire de sus pulmones de una manera rápida, poniendo mala cara. Contestó al tercer timbrado. Casi no le dio tiempo de saludar a su progenitora.

—Hola, ma...

—¿Rebeca? ¡Hija! ¿Por qué me haces esto? ¿Es que no te he dado el cariño suficiente para que confíes en mí? ¿Tan mala madre he sido? Tu hermana enseguida me contó su relación con Trent, pero tú, tú, he tenido que enterarme por ella. Y me duele, hija, me duele muchísimo que no hayas sido tú quien me lo dijera —soltó su madre sin apenas detenerse a respirar.

—Mamá, mamá, para un poocoo —resopló Rebeca.

Su madre se ponía histérica por cualquier cosa y siempre la agobiaba por todo. Cuando no era por el trabajo de Mayra y sus percances, cosa que Rebeca no podía evitar, pero sí tenía que sufrir los desvaríos de su alocada madre, era porque Rebeca le había ocultado cualquier información trascendental para su vida como que, al ir a comprar el pan esa mañana había coincidido con el vecino del quinto, ese que siempre le tiraba los tejos y que ella rechazaba. Y siempre terminaba con el mismo rollo. Rebeca necesitaba un novio inmediatamente.

—Vamos a ver, ¿qué he hecho ahora que te ha molestado tanto? —preguntó cansada.

Derek, a su lado, escuchaba los gritos de la madre de Rebeca al teléfono con una sonrisa en los labios y una de sus manos acariciando el muslo de Rebeca.

—¿Qué qué has hecho? Di mejor qué no has hecho —siseó indignada su madre—. Hija, de verdad, tener que enterarme por otra persona es... es... No esperaba esto de ti —la acusó y Rebeca se la imaginó con un dedo levantado que apuntaría hacia su cara si estuviera con ella—. Cuando por fin tienes uno, no eres capaz de decírmelo tú misma. Oh, Dios mío. ¡Qué voy a hacer contigo, hija, qué voy a hacer!

Rebeca cerró los ojos unos segundos. Sacudió la cabeza negando y los volvió a abrir.

—Mamá, deja de lamentarte y dime qué es lo que he hecho ahora. ¿Y qué es eso de que «por fin tengo uno»? ¿Un qué? —quiso saber Rebeca hastiada.

Su madre la agotaba mentalmente. Hablar con ella era demoledor para las neuronas de su cerebro.

—¡Un novio! —espetó la señora—. ¡Mayra me ha dicho que estás saliendo con un hombre!

Derek, a su lado, se moría de la risa mientras Rebeca quería que se la tragase la tierra. Su madre continuó con su perorata.

—¡Y no un hombre cualquiera! —chilló la otra—. ¡No! ¡Qué va! Estás con el hermano mayor de mi queridísimo Trent y mi adorada Kim. ¿Pensabas que no me iba a enterar nunca? —preguntó ofendida—. Pues lo siento mucho, hija, pero ya me he enterado. Me llamó Mayra para contarme lo de su boda con Trent. ¿No es magnífico? —Rebeca suspiró aliviada al ver que su madre desviaba su atención hacia su hermana—. ¡Se casa! ¡Mayra se casa! Tengo que prepararlo todo. El vestido, las flores... Oh, Dios mío, pero si apenas tendré tiempo. ¿En qué estaría pensando tu hermana para poner la fecha de boda el veinticinco de septiembre? Claro que, pensándolo bien, querrá casarse antes de cumplir los treinta y tres, porque ya se le está pasando el arroz. —Rebeca puso los ojos en blanco al escucharla y Derek tuvo que sofocar una carcajada que luchaba por salir de su garganta—. ¡Ay, Señor! Mi Mayra casada con un *yogurín*. Con un hombre más joven que ella. Sí que ha sabido hacerlo. ¡Olé mi niña! Verás cuando se entere la petarda de Florencia, la del tercero. ¡Mi hija mayor casada con un gran abogado! ¡Y además inglés! Con lo de moda que están los matrimonios internacionales.

Rebeca se llevó una mano a la frente y sacudió la cabeza mientras seguía aguantando las tonterías que salían por la boca de su madre. Derek, que continuaba a su lado sin perder detalle de la conversación, parecía encantado de la vida con aquello.

—Pero bueno, hija, y tú, tú... De verdad que no te voy a perdonar que no me llamas inmediatamente para contarme que estabas liada con el hermano de Trent. —Volvió a la carga y Rebeca resopló otra vez, cansada—. Derek, ¿verdad? Sí, creo que me ha dicho Mayra que se llama así.

—Sí, mamá. Se llama Derek. Y también es inglés —dijo Rebeca con socarronería mirando de reojo a su objeto del deseo.

Este, al saber que estaban hablando de él, se acercó a Rebeca y le dio un beso en el pelo.

—¡Pues claro que es inglés, hija! —exclamó su madre—. Siendo hermano de Trent y Kim tiene que serlo. No soy tan tonta. Bueno, ¿y desde cuándo estás con él? ¿Cuándo le conoceremos? ¿Es tan guapo y simpático como Trent? ¿En qué trabaja? Espero que se gane bien los *cuartos* como su hermano. ¿No será abogado también?

—Mamá, mamá... —trató de interrumpirla Rebeca, pero fue imposible.

—Ya sabes que con la crisis que hay en estos momentos es importante que posea un fondo económico saneado.

Rebeca abrió los ojos como platos al escucharla.

—Adiós, mamá —dijo, colgando el teléfono. Había escuchado demasiado. Y lo que era peor. Derek también.

Lo miró y vio un brillo de diversión en sus azules ojos. Cuando él estalló en carcajadas, Rebeca no pudo por menos que seguirle.

—Tú madre es la bomba —soltó él entre risas.

—No lo sabes tú bien. —Ella meneó la cabeza para despejarse tras la charla de su madre—. Es una histérica. Le da cincuenta mil vueltas a todo. Le encanta hacerse la víctima y que la gente esté pendiente de ella en todo momento. A mi padre le tiene *frito*.

—Estoy deseando conocerla —confesó Derek sin parar de reír.

—¡Ay, no! ¡Por Dios! Seguro que cuando la conozcas te replanteas tu relación conmigo —contestó Rebeca llevándose las manos a las mejillas horrorizada.

La sola idea de juntar en una misma habitación a la pesada de su madre y a Derek la ponía de los nervios. Afortunadamente los padres de Rebeca se marchaban de vacaciones la semana siguiente y hasta final de agosto no volverían a Madrid. Así que su relación estaba a salvo. Al menos de momento.

Derek le quitó el móvil a Rebeca que aún sostenía en la mano. Lo lanzó hacia la cama aterrizando sobre ella limpiamente. Acto seguido enterró sus dedos en la corta melena de su novia y la atrajo hacia él para besarla con lentitud y adoración. Rebeca se aferró a sus bíceps y se perdió en el pausado beso que Derek le estaba regalando.

—No tengas miedo, amor. Nuestra relación es fuerte y segura. A prueba de madres histéricas y *metomentodo*.

—Si alguna vez la conoces, cambiarás de opinión, y entonces saldrás huyendo de mí con tal de no soportar a la *plasta* de mi madre —susurró Rebeca contra sus labios.

—Eso es imposible, cielo. ¿Con lo que me ha costado conseguirte? No. ¡Ni de coña!

Derek la besó de nuevo y suspiró. En apenas tres horas sus caminos se separarían. Rebeca volvería a Madrid y él viajaría a Londres para, desde allí y al día siguiente,

volar a Los Ángeles. Tenía que hacer un reportaje con el actor Henry Cavill por su éxito en la nueva entrega de Superman. Quizá a la vuelta de este viaje pudiese parar en Madrid un par de días y estar con Rebeca, pero no las tenía todas consigo. Tenía varios encargos más para la revista *Traveler y People*, así que iba a estar bastante ocupado las próximas dos semanas.

Abrazó a Rebeca con fuerza. La iba a echar de menos muchísimo. Aunque habían acordado que hablarían por Skype todos los días, no sería lo mismo que tenerla al lado y poder tocarla, besarla, hacerle el amor...

Miró el jacuzzi. No pensaba irse de allí sin probarlo. Comenzó a desnudar a Rebeca mientras no dejaba de besarla y deleitarse con el sabor de su boca. Ella le quitó la camiseta y las bermudas vaqueras que Derek llevaba. Rebeca recorrió con las yemas de sus dedos el torso desnudo de su amante, trazando tortuosos círculos en torno a sus tetillas y jugueteando con el escaso vello que lo cubría. Derek gimió en su boca. Le volvía loco que ella le acariciara. Profundizó el beso agarrando a Rebeca de la nuca con una mano mientras con la otra intentaba bajarle las braguitas.

—Espera... —pidió ella con la respiración entrecortada—. Voy a preparar un condón. Las últimas veces no lo hemos usado y no quiero correr más riesgos.

—De acuerdo. No tardes —respondió Derek abriendo los brazos para dejarla ir.

Cuando estuvo de nuevo al lado de Derek le empujó para que cayera sobre la cama y se sentó a horcajadas sobre él. Continuaron besándose y acariciándose unos minutos más hasta que él se levantó de la cama con las piernas de Rebeca enroscadas a sus caderas y salió a la terraza para ir al jacuzzi.

En cuanto Rebeca intuyó a dónde se dirigían se puso tensa. Recordó el vívido sueño que había tenido y le entró el pánico. Intentó tranquilizarse diciéndose que solo había sido una pesadilla. Derek jamás le haría eso. Con él estaba segura. Nunca le haría daño.

Él notó que Rebeca se había puesto nerviosa en cuanto se acercaron al jacuzzi y recordó su negativa a hacerlo allí la otra vez que se lo propuso. Finalizó el beso que le estaba dando y se separó de sus labios unos centímetros para mirarla a los ojos. En ellos vio preocupación.

—¿Qué ocurre, princesa? ¿Qué te pasa con el jacuzzi?

—Es que... —Rebeca se mordió el labio inferior pensando si debía contarle o no sus pesadillas.

Derek se había sincerado muchísimo con ella ese fin de semana. Incluso le había contado varias intimidades en cuanto a sus relaciones sexuales anteriores a ella. Así que le debía también sinceridad. Cerró los ojos y suspiró. Apoyó la frente en la de Derek y aún agarrada a su cuello y con las piernas alrededor de sus caderas, le dijo:

—Tenemos que hablar. Hay algo que debo contarte.

—Bien. —Derek se dirigió con ella a una de las tumbonas, donde se acomodó

con Rebeca a horcajadas en su regazo.

No estaba dispuesto a soltarla. Intuía que lo que ella iba a contarle era importante y no quería que saliera corriendo si la cosa se ponía demasiado seria para ella. Ahora que la tenía no pensaba dejarla escapar. Fuera lo que fuese lo que Rebeca tuviera que decirle.

—¿Recuerdas la otra noche cuando me desperté gritando?

—Sí. Tuviste una pesadilla conmigo, pero no quisiste decirme de qué trataba — contestó Derek acariciándole la mejilla con los nudillos.

—Bueno, pues no es la primera vez que tengo sueños... malos contigo —confesó clavando su mirada castaña en los azules ojos de su amante—. Al principio, quiero decir, cuando pasó aquello hace diez años estaba hecha polvo. Me sentía burlada, humillada...

—Lo siento tanto, cielo. Lamento muchísimo haberte hecho daño —la interrumpió Derek abrazándola más fuerte.

Pero Rebeca puso un dedo sobre sus labios haciéndole callar para poder continuar.

—Shhh, ya me has pedido perdón por eso mil veces. Se acabó. No vuelvas a hacerlo. No quiero que sigas disculpándote cada vez que salga el tema, ¿de acuerdo?

Derek asintió y Rebeca quitó su dedo de donde lo tenía puesto para depositar un cálido beso en su boca.

—Bien. El caso es que... —continuó hablando ella—. No sé por qué, pero empecé a soñar contigo. Al parecer mi mente se negaba a olvidarte. Pero al mismo tiempo me castigaba. Creo que lo hacía por haber permitido que me enamorase de ti o por no haber visto las señales de tu engaño, no lo sé. —Sacudió la cabeza negando—. Pero se cebaba conmigo torturándome una y otra vez con esos... sueños. El primer año fueron muy frecuentes. Era rara la semana que no tenía esas pesadillas dos o tres veces. Con el tiempo, fueron espaciándose hasta que llegó un momento que solo las tenía un par de veces al año. Era como si mi subconsciente no quisiera que te olvidase del todo, ¿me comprendes?

Derek asintió y continuó escuchándola atentamente mientras la retenía con cariño entre sus brazos.

—Bueno, pues cuando fui a la boda de Kim, después de lo que pasó entre nosotros aquella última noche, bueno, en realidad todo el fin de semana, pues... comencé a tenerlos de nuevo de manera frecuente. —Rebeca deslizó sus manos por los brazos de Derek para tenerlas ocupadas en algo y ¿qué mejor manera de ocuparlas que tocar a su chico al que dentro de pocas horas dejaría de ver?—. En estos casi dos meses desde que nos hemos vuelto a encontrar he soñado contigo unas... diez veces. Y el sueño siempre es igual. A veces cambia el escenario, pero siempre termina de la misma manera. Me despierto gritando, muerta de miedo, empapada en sudor...

—¿De qué tratan esos sueños, esas... pesadillas, cielo? —preguntó Derek con una opresión en el pecho que casi le impedía respirar.

—Verás, vas a creer que estoy loca —dijo Rebeca intentando sonreír para desdramatizar el momento ante la cara de ansiedad que mostraba Derek—. Todo comienza así: estamos besándonos, me dices que me quieres, me pides perdón por todo aquello y... de repente, estamos los dos desnudos haciendo el amor.

—Esa parte me gusta —comentó él dándole un pequeño beso en los labios.

—Cuando llegamos al orgasmo es maravilloso —continuó ella ignorando su interrupción—. Y entonces yo te digo que te quiero y... todo comienza a cambiar. Tú te alejas de mí poco a poco y el suelo bajo mis pies desaparece. Yo intento agarrarme a algo para no caer y te veo allí arriba, mirándome sin hacer nada. Sin impedir que caiga. —Rebeca se aferró a los brazos de Derek reviviendo aquellos tensos momentos—. Grito tu nombre y continuó intentando mantenerme sujeta a algo, pero... no lo consigo. Y sigo gritando tu nombre mientras caigo al vacío.

A Derek le dolía escucharla. Apenas había sido consciente del daño que le había hecho en el pasado a la mujer sensible que ahora amaba y se sintió sucio y asqueado por su conducta. Pero él había cambiado. Ya no era así y nunca más sería así. Ahora estaba completamente enamorado de ella y no volvería a hacerla daño jamás. La abrazó más fuerte y enterró su cara en la curva que unía la garganta de Rebeca con su clavícula. Contra la tibia piel de Rebeca le susurró su amor.

—Princesa, nunca te dejaré caer. Te prometo que nunca volverás a sufrir por mi culpa. Voy a amarte, cuidarte, protegerte y adorarte cada segundo de mi vida —prometió—. Y espero que poco a poco esos malditos sueños desaparezcan y sean reemplazados por otros en los que seamos felices, rodeados de un montón de niños gritando papá y mamá.

Rebeca se sorprendió al oír a Derek hablar de tener hijos con ella. Separándose un poco de él, le cogió la cara entre las manos para mirarlo a los ojos con las preguntas revoloteando en su mente.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Derek.

—¿Has dicho que quieres tener hijos conmigo?

—Preciosa, lo quiero todo contigo. Quiero el cuento de hadas contigo. Y eso incluye también tener descendencia. Aunque no te asustes. —Sonrió juguetonamente—. Ahora no será. Dentro de un par de años o tres quizá... Ahora sería imposible tener un hijo, conmigo viajando constantemente, separados por miles de kilómetros.

—¡Vaya! Nunca hubiera pensado que Derek Mason además de sentar la cabeza, afortunadamente conmigo —sonrió feliz y a Derek el corazón le latió con más fuerza—, quisiera ser padre. ¡Menuda sorpresa!

—Pues ya ves. Por lo menos cuatro —contestó él rozando su nariz con la de ella.

—¡Sí, hombre! ¡Dos y vas que ardes! —respondió Rebeca, haciéndose la chula

—. Mira, guaperas, me gustan muchísimo los niños —se alejó unos centímetros para mirarlo a los ojos—, pero no pienso ponerme a tenerlos como una coneja porque a ti te dé la gana.

Los dos estallaron en carcajadas y después volvieron a besarse.

—Bueno, ¿qué? ¿Vamos al jacuzzi? —preguntó Derek de nuevo.

—Espera, no te lo he contado todo.

—Pero ¿aún hay más?

—Me temo que sí —afirmó ella con la cabeza—, pero ya es lo último. Verás, en mi última pesadilla soñé... que lo hacíamos ahí dentro. —Señaló el jacuzzi con el mentón—. Y que cuando estaba a punto de correrme, tú... me... apretabas el cuello hasta que casi no podía respirar y me sumergías en el agua para ahogarme. Yo gritaba que parases. Pero tú seguías y seguías y...

—Basta. —Derek le tapó la boca con su mano para hacerla callar—. Me estoy poniendo malo solo con oírte. ¡Pero qué mente más retorcida tienes, mujer!

Rebeca le cogió la mano y la bajó hasta su regazo para poder hablar.

—Bueno, son sueños...

—Afortunadamente eso no va a ocurrir nunca en la vida —dijo Derek suspirando—. Entonces, ¿nos olvidamos de probar el jacuzzi? —añadió con tristeza.

Rebeca lo pensó unos instantes. Solo había sido un mal sueño y no podía permitir que esas pesadillas gobernasen su vida. Ahora todo había cambiado. Derek había cambiado y ella con él. Ahora estaba segura de que todo funcionaría. Como había dicho Derek, tendrían su cuento de hadas y serían felices, muy felices. Y con el tiempo los horribles sueños terminarían por desaparecer.

Se levantó de su regazo y lentamente deslizó las braguitas por sus muslos hasta caer al suelo. Sintió en su cuerpo la abrasadora mirada de Derek y su sexo se humedeció un poco más de lo que ya estaba. Le cogió de una mano y tiró de él para levantarlo de la tumbona. Le quitó el bóxer negro que llevaba y le condujo hasta el borde del jacuzzi sin decir ninguna palabra. Cuando llegó, se giró para quedar de cara a él y, agarrándose de su cuello, murmuró:

—Fue un sueño tonto. Y lo olvidaré en cuanto esté ahí dentro contigo haciendo el amor. —Rozó su boca con la de Derek—. Comprobando que no se hace realidad esa estupidez.

Lo besó en los labios y se metieron dentro del jacuzzi. Derek se sentó en uno de los rincones habilitados para ello y Rebeca se colocó sobre él para introducir su duro miembro en su sexo. Cuando estuvo totalmente empalada comenzó a contonearse. Derek no dejaba de lamer su delicada garganta. La mordisqueaba, succionaba, chupaba y lamía una y otra vez, embriagado por el aroma a fresas de Rebeca, que se le metía por las fosas nasales y le hacía perder la capacidad de razonar.

—Te quiero, Derek.

—Te amo, Rebeca.



Capítulo 24

La despedida en el aeropuerto de El Prat fue triste. Ninguno quería separarse del otro, pero tenían que continuar con su vida en sus respectivas ciudades de origen. Durante el vuelo a Madrid, Rebeca pensaba cómo en solo cuatro días había cambiado todo su mundo. Llegó a Barcelona con el temor de darle una oportunidad y sentirse traicionada de nuevo. Volvía a Madrid con la maleta y el corazón repletos de ilusiones y esperanzas.

Al poco de aterrizar le sonó el móvil. Un mensaje de Derek le indicaba que estaba a punto de embarcar para Londres y la llamaría cuando llegase.

La semana pasó rápido. Mayra llamó varias veces para contarle cuánto estaban disfrutando en Tenerife y lo mucho que echaban de menos a Derek y a ella. Su madre también la bombardeó con llamadas telefónicas queriendo información sobre su novio y cuándo le conocerían.

Pero lo mejor de todo, y lo más triste, eran las noches. Se conectaba a Skype para poder hablar y ver a Derek. Casi siempre terminaba llorando porque la distancia y no tenerle cerca para tocarle o besarle, se le hacía insoportable. Derek la tranquilizaba con bellas palabras de amor e intentaba animarla haciendo planes de futuro.

El sábado llegó un nuevo ramo de margaritas azules. Esta vez la tarjeta que las acompañaba sí llevaba un mensaje para Rebeca.

Gracias por darme otra oportunidad.

Te quiero.

Derek.

El domingo volvió Mayra de sus vacaciones, acompañada de Trent. Nada más verlos, Rebeca corrió a abrazarlos y darles la enhorabuena por su futuro enlace. Salieron a cenar para celebrarlo y hablaron casi todo el tiempo de los preparativos de la boda. Cuando regresaron a casa Rebeca se conectó a Skype para hablar con Derek

la hora y media que hablaban siempre. Él sonrió feliz al notarla más alegre que los días anteriores y le contó una divertida anécdota del último viaje que le había llevado hasta Tokyo, que era donde se encontraba en esos momentos haciendo fotos para un catálogo de moda.

El lunes, mientras las chicas trabajaban, Trent se dedicó a buscar un piso para Mayra y para él. Un par de días más tarde encontró el idóneo para comenzar su vida en común con la mujer de sus sueños. Cuando estuvo todo arreglado con la inmobiliaria y el banco se marchó a Londres para preparar la mudanza.

Mayra comenzó a hacer la suya con la ayuda de Rebeca. Las dos hermanas estaban entusiasmadas ante la nueva etapa que se iniciaba en la vida de Mayra aunque, por otro lado, también les apenaba dejar de vivir juntas. Ya no habría más peleas por ver quién entraba primero al baño. Ni discusiones por el turno de plancha o de limpieza. Ni películas en el sofá de casa hasta altas horas de la madrugada con el bol de palomitas entre ellas...

Rebeca sintió un nudo en la garganta y tuvo que contener las lágrimas que luchaban por derramarse. Se quedaba sola. Y aunque el piso era pequeño, a ella se le iba a hacer enorme sin la compañía diaria de su hermana. No le gustaba la soledad. Nada en absoluto. Aunque por sus respectivos trabajos no coincidían muchas veces en horarios, Rebeca siempre tenía la certeza de que tarde o temprano su hermana mayor llegaría a casa y eso la tranquilizaba. Ahora, cuando volviese al hogar después del hospital, estaría sola. Abriría la puerta y no oiría la música atronadora con la que Mayra se duchaba. O su voz adormilada dándole los buenos días por las mañanas. No se oiría en el piso ni un solo ruido. Nada. Y eso a Rebeca la aterraba.

Esa noche se desahogó con Derek. Había estado todo el día intentando aparentar normalidad para no preocupar a Mayra, pero en cuanto él la vio a través de la pantalla del ordenador supo que una pena inmensa la invadía. Rebeca lloró casi todo el tiempo que duró la comunicación en Skype. Al final se fue a la cama con una enorme tristeza en su alma.

Al día siguiente, Mayra la esperaba para desayunar. Sabía lo que le pasaba a su hermana y también cómo solucionarlo. Mientras tomaban café con un par de tostadas le contó lo que había planeado para las dos ese día.

—He reservado hora en el Spa de Griñón. Vamos a darnos unos buenos masajes, a pasar por todas las piscinas, a exfoliarnos todo el cuerpo y cuando estemos tan relajadas que no podamos ni movernos —dio un sorbo a su café para terminarlo—, nos vamos a ir a la peluquería de Marga. Nos hacemos la manicura, la pedicura, que nos peinen y nos maquillen. Después, nos iremos de tiendas. Tengo que comprar... ejem... lencería... picante para mi luna de miel. —Se rio Mayra—. Y después nos iremos a cenar y a bailar. ¿Qué te parece? Es un buen plan para un sábado, ¿verdad?

—Es un plan espectacular. ¡Me encanta! Un día de chicas. Solas las dos —exclamó Rebeca sonriendo por primera vez en varios días—. Será una especie de despedida de soltera.

—¡Ah, no! De eso nada. —Mayra negó con la cabeza y dejó en el plato la tostada que había estado a punto de morder—. Yo quiero mi despedida de soltera como manda la tradición —exigió, mirando a su hermana indignada—. Con todas las amigas cenando juntas y con un *boy* terriblemente sexy que nos haga un striptease y nos ponga a todas más cachondas que una perra en celo. Así que vete preparándomela porque quiero que sea algo difícil de olvidar.

Rebeca se rio con ganas. Tendría que echar mano de varias de sus amigas para preparar la despedida. Lo malo era que estaban a mitad de agosto y casi todas pasaban las vacaciones fuera de Madrid. Hasta que no regresasen a final de mes no podría hacer nada.

De repente cayó en la cuenta de que en pocas semanas sería el cumpleaños de Derek. ¿Qué podía regalarle? Quería que fuera algo especial, muy especial. Se tocó el corazón de zafiro azul que llevaba colgando del cuello y que no se había quitado desde que él se lo dio en Barcelona. ¿Una joya? Sí, podía regalarle una joya. Pero ¿qué joya se le puede regalar a un chico? Derek no llevaba cadenas, ni pulsera, ni anillos. Nada en absoluto a parte del reloj. No. Una joya no. ¿Algo de ropa? ¡Qué típico! No. Tampoco.

Continuó dándole vueltas y más vueltas al asunto mientras estuvieron en el Spa. Para cuando Mayra y ella salieron de allí ya había decidido qué le regalaría. Y para conseguirlo tenía que hablar con Javier, su compañero en el hospital.

A la mañana siguiente, Rebeca se llevó una grata sorpresa. Derek estaba plantado en la puerta de su casa con un ramo de margaritas azules y una enorme sonrisa en los labios. Se tiró tan fuertemente a sus brazos que casi acaban los dos en el suelo. Y comenzó a besarlo con tanta pasión, que apenas se dio cuenta de que Trent estaba detrás de ellos intentando entrar en la casa.

—¡Joder! Qué bienvenida más buena —exclamó su amigo, contento al ver las muestras de afecto entre Derek y Rebeca—. A ver si tu hermana me da una igual a mí. —Los apartó para meter en el piso las maletas que llevaba.

—Pues tendrás que esperar porque se acaba de ir a correr y me ha dicho que no volverá hasta dentro de una hora —contestó Rebeca sin dejar de mirar a Derek. No podía creerse que lo tuviera allí delante—. ¿Por qué no me has dicho que ibas a venir? —preguntó dándole otro beso.

—Quería darte una sorpresa —respondió al tiempo que cerraban la puerta de casa tras ellos.

—Gracias por las flores. Margaritas azules. Fidelidad. —Sonrió Rebeca al recordar el significado de las mismas—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Solo hoy.

La cara de decepción de Rebeca fue un mazazo para el corazón de Derek. La abrazó con fuerza contra él y, después de darle un beso en la frente, le limpió con los pulgares las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Shhh, no llores, cielo. —Enmarcó el rostro de ella con sus manos y Rebeca pudo sentir la calidez que emanaba de sus palmas—. Escucha, la próxima semana volveré y me quedaré unos días. Aún no sé si llegaré el miércoles o el jueves. Pero lo que es seguro es que me quedaré hasta el domingo como poco. —Se acercó a su cara y rozó los labios de ella con los suyos—. Ayer volví de Milán. Tengo que trabajar con las fotos que le hice a los modelos Andrés Velencoso y Karolina Kurkova porque en un par de días las tengo que entregar a la revista *Glamour* —le explicó mirándola a los ojos—. Después me marché tres días a Noruega para un reportaje a la familia real por el cumpleaños de la princesa. Tengo que trabajar, cielo. Lo siento, pero las cosas son así.

Rebeca asintió. La vida de Derek era así. Siempre viajando de un lado para otro. ¿Cómo iban a conseguir tener una relación estable si casi nunca estaban juntos? Ella necesitaba despertar con él cada mañana o, al menos, buena parte de las mañanas que había en un mes. Necesitaba tenerle cerca. Poder besarle, tocarle, hacer el amor con él. Pero si él no estaba nunca...

Derek ya tenía la solución. Pero aún no se lo había dicho a Rebeca. Primero debía arreglar unos asuntos en Londres para poder hacer lo que tenía en mente. Estaba seguro de que cuando le contase sus planes a ella, esta saltaría de alegría.

—Bueno, al menos has hecho el esfuerzo de venir hoy. De pasar un día conmigo. Un solo día —susurró ella, dejando de llorar.

—Sabes que haría por ti cualquier cosa. —La abrazó con fuerza—. Hoy he dejado de lado el trabajo para poder estar contigo. Pero mañana a las ocho me marcharé. —Suspiró con pesar. A él también le dolía estar lejos de Rebeca—. Espero que los días hasta que vuelva se pasen lo más rápido posible. Ya verás. Cuando quieras darte cuenta me tendrás aquí de nuevo.

Rebeca asintió. Esperaba que así fuese. Que el tiempo pasase pronto y tener a Derek como le tenía en ese momento. Entre sus brazos y con sus labios pegados a los de ella.

—Tengo que darte una llave de la casa —le dijo Rebeca—. Así podrás entrar siempre que vengas. No tendrás que esperar hasta que yo vuelva del hospital si algún día llegas y no estoy.

—Me parece una idea estupenda —contestó Derek con una feliz sonrisa.

Comenzaron a besarse recorriendo el interior de sus bocas con anhelo. Acariciándose posesivamente, ajenos a la divertida mirada que Trent les lanzaba desde el sofá del salón. Él conocía los planes de Derek, pero no pensaba decir ni una sola palabra. Ni siquiera a Mayra. No quería estropear la sorpresa que su hermano le daría a Rebeca el día que se lo dijera.

—Por favor, iros a la habitación a sobaros. ¡Me estáis dando envidia! —les gritó Trent al tiempo que les lanzaba uno de los cojines del sofá, dando de lleno en el culo de su hermano.

Ellos se rieron y, agarrados de la mano, desaparecieron tras la puerta del cuarto de Rebeca donde hicieron el amor varias veces. A las cinco de la tarde Mayra tocó suavemente con los nudillos y les preguntó si pensaban salir alguna vez. Aunque solo fuera para comer, beber o ir al baño a hacer pis.

Tras comer algo rápido volvieron a encerrarse en la habitación de Rebeca, mientras Mayra y Trent hacían lo mismo en la suya.

Cuando hubieron saciado sus apetitos sexuales se dieron una ducha rápida y los cuatro salieron a cenar por el centro de Madrid.

La siguiente semana pasó lenta. Desesperadamente lenta.

Trent y Mayra se mudaron a su piso para comenzar su vida en común. Mientras, Rebeca contaba los días que faltaban para volver a ver a Derek y el tiempo que no estaba trabajando en el hospital, lo dedicaba a mirar una y otra vez las fotos que él le había traído, las de Barcelona.

Algunas las puso en marcos con los que decoró prácticamente toda su habitación y el resto de la casa. Otras las guardó en un álbum. Pero fueron pocas, ya que prefería tenerlas a la vista. En cualquier rincón había una instantánea de Derek. Algunas de ella sola y muchas de los dos.

La que más le gustaba era la que él había tomado aquella mañana frente a la ventana de la terraza. Con la luz del mediterráneo bañando sus cuerpos desnudos y los visillos de las cortinas flotando a su alrededor por la tímida brisa marina que soplaba en ese momento, acariciando su figura. Era una foto muy erótica y sensual. Un reflejo de todos los sentimientos que habían dejado salir aquel fin de semana.

Y por eso la tenía en un lugar especial. Al lado de su cama, junto a la muñeca de enfermera que Derek le compró en aquel mercadillo medieval hacía casi tres meses ya. Era el símbolo del antes y el después. La promesa de un futuro juntos.



Capítulo 25

—Muchísimas gracias a los dos. La verdad es que, aunque al principio me he sentido un poco cohibida, ya que a ti no te conocía de nada —dijo Rebeca mirando al joven que estaba a su derecha, para luego volverse hacia su izquierda y continuar hablando con Javier—, ha sido una experiencia increíble. Nunca imaginé que podía ser así, tan... No encuentro la palabra idónea, lo siento. Pero me ha gustado de verdad. Así que muchas gracias de nuevo a los dos por haberme hecho este inmenso favor.

—Ha sido todo un placer, morenita —contestó Javier con una sonrisa en los labios al tiempo que la besaba en la mejilla.

—Lo mismo digo —añadió el joven rubio que les acompañaba—. Nunca había participado en algo así y, la verdad, espero poder repetirlo pronto. Me ha gustado mucho esta experiencia. Y si encima es con una mujer tan atractiva como tú...

—¡Basta ya! —Oyeron una potente voz a sus espaldas.

Rebeca reconoció al instante la voz y se ciñó más al cuerpo la toalla que llevaba puesta para tapar su desnudez.

«¡Mierda! ¡Derek! Me ha pillado», pensó. «Adiós a la sorpresa».

Los dos hombres se giraron sobresaltados. Rebeca quiso que se abriera un gran agujero bajo sus pies y caer por él como en sus pesadillas. Esas que no había vuelto a tener desde que se las contó a Derek aquel día en el hotel.

—¡Derek! ¡Qué sorpresa! Te presento a Javier, mi compañero en el hospital y este es... —comenzó a decir Rebeca, pero Derek la interrumpió.

—Me importa una mierda quiénes son estos tíos —masculló apretando los dientes para controlar la rabia que sentía en ese momento y no liarse a puñetazos con esos dos—. Largaos de aquí ahora mismo. ¡Fuera!

Los dos jóvenes miraron a Rebeca sorprendidos y esta, con un leve movimiento de cabeza, les indicó que hicieran lo que Derek les pedía.

—Te llamaré, morenita —prometió Javier antes de desaparecer por la puerta de la casa.

Cuando se quedaron solos Rebeca y Derek estalló la tormenta.

—¿¡Cómo has podido hacer algo así!? —gritó el inglés encarándose con ella—. He removido cielo y tierra para poder venir un día antes de lo que te dije. Para estar más tiempo juntos y ¿qué me encuentro? ¡A mi novia con dos hombres!

Respiraba muy agitado. Con las manos a ambos lados del cuerpo en tensión. Los nudillos apretados tan fuertemente que los tenía blancos. Y su mirada... Rebeca vio en sus ojos dolor, rabia y desesperación. Pero sobre todo vio decepción. Una decepción absoluta.

—Derek, no me grites —intentó tranquilizarle ella—. Si te calmas un poco, te lo explicaré todo... —Dio un paso hacia él, pero Derek levantó una mano para detenerla.

—¿¡Qué me vas a explicar?! Te dejé muy claro en Barcelona que no quería hacer esto, ni que tú lo hicieras...

—¿Hacer qué? —preguntó Rebeca ciñéndose más la toalla al cuerpo. ¿Qué demonios pensaba Derek que había pasado con Javier y su amigo?

—¿Cómo que hacer qué? ¿Acaso lo vas a negar? —continuó gritando Derek con la furia recorriendo sus venas y el dolor de la traición que sentía corroyendo su corazón—. ¡Joder, Rebeca! Os he oído. —Se pasó las manos por el pelo, desesperado, y se tiró de los cortos mechones. Luego clavó sus ojos azules en los castaños de ella y Rebeca pudo sentir toda la rabia que salía de ellos—. He oído cómo hablabais de que ha sido una experiencia maravillosa, un placer, según tu amiguito el médico... Tenías que probarlo tú misma, ¿verdad? —Se acercó a ella y la cogió de los brazos, haciéndole daño—. Por eso me preguntaste tanto por el tema... Me dijiste que conmigo te valía. Que yo era suficiente para ti. ¿Ya no lo soy? —preguntó decepcionado— ¡Contéstame, maldita sea! ¿Ya no soy suficiente para ti?

La mente de Rebeca trabajó frenética y, de repente, como un rayo de sol atravesando el cielo cargado de nubes de tormenta, lo comprendió. Derek pensaba que había hecho un trío. ¡Oh, Dios, no! ¡No, no, no! ¡Estaba equivocado! ¡Completamente equivocado!

—No es lo que piensas, cariño —contestó ella, nerviosa al darse cuenta de lo que él había supuesto. Puso una mano sobre el pecho masculino mientras que con la otra se sujetaba la toalla. Pero él se apartó como si le hubiera quemado con su contacto.

—¿Cariño? A mí no me llames así —soltó él con desprecio alejándose un par de metros de Rebeca—. ¿Te crees que soy tonto? Llego aquí y me encuentro a mi mujer desnuda con dos hombres y ¿todavía me dices que no es lo que pienso? ¿Y qué quieres que piense? ¿Qué jugabais al Monopoly? —preguntó con sarcasmo.

—Derek, por favor, estás equivocado. Déjame que te explique... —suplicó ella con las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

Derek sacudió la cabeza y comenzó a pasear por el salón totalmente alterado.

—No quiero que me expliques nada. ¡Nada! —Volvió a gritar—. Con lo que he visto y oído tengo más que suficiente.

—¡Pero si ellos estaban vestidos! ¡Por el amor de Dios! —contestó Rebeca desesperada. Una lágrima solitaria comenzó a surcar su mejilla.

Derek detuvo su andadura y se volvió para encararse con ella.

—¡Claro que estaban vestidos! He llegado justo al final. ¿Te hubiese gustado que os pillara en la cama? Dime, ¿qué habría pasado entonces? ¿Me hubieses dicho que participara yo también? Tres hombres para ti sola. Mmm, qué experiencia tan gratificante, ¿verdad?

—¿Quieres dejar de decir gilipolleces? —Se acercó a él, pero Derek la esquivó y caminó hasta la puerta. Varias lágrimas más cayeron de los ojos de Rebeca. Se volvió para seguirle mientras le gritaba—. ¡No estábamos haciendo un trío, imbécil! Era una sorpresa para tu cumpleaños. Era mi regalo para ti. Pero lo has estropeado todo. Quería hacerme unas fotos sexys para regalártelas y...

Derek comenzó a aplaudir con una mueca de desprecio en el rostro interrumpiéndola.

—¡Bravo, princesa! Además de infiel eres una mentirosa consumada. Así que un regalo de cumpleaños, ¿eh?

—Te juro que es verdad, Derek —afirmó Rebeca, intentando mantener un tono de voz tranquilo—. Quería hacer algo especial para tu cumpleaños y como te gusta tanto tener fotos mías... —Se acercó de nuevo a él y se detuvo hasta quedar a escasos centímetros de su cuerpo. Le miró a los ojos, esperando que él viera en ellos la sinceridad de sus palabras—. Ya sé que tienes muchas. Pero quería que estas fueran especiales. Y no podía pedirte a ti que me las hicieras porque si no ya no sería una sorpresa —le explicó poniéndole una mano en la mejilla a Derek—. Así que como Javier tiene este amigo que también se dedica a la fotografía le pedí ayuda y...

—¡Silencio! —gritó de nuevo, apartándose de ella. Caminó hasta la puerta de la casa donde había dejado su maleta al entrar—. ¡Basta ya! No quiero seguir escuchando tus mentiras. ¡Basta! —Se volvió hacia ella, que le había seguido por el pasillo—. Me has engañado. Me has mentido. Te has burlado de mí —la acusó, señalándola con un dedo amenazador—. Dime, todo este tiempo, ¿te has divertido mucho haciéndome creer que confiabas en mí? ¿Que me dabas una nueva oportunidad? ¿Te lo has pasado bien viendo cómo me arrastraba ante ti suplicándote que me quisieras? Y yo que había pensado mudarme aquí para vivir contigo a partir de septiembre. —Comenzó a reírse. Pero era una risa sarcástica, llena de rencor y desprecio—. ¡Qué tonto he sido! Al final tu venganza contra mí la has hecho realidad. Has ganado. Ahora sé lo que es sufrir por amor.

Se dio la vuelta, cogió su maleta y salió de la casa con Rebeca pisándole los talones, intentando detenerle y llorando a lágrima viva mientras le decía que se

equivocaba. Que las cosas no eran como él pensaba y que le amaba. Que le amaba.



Capítulo 26

Rebeca se quedó mucho tiempo allí en el relleno de la escalera. Arrodillada en el suelo, llorando desconsolada. Derek no la creía. Había llegado un día antes de lo previsto y se había encontrado con aquella escena. Pero si tan solo hubiera aparecido quince minutos antes... todo habría sido diferente. Él hubiese comprobado que ella no mentía. Que realmente el amigo de Javier le había hecho unas fotos increíblemente sexys para regalárselas por su treinta y tres cumpleaños.

Pero esto no iba a quedar así. Hablaría con él costase lo que costase y le haría entrar en razón. Y cuando tuviera por fin las fotos que le habían hecho, se las iba a tragar todas y cada una de ellas por haber desconfiado de Rebeca.

Le llamó al móvil decenas de veces, pero Derek no contestó. Al final oyó el típico «apagado o fuera de cobertura» y supo que lo había desconectado a propósito. No quería hablar con ella. Vale. Pues lo intentaría de otra manera.

Encendió el ordenador y accedió a su cuenta de correo. Le mandó un email en el que le explicaba todo de nuevo esperando que él la creyese pasado el enfado inicial. También le pedía perdón por haberse mostrado desnuda ante dos hombres. Pero la situación y lo que ella trataba de conseguir, lo requerían. Pinchó en «enviar» y esperó.

Rebeca sabía que Derek consultaba su correo en el móvil varias veces al día, así que esperó con paciencia que contestase. Pero tampoco hubo respuesta.

Con los nervios a flor de piel, llamó a Mayra.

—¿Que ha pasado qué? —preguntó incrédula su hermana después de que Rebeca le contase toda la historia—. No me extraña que haya pensado lo que no es. Yo también lo habría hecho.

Rebeca se desplomó en el sofá al escuchar a Mayra. La toalla que había estado

cubriendo su desnudez hasta entonces resbaló por su cuerpo hasta quedar arrugada en torno a su cintura.

—Si hubiese llegado quince minutos antes hubiera visto que no estábamos haciendo un trío —le contó Rebeca con la voz estrangulada por el llanto, que de nuevo brotaba de sus ojos—. O si hubiera aparecido más tarde cuando Javier y su amigo ya se habrían marchado....

—Ahora no sirve de nada lamentarse —respondió su hermana al otro lado del teléfono—. En menudo lío te has metido, guapetona. Tienes que hablar con él y explicárselo. Y las fotos, las tienes que conseguir lo antes posible para que las vea. Son tu coartada. Tu justificación de que no has hecho nada malo con esos dos.

—Pero es que no me coge el teléfono —sollozó—. Ya le he dejado casi treinta mensajes y varios correos, y no he obtenido ninguna respuesta. Estoy fatal. Si lo llego a saber, nunca habría...

—No te preocupes. Trent y yo intentaremos localizarle y hablaremos con él. Te llamaré para decirte algo, ¿de acuerdo?

Cuando colgó el teléfono continuó llorando desesperadamente. ¡Maldita sea la hora en que se le ocurrió semejante idea! Ojalá pudiese dar marcha atrás en el tiempo y borrarlo todo. Pero no podía. Lo hecho, hecho estaba. Ahora tenía que mirar hacia delante y buscar una solución.

Recordó algo que Derek le había dicho en plena discusión. Tenía planeado mudarse a Madrid para vivir con ella en septiembre. Ahora seguro que él no cumpliría ese propósito. Había sido toda una sorpresa para ella cuando le escuchó decirlo. Pero estaban tan enfrascados en la discusión, y ella trataba por todos los medios de que Derek atendiese a razones, que en el aquel momento no dio importancia a lo que él terminaba de confesarle sobre ese tema. ¡Joder! Todo se había estropeado entre ellos.

Se vistió rápido y llamó a Javier para contarle lo sucedido. Aunque por la reacción de Derek, este ya se imaginaba que habrían discutido, pero nunca pensó que él no creería la verdad de los labios de Rebeca. Supuso que, tras explicarle ella lo que estaba ocurriendo, Derek la perdonaría. Y en lugar de eso la había llamado infiel y mentirosa.

—Hablaré con Carlos —prometió refiriéndose a su amigo, el que había hecho las fotos—. Seguramente mañana por la mañana las tendrá. Si necesitas que yo personalmente hable con tu novio, no tienes más que decírmelo y lo haré encantado. No me gusta verte así y encima por un malentendido. Te ayudaré en todo lo que pueda, Rebeca.

—Gracias, Javier. Eres un gran amigo —contestó ella despidiéndose.

Continuó llamando a Derek, dejándole mensajes y nuevos correos. Pero él no respondió.

A las siete de la tarde Mayra la llamó. Le contó que habían averiguado que Derek

había vuelto a Londres en el primer avión que salió de Barajas esa mañana después de dejar su casa. Trent intentó en todo momento calmarle y explicarle la situación, pero Derek se había negado en redondo a escucharle.

Pensó que Kim la ayudaría a recuperar a Derek, así que la llamó esperanzada. Pero las cosas no salieron como ella esperaba.

—¡Eres una malnacida! —le gritó su amiga inglesa nada más contestar al teléfono—. ¿Cómo has podido hacerle eso a mi hermano? ¿Tienes la mínima idea de lo destrozado que está Derek por tu culpa? Tu venganza ha llegado demasiado lejos. ¡No quiero volver a verte ni saber nada de ti en la vida! ¿Me oyes, asquerosa? ¡En la vida!

Kim colgó sin darle tiempo a Rebeca a explicarle lo sucedido. ¡Maldita sea! Su amiga tampoco la creía. Claro que ella solo había oído la versión de Derek. Y para ser justos debía escuchar a las dos partes antes de emitir un veredicto. Volvió a llamarla, pero le saltó el buzón de voz. Con un nudo en la garganta y los nervios destrozados le contó a su amiga en aquel mensaje su versión de la historia rezando para que Kim la creyese.

Los días pasaron y Rebeca seguía sin tener noticias de Derek ni de Kim. Mayra y Trent iban a visitarla todos los días. Intentaban animarla, pero era imposible. Rebeca estaba destrozada. Sabía por Trent que Derek también estaba enfadado con él. Todo se había fastidiado por un simple malentendido. Kim no la hablaba. Derek no hablaba a Trent. Javier le había dado ya el reportaje unos días antes. Esas malditas fotos que lo habían estropeado todo.

Al día siguiente Rebeca se levantó con náuseas. Llevaba todos esos días sin apenas dormir y malcomiendo. Además en el hospital había tenido mucho trabajo, por lo que dedujo que su cuerpo le estaba pasando factura. Se sentía agotada física y mentalmente. Por las noches se dormía llorando y maldiciendo el momento en el que se le ocurrió hacerle ese regalo a Derek. «Debería haberle comprado algo de ropa y ya está», pensaba, «me hubiese ahorrado todo este lío y ahora Derek continuaría a mi lado».0

Gracias a Dios ese día y al siguiente los tenía libres, así que pensó que podría descansar un poco. Pero se equivocaba. Porque su mente no dejaba de funcionar y dar vueltas una y otra vez a lo sucedido.

Desayunó poco y sin ganas. A los cinco minutos de terminar salió corriendo al baño para vomitar el café y las dos galletas que se había comido. Cuando lo hubo echado todo, volvió al salón y se tumbó en el sofá. Pero al poco tiempo tuvo que correr de nuevo al baño para vomitar otra vez. Y así pasó buena parte de la mañana. Entre náuseas y vómitos.

A mediodía Mayra y Trent fueron a comer con ella a casa. Pero Rebeca apenas probó bocado. Se dedicó a revolver la comida con cara de asco.

—Deberías comer más. Has perdido peso en estas semanas y tu cuerpo no tiene fuerzas —le dijo Mayra preocupada.

—¿Sabéis algo de... él? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Está de viaje. Trabajando. Me parece que se ha ido a Brasil y no volverá hasta dentro de un par de días —le contó Trent—. He hablado con Kim esta mañana y por fin se ha dignado a escucharme. —Agarró a Rebeca de una mano y le acarició el dorso con el pulgar mientras Mayra se levantaba de su silla, le daba un beso a su hermana en el pelo y volvía a sentarse—. Le he vuelto a explicar todo de nuevo. Está muy arrepentida por su reacción y todo lo que te dijo. Así que supongo que, cuando salga del hospital, te llamará para disculparse.

Rebeca asintió. Al fin una buena noticia. Su mejor amiga estaba de su lado nuevamente y sabía que ella insistiría con Derek hasta que le hiciese entrar en razón.

—Come un poco más —le pidió de nuevo Mayra.

Rebeca se llevó un trozo de pescado a la boca, pero en cuanto lo tuvo en la punta de la lengua, lo echó. Tapándose los labios con una mano, salió a toda velocidad hacia el cuarto de baño para vomitar de manera estruendosa.

Notó la mano de su hermana en la espalda acariciándola, mientras con la otra le ponía detrás de la oreja un mechón que se le había ido hacia la cara. El pelo le había crecido algo más en esas semanas y ya podía hacerse una pequeña coleta.

—Creo que me sentó mal la cena de anoche. Llevo casi todo el día vomitando y cuando no lo hago tengo unas náuseas terribles. Debe ser gastroenteritis o algo así —comentó Rebeca al ver la cara de preocupación de su hermana. Se levantó del suelo donde se había acuclillado para vomitar en el váter y se acercó al lavabo para echarse un poco de agua en la cara.

—Anoche apenas cenaste —dijo Trent a su espalda. Las había seguido hasta el baño y se apoyaba en el marco de la puerta— y además nosotros cenamos lo mismo que tú y estamos bien. Te lo habrán pegado en el hospital. Te pasas el día entre virus y enfermedades, así que no sería extraño.

Rebeca asintió y cogió el cepillo de dientes para lavárselos. El vómito le había dejado mal sabor de boca.

—A no ser que... —comenzó a decir Mayra pensativa, dándose con una uña en el labio inferior. Pero se calló.

Era una tontería lo que iba a comentar así que decidió no hacerlo. Sabía que su hermana siempre ponía medidas de seguridad en sus relaciones sexuales y estaba completamente segura de que con Derek también las había usado. No. Lo que pasaba por su mente no podía ser.

—A no ser que... —repitió Trent para animar a Mayra a que continuase.

—Bah, es una chorrada. —Se rio nerviosa e hizo un gesto con la mano para quitar importancia a lo que había estado a punto de soltar.

—Bueno, pues dila y así nos reímos todos —insistió Trent, que continuaba apoyado contra el marco de la puerta del baño.

—Estaba pensando... —Tiró de la cadena del váter y bajó la tapa—. Menuda tontería que os voy a soltar. —Pasó la mirada del uno a la otra. Salió del baño con Trent y Rebeca siguiéndola y se encaminaron a la cocina—. Estaba pensando que a lo mejor mi hermana me va a hacer tía. Pero ya os digo que eso es imposible. Además de una estupidez porque Rebeca siempre usa condones, ¿verdad, cariño?

Rebeca se paró en seco en mitad del pasillo. Trent y Mayra continuaron su andar hasta que se dieron cuenta de que ella no les seguía. Se dieron la vuelta y la miraron fijamente. Rebeca estaba más pálida aún que antes de ir al baño y había comenzado a temblar. Mayra se temió lo peor.

—¿Verdad, cariño? —repitió de nuevo sin apartar la vista de su hermana.

Rebeca no contestó. Su mente trabajaba frenéticamente haciendo cálculos. No podía ser. ¡No! Era el peor momento para quedarse embarazada. ¡Mierda! Aunque Derek le había dicho que quería tener hijos con ella, las cosas ahora no estaban como para darle una noticia así. Aunque quizá eso le hiciera recapacitar...

—¿De cuánto estás? —preguntó Mayra cerrando los ojos y suspirando.

—No lo sé —susurró Rebeca saliendo de su mutismo—. Ni siquiera sabía que pudiese... ¡Oh, Dios mío! —Abrió los ojos como platos— ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuvimos en Barcelona?

Salió corriendo hacia la cocina para mirar el calendario que tenían colgado en la pared. Contó los días. Y vio marcado en rojo la fecha de su última regla. Se derrumbó en una silla y comenzó a llorar de nuevo.

—Llevo una semana de retraso —sollozó tapándose la cara con las manos.

—A algunas mujeres se os retrasa a veces, ¿no? —preguntó Trent que no salía de su asombro—. Quiero decir... que si tomáis algún medicamento... o a lo mejor como has estado tan nerviosa por todo lo que ha pasado... —Se sentó en la silla de al lado y le acarició el pelo con lentas pasadas.

—No, Trent —le interrumpió Rebeca levantando la cara para mirarle con las lágrimas resbalando por sus mejillas—. Yo soy muy regular. Y además... además...

Mayra se puso en cuclillas entre las piernas de su hermana y la miró con ansiedad.

—¿Además qué? —quiso saber Mayra al ver que Rebeca volvía a callarse.

—En Barcelona corrimos riesgos... —explicó llevándose una mano a la boca y la otra al pecho— casi todo el tiempo. La mayoría de las veces no pusimos medios para evitar algo así. —Miró a Mayra y Trent, que la escuchaban estupefactos—. Usamos la marcha atrás... y un par de veces...

Rebeca recordó cuando lo hicieron en el jacuzzi. Derek no había salido de ella al correrse la primera vez y tampoco en la segunda. El condón lo habían dejado olvidado sobre la tumbona de la terraza así que... Sí. Estaba embarazada.

—¡Joder! —La sobresaltó la voz de Mayra que se puso en pie de repente—. La

marcha atrás no es segura. A tu edad ya deberías saberlo y más con tu profesión, que ves y oyes casos así prácticamente cada día.

Rebeca miró a su hermana plantada frente a ella con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Tenía razón. Totalmente. Derek también lo comentó en su momento. Y ella lo sabía.

—Ya lo sé —murmuró con un hilo de voz—. Además, el otro día fui al médico para que me recetase la píldora y...

—¿¡No la estarás tomando!?! —gritó Mayra horrorizada—. ¡Puede ser peligroso para el bebé!

Rebeca le cogió una mano a su hermana.

—Tranquila, Mayra. Las compré en la farmacia, pero las tengo guardadas. Estaba esperando a tener la próxima regla para empezar a tomarlas. Aunque ahora ya... no me van a servir de nada —contestó Rebeca con una sonrisa amarga.

—Voy a ser tío —dijo Trent sonriendo.

Las dos hermanas lo miraron sorprendidas. Trent tenía una cara de alegría que para nada iba acorde con la situación que estaban viviendo.

—Es maravilloso —continuó diciendo él. Se levantó de la silla y le dio un beso a Rebeca en la frente—. Una nueva vida crece en tu interior. Es lo más bonito del mundo. Lo mejor que le puede pasar a alguien. —Las miró a ambas sin perder su sonrisa—. Cuando Derek lo sepa...

—¡No! —le cortó Mayra—. El estúpido de tu hermano no debe saber nada. Además... —Se volvió para mirar a Rebeca—. Todavía no hemos decidido si vamos a tenerlo.

—¿¡Qué!?! —aullaron Rebeca y Trent al mismo tiempo, dando un respingo.

Rebeca se levantó de su silla para encararse con Mayra.

—¿¡Cómo que no hemos decidido si vamos a tenerlo!?! —exclamó alterada, clavando una furiosa mirada en su hermana—. Lo primero de todo, Mayra, seré yo quien decida si lo tengo o no. ¡Yo! ¿Entendido? —Le dio un golpe con el dedo índice en el pecho—. Soy yo quien está embarazada. Así que seré ¡yo! quien lo decida. Y mi respuesta es ¡no! —Se cruzó de brazos frente a Mayra para reforzar su negativa—. No voy a abortar. Me encantan los niños y siempre he querido tener hijos. Aunque este llega demasiado pronto y en unas circunstancias que no son las adecuadas. Pero aun así no pienso abortar —masculló sin apartar la mirada de su hermana—. Y en cuanto a lo de decírselo a Derek... Él es el padre y tiene derecho a saberlo. Lo que ocurra después... —Se encogió de hombros y miró a su cuñado. Luego devolvió su atención a Mayra—. Si él no quiere, seguiré adelante yo sola. No importa. Tengo un buen trabajo. Una casa y mucho cariño para darle a este niño. —Bajó su mirada y se tocó la inexistente barriguita—. No le faltará de nada. No os preocupéis. Podré hacerlo sola.

—No estarás sola, tesoro. —Trent se acercó a ella y le acarició la espalda con cariño—. Nosotros estaremos contigo. Va a tener a los mejores tíos del mundo. Le vamos a querer y a mimar como si fuera nuestro propio hijo, ¿verdad? —preguntó mirando a Mayra y arqueando una ceja.

Esta asintió. Rebeca tenía razón. La decisión de tenerlo o no le correspondía a ella. Y si Derek no quería saber nada del niño... ¡A la mierda! Tendría tíos y abuelos que se ocuparían de él encantados. Se acercó a Rebeca y la abrazó, transmitiéndole así su apoyo incondicional.

—De todas formas —continuó Trent—, creo que en cuanto mi hermano se entere olvidará lo que ha pasado. Correrá hacia ti y hacia vuestro niño para cuidaros y quereros el resto de la vida. —Sonrió a Rebeca cuando se encontró con su ilusionada mirada—. Y si no es así, me encargaré de que se arrepienta —añadió golpeando un puño cerrado contra la otra palma de la mano para dar más énfasis a sus palabras.



Capítulo 27

Esa misma tarde ocurrieron dos cosas. La primera fue que Kim llamó a Rebeca pidiéndole perdón entre lágrimas, arrepintiéndose de haber desconfiado de ella, y suplicándole que olvidase las duras y sucias palabras que le había dicho cuando se enteró de lo que había pasado.

Ella solo conocía la versión de Derek y no le había dado a Rebeca la oportunidad de contarle la suya. Pero cuando Trent le relató lo sucedido, y conociendo a Rebeca tan bien como la conocía, se dio cuenta de su error y rectificó. Le prometió que ella, desde Londres, intentaría que Derek entrase en razón y volviese junto a Rebeca. Y más ahora que esperaba un hijo suyo, noticia que Kim acogió con una gran alegría y entusiasmo. Pero Rebeca le hizo prometer que no le diría nada del bebé a Derek. Quería hacerlo ella. Y quería decírselo a la cara. No por Skype, ni Facebook, ni por teléfono. Tenía que ser cara a cara.

Por eso, cuando una hora después de hablar con Kim Javier se presentó en la puerta de su casa para visitarla, comenzó a trazar un plan para solucionar todo aquello y darle a Derek la buena nueva.

Le contó a Javier lo de su embarazo y este le insistió que fuera al día siguiente al hospital para hacerse unos análisis. Sería más rápido que si pedía cita con su médico de familia y esperaba los resultados por vía ordinaria. Había que aprovechar que trabajaban allí.

Y así fue como, al día siguiente, a primera hora de la mañana y después de vomitar varias veces, Rebeca confirmó su estado. Estaba embarazada de seis semanas. Inmediatamente comenzó a tomar el ácido fólico que les recetan a todas las mujeres en su estado. Javier le dio unos consejos sobre cómo evitar las náuseas o, al menos, hacerlas más llevaderas. Tenía tres hermanas y las tres eran madres, así que sabía muy bien lo que podía funcionar y lo que no. Además de que, por su profesión de médico, estaba familiarizado con el tema.

Rebeca salió del hospital con Mayra y Trent flanqueándola a lo largo del camino hasta el coche y se fueron a desayunar a la chocolatería más famosa de todo Madrid para celebrarlo.

Cuando volvió a casa reservó por internet un vuelo para Londres. Había llegado el momento de que Derek lo supiera. Además, ya tenía las dichas fotos desde hacía varios días que, en cuanto él viera, haría que todo se arreglase entre ellos.

Antes de salir del hospital se había encontrado a dos de sus compañeras que ya habían vuelto de las vacaciones. Les pidió que le hicieran sus turnos durante los próximos dos días. Así que tenía ese tiempo para solucionarlo todo con Derek.

Por la tarde acompañó a Mayra a elegir el vestido de novia. Después de probarse seis o siete, su hermana se decidió por uno de corte romántico, todo de encaje y con una cola de algo más de un metro. Estaba preciosa con él. Rebeca se emocionó tanto al verla así vestida que no pudo evitar echarse a llorar.

—¡Oh, vamos! Cualquiera diría que estoy horrible —se quejó Mayra al verla así.

—Calla, tonta. Estás genial. —Abrazó a su hermana y le dio un beso en la mejilla—. Pareces una princesa. Es que... las hormonas del embarazo, ya sabes. Estoy más sensible.

Se alejó de Mayra y volvió a sentarse en la silla que había ocupado unos instantes antes.

—Podrías aprovechar e ir eligiendo el tuyo. —Mayra le guiñó un ojo—. Estoy segura de que en cuanto Derek sepa lo del bebé te pedirá matrimonio.

—Bueno, ya veremos. No adelantemos acontecimientos.

—Ayer hablé con mamá —comenzó a contarle Mayra, mientras se miraba nuevamente en el espejo y contemplaba la preciosa imagen que este le devolvía.

—¿No le habrás dicho nada de lo mío? —preguntó Rebeca nerviosa. No quería que su madre lo supiera todavía.

—No, no. Me dijo que volverán la semana que viene. —Mayra dio una vuelta girando sobre sí misma y suspiró satisfecha. Por fin había encontrado el vestido perfecto para el día más importante de su vida—. Aunque cuando le conté que hoy vendríamos a ver los trajes de novia casi le da un infarto. Empezó a gritarme que nunca contamos con ella para nada, que deberíamos esperar a que ella volviese de las vacaciones... En fin, ya sabes lo histérica que se pone con todo.

La dependienta de la tienda entró en el probador y, tras hablar unos minutos con Mayra sobre el vestido que finalmente había elegido, la ayudó a quitárselo y volvió a salir, dejando solas a las dos hermanas mientras Mayra se vestía con su ropa.

—Apuesto lo que quieras a que coge el primer avión que haya desde Mallorca y se presenta aquí —continuó Rebeca.

—Bah, no te preocupes. Hablé con papá después y le dije que bajo ningún concepto adelantasen su regreso. —Miró a su hermana y le sonrió con complicidad

—. Si es preciso, que la encierre en la habitación del hotel y tire la llave al mar. —
Rebeca soltó una carcajada al oír la ocurrencia de Mayra mientras la otra continuaba
hablando—. Pero que no la deje volver antes de la próxima semana.



Capítulo 28

Llegó el miércoles y Rebeca ya estaba sentada en el avión con destino a Londres. En la maleta, llena de esperanzas, llevaba las fotos para Derek y los resultados de los análisis que se había hecho confirmando el embarazo. Durante el viaje pensaba nerviosa en cómo la recibiría él y qué le contaría primero ella. Si lo del bebé o lo de las fotos. Esperaba que su reacción al verla ante su puerta no fuese mala y la dejara, al menos, explicar el motivo de su viaje. Tenía miedo de que no quisiera dejarla entrar en su casa y perder la oportunidad de arreglar todo aquello.

Por eso, cuando a las nueve de la noche se plantó frente a la puerta de su apartamento, la sangre le martilleaba en las venas nerviosa y el corazón lo tenía al borde del colapso. Llamó al timbre y esperó. Oyó pasos que se acercaban a la puerta y la voz de Derek hablando con alguien. De pronto, Rebeca cayó en la cuenta de que era posible que él estuviese acompañado. Rezó para que no fuera así. Y tuvo suerte.

Derek abrió la puerta y se sorprendió al verla. Pero al instante su cara se cubrió con una máscara de resentimiento y en sus ojos Rebeca vio dolor y rabia. Estaba hablando por teléfono y se despidió rápidamente de la persona que ocupaba el otro lado de la línea. En silencio, se miraron unos segundos hasta que Rebeca rompió el hielo.

—Hola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Derek, apretando los dientes con rabia. Sus ojos fríos como el hielo.

—Yo... —Rebeca titubeó antes de contestar—. He venido para solucionar las cosas. Ya tengo las fotos. —Respiró hondo para calmarse y prosiguió—. Y además hay algo importante que debo contarte. ¿Me dejas pasar y hablamos dentro? ¿O prefieres que se enteren todos tus vecinos?

Derek se hizo a un lado para dejarla entrar en su casa. Cuando cerró la puerta se apoyó contra ella mirando la espalda de Rebeca. Llevaba un bonito vestido de tirantes, de color negro, con un pequeño cinturón rojo, que le sentaba como un

guante. Recorrió con sus azules ojos el cuerpo de la mujer que tanto daño le había hecho y a la que tanto amaba todavía. Estaba más delgada. Al verla, había observado que ella tenía unas profundas ojeras y la tez más pálida de lo habitual.

Haciendo un esfuerzo enorme para no abrazarla, ya que eso sería nefasto para su orgullo y su corazón después del engaño de ella, se cruzó de brazos y habló con toda la frialdad que pudo.

—Sinceramente, Rebeca, no me interesa ver las fotos. ¿Quién me dice que no te las has hecho después de nuestra discusión y vienes ahora a contarme que son anteriores para que te perdone?

—Tendrás que confiar en mí —dijo ella girándose para quedar frente a Derek, y él vio la súplica en los ojos de Rebeca.

—Eso va a ser difícil. —Apretó aún más los brazos cruzados sobre su pecho. Ardía en deseos de abrazarla, tocarla, besarla... Pero no. Rebeca le había humillado, herido y decepcionado. No podía hacer nada de esto. Debía contenerse por su bien, aunque le costase la vida misma.

—Una vez me pediste que hiciera lo mismo por ti. Y lo hice —contestó ella plantada allí en medio del pasillo, mirándole y rezando a Dios para que Derek le diera otra oportunidad.

—Si no recuerdo mal, te lo pedí más de una vez. Y te costó mucho. Aunque después de lo que ha pasado, me doy cuenta de que no eras sincera. Era parte de tu venganza contra mí, ¿verdad? —escupió con resentimiento. Se distanció de la puerta y caminó hasta el salón con Rebeca caminando detrás suyo como un perrito faldero—. Tienes suerte de que sea ya de noche. Si no, te metía ahora mismo en el primer vuelo con destino a Madrid —dijo mirándola por encima del hombro—. No quiero saber nada de tus fotos. —Se detuvo al llegar a la puerta del salón y dio la vuelta para encararse con ella y añadir con toda la rabia que sentía—. No quiero saber nada de ti. Lo único que quiero en este momento es que salgas de mi vida y no vuelvas nunca más.

Aquellas duras palabras fueron un mazazo para el dolorido corazón de Rebeca. Derek no estaba dispuesto a darle ninguna oportunidad. Ella sintió cómo las lágrimas llegaban hasta sus ojos, pero no tenía intención de dejarlas salir. No quería que él la acusara de montar un espectáculo deprimente para convencerle y obtener su perdón. Así que las reprimió. Inspiró y expiró profundamente varias veces. No pensaba amilanarse ante él. Había viajado hasta allí con un propósito y no se iría sin haberlo conseguido.

—No me iré hasta que me escuches y aclaremos todo este malentendido. —Se plantó frente a Derek y lo miró muy seria.

—No hay nada que aclarar. Hiciste un trío —la acusó con toda la crueldad que pudo—. Me pusiste los cuernos y te pillé.

Derek dio media vuelta y entró en el salón. Rebeca le siguió con la rabia

hirviendo en sus venas al escuchar aquella acusación falsa.

—¡Maldita sea! —le gritó a su espalda—. Yo no he hecho nada de eso. Ya te lo expliqué, pero tú...

—Sí, sí, sí —la cortó él, girándose para mirarla—. Y además has convencido a mis hermanos de que eres inocente. Muy buena actuación, Rebeca. ¿No has pensado nunca dejar tu trabajo de enfermera y dedicarte a la interpretación? Seguro que te daban el Oscar —añadió con cinismo.

—¡Eres un imbécil, Derek! —le gritó Rebeca furiosa. Las cosas no iban a ser tan fáciles como ella había pensado. Pero iba a pelear por limpiar su honor de mujer y arreglarlo todo con él. Dio un paso hacia delante, quedándose a escasos centímetros de su hombre—. Y un orgulloso. Ni siquiera me das la oportunidad de explicártelo. ¿Por qué no quieres ver las fotos? ¿Tienes miedo de darte cuenta de que me has juzgado mal y te estás comportando como un verdadero gilipollas?

—Cuidado con lo que sale de tu boca —la amenazó Derek, acercándose más a ella y apuntando con un dedo hacia su cara—. Te recuerdo que estás en mi casa. Si me vuelves a faltar el respeto, te juro por mi madre que te saco a patadas de aquí y pasarás la noche en la calle.

—Derek, por favor... —Suspiró Rebeca cansada, bajando el tono de su voz—. No discutamos más. —Le cogió la mano que él mantenía levantada frente a su cara—. Por favor, escucha lo que tengo que decirte —suplicó mirándole a los ojos.

—¡No me toques! —aulló él, apartándose como si ella le hubiese quemado al tocarle. Esa reacción fue otro puñal que se clavó con saña en el corazón de Rebeca—. Te dejaré pasar la noche aquí —Derek retrocedió hasta que su espalda chocó contra la otra pared del salón—, solo si me prometes que no me hablarás y no te acercarás a mí. Pero mañana a primera hora quiero que desaparezcas —le advirtió con los puños cerrados a ambos lados de su cuerpo y los nudillos totalmente blancos por el esfuerzo que hacía para contener su furia—. Puedes dormir en mi habitación. Yo lo haré en el sofá.

Rebeca pensó en contestarle. Pero vio tal determinación en su mirada que temió que cumpliera su amenaza de echarla de la casa. Así que cogió su *trolley* y, en silencio, se encaminó hacia el cuarto de Derek con la cabeza gacha y el corazón roto.

Cuando entró y cerró la puerta se echó a llorar. Sabía que Derek la recibiría con frialdad porque continuaba enfadado. Pero esperaba que, al saber que ya tenía las fotos, al menos le diera la oportunidad de mostrárselas. Y una vez hecho esto se reconciliarían.

Nada había salido como ella quería.

Pensó que mejor sería dejar que pasara la noche y al día siguiente, con los ánimos más calmados, volver a intentarlo.

Se tocó la inexistente barriguita y pensó en su bebé. Tenía que arreglar las cosas con Derek fuera como fuese. Y debía contarle también lo del niño que crecía en su

vientre. Derek era el padre y tenía derecho a saberlo.

Caminó hasta la cama y abrió la pequeña maleta que llevaba. Sacó el sobre con las fotos y el otro más pequeño con la confirmación del embarazo. Los dejó sobre la colcha azul, en una esquina, y sacó una camiseta de tirantes y un short de algodón para ponerse cómoda y dormir.

Ni siquiera tenía ganas de cenar. Quería dormir y que el día siguiente fuera mejor que este. Que el nuevo amanecer le trajera la oportunidad de aclarar las cosas con el hombre que amaba.

Comenzó a bajarse la cremallera del vestido a su espalda y a la mitad se le quedó atascada. Tiró más fuerte pero no se movió. Suspiró largamente. ¡Lo que le faltaba para rematar la noche! Intentó sacarse el vestido por la cabeza, pero le fue imposible. ¡Joder! ¿Por qué nada le salía bien ese día? Iba a tener que dormir con el vestido puesto.

A no ser que...

Salió de la habitación y se dirigió al salón donde Derek hablaba de nuevo por teléfono.

Estaba tan guapo como siempre, aunque su rostro denotaba preocupación y cansancio. Se había quitado la camiseta que llevaba cuando Rebeca apareció ante su puerta. Ella se recreó con añoranza en su ancho pecho y su tableta de abdominales. El corazón comenzó a latirle enloquecedoramente. ¡Dios! ¡Cómo le echaba de menos! Sus besos, sus caricias, su cuerpo pegado al de ella. Sus fuertes brazos rodeándola, protegiéndola, amándola.

Los ojos se le llenaron otra vez de lágrimas por el dolor que también ella estaba sufriendo, pero otra vez hizo un esfuerzo por contenerlas.

Derek hablaba por el móvil con la cabeza gacha cuando notó una presencia en la habitación. Levantó la mirada y se encontró con la de Rebeca.

—Sí, Joel. Quedamos así entonces. —Hizo una pausa en la que escuchó lo que le decía su amigo—. De acuerdo. Pero solo será esta vez. Adiós.

Colgó y se quedó mirando a Rebeca en silencio. Sentía unas ganas inmensas de correr a abrazarla y hacerle el amor. Pero ella le había sido infiel.

Rebeca había logrado que él se enamorase perdidamente de ella para poder vengarse. Y aunque todos le decían que estaba equivocado, él no lo creía así. Sabía muy bien lo que había visto y oído. No había lugar a dudas. Ella había participado en un trío y Derek no se lo iba a perdonar. No la perdonaría ni aunque solo hubiese sido con un hombre. Él había cambiado por ella. Había dejado su ajetreada vida íntima de lado para estar con ella y serle fiel el resto de su vida. Y Rebeca le había engañado. No. No podía perdonarla.

—Yo... —comenzó a hablar Rebeca nerviosa—. Es que... se me ha enganchado la cremallera del vestido y... ¿me puedes ayudar?

—Si es otro de tus trucos para acercarte a mí la respuesta es no —soltó Derek con desprecio. Se levantó del sofá y caminó hacia la mesa para dejar el móvil encima.

—No es ningún truco —contestó Rebeca enfadada, sin moverse de la puerta del salón—. Se me ha enganchado de verdad y, como está en la espalda, yo no llego bien. He intentado sacarme el vestido por la cabeza, pero tampoco lo consigo.

—Pues tendrás que dormir con él puesto. —Derek le sonrió con desdén.

—Por favor, Derek... —suplicó ella derrotada, acercándose un par de pasos a él.

Pero Derek se dio la vuelta. Caminó hasta la ventana y se quedó contemplando la oscuridad que había en la calle. Oyó como Rebeca comenzaba a sollozar. La miró de reojo y vio cómo, lentamente, ella se giraba para marcharse.

—Espera.

Rebeca se detuvo y lo miró esperanzada.

—Ven aquí —le ordenó.

Cuando ella llegó a su lado se dio la vuelta para mostrarle la cremallera. Derek contempló la porción de piel cremosa que enseñaba la parte del vestido que estaba abierta. Ansiaba tocarla. Le picaban los dedos por la necesidad de sentir la calidez de Rebeca en sus yemas.

Pero si lo hacía quizá no pudiera contener sus impulsos. Agarró con una mano el vestido y con la otra la cremallera. Cierto. Estaba atascada. Miró por dentro y vio que se había enganchado en un trozo del forro interior. Tiró para subirla y cuando lo logró la bajó de nuevo despacio para que no volviese a atascarse. Al hacerlo, sus nudillos acariciaron sin querer la suave piel de la espalda de Rebeca y oyó cómo ella suspiraba.

Derek cerró los ojos un instante en un esfuerzo por no abalanzarse sobre la atractiva y sensual mujer que tenía delante y hacerle el amor allí mismo. En el sofá o en el suelo. Le daba igual.

Cuando la cremallera llegó al final de la espalda abrió los ojos de nuevo y se quedó fijamente mirando lo que el vestido abierto dejaba al descubierto. Vio el borde del tanga de encaje rosa que Rebeca llevaba y su pene se puso duro en décimas de segundo. Se obligó a mirar hacia arriba y se encontró con el cierre del sujetador también de encaje rosa.

Lo tenía tan cerca. Podía meter sus manos por dentro del vestido y acariciar el bello cuerpo de Rebeca. Podía bajarle los tirantes y dejar caer la prenda a sus pies con sencillez. Y después, podía quitarle la ropa interior y follarla hasta perder el sentido. Pero no. No haría nada de eso. Ella le había sido infiel. Y no la perdonaría. No. Al contrario. Si podía hacérselo pagar, algún día lo haría.

—Ya está.

—Gracias —suspiró Rebeca dándose la vuelta y mirándolo a los ojos.

Abrió la boca para decir algo más, pero al ver que Derek, con un movimiento de cabeza le indicaba que era mejor que se callase, la cerró. Se giró de nuevo y salió del salón con el corazón en un puño.

Llegó a la habitación y comenzó a llorar otra vez. Su cuerpo le pedía a gritos estar junto a Derek. Cuando él le había rozado con los nudillos la espalda, ¡Dios!, había dejado un rastro de fuego en ella mientras descendía la cremallera y le había hecho olvidar por unos escasos segundos todo lo que les sucedía en esos momentos. Se giró hacia él con la esperanza de que la abrazara y la besara. Pero se derrumbó al ver que Derek la echaba de su lado nuevamente.

Se quitó el vestido y lo dejó sobre una silla, al lado de su maleta. Se sentó en la cama abatida. Continuó llorando mientras maldecía su mala suerte y aquel fatídico día en que hizo las fotos. Miró los dos sobres que permanecían sobre la esquina de la cama y de nuevo se tapó la cara con las manos compadeciéndose de sí misma.



Capítulo 29

La puerta se abrió de golpe. Rebeca levantó la vista sobresaltada y se encontró con Derek mirándola ardientemente.

Se puso de pie al instante y él en dos zancadas se aproximó a ella. Cogió la cara de Rebeca entre sus grandes manos y la besó con furia. Devoró sus labios con toda la pasión y la rabia que sentía en esos momentos. Ella le devolvió el beso aferrándose al cuerpo semidesnudo de Derek esperanzada y con miles de mariposas revoloteando en su estómago. Creyendo que sería su manera de arreglar las cosas.

—Derek, yo... —comenzó a hablar Rebeca cuando él abandonó su boca unos segundos para tomar aire.

—Cállate —ordenó antes de volver a besarla.

Con pericia, le desabrochó el sujetador. Comenzó a acariciarle un pecho mientras la otra mano bajaba hasta su trasero y enganchaba la tira del tanga para quitárselo en un abrir y cerrar de ojos. Rebeca hizo lo mismo con los vaqueros y el bóxer de Derek. Cuando ambos estuvieron completamente desnudos él la tumbó sobre la cama y se cernió sobre ella penetrándola de una sola estocada y sin previo aviso.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que los sobres que había sobre la cama habían ido a parar al suelo.

Rebeca jadeó al sentir su duro miembro introducirse en su interior con aquella fuerza brutal y, por un momento, se le cortó la respiración. Derek comenzó a retirarse poco a poco de ella hasta que su glande quedó justo en la entrada de su cálida cavidad. De nuevo, la embistió con furia dejando salir con esta agresiva posesión todo el dolor y la humillación que llevaba dentro. Rebeca emitió otro gemido y él aumentó el ritmo de sus penetraciones, castigándola con rabia.

Ella le agarró del cuello para bajar su boca y lo besó ansiosa. ¡Cómo había

anhelado estar así con Derek! Con su miembro enterrándose en ella y sintiendo su aterciopelada piel contra sus húmedos pliegues. Casi le hacía daño de la fuerza con la que la estaba follando, pero no le importó. Estaban juntos y todo se había arreglado.

—Date la vuelta —ordenó Derek con autoridad, saliendo de su mojado sexo.

Ella obedeció inmediatamente y se tumbó con el pecho tocando la cama. Su corazón latiendo atronador y todas las células de su cuerpo alteradas, estimuladas al máximo.

—Ponte a cuatro patas.

Rebeca lo hizo.

—Tienes un culo precioso y me muero de ganas de follarte por aquí —murmuró Derek al tiempo que acariciaba sus nalgas.

—Derek, yo nunca... —intentó decir ella, pero él la cortó.

—Tranquila. Iré despacio —prometió.

—Tengo miedo —susurró Rebeca nerviosa.

—Relájate y no te dolerá. De momento, tengo algo que te puede ayudar.

Derek se levantó de la cama y, abriendo un cajón de la mesita que había al lado, sacó un pequeño bote de lubricante. Se echó un poco en las yemas de los dedos y volvió a su posición inicial. Con dos dedos masajeó el ano de Rebeca, mientras que con la otra mano llevó su erecto falo hacia la entrada de la vagina. Comenzó a penetrarla por detrás.

—Primero, lo estimularé un poco. Cuando considere que está en su punto óptimo, sacaré mi polla de tu insaciable coño y te la meteré toda aquí —dijo presionando con un dedo el arrugado agujero.

Rebeca jadeó. Él entraba y salía de su húmedo sexo con un ritmo enloquecedor al tiempo que seguía acariciando su ano. Cuando Derek introdujo la primera falange, ella se retiró unos centímetros.

—Quédate quieta o te ato a la cama. Y esta vez no lo digo en broma.

El tono de su voz hizo que el cuerpo de Rebeca se paralizase al instante.

—Es que... —comenzó a decir, pero él, alargando la mano, le cubrió la boca para que no pudiese hablar.

Acercándose a su oído, le susurró:

—Confía en mí, amor. Te gustará.

Derek le destapó la boca y aferrándose a su cintura continuó hundiéndose en su vagina mientras, poco a poco, introducía su dedo en el apretado ano de Rebeca.

Ella intentaba relajarse, pero Derek le estaba haciendo daño. Se sentía llena. Colmada. Pero no era una sensación agradable. Había oído que a otras mujeres les

resultaba algo placentero, pero a ella no. Quizá fuera por la inexperiencia o por la tensión del momento, pero no estaba disfrutando en absoluto de eso. Cuando notó que Derek empezaba a follarla con el dedo por ahí, al tiempo que lo acompañaba con las embestidas a su mojado sexo, sintió que no podía soportarlo más y, desobedeciéndole, se alejó de él reptando sobre la cama y gritando:

—¡No! ¡Me haces daño! ¡No quiero continuar!

Se giró para encontrarse con una dura mirada por parte de Derek. Se acurrucó al otro lado de la cama y escondiendo la cabeza entre sus rodillas comenzó a llorar. Derek se acercó a ella y le acarició el pelo para tranquilizarla.

—No pasa nada. Es tu primera vez y... a veces cuesta un poco. Te prometo que no lo volveré a hacer si tú no me lo pides.

Ella lo miró con las lágrimas surcando sus mejillas.

—Lo siento. Es que me dolía y no he podido soportarlo.

—¿Sabes qué podemos hacer? —Derek se acercó a Rebeca y le acarició dulcemente el pelo para tranquilizarla, mientras le dedicaba su sonrisa más cariñosa—. Usar una palabra de seguridad. Cuando hagamos algo que no te gusta solo tienes que decírla.

Rebeca asintió y tras unos segundos, le respondió:

—Warwick.

—De acuerdo, esa será tu palabra segura. Ahora me gustaría cumplir una de tus fantasías —comentó él alejándose de ella y de la cama.

Rebeca lo miró sorprendida. Cuando había planeado este viaje nunca se imaginó que se dedicarían a jugar. Claro que esperaba que hubiera sexo. Pero sexo de reconciliación. Nada de penetraciones anales ni fantasías prohibidas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Derek con ansiedad.

—En Barcelona me dijiste que no te importaría que alguna vez te atase y te vendase los ojos. Eso es lo que pienso hacer.

Rebeca suspiró aliviada. Eso sí le apetecía. Pero una duda la asaltaba. Estar indefensa y vulnerable la ponía nerviosa.

—¿Me prometes que una vez que me tengas a tu merced no volverás a intentar lo del sexo anal?

—Hemos acordado una palabra de seguridad, ¿no? —Derek arqueó una ceja interrogante.

—Prométemelo. Con o sin palabra segura —insistió ella.

—De acuerdo —cedió Derek—. Prometido.

Rebeca respiró hondo y se preparó para lo que vendría a continuación.

Derek le unió las muñecas con una cinta de raso, para después levantar los brazos por encima de su cabeza mientras la tumbaba sobre la cama. Con una segunda cinta, que unió con un fuerte nudo a la primera, la ató al cabecero de forja. Comprobó que ella no podría soltarse por mucho que tirara de sus ligaduras y cuando estuvo satisfecho, se la quedó contemplando en silencio.

Él tenía una expresión inescrutable y Rebeca se retorció nerviosa sobre la inmensa cama. Derek cogió un antifaz similar a los que dan en los aviones y se lo colocó en los ojos, dejándola ciega.

Primero la besó en la boca, deleitándose con su sabor. Recorrió con sus labios el contorno de su mandíbula hasta llegar al lóbulo de la oreja del que tiró dulcemente con los dientes. Rebeca emitió un pequeño gemido de placer. Su sexo estaba húmedo, muy húmedo, y su corazón atronaba en el pecho a causa de la excitación. Derek fue bajando con sus besos por todo su cuerpo, saboreándola, mordisqueándola. Cuando llegó a uno de los pezones succionó con fuerza. Rebeca arqueó la espalda al tiempo que lanzaba un grito, mezcla de dolor y placer. Lamió la dura punta de su pezón un par de veces y repitió la operación. Lo agarró con los dientes y tiró de él con fuerza.

—Ahhh, Derek, más suave, por favor.

—¿Quieres usar tu palabra de seguridad? —preguntó él contra la piel de su seno.

—No. Solo... hazlo más delicadamente. Tengo los pezones muy sensibles en estos momentos porque...

—De acuerdo —la interrumpió él.

Rebeca estuvo a punto de decirle que era debido a que estaba embarazada. Pero pensó que ese no era el momento oportuno. Quería ver su cara cuando recibiera la noticia y con los ojos tapados eso no iba a ser posible.

—Veo que sigues llevando mi corazón de zafiro azul.

—Me hiciste prometer que no me lo quitaría nunca. Y yo cumplo mis promesas —dijo ella.

—Todas no. Me prometiste que me serías fiel y no lo has hecho. —Derek estaba muy cerca de la boca de Rebeca. Ella podía sentir su cálido aliento haciéndole cosquillas en la barbilla.

—¿Otra vez vamos a empezar con eso, Derek?

—No —contestó él—. No vamos a empezar. Vamos a terminar. Acércate.

—¿Qué me acerque? —preguntó Rebeca sorprendida—. Estoy atada. No puedo moverme —comentó tirando de sus ligaduras para que él viera que era imposible hacer lo que le pedía en ese momento.

—No te lo decía a ti —contestó Derek muy serio.

Rebeca sintió unos pasos al lado de la cama y se quedó sin aliento. Derek estaba sobre ella a horcajadas lo que quería decir que había otra persona con ellos en la

habitación. ¿Cuándo había llegado? No había escuchado ningún ruido y Derek en ningún momento la había dejado sola para dejar entrar a quien quiera que fuese la persona que estaba con ellos. Sintió que se ruborizaba. Había un extraño mirándolos mientras estaban desnudos. ¿Quién sería? La inquietaba que otra persona, hombre o mujer, la observara en esa situación. Derek se bajó de su cuerpo y se situó al lado de la otra persona.

Unos ojos ardientes recorrieron su esplendoroso cuerpo y se centraron, sobre todo, en sus anegados pliegues. Deseó tocarla. Pero sin permiso de Derek no podría hacerlo.

—Te está mirando el coño. Se muere por saborearte. Lo sé. Abre las piernas para que pueda verlo mejor y se ponga más duro de lo que ya está —le susurró Derek al oído.

Así que era un hombre. Había otro hombre con ellos. ¡Oh, Dios mío! Derek iba a hacer un trío con ella y otro hombre. «Pero en Barcelona me dijo... que nunca me compartiría con nadie», pensó Rebeca. «¿Por qué ahora sí? ¿Qué ha cambiado? ¿Ya no le importo?».

—Derek, yo no... —intentó decir Rebeca.

—Calla y abre las piernas —ordenó la voz del desconocido.

Pero a ella no le resultó tan desconocida esa voz. ¿Dónde la había oído antes?

—No —soltó ella, y juntó más las piernas para realzar su negativa.

—Obedece. —Oyó que le decía Derek duramente.

—No —repitió ella.

—Si fuera mi sumisa accedería sin dudarlo —comentó el otro hombre.

¿Joel? Al hacer ese comentario y junto con su voz lo reconoció. El miedo comenzó a apoderarse de ella.

—¿Joel? ¿Eres tú? —preguntó, levantando la cabeza todo lo que pudo y tirando de sus ataduras otra vez.

Los dos hombres ignoraron su pregunta y los oyó hablar entre ellos.

—Nada de sado. No quiero que la dejes marcada —le advirtió Derek a Joel.

—De acuerdo, socio —cedió aquel comiéndose con los ojos el cuerpo desnudo de Rebeca.

—Será un trío normal y corriente. Pero sin penetración anal. No está preparada. Aunque ya ha participado en otro hace pocas semanas, no la desvirgaron —explicó Derek a su lado mirando furioso a Rebeca, indefensa y vulnerable en la cama—. Supongo que la follaron por el coño y la boca. Así que eso será lo que hagamos nosotros.

Rebeca se retorció histérica al oír a Derek. ¿Qué iba a hacer con ella? ¿Seguía

pensando que había participado en un trío con Javier y su amigo y ahora pretendía hacerlo él con Joel? Presa de un ataque de nervios comenzó a gritar.

—¡Nunca he hecho un trío! ¡Por favor, Derek, tienes que creerme! ¡Por favor! — Tiraba tan fuerte de sus ligaduras que se estaba haciendo daño en las muñecas. Pero no le importó. Tenía que conseguir que Derek la creyese cuando afirmaba que era inocente de lo que él la estaba acusando.

—Cállate —soltó él con desprecio agarrándola del pelo y acercándose a la cara de Rebeca—. Esta noche te voy a dar lo que tanto te gusta. Pero esta vez yo seré quien te folle y no ese medicucho amigo tuyo.

—¡No, Derek! ¡Por favor, no!

Sintió unas manos sobre sus pechos y supo que no eran las de Derek. El asco y la aprensión recorrieron su cuerpo a la velocidad de la luz. Una húmeda lengua se introdujo en su boca ahogando sus gritos. Tampoco eran los labios de Derek. Joel recorrió con sus manos el cuerpo de Rebeca con ansiedad. La había deseado desde el primer momento en el que la vio en el castillo de Warwick y por fin su amigo le había consentido estar con su mujer.

Rebeca se retorció intentando zafarse de Joel mientras mantenía las piernas fuertemente apretadas para que no pudiera acceder a su sexo. Cuando él la besó, con unas terribles ganas de vomitar, ella gritó de nuevo.

—¡Para, por favor! ¡No quiero esto! ¡No quiero a otro hombre! Derek, por favor...

—Me encanta cuando se ponen difíciles. —Oyó que decía Joel—. Hace que su rendición sea más dulce y placentera.

—Te aseguro que ella es dulce, muy dulce —confirmó Derek mientras le acariciaba la mejilla a Rebeca, limpiándole las lágrimas que caían de sus ojos tapados—. Y también ardiente y apasionada. Folla como un demonio. Te exprime al máximo. Vas a disfrutar mucho, amigo.

—No, por favor, no... Derek, Joel, no, por favor... —gimoteó Rebeca.

Sus sollozos se hicieron más intensos hasta que todo su cuerpo comenzó a convulsionarse por el llanto. ¿Por qué Derek le hacía eso? Se estaba vengando de ella por algo que él creía que ella había hecho. Iba a hacerla pagar por un desgraciado y lamentable malentendido. Y no estaba dispuesta a ello. Lucharía con todas sus fuerzas. Ninguno de los dos disfrutaría de su cuerpo.

—¡Joder! Esto sí que no me lo esperaba. —Escuchó la asombrada voz de Joel—. Está llorando. ¡Maldita sea! Da la sensación de que vayamos a violarla. ¿Estás seguro de que quieres hacerlo, socio? ¿Y de que ella de verdad lo desea? Mírala. Está aterrada.

Derek la contempló y se dio cuenta de su error. ¿En qué cojones estaba pensando cuando le dijo a Joel que fuera allí esa noche? No quería compartirla. Nunca había

querido hacerlo. Pero la traición de Rebeca le había cegado y la rabia que sentía hacia ella le nublabla la razón haciendo desaparecer su buen juicio.

Rebeca continuó llorando desesperadamente cuando de pronto recordó algo.

—¡Warwick! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Warwick! ¡Warwick! ¡Warwick!

Siguió gritando cada vez más alto hasta que empezó a quedarse ronca.

—Vete, Joel. Esto ha terminado —le pidió Derek a su amigo.

Cuando se quedó a solas con Rebeca, que continuaba gimoteando su palabra de seguridad, le quitó el antifaz y la desató rápidamente.

Ella comenzó a pegarle puñetazos.

—¡Eres un malnacido! ¡Hijo de puta! ¡No te atrevas a tocarme nunca más! —gritó mientras descargaba en el torso del inglés su furia.

El fotógrafo intentaba detenerla a duras penas mientras le suplicaba que le perdonase.

—¡Ha sido un error, Rebeca! ¡Perdóname! ¡Soy un hijo de puta y un malnacido, sí, pero he cometido un error! ¡Me he equivocado contigo y lo siento muchísimo! ¡Por favor, perdóname!

Cuando ella dejó de luchar, Derek la acurrucó contra su pecho y pidiéndole perdón decenas de veces, comenzó a llorar también por el daño que le había hecho a la mujer que amaba.



Capítulo 30

En el viaje de vuelta a Madrid a la mañana siguiente Rebeca estaba destrozada. Nada había salido como ella esperaba y lo que era aún peor, Derek la había humillado ofreciéndola a otro hombre solo para desquitarse por algo que nunca había ocurrido. ¿Cómo había podido hacerle eso?

Se habían quedado dormidos, abrazados, después de llorar desconsoladamente durante lo que les pareció una eternidad. Cuando Rebeca despertó al despuntar el alba y se vio enredada en el cuerpo de él, sintió náuseas. Y no eran por el embarazo. Con sigilo, se deshizo de su abrazo, recogió sus cosas y se marchó, cerrando la puerta despacio para no despertarle. Pero antes de abandonar la casa le dejó, en la isla de la cocina, el corazón de zafiro azul. Su relación se había roto, así que el símbolo de su amor ya no tenía razón de ser.

Una vez en la calle cogió un taxi que la condujo hasta el aeropuerto de Heathrow, donde voló en el primer avión con destino a su ciudad natal. Mientras esperaba en la puerta de embarque, llamó a Mayra y le contó lo sucedido sin entrar en detalles sexuales. No quería que nadie supiera lo que había sucedido en casa de Derek.

Cuando llegó a Madrid, su hermana y Trent la esperaban. Corrió a abrazarles y, nuevamente, lloró.

—Mi hermano es imbécil por no creerte. Después de haber visto las fotos. ¡Dioss! Es para matarle —dijo Trent mientras iban de camino a casa de Rebeca en el coche.

—En realidad, ni siquiera me ha dado la oportunidad de enseñárselas. Empezó a decirme que no quería saber nada de mí, que lo único que le importaba era que yo saliera de su vida lo antes posible... —Rebeca comenzó a llorar de nuevo.

—Y claro, con ese panorama, no le has dicho que esperas un hijo suyo —añadió Mayra, abrazando a su hermana para consolarla en el asiento trasero del vehículo.

—No he tenido ninguna posibilidad. Ninguna —se quejó ella reposando la cabeza sobre el hombro de Mayra.

—No te preocupes, tesoro —continuó Trent, mirándola por el espejo central del coche—. Hablaré con él. La próxima semana viajaré a Londres para mi despedida de soltero, así que tendré una charla muy interesante con el estúpido de mi hermano.

—Ojalá a ti te escuche —suspiró Rebeca con pena—. De todas formas, ya no sé si quiero continuar con esto. Me siento tan... —Iba a decir humillada, vejada, al recordar lo que había sucedido esa noche con Derek y Joel, pero finalmente se calló y no dijo nada.

—Estás cansada, Rebeca. Lo mejor es que en cuanto llegues a casa te acuestes un rato —la aconsejó Mayra, acariciándole el pelo con dulzura—. ¿Quieres que nos quedemos contigo hoy?

—No. Necesito estar sola y... pensar.

Pasó el resto del día sumida en un mar de lágrimas y cuando no estaba llorando, su mente volvía una y otra vez a Derek y a lo ocurrido el día anterior. Se sentía cansada. Agotada mental y físicamente. Y también ultrajada.

Los siguientes días fueron iguales. Aunque con la suerte de que, cuando estaba en el hospital trabajando, apenas pensaba en Derek. Poco a poco, recapacitando sobre todo lo que había pasado, empezó a comprender la postura de él y sus ansias de venganza. Derek se había sentido también burlado y engañado, pero eso no le daba derecho a hacer lo que había planeado para ella. Se preguntó si con el tiempo llegaría a perdonarle.

Derek, en Londres, no se quitaba a Rebeca de la cabeza. ¿Cómo había podido hacerle eso? ¿En qué clase de hombre se había convertido a raíz de su traición? Se odiaba a sí mismo por haber siquiera intentando que Rebeca pasara por una situación semejante. ¡Maldita sea! Él la amaba. A pesar de todo lo que ella le había hecho, a pesar de haberle sido infiel con dos hombres, la amaba. ¿Cómo había podido hacerle daño de esa manera? Debería disculparse. Pero se sentía tan avergonzado por su comportamiento que no era capaz de ponerse en contacto con ella para hacerlo.

La madre de Rebeca la llamó a mitad de semana. Había regresado de sus vacaciones y quería ver a sus hijas. Más que nada para echarles la bronca por preparar cosas de la boda sin esperar a su vuelta de Mallorca. Mayra y su madre discutieron bastante rato mientras Rebeca permanecía callada en un rincón de la sala

de estar en casa de sus padres, sumida en sus pensamientos. No sabía si contarles en ese momento a sus padres lo del embarazo y su ruptura con Derek. Finalmente, decidió no hacerlo. Esperaría a que pasara la boda de Mayra. Solo faltaban dos semanas, así que podría mantener el secreto ese tiempo. Luego se desataría la tormenta.

Aunque con la boda de por medio... ¿Se darían cuenta sus padres de que ya no estaba con Derek en el enlace de Mayra? No sabía qué hacer, ni cómo actuar llegado el día.

El embarazo, de momento, marchaba bien. Aún tenía náuseas matutinas, que desaparecían comiendo galletitas saladas, pero no había vuelto a vomitar. Ramón, el ginecólogo del hospital, la había citado para hacerle una ecografía al día siguiente y le daría más datos sobre el bebé.

De nuevo, pensó en Derek. No le había llamado desde su vuelta a Madrid y este tampoco se había puesto en contacto con ella. Trent y Kim no sabían nada de él. Ese sábado era la despedida de soltero de su amigo inglés y ella y Mayra, junto con sus amigas, aprovecharían para hacerle a Mayra la suya. Necesitaba una salida de chicas. Reírse, divertirse y, sobre todo, no pensar.

Llegó el sábado y Derek se preparó para ir a la fiesta de su hermano. El día anterior cuando Trent llegó a Londres, él había ido a recogerle al aeropuerto y habían hablado largo y tendido sobre todo lo ocurrido. Así que cuando regresó a su casa después de dejar a Trent, fue directo al dormitorio y buscó el sobre con las fotos que Rebeca le había llevado. Pero no lo encontró. Supuso que ella lo habría metido de nuevo en su maleta antes de regresar a Madrid.

Sintió una enorme tristeza y cómo se le encogía el corazón al darse cuenta de su error. Lo había malinterpretado todo. Y lo peor era que había intentado hacer pagar por ello a Rebeca. Por algo que ella no había hecho. Por todos los medios ella trató de explicárselo, pero él nunca quiso escucharla. Se odiaba a sí mismo por haber sido tan vil y mezquino con la mujer que amaba. Nuevamente pensó en llamarla y pedirla perdón. Aclarar todo este maldito asunto, pero se imaginó que ella estaría tan dolida que no querría saber nada de él. Y con razón. Además, Rebeca le había devuelto el colgante con el corazón lo que significaba una única cosa. Que la había perdido.

En Madrid, las chicas gritaban enloquecidas ante el *boy* que le estaba haciendo el striptease a Mayra, mientras esta recibía las atenciones de aquel portento masculino.

Habían cenado en un restaurante de la Cava Baja y después se habían marchado a un local que anunciaba stripteases particulares. Mientras el resto de las amigas le metían billetes en el tanga al rubio joven que se contoneaba ante Mayra, Rebeca se reía a carcajada limpia. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien. Lo necesitaba. Todas iban disfrazadas de conejitas de Playboy, en color negro, excepto Mayra. Por ser la novia, Rebeca y sus amigas habían elegido para ella el mismo traje, pero de color rosa chicle. Donde quiera que fuesen, eran el centro de atención.

—¡Joder! ¡Cómo está el tío! ¡Qué bombonazo! —exclamó una de sus amigas, comiéndose al chico con los ojos.

—Me han dicho que es de Noruega. Creo que voy a pedir un traslado en la empresa y que me manden a la sede de allí. ¡Vivan los noruegos! —comentó entre risas y miradas lascivas otra de ellas.

—¡Esto sí es un nórdico y no lo que venden en el Ikea! —gritó Rebeca entusiasmada, mientras se colocaba bien las orejas de conejita en la cabeza.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Que me lo como! ¡Que me lo como! —decía otra más—. Chicas, chicas, si no me detenéis, le salto encima y no dejo ni las uñas de los pies. ¡Tío bueno! —chilló enardecida.

—Pues yo me estoy poniendo tan caliente que en cuanto llegue a casa voy a darle una alegría a mi marido y me lo voy a follar el resto de la noche —saltó otra.

Rebeca se rio a carcajadas al oír a sus amigas. Eran la leche. Y con ellas se lo pasaba de vicio. Echaría de menos estas noches locas cuando llegase el bebé y no pudiera salir con ellas. Pero no le importaba. Su niño era muchísimo más importante y tenerle entre sus brazos lo compensaría todo.

Una de sus amigas se acercó al *boy* para meterle otro billete en el tanga y le propuso ir con ellas más tarde, cuando acabase el espectáculo, a tomar algo y continuar la fiesta. Al principio el chico se negó, pero finalmente, y tras mirar a Rebeca varias veces decidió acompañarlas.

Así fue como acabaron en una conocida discoteca de Madrid bailando como locas junto al nórdico. Este comenzó su acercamiento a Rebeca y ella, en la nube de diversión en la que estaba subida, no hizo nada por evitarlo. Mayra reía y bailaba con el resto de sus amigas cuando se percató de las intenciones del *boy*.

Cogiendo a su hermana del brazo se la llevó aparte para hablar con ella.

—Rebeca, ándate con cuidado que ese tío quiere sexo —le advirtió Mayra arrinconándola contra la pared—. Y no están las cosas como para que metas la pata por correrte una juerga en una noche loca.

—¿A qué te refieres? —le preguntó esta sin dejar de mirar al joven rubio, sonriéndole tontamente.

—Ya sabes lo que trato de decirte. Pero si quieres te lo delecto a ver si me entiendes mejor. D-E-R-E-K. ¡Derek!

Rebeca desvió su atención del nórdico hasta la cara de su hermana.

—Lo mío con Derek se ha terminado, Mayra. Soy libre de hacer lo que me plazca.

—A mí no me engañas, Rebeca. Sé que todavía sientes algo por él y, además, esta mañana he hablado con Trent y me ha dicho que Derek está arrepentido por no haber confiado en ti. Quizá...

—Quizá nada, Mayra —la cortó furiosa ella—. Mira, ese tío está cañón —dijo refiriéndose al *boy*—, y yo esta noche no quiero pensar en nada ni en nadie. Y mucho menos en una persona que me ha hecho tanto daño. Solo quiero divertirme y si es con un buenorro así...

—¡Rebeca! ¡Por Dios! ¡Qué vas a ser madre! —le gritó su hermana.

—¡Y qué! ¡También soy mujer! —Se encaró con Mayra—. Y baja la voz que se va a enterar *to* Cristo de que me han hecho un *bombo* —dijo mirando a su alrededor.

Tras comprobar que nadie había escuchado su conversación, suspiró tranquila.

—No hagas nada de lo que te puedas arrepentir —le advirtió Mayra antes de volver a la pista donde sus amigas bailaban enloquecidas alrededor del espléndido nórdico.

Cuando Rebeca regresó junto al joven rubio, este la cogió por la cintura y empezó a contonearse rozando su entrepierna en el vientre de ella. Rebeca lo miraba sonriendo, pero no podía quitarse de la cabeza la advertencia de su hermana. Quizá tenía razón. No debía hacer algo de lo que luego se arrepentiría. Ciertamente era que ese chico le ponía mucho. Era un hombre súper atractivo. Pero en su corazón aún estaba el recuerdo de Derek.

—Me llamo Erik. Y tú eres Rebeca, ¿verdad? La hermana de la novia.

Esta asintió. Rodeada por los fuertes brazos del joven nórdico seguían bailando al ritmo de la música.

—¿Estás ocupada? Quiero decir... ¿Estás con alguien? ¿Tienes pareja? —le preguntó Erik sin andarse por las ramas.

—Pues no sé qué decirte. —Rebeca se encogió de hombros, mirándolo fijamente a los ojos—. Hace unas semanas rompí con mi novio. Pero mi hermana insiste en que tenemos que volver a estar juntos.

—¿Y tú siempre haces caso a tu hermana? —preguntó juguetón, inclinándose sobre sus labios hasta quedar a escasos centímetros de la boca de Rebeca.

—A veces —respondió Rebeca coqueta—. Es inspectora de policía y no veas cómo las gasta. —Terminó riéndose.

—¡Policía! ¡Vaya! Me ponen las mujeres con uniforme. ¿En qué trabajas tú? —dijo rozando la punta de su nariz con la de Rebeca, mientras mantenía las manos ancladas a ambos lados de las caderas de ella.

—Soy enfermera —confesó Rebeca, enterrando sus dedos entre los mechones rubios que Erik tenía en la nuca.

—¡Joder! Ese uniforme me pone más todavía —dijo Erik con una sonrisa que quitaba el hipo—. Aunque el traje de conejita de Playboy que llevas te sienta de muerte. —Se distanció un poco de la cara de Rebeca y la miró de arriba abajo como había hecho infinidad de veces esa noche—. Estás muy sexy. Dime, Rebeca la enfermera, ¿me ayudarías a curar un dolor que tengo por aquí abajo? —Cogió la mano de Rebeca y la colocó justo encima de la erección que tenía en ese momento—. Estoy seguro de que solo tú puedes hacerlo. Debes ser muy buena en tu profesión —ronroneó como un gato encelado.

Rebeca le sonrió pícara, mientras manoseaba la protuberancia de sus pantalones. Se mordió el labio inferior nerviosa sin apartar la vista de los verdes ojos de Erik y este dejó escapar un gemido de placer.

—Vamos a mí casa. No vivo lejos —le indicó el nórdico con la respiración agitada.

—¿Sabes? Sí que soy buena en mi profesión y... estaría encantada de demostrártelo. —Apartó la mano del enorme bulto de los pantalones del chico y añadió sonriendo—. Pero es que... no hago horas extra. Lo siento, cielo. Tendrás que curarte ese dolor tú mismo.

Erik se sorprendió por su respuesta. Confiaba plenamente en que esa noche se la llevaría a la cama. Pero no iba a ser así. Y era una pena porque la chica le atraía mucho.

—¿He sido demasiado directo? —preguntó él sin perder su sonrisa.

—Es que no es el mejor momento. —Rebeca se deshizo de los brazos del nórdico en los que había estado retenida mientras duraba su tonteo con él—. Mira, si yo no estuviera en la situación que estoy con mi novio, bueno, exnovio, lo más seguro es que tú y yo hubiésemos acabado teniendo una fantástica noche de sexo puro y duro. Pero con la cabeza como la tengo ahora.... —le contestó Rebeca con sinceridad—, no quiero hacer algo de lo que mañana pueda avergonzarme.

—De acuerdo. No me gusta perder la oportunidad de estar con una chica tan bonita y atractiva como tú, pero... —se encogió de hombros—, no voy a obligarte. —La tomó de la mano y le dio un beso en el dorso, despidiéndose de ella.

—¡Qué se le va a hacer! —Rebeca sonrió y continuó bailando, mientras observaba las tácticas de acercamiento del nórdico a una de sus amigas.

Sinceramente, pensaba que si no estuviera en la situación que estaba con Derek y el bebé por el medio, bien podría haberse corrido una buena juerga con el nórdico. Pero no. No podía ser. Mayra estaría contenta al saber que le había dado calabazas al rubio y ella... ella tendría la conciencia tranquila sabiendo que había hecho lo correcto.



Capítulo 31

Dos días después, Rebeca volaba rumbo a Tenerife para comenzar sus vacaciones. La boda sería el siguiente sábado, pero ella se marchaba ya para descansar y estar tranquila esa semana antes del torbellino que se avecinaba. Los padres de Kim y Trent, como siempre, le habían dejado el chalet que tenían en Puerto de la Cruz y cuando llegó allí, se sintió como en casa. Le encantaba estar en aquel lugar. Pasear por la playa de arena negra, tomar el sol e ir a bañarse de vez en cuando a las piscinas naturales de Garachico, que se habían formado al derramarse en el mar la lava del volcán en sus antiguas erupciones. Para ella aquello era sinónimo de felicidad.

Derek estaba organizando todo lo que iba a necesitar para la boda de su hermano y Mayra. Le habían pedido que él hiciera las fotos. Se le cayó al suelo la tapa del objetivo de una de sus cámaras. Esta rodó hasta meterse debajo de la cama. Se agachó y metió la mano, pero no llegaba hasta ella, así que con un empujón apartó la cama y descubrió que junto a la tapa había dos sobres. Uno era grande y marrón. El otro, más pequeño, llevaba el sello del Hospital Doce de Octubre de Madrid. El hospital donde trabajaba Rebeca. Su mente voló hacia ella, como había hecho en tantas ocasiones desde la última vez que se vieron, y de nuevo se preguntó si le perdonaría por lo que había ocurrido.

Cogió las tres cosas y poniendo en su sitio la cama otra vez, se sentó sobre ella, decidiendo cuál de los dos sobres abrir primero. Optó por el más grande. Sería, seguramente, el de las fotos y así lo confirmó cuando al inclinarlo, estas salieron de su interior, cayendo sobre su regazo. Las observó con detenimiento. Quien las había sacado era un mero aficionado, pero aun así había conseguido captar la belleza de Rebeca y todo el erotismo que desprendía en cada postura.

Solo había tres fotos. En la primera, Rebeca aparecía arrodillada en el suelo, con

la cabeza gacha y el pelo tapándole parte de la cara. El colgante con el corazón decorando su piel cremosa. Los brazos, a los costados, se mostraban relajados y tenía las manos posadas sobre sus muslos, que abría unos centímetros dejando ver los rizos oscuros de su sexo. Derek sintió un repentino calor en todo su cuerpo y tuvo una erección en el mismo momento en el que vio la foto. ¡Santo Cielo! ¡Cómo la echaba de menos!

La segunda foto también era tremendamente erótica. Mostraba a una Rebeca sexy. Sentada a horcajadas en una silla negra, con el respaldo tapándole el pubis y los pechos, llevaba unos zapatos de tacón rojos y una gorra de cuero negra ladeada sobre su cabeza. Con un brazo se apoyaba en el borde del respaldo de la silla. El otro lo tenía flexionado hacia arriba y se chupaba el dedo índice mirando pícaramente a la cámara. Su miembro palpitó ante tal visión y se la imaginó así ante él, incitándole a poseerla y hacerle el amor hasta caer desfallecidos.

En la tercera y última foto, ella estaba tumbada en el suelo, con las piernas estiradas y apoyadas en la pared y los brazos cruzados por detrás de la nuca. Tenía los ojos cerrados y se la veía relajada y segura de sí misma. Derek acercó la foto a sus labios y la besó. Se quedó mucho tiempo mirándola y acariciando con las yemas de sus dedos el cuerpo desnudo de Rebeca.

Debía recuperarla como fuera. Pedirle perdón por todo lo que había ocurrido aquella noche en su apartamento con Joel y confesarle nuevamente su amor. Le suplicaría otra oportunidad y, esta vez, no lo echaría todo a perder con sus celos y su desconfianza.

Guardó las fotos y cogió el otro sobre. Le dio un par de vueltas entre los dedos y pensó qué podía ser. Al llevar el nombre del hospital donde ella trabajaba, creyó que sería alguna prueba de algo que Rebeca se habría hecho en esos días. Estuvo tentando de abrirlo y ver qué contenía. Pero los temas médicos eran algo muy personal y no quería invadir su intimidad sin permiso de ella.

Recordó cuando le confesó aquella vez que le mandaron las flores, sus flores, que él había mirado la tarjeta que las acompañaba y ella se había enfadado. No quería que esta vez ocurriese lo mismo si metía las narices en su vida abriendo ese sobre del hospital y leyendo su contenido. Bastante enfadada estaría ya Rebeca por todo lo sucedido como para echar más leña al fuego.

Dejó el sobre junto al otro de las fotos y terminó de preparar las cosas que necesitaba para la boda de Trent y Mayra. Al día siguiente volaba a Tenerife. Sabía que Rebeca ya estaba allí porque su hermano se lo había dicho esa mañana cuando habló con él.

Derek no tenía pensado ir a la isla hasta un par de días antes del enlace. Pero al conocer la noticia de que Rebeca ya estaba allí, creyó oportuno adelantar su viaje y aprovechar esos días antes de la boda para arreglar las cosas con ella. Delegó en Joel y Brad, sus socios, todos sus reportajes fotográficos para tener esa semana y la siguiente libre.

Rebeca había pasado el día en Garachico bañándose en las piscinas naturales, cuando al regresar a donde tenía aparcado el coche de alquiler, le sonó el móvil. Era Mayra, que la llamaba para saber qué tal se encontraba.

—Hoy he pasado un día estupendo y relajante —le contó a su hermana sonriendo—. Aunque el agua está súper fría. No termino de acostumbrarme al océano y mira que llevo años bañándome en él.

—A ver si se va a resfriar el renacuajo por culpa del frío del agua —le dijo Mayra riendo.

—Tu sobrino o sobrina está perfectamente —la tranquilizó Rebeca mientras sacaba del bolso las llaves del vehículo—. Ayer estuve leyendo en una revista especial para mamás y bebés que ya tiene párpados y se le están formando la nariz y las orejas. Había una foto y parecía un *alien*, con una cabeza grandota y un cuerpo extraño —explicó riéndose.

—¡Seguro que babeará igual! —exclamó Mayra al otro lado del teléfono—. Y además te va a salir de la tripa, así que sí, ¡es un *alien* total!

Rebeca soltó una carcajada y continuó contándole a su hermana cómo se encontraba en esa fase del embarazo.

—Esta mañana me he levantado otra vez con náuseas, como todos los días, pero se me han pasado enseguida y el resto del día he estado fenomenal —le contó contenta llegando al coche y apoyándose en el capó mientras hablaban—. He comido lo que me ha dado la gana y después me he echado una buena siesta en la playa. Lo malo —hizo una mueca de fastidio— es que cuando me he metido en una de las piscinas, me he pegado un resbalón que te cagas porque estaba medio *atociná* de la siesta, y ahora tengo el culo dolorido.

—¡Ten más cuidado, por favor! —la riñó Mayra preocupada—. Podrías sufrir un aborto por culpa de una caída tonta como esa.

—No te preocupes, que no ha sido nada. Pero me va a salir un buen cardenal —la tranquilizó Rebeca, frotándose la nalga donde se había dado el golpe—. Por lo demás, estoy estupendamente bien. Aunque los pechos los tengo algo más hinchados y siguen estando sensibles. Me molesta hasta el roce con el sujetador —murmuró bajando la voz, aunque no tenía a nadie cerca que pudiese escucharla—. Pero supongo que se me pasará con el tiempo. Y no veas cómo me estoy poniendo a chocolate. ¡Morada! —Volvió a reírse—. Mira que yo nunca he sido de comer mucho dulce, pero ahora tengo ganas a todas horas. Vamos, que las cajas de bombones y las tabletas de Nestlé duran menos en mis manos que un caramelo en la puerta de un colegio.

—¡Oye, qué vas a engordar! —Se rio Mayra.

—Bueno, de eso trata el embarazo, ¿no?

—Sí, pero tienes que comer cosas sanas, Rebeca —le aconsejó su hermana, aunque sabía que no era necesario—. No hincharte a dulces. Que te vas a poner como una vaca en cuatro días.

—Pues ahora que lo dices... —Rebeca se miró los vaqueros cortos que llevaba y se pasó la mano por la inexistente barriguita—. Esta mañana al ponerme los shorts negros, he notado que me apretaban un poco en la tripa. Pero yo me veo como siempre cuando me miro al espejo —dijo encogiéndose de hombros.

—¿De cuánto estás ya?

—Mañana empiezo la semana nueve. Cuando regrese a Madrid tengo la cita para la ecografía de las doce semanas. ¡Qué pena que no puedas acompañarme! —se quejó triste—. Pero, claro, no vas a suspender tu maravillosa luna de miel a Hawaii por mí. De todas formas, te llamaré y te diré todo lo que me han dicho del *alien*.

Continuaron hablando un poco más sobre los síntomas de Rebeca y antes de colgar, Mayra le contó que había hablado con Kim y que llegaría a la isla el día anterior a la boda. No podía adelantar su viaje por motivos laborales. Y Trent había hablado con Derek y este le había confirmado que él les haría las fotos de boda. Rebeca se puso tensa al oír su nombre.

—Es un gran fotógrafo. Os hará un reportaje estupendo —dijo Rebeca intentando disimular el dolor en su voz.

Se levantó del capó del coche, donde había estado todo el tiempo apoyada, y dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta del conductor.

—¿Cómo lo llevas? ¿Estás mejor? —le preguntó Mayra.

—Bueno... Unos días bien, otros menos... Pero ahí vamos.

—Mañana es su cumpleaños. ¿Vas a llamarle?

—No... Bueno, no creo —respondió Rebeca, metiendo la llave en la cerradura.

—En la boda lo verás.

—Ya. ¿Y?

—¿Vas a intentar hablar con él otra vez? —preguntó Mayra.

Rebeca se volvió para contemplar el mar y se apoyó en la puerta pensativa. «¿Después de lo que pasó en su piso cuando fui a verle?», se dijo Rebeca. «¡Y una mierda! Si quiere algo, que venga él».

—¿Para qué? Ya se lo he dicho muchas veces y sigue sin creerme. Mayra, lo nuestro ha terminado. Tenemos que aceptarlo —contestó Rebeca.

—Pero... Lo del renacuajo...

—El *alien*, Mayra, el *alien* —resopló cansada—. Sobre eso... no sé lo que haré. Pero lo que es seguro es que entre nosotros ya no hay nada.

—No digas eso. Ha sido un malentendido. Cuando Derek recapacite... —comenzó a decir Mayra, pero su hermana la interrumpió.

—No sigas. Por favor. No confié en mí. Estoy muy dolida y tremendamente decepcionada.

«Y me hizo pagar por ello. Me ofreció a otro hombre para que me follara y eso no se lo perdonaré nunca», pensó Rebeca. «Gracias a Dios que Joel le hizo reaccionar antes de llegar demasiado lejos. Pero aun así...».

Claro que Mayra no sabía nada de esto y Rebeca no pensaba contárselo nunca. Era algo que tenía que quedar entre Derek, Joel y ella.

Se despidió de su hermana y se montó en el coche para regresar al Puerto de la Cruz y cenar.

Derek se pasó todo el día vigilando a Rebeca. Espiándola. Había volado la noche anterior a la isla y cuando llegó al apartamento que tenía frente al chalet de sus padres y vio luz en el salón, estuvo tentado de acercarse y llamar a la puerta para ver a Rebeca y hablar con ella. Pero estaba tan avergonzado por lo que le había hecho en su casa cuando ella fue a Londres para arreglar las cosas, que no consiguió reunir las fuerzas suficientes para hacerlo.

Cuando esa mañana la vio salir, la siguió con el coche. Y había pasado así todo el día. Observándola en la distancia. Estaba más guapa que nunca. El pelo le había crecido un poco y ya se podía hacer una pequeña coleta, aunque algunos mechones se le escapaban y ella se los recogía detrás de las orejas. Cada vez que la vio hacer ese gesto durante ese día había deseado ser él quien estuviera a su lado para hacerlo y tener la oportunidad de acariciar la delicada piel de su nuca y su cuello.

Su piel había adquirido un hermoso tono dorado en los pocos días que llevaba en la isla y se la notaba tranquila y relajada. La observó durmiendo plácidamente en una tumbona de la playa, bajo una sombrilla de paja, después de comer una ensalada y algo de pescado en un restaurante cercano. Recordó las veces que había despertado a su lado, con ella enredada en su cuerpo, sintiendo su respiración sobre su torso, y sintió que el corazón se le rompía de nuevo. Le había hecho daño. Mucho daño y ahora, probablemente, ella no quisiera saber nada de él nunca más. Instintivamente, se tocó el corazón de zafiro azul que llevaba colgando del cuello para sentirla más cerca. Tenía que dárselo. Pertenecía a Rebeca. Lo compró para ella como símbolo de su amor y quería que lo tuviese ella siempre. Para siempre.

En varias ocasiones estuvo a punto de acercarse a Rebeca, sobre todo, cuando vio

que se caía en una de las piscinas naturales. Pero como ella se levantó rápido y pareció que el golpe no era nada, finalmente no lo hizo. Aunque estaba seguro de que le saldría un buen moratón en el culo y le dolería unos cuantos días. Sonrió tristemente al imaginar esto.

Cuando Rebeca se montó en el coche, tras hablar con alguien por teléfono, conversación de la cual Derek no había podido captar nada, la siguió con su auto hasta que llegaron al chalet y ella desapareció tras la puerta de la casa. Subió apesadumbrado a su apartamento y se tumbó en la cama. No tenía ganas de cenar. Se dedicó a pensar en Rebeca y a regodearse en su dolor, y en la estupidez que había cometido aquella noche en Londres con Joel.

¿Cómo había sido capaz de dañar a la mujer que amaba de semejante manera? Tenía que pedirle perdón. Aunque ella no quisiera escucharlo, debía intentarlo. Y aunque finalmente ella no le perdonase, cosa del todo lógica, lo haría. Hablaría con ella.



Capítulo 32

Rebeca se levantó temprano. La noche anterior se había acostado pronto porque estaba cansada y, por primera vez en varias semanas, no tuvo náuseas.

Se alegró. El bebé le daba una tregua con los síntomas del embarazo. Como se encontraba bien, se puso los cascos del iPod y salió a pasear por la playa.

Iba sumida en sus pensamientos, sobre todo recordando lo que Mayra le había dicho el día anterior.

Ese día era el cumpleaños de Derek. Se preguntó qué estaría haciendo él en ese momento y si pensaría en ella. Si se arrepentiría de lo que le había hecho cuando fue a Londres a verlo. Ciertamente era que detuvo a tiempo aquella locura y que le pidió perdón muchas veces entre lágrimas hasta que se quedaron dormidos los dos.

Nunca pensó que Derek lloraría por ella alguna vez. Y ahora, cuando recordaba esa escena, se estremecía. Pasó un miedo intenso por culpa de él. Pero también era cierto que cuando la desató, le quitó el antifaz y la abrazó, ella comprobó que también Derek sufría por lo que había ocurrido y de lo que él era culpable.

Pero ni siquiera se había molestado en llamarla para disculparse o para hablar con ella y solucionar las cosas.

«De todas formas, ya está todo roto», pensó Rebeca. «Y no se puede arreglar nada. No habrá más oportunidades. Ni para él, ni para mí».

Derek estaba en el balcón de su apartamento cuando vio salir a Rebeca del chalet. No había pegado ojo en toda la noche. Su cabeza daba vueltas una y otra vez para encontrar la mejor manera de acercarse a ella y evitar que saliera corriendo. Que le permitiera hablar y pedirle perdón por todo.

La siguió por la playa y vio cómo jugaba con las olas que llegaban hasta sus pies

descalzos. De vez en cuando, movía los labios cantando alguna canción de las que sonaban en su iPod. Y en una ocasión la vio sonreír. Su corazón latió con fuerza con este gesto de Rebeca. Pero casi todo el tiempo estuvo seria, como perdida en sus pensamientos.

Observó también cómo se sentaba en la negra arena de la playa, frente al océano, y apoyaba el mentón en sus rodillas que rodeaba con sus delgados brazos. El pelo lo llevaba suelto y la brisa marina jugueteaba con él revolviéndoselo. Sintió el impulso de correr hasta ella y abrazarla. Pero se contuvo.

Rebeca estaba contemplando el mar mientras escucha la música de Bon Jovi. Siempre conseguía alegrarla, pero últimamente también le recordaba el concierto con Derek en Barcelona. Y había una canción en especial que intentaba evitar a toda costa desde hacía más de tres semanas.

Cuando comenzó a sonar *Always* tarareó las primeras estrofas. Intentó ser fuerte y escucharla toda, pero el dolor del recuerdo de Derek era tan inmenso que no pudo resistirlo. Se quitó los cascos con furia y enterrando la cara en sus rodillas empezó a llorar desconsoladamente.

Derek vio cómo el cuerpo de Rebeca se sacudía a causa de los sollozos y se le partió el corazón. Anhelaba acercarse a ella para tranquilizarla.

Dudó unos instantes y finalmente lo decidió. Ella estaba mal por su culpa. Era el momento de arreglar las cosas.

Caminó hacia Rebeca y cuando estuvo a su lado, se acuclilló y le pasó delicadamente una mano por el pelo.

Rebeca notó que alguien le acariciaba la cabeza con ternura. Levantó la vista para ver de quién se trataba y se encontró con la mirada azul de Derek.



Capítulo 33

Rebeca se levantó como un resorte para poner distancia entre los dos. El corazón le latía a mil y la sangre corría furiosa por sus venas. El iPod se le cayó en la arena, cerca de los pies de Derek. Pensó en cogerlo, pero eso significaría acercarse a él y no estaba dispuesta a ello.

—No te vayas, por favor —suplicó Derek en apenas un susurro—. Quiero hablar contigo. Necesito... Tenemos que arreglar las cosas, princesa.

—No me llames así. Yo ya no soy tu princesa. Y no hay nada que puedas arreglar —contestó Rebeca con desprecio. Tenía los puños apretados a ambos lados de su cuerpo con tanta fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos. Su mirada estaba llena de ira, rabia y dolor.

—He sido un necio. Me he comportado contigo de la peor manera y quiero pedirte perdón. Por favor, Rebeca, no huyas de mí. Solo quiero... —Dio un paso hacia ella, pero Rebeca retrocedió levantando una mano para detenerle.

—Me da igual lo que quieras. Lo nuestro terminó en el mismo instante en el que llamaste a Joel para que fuera a tu casa a hacer... eso —escupió la última palabra como si fuese veneno y a Derek se le clavó en el corazón como un dardo infectado.

—Por favor, Rebeca. Te lo suplico.

—No. Dame mi iPod, si eres tan amable —dijo ella señalándolo en el suelo.

Derek hizo lo que le pedía y aprovechó que ella alargó la mano para cogerlo para retenerla un momento entre las suyas, hasta que Rebeca con un fuerte tirón se soltó.

—No vuelvas a tocarme nunca —masculló ella antes de darse la vuelta y comenzar a andar hacia el paseo marítimo.

—No te vayas, por favor —le pidió él siguiéndola—. Tenemos que hablar. He visto las fotos.

Rebeca se quedó inmóvil. Eso quería decir que sabía toda la verdad, pero ¿qué importaba ahora después de lo que Derek había intentado en su casa con Joel? Ahora la creía. Ahora confiaba en sus palabras. Pero ya era demasiado tarde. Rebeca ya no confiaba en él. De repente cayó en la cuenta de que, si había visto ese sobre, también habría leído el contenido del otro. Sin mirar a Derek, que permanecía quieto a su lado, le preguntó:

—¿Y el otro sobre?

—También lo encontré. Lo he traído para devolvértelo.

Ella lo miró sorprendida. ¿Iba a devolvérselo? ¿Sabía lo que había en su interior y aun así iba a devolvérselo? ¿Es que no le importaba nada de lo que ponía en ese informe médico?

Las lágrimas llegaron de nuevo a sus ojos inundándolos. A Derek no le importaba saber que iba a ser padre y si le devolvía el sobre era porque no quería saber nada del bebé. Entonces, ¿por qué quería arreglar las cosas con ella? ¿Para qué, si no era para que Rebeca y él estuviesen juntos y criasen a su hijo?

La invadió una furia incontrolable y, apretando los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos, comenzó a golpear a Derek en el pecho con todas sus fuerzas.

—¡Maldito seas! ¡Maldito sea el momento en el que decidí darte otra oportunidad! ¡Y maldito sea el día que te conocí! —gritó presa de la rabia y el dolor que sentía, mientras las lágrimas resbalaban por su cara.

Continuó golpeándole con los puños. Derek aguantó la lluvia de golpes, al parecer sin inmutarse, pero por dentro sentía cada golpe, cada lágrima de ella y cada palabra, como puñales clavándose en su corazón. Dejó que Rebeca descargara su furia y su dolor con él porque se lo merecía. Se merecía eso y mucho más. Todo lo que ella quisiera hacerle. Porque él y solo él tenía la culpa de lo que había sucedido.

Cuando Rebeca agotó sus fuerzas, se apoyó contra Derek sollozando y este la abrazó. Ella notó la calidez de su cuerpo y se sintió... reconfortada. Todavía lo amaba. Cuando lo vio a su lado en cuclillas, se asustó, pero al mirarlo sintió que la invadía nuevamente una oleada de amor y de atracción hacia él. Sí. A pesar de lo que Derek le había hecho, aún le quería. Pero ya nada era como antes.

—Siento todo el daño que te he hecho, preciosa. He sido un estúpido. La rabia me cegó —susurró Derek con dulzura acariciándole el pelo a ella—. Creí que me habías sido infiel, pero ahora que sé que eso no es verdad, quiero pedirte perdón. No debí haber dudado de ti.

Rebeca continuaba llorando contra su pecho, empapando la camiseta de Derek, agarrada a la tela con sus puños y escuchándole. Notaba el dolor y el sufrimiento en su voz, pero aun así no pensaba perdonarle. Entendía todo lo que Derek le había dicho. Pero que se sintiese herido no era motivo para vengarse de ella de la manera que había pretendido hacerlo. Y encima, no quería al bebé que crecía en su vientre. No quería a su hijo.

Se deshizo de su abrazo y comenzó a andar de nuevo cabizbaja. Derek caminaba a su lado suplicando.

—Por favor, perdóname.

—¡Oh, cállate ya! —le soltó alzando la cabeza y mirándolo enfadada—. No quiero oír más. Ya he tenido suficiente.

—Pero es que necesito pedirte perdón. Quiero que sepas que estoy profundamente arrepentido y que no volverá a ocurrir. A partir de ahora...

—Claro que no volverá a ocurrir —le cortó Rebeca sin dejar de andar—. Porque a partir de ahora tú y yo no nos conocemos. Así que deja de perseguirme, Derek. Porque igual que me dijiste tú una vez que saliese de tu vida para siempre, ahora te lo pido yo.

—No lo haré —contestó con vehemencia Derek, agarrándola del brazo para detenerla.

Se colocó frente a ella para impedir que continuase su marcha y, cogiéndola por los dos brazos, le dijo:

—No dejaré que salgas de mi vida. —Clavó sus azules ojos en los castaños de ella—. Te quiero. Quiero estar contigo. Este problema hay que solucionarlo. Tenemos que hablar. Por favor, escúchame —suplicó de nuevo—. Estos días han sido horribles para mí porque...

—¿Qué han sido horribles para ti? ¿Y cómo crees que han sido para mí? —Casi le gritó ella mientras se soltaba del agarre de Derek—. ¿Sabes el miedo que pasé aquella noche? Creí que Joel me violaría. ¿No me oías cada vez que decía que no? ¿Que parases, que no quería hacerlo? —Retrocedió un par de pasos para alejarse de él—. Me dejé la voz gritando mi inocencia para ver si te dabas cuenta, pero aun así tú seguías. Permitiste que me tocara y que... que me besara. ¿Sabes el asco que sentí cuando me besó? ¿Cuando me tocó?

Su voz se quebró un poco en la última palabra y Derek la abrazó de nuevo sin importarle que ella luchara contra su cuerpo.

—¿Crees que alguna vez volveré a confiar en ti? Aunque te perdone, ya no podremos estar juntos. ¿Y si cada vez que te enfades conmigo o tengas uno de tus ataques de celos me haces lo mismo? —preguntó con las lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos y la voz estrangulada por el cúmulo de emociones que sentía en ese momento—. ¿Crees que estaré segura y tranquila cuando haga el amor contigo? ¿Crees que confiaré ciegamente en ti si alguna vez me pides atarme de nuevo y vendarme los ojos?

Derek la abrazó con fuerza sintiendo todos sus miedos como propios.

—Te juro que eso no volverá a ocurrir nunca, princesa —prometió, poniendo el corazón en aquellas palabras.

Se quedaron un momento en silencio aún abrazados. Rebeca sentía toda la calidez

del cuerpo de Derek extendiéndose por el suyo propio. Le había echado tanto de menos...

Pero no podía perdonarle lo que le había hecho. Su confianza en él estaba rota.

—Suéltame, Derek —dijo pasados un par de minutos con una tranquilidad que no sentía.

Él la abrazó más fuerte antes de contestar.

—No. Tengo miedo de que, si te suelto, salgas corriendo y desaparezcas de mi vida.

—Lo siento, Derek, pero no. No te daré otra oportunidad. Acepta que has perdido. Lo nuestro se acabó. Asúmelo.

Intentó deshacer su abrazo, pero Derek no se lo permitió. Sus manos quemaban la piel de Rebeca. Necesitaba alejarse de ese hombre cuanto antes.

—Seguiré intentándolo cada día de mi vida, Rebeca —afirmó él—. No voy a aceptar que te he perdido como quieres tú. Hace diez años entraste en mi vida y te dejé marchar por culpa de mi orgullo y mi ego sexual. El destino volvió a ponerte en mi camino de nuevo, así que no renunciaré a ti sin luchar. Mientras tenga una oportunidad lo seguiré intentando —soltó Derek persiguiéndola por la arena de la playa hasta llegar al paseo marítimo—. No me importa cuánto tiempo pase si al final logro conquistarte de nuevo. No me importa si...

Rebeca se giró en el primer escalón del paseo y se volvió para encararle.

—¡Oh, cállate, Derek! A mí sí me importa. —Se señaló a sí misma con el dedo índice—. No pienso desperdiciar un segundo más de mi vida con alguien como tú. Así que déjame. ¡Déjame ya! —le gritó furiosa—. Te di una oportunidad y la has dejado escapar. Asúmelo y déjame en paz.

Rebeca caminó más deprisa. Casi estaba llegando al chalet cuando recordó algo. Se volvió de nuevo hacia Derek que la había seguido casi pisándole los talones.

—Dame el sobre del hospital. Bueno, y el otro también. No quiero que tengas nada que te recuerde a mí —siseó con rabia.

Aquellas últimas palabras fueron como dardos envenenados clavándose en el corazón de Derek. Ella no quería que él tuviera ningún recuerdo suyo. Le dolió. Le dolió muchísimo escucharla decir aquello y todo lo demás que le había soltado minutos antes.

—Los tengo arriba en mi piso —señaló apesadumbrado el bloque de apartamentos que había frente al chalet de sus padres—. ¿Quieres subir o te lo bajo?

—¿Tienes un piso ahí? —preguntó Rebeca sorprendida, señalando con el dedo el edificio de la otra acera.

Sabía que Derek se había comprado una casa en la isla hacía varios años, pero no se imaginó que fuera justo frente a la de sus padres.

—Sí. El último piso —confirmó él en voz baja.

Rebeca miró el bloque de apartamentos. Solo había tres plantas, por lo que Derek, desde su terraza veía perfectamente todo lo que ocurría en el chalet de sus padres. La distancia no era grande. La casa de la familia Mason tenía dos alturas. Las habitaciones estaban todas en la parte superior y Rebeca supo inmediatamente que Derek podía verla con suma facilidad.

—¿Desde cuándo estás en Tenerife? —le preguntó conteniendo las ganas de gritar de nuevo. La idea que pasaba por su mente en ese instante no le gustaba nada.

—Desde hace dos días.

—Así que todo este tiempo... ¿Has estado espiándome? —espetó furiosa ante esa posibilidad.

—He venido antes de lo previsto con el propósito de arreglar lo nuestro antes de la boda de Trent y Mayra —le contó él levantando las manos en actitud defensiva—. En cuanto me enteré de que tú ya estabas aquí, cogí un vuelo y me vine. Y sí. He estado estos dos días observándote —confirmó las sospechas de Rebeca—. Quería acercarme a ti, pero no se me ocurría la mejor manera y... cuando te he visto antes llorando en la playa, yo...

Rebeca levantó una mano para hacerle callar.

—No digas nada más, por favor. Solo dame los dos sobres y luego no vuelvas a acercarte a mí nunca más —le dijo entre dientes, intentando dominar su enfado que cada vez crecía más y más. Si es que eso era posible.

Derek fue a contestar algo, pero finalmente se calló. Subió al piso a buscar lo que Rebeca le había pedido. Con los dos sobres en la mano se quedó un momento pensando en la puerta del apartamento antes de bajar a la calle donde le esperaba ella. Las fotos no se las devolvería. Rebeca se las había hecho para él. Eran suyas y quería conservarlas. Pero el otro sobre sí se lo daría. Le pertenecía a ella.

Cuando bajó a la calle, se lo explicó. Rebeca lo miró furiosa, abrasando a Derek con la mirada. Finalmente aceptó que se las quedase. Total, ¿para qué las quería ella?

—Las fotos de tu desnudo son... maravillosas. Estás muy hermosa y sexy en ellas. Muchas gracias por ese regalo. Es perfecto para mí —le dijo Derek mientras veía como ella se daba la vuelta y caminaba hacia la casa.

Antes de entrar en el chalet, Rebeca le dijo con sarcasmo, mirándole por encima del hombro:

—Por cierto, Derek. Feliz cumpleaños.

—Gracias —respondió él en un murmullo.

Rebeca metió la llave en la cerradura y la giró para entrar. Antes de desaparecer por la puerta, oyó que Derek le decía:

—Ese sobre del hospital no lo he mirado. No quería que además te enfadaras

conmigo por fisgar en tus asuntos médicos.

Rebeca se quedó paralizada al oírle. ¿No lo había leído? ¿No sabía lo que contenía? Entonces, ¿no sabía que estaba embarazada!

Se giró hacia él y le observó. A Derek se le veía derrotado, hundido. Nunca lo había visto así. Él siempre estaba lleno de fuerza, de pasión por todo lo que hacía, de optimismo y ahora...

Ahora estaba sufriendo un dolor inmenso igual que ella. ¿Qué podía hacer? ¿Se lo diría? ¿Le diría que esperaba un hijo suyo? Y si lo hacía, ¿cómo se lo tomaría él? ¿Se alegraría o no? Si no lo hacía, a Rebeca le serviría de catapulta para lanzarse de una vez por todas a su nueva vida sola, sin Derek. Y conseguiría alejarle para siempre de su lado. ¿Realmente quería eso? Él le había hecho mucho daño, pero ella sentía que aún lo amaba. ¿Qué debía hacer?

—Derek... —comenzó a hablar dudando de lo que iba a hacer—. Yo... Como hoy es tu cumpleaños, ¿me invitarías a cenar?

Él se sorprendió del cambio tan radical de actitud. Hacía un momento le estaba echando de su vida y ahora, ¿quería cenar con él?

Nunca entendería a las mujeres. Eran un rompecabezas para él. Pero quizá algo de lo que le había dicho a Rebeca la había hecho recapacitar y darle la oportunidad que le estaba pidiendo. Se alegró de ese cambio en ella y se juró a sí mismo que, esta vez, no lo desaprovecharía. La miró con un brillo de esperanza en los ojos.

—¿Para qué esperar a la cena? Puedo invitarte a comer —dijo sonriéndole.

—No. —Rebeca sacudió la cabeza—. Necesito pensar en todo lo que hemos hablado y en todo lo que ha pasado. Y también necesito que te mantengas alejado de mí hasta la cena. No quiero que me interrumpas, ni que me molestes hasta esta noche, ¿entendido? —le advirtió señalándole con un dedo.

—De acuerdo. ¿Te va bien a las ocho?

Rebeca frunció el ceño. ¿Cenar a las ocho de la tarde? Resopló. ¡Estos ingleses!

—A las nueve y media. Paso de tus horarios guiris —le contestó seria.

Derek asintió y Rebeca se metió en la casa, cerrándole la puerta en las narices. Este se dio media vuelta y se marchó feliz. Tenía una nueva oportunidad.



Capítulo 34

Nada más entrar en la casa, Rebeca llamó a Mayra y le contó lo ocurrido con Derek hacía un momento. Esta saltó de alegría. ¡Todo se iba a arreglar!

—¡Eh! No tan deprisa. Yo no he dicho que vaya a volver con Derek —soltó Rebeca para hacerla bajar de su nube.

Caminó hasta el sofá del salón y se recostó en él.

—¡Pero Rebeca! Después de todo lo que te ha dicho... ¡Joder! ¡Si hasta te ha suplicado! —Escuchó a su hermana al otro lado del teléfono mientras se quitaba las chanclas de los pies y ponía estos sobre la baja mesa de centro que había delante del sofá—. ¿Qué pasa? ¿No se ha arrastrado lo suficiente para tu gusto? ¿Querías que te lo dijera de rodillas? ¿Que gritase a los cuatros vientos que no puede vivir sin ti? Bueno, esto ya te lo ha dicho. Entonces, ¿qué? ¿Qué es lo quieres, Rebeca? —Oyó que Mayra resoplaba antes de continuar—. Piensa bien lo que vas a hacer esta noche, por favor. Es el padre del *alien*. Se merece saberlo y que le des una oportunidad. Díselo. Díselo esta noche —la apremió.

—¡Ay, Mayra! Estoy hecha un lío. —Suspiró Rebeca, pasándose una mano por la mejilla—. ¡No sé qué hacer! Te juro que cuando lo he visto a mi lado en la playa... Se me ha parado el corazón y he sentido... —Recostó la cabeza en el sofá y cerró los ojos.

—¿Has sentido qué? —preguntó Mayra al ver que Rebeca se había quedado a mitad de frase—. Que todavía le quieres, ¿verdad?

—Buf —resopló Rebeca—. Y lo peor no es solo eso. Lo peor es que... No sé, serán las hormonas del embarazo, pero últimamente tengo unas ganas de... —Otra vez dejó a medias lo que iba a decir.

No estaba segura de si contarle esa parte de su estado de buena esperanza a su hermana. Había leído en varias revistas de premamás que a muchas mujeres les ocurría, pero no sabía si decírselo. Como se lo tomase a broma, se la cargaba.

—¿De qué? ¿De qué tienes ganas?

—Pues de... —Rebeca bajó la voz, aunque nadie podía oírla. Estaba sola en casa—. De sexo. Tengo unas ganas locas de tirarme a alguien. Pero no puedo hacerlo. Y tener a Derek tan cerca, no ayuda —se quejó con un suspiro lastimoso.

Mayra comenzó a reírse a carcajadas. Nunca había oído que a las embarazadas les ocurriese algo así, claro, que tampoco había tratado con muchas. Y su amiga Clarisa, la dueña del Jerry's, no le había hecho tal confidencia mientras estuvo embarazada.

—No te rías, petarda. Si lo sé, no te lo cuento —la regañó Rebeca incorporándose en el sofá.

—Pero... es que es tan... divertido. Eso te pasa porque el *alien* lleva los genes de Derek. Va a ser un ligón como su padre —dijo Mayra sin dejar de reír—. ¡Sexo! ¡Sexo! ¿Y dices que teniendo a Derek tan cerca, no ayuda? ¡Oh, vamos! Pero si él es justo lo que necesitas. No esperes hasta esta noche. Plántate en su puerta ahora mismo y dile que le dé de comer a tu chochito hambriento.

Rebeca se levantó del sofá sacudiendo la cabeza a ambos lados.

—¡Mayra! ¡Pero qué soez eres a veces! Y encima te burlas de mí, mala hermana.

—¡Anda! No seas tonta y ve corriendo a buscar a Derek. Echad un polvo de reconciliación, que son maravillosos, y ya hablareis luego —contestó su hermana todavía riendo.

—Eres idiota. —Rebeca se dirigió hacia la cocina bufando—. No sé por qué te cuento estas cosas.

—Te prometo que cuando yo esté embarazada, te lo contaré todo, todo, todo —juró Mayra al otro lado de la línea—. ¿Crees que haré el amor con Trent mucho más que ahora? Tenemos sexo todas las noches. Cuando esté como tú, ¿cuántas veces lo haremos? ¿Tres o cuatro al día? Creo que no voy a engordar nada con el embarazo, con tanta actividad...

—Mayra, vete a tomar por saco. No te voy a contar más cosas. ¡Boba! —le soltó Rebeca empezando a sonreír. Abrió la nevera y sacó una botella de agua mineral.

—Bueno, espero que cuando te vea, hayas satisfecho tus...

—¡Basta, Mayra! —la cortó Rebeca dando un golpe en la encimera de Silestone con la botella. Menos mal que era de un material duro. Si no, la hubiese roto. Pero no estaba enfadada con Mayra. Entendía su humor a la perfección—. Se acabó. No voy a dejar que te rías a mi costa. Eres... Eres... ¡Lo peor!

Se despidió de su hermana hasta dentro de un par de días, que sería cuando ella y Trent viajarían a la isla para celebrar el enlace. En lugar de sentirse ofendida por sus comentarios, se notaba contenta. Mayra muchas veces conseguía hacerle ver el lado bueno de las cosas con sus bromas. Pero realmente Rebeca necesitaba sexo y con urgencia.

Además de las hormonas del embarazo, que estaban librando una batalla interna en su cuerpo y la estaban volviendo loca, haber visto a Derek había hecho resurgir

sus sentimientos sexuales hacia él. Bueno, y los que no eran sexuales también. Pero después de lo que había pasado la última vez en su cama no se acostaría con Derek ni loca. ¿Y si volvía a hacerle lo mismo?

De repente tuvo una idea.

Y le pareció buenísima.

Pasó el día de compras por el Puerto de la Cruz. En varias ocasiones se dio cuenta de que Derek la seguía, a una distancia prudencial y sin hablar con ella, pero él estaba ahí. Cada vez que entraba en una tienda, él se quedaba fuera esperándola y cuando veía que iba a salir, se alejaba lo suficiente para no coincidir en la puerta. Después echaba a andar detrás de ella como un perrillo faldero.

La primera vez que lo vio, le molestó, pero luego se acostumbró a tenerle por allí rondando. Y como él respetaba la distancia y no le decía nada, tal y como ella le había pedido por la mañana, pues acabó aceptándolo. También se sentía segura al tenerle cerca. Si le pasaba algo, él acudiría en su ayuda.

En una tienda vio un vestido de noche precioso y pensó comprárselo para la boda de su hermana. Entró en el local y después de probárselo, lo pagó y salió.

Derek la había observado a través del escaparate y cuando vio el vestido que Rebeca había comprado, se la imaginó con él puesto y supo que estaría bellísima. Con el tono dorado de su piel, ese vestido iba a quedarle de miedo. Sería la más hermosa de la boda y él... él tendría que controlar sus celos si alguien se le acercaba.

«Tiene que ser mi acompañante en la boda», pensó Derek, «es la única forma de que nadie pueda insinuarse a ella. Tengo que dejar bien claro a todos que somos pareja».

Al pasar por delante de un *sex shop*, a Rebeca se le ocurrió algo que, junto con la idea que había tenido esa mañana, iba a hacer que todo saliera a la perfección. Antes de entrar, se giró y buscó a Derek con la mirada. Lo vio parado en la esquina con una expresión de asombro en la cara. Le sonrió y entró en la tienda.

Cuando salió veinte minutos más tarde, él seguía allí. Pero ahora la miraba intrigado.

«Seguro que se preguntará qué coño he comprado aquí», pensó Rebeca y rio para sus adentros. «Pues no tardará mucho en saberlo».

Regresó al chalet y comprobó, a través de una de las ventanas, que Derek subía a su apartamento y poco después se asomaba a la terraza y la observaba. Empezó a poner en práctica su plan.

Cuando Rebeca salió al jardín de la casa, llevaba puesto el minúsculo bikini tanga que él le había traído de Río de Janeiro. Se tumbó en una toalla en el césped que rodeaba el chalet, boca abajo, para que él pudiera contemplar perfectamente su trasero. Primero se puso de rodillas y se balanceó un poco. Movié las caderas y miró por encima de su hombro hacia el tercer piso. Vio a Derek aferrado a la barandilla del

balcón mirándola fijamente. Rebeca sonrió.

«Espero que disfrute del espectáculo», pensó ella mientras se tumbaba en el suelo. Permaneció así unos minutos hasta que los pechos se quejaron del aplastamiento al que estaban siendo sometidos. Así que se dio la vuelta para tomar el sol de frente. Volvió a mirar hacia el apartamento de Derek y comprobó que él seguía allí. No se había movido ni un milímetro.

«Empieza lo bueno», se dijo Rebeca.

Se desató las tiras de los triángulos del bikini y dejó esa parte de la prenda a un lado. Cogió el protector solar y comenzó a extenderlo por sus senos con un ligero masaje. Se imaginó que era Derek quien la tocaba y empezó a sentir calor en la entrepierna. Miró hacia arriba y lo vio allí, plantando en la terraza de su piso. Creyó intuir que la respiración se le había acelerado, pero no podía estar segura. Sin dejar de mirarlo, se pellizcó los pezones delicadamente y un jadeo escapó de sus labios. Derek se inclinó sobre la barra del balcón. Un poco más y se caería al vacío.

Él la observaba desde su posición. ¿Qué estaba haciendo esa loca? ¡Iban a verla todos los vecinos! ¡Por el amor de Dios! Se aferró con más fuerza a la barandilla de la terraza mientras veía cómo Rebeca se tocaba los pezones, suspiraba y abría las piernas como si estuviese invitándole a tirarse sobre ella y hacerle el amor. Se puso duro en décimas de segundo. Tenía que ir a detenerla. ¡Menudo espectáculo estaba dando! Pero le había prometido que no se acercaría a ella y quería cumplir su palabra para demostrarle que podía confiar en él.

Comenzó a dar vueltas por el balcón lanzando furtivas miradas al chalet de sus padres y viendo cómo Rebeca continuaba tocándose de una manera tan impúdica. Cada vez estaba más excitado. ¡Maldición! Iba a tener que meterse dentro del piso y hacerse él mismo un trabajito para bajar su erección. Se miró los pantalones. Su pene chocaba contra la cremallera de una manera dolorosa y un calor abrasador le corría por las venas quemándole.

Cuando levantó la vista de sus vaqueros y volvió a posarla sobre Rebeca casi le da un infarto. ¡Estaba completamente desnuda en la toalla! Y lo que era peor, apoyada sobre un codo, tenía el otro brazo extendido hacia su cálido sexo y estaba tocándose los rizos púbicos sin ningún tipo de vergüenza mientras mantenía el rostro hacia él, observando su reacción. En el mismo momento que Derek vio cómo introducía uno de sus dedos entre sus pliegues, supo que había llegado demasiado lejos. Tenía que parar a esa loca como fuera.

Corrió escaleras abajo y cuando llegó al chalet de sus padres abrió la puerta con su propia llave. Se lanzó sobre el cuerpo desnudo de Rebeca para tapanla y que los posibles vecinos que estaban disfrutando de tan erótica vista dejaran de admirarla.

—¿Estás loca? —le gritó cubriéndola con su metro ochenta—. ¿Cómo se te ocurre hacer algo así? ¡A plena luz del día y con gente ahí fuera viéndote!

—El espectáculo era solo para ti. Por tu cumpleaños —ronroneó Rebeca con voz melosa mientras se dejaba hacer.

—¡Yo ya tengo mi regalo de cumpleaños! Además de las fotos que te hiciste, me has dado la oportunidad de cenar juntos esta noche. Con eso me basta —exclamó Derek, poniéndole frenéticamente el bikini de nuevo.

—¡Ah! Sobre lo de esta noche... No va a suceder. Lo siento. Has incumplido mis reglas. Mantenerte alejado de mí y no hablarme. Así que... —Rebeca se encogió de hombros. Estaba disfrutando de lo lindo jugando con él.

—No podía estar lejos de ti y dejarte hacer lo que estabas haciendo. —Derek terminó de ponerle las dos prendas de baño. La miró echando chispas por los ojos.

—Sí podías, pero no has querido —le pinchó ella—. ¿A ti qué más te da lo que yo estuviese haciendo? Si en lugar de ser yo, hubiera sido una chica cualquiera, ¿también habrías venido a socorrerla?

Derek resopló indignado. Sacudió la cabeza apretando los dientes y, cuando se calmó un poco, contestó a Rebeca.

—Eres mi mujer —afirmó clavando sus azules ojos en los castaños de ella—. No puedo consentir que otros te vean desnuda y haciendo... masturbándote. Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?

Rebeca comenzó a reírse.

—¿Tu mujer? ¡Pero si no estamos casados! Ahora mismo ni siquiera mantenemos una relación —dijo para herirlo—. Y eso de que otros me vean desnuda... bueno, después de lo que pasó en tu casa la última vez...

—Ya te he pedido perdón por eso. Y sabes que me arrepiento de haberlo hecho. Y que no volverá a ocurrir nunca más.

Rebeca se levantó de la toalla donde había estado todo el tiempo sentada con Derek y caminó hacia la piscina. Se colocó en el borde y metió los pies dentro del agua. Había conseguido lo que quería. Que Derek se acercase a ella para tener la excusa perfecta y no salir a cenar con él esa noche. Pero sabía que él insistiría, así que siguió jugando.

Derek la siguió y cuando llegó hasta donde estaba ella también se sentó en el bordillo, a su lado.

—Vale, bueno, ¿sabes? Creo que empiezo a creerte. —Rebeca vio cómo se le iluminaba la cara a Derek con una sonrisa—. Pero aún no sé si te perdonaré. No te hagas ilusiones por si acaso. De momento, esta noche no cenaré contigo. Y ahora, vete, por favor.

—¿Cómo? —siseó al escucharla y la cogió de la cara con su gran mano—. Vas a cenar conmigo quieras o no. ¡Me lo has prometido!

—Has incumplido las normas —insistió ella esforzándose por sonreír ya que los dedos de Derek, clavados en sus mejillas, le dificultaban la tarea.

Él se quedó unos segundos pensativo sin dejar de mirarla. Rebeca tramaba algo. Lo sabía.

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —le preguntó al darse cuenta de que Rebeca estaba jugando con él—. Sabías que bajaría corriendo en cuanto te viese desnuda. —La soltó como si la piel de ella quemara y se levantó del borde de la piscina enfadado—. Esto no va a quedar así. Te invitaré a cenar, aunque no quieras. —Prácticamente la amenazó. Dio media vuelta y salió de la casa rumiando su venganza.



Capítulo 35

Derek estaba en el balcón de su apartamento cuando vio salir a Rebeca del chalet con un vestido rojo de tirantes y escote en V. Estaba muy guapa. Con el tono dorado de su piel lucía atractiva y sexy. Ella miró hacia arriba y al verlo, le saludó con la mano y una gran sonrisa en los labios. Echó a andar por la calle hasta que se perdió.

Derek bajó rápidamente y anduvo detrás de ella hasta que la vio entrar en un restaurante y pedir una ensalada y pescado. Se sentó al fondo del local, donde ella no pudiese verlo, y la observó. En varias ocasiones, Rebeca giró su cabeza hacia los lados como buscándole. Pero al no encontrarle, siguió cenando tranquilamente. Mientras, él hizo lo mismo. Cuando llegó el momento de pagar y ella llamó al camarero para pedirle la cuenta, este le dijo que ya estaba pagada. Vio su cara de sorpresa y decidió que era el momento de acercarse a ella.

—Espero que hayas disfrutado de la cena. Te dije que te invitaría quisieras o no. Y lo he hecho. Yo también puedo jugar a tu juego, princesa. —Le dirigió una enigmática sonrisa y salió del restaurante.

Rebeca se quedó un momento sentada en la mesa pensando. Derek era listo. No cabía duda. «Pero vamos a ver quién es más listo de los dos», se dijo a sí misma.

Salió del local y lo vio apoyado en un coche. Sin decirle nada, comenzó a andar hacia un pub cercano y se metió en él. Derek la siguió.

Cuando llegó a la barra, pidió una Coca-Cola y se sentó en un taburete mirando hacia la pista. Varios jóvenes bailaban al ritmo de la música. El local estaba medio vacío por lo que comprobó sin esfuerzo que Derek se hallaba de pie, apoyado en la pared, a varios metros de ella.

—¿Rebeca? ¿Eres tú?

Ella se giró en su asiento y se encontró con el guapo camarero con el que había

tenido un rollito el verano pasado. Intentó recordar el nombre, pero fue en vano. Aun así, le sonrió.

—¡Hola! ¿Qué tal todo? —preguntó ella al tiempo que le daba dos besos.

—Bien. ¿Y tú? Estás guapísima —respondió escaneándola con la mirada—. Vi a tu hermana y a tus amigos ingleses por aquí en julio y me dijeron que tú no vendrías hasta ahora.

—Sí. Este año he cogido las vacaciones más tarde —le contó mientras se apoyaba con los codos en la barra para quedar más cerca del hombre—. Pero bueno, ¿qué me cuentas de ti? Sigues trabajando aquí, por lo que veo.

El chico tragó saliva antes de contestar mientras sus ojos se perdían en el generoso escote de Rebeca.

—Sí y no. El anterior dueño del pub se jubiló y me ha traspasado el negocio. Así que ahora soy el nuevo jefe —dijo con una gran sonrisa, levantando la vista de los pechos de Rebeca con mucho esfuerzo para subirla hasta su cara—, por lo que ya no ejerzo de camarero.

—¡Enhorabuena! —exclamó Rebeca contenta y, como sabía que Derek los estaba mirando, se agarró al cuello del chico y le atrajo hacia ella para darle otro par de besos en las mejillas.

Derek, desde su posición, observaba a los dos hablando. ¿Quién diablos era ese hombre que se tomaba tantas confianzas con Rebeca? Ella se había alegrado mucho al verlo. ¿Sería un antiguo novio?

Vio cómo el joven le colocaba a Rebeca un mechón de pelo detrás de la oreja y sintió el impulso de romperle la cara. Pero sabía que si lo hacía estropearía todo con ella, así que se contuvo. El joven le susurró algo en el oído a ella y Rebeca asintió. Ambos se dirigieron a la pista. Él agarró de la cintura a Rebeca y comenzó a moverse con ella al ritmo de la música mientras le hablaba al oído y ella se reía tontamente por las cosas que le decía.

Ella se colgó de su cuello otra vez, cosa que no gustó nada a Derek. Tras bailar un par de canciones, en las que Rebeca comprobó que Derek la miraba enfurecido, volvieron a la barra donde ella dejó el vaso vacío y pidió otra Coca-Cola. Cuando fue a pagar, el nuevo dueño del pub se lo impidió.

En ese momento, una chica rubia se acercó a Derek. Habló con él unos minutos mientras se enrollaba en un dedo un mechón de pelo y le sonría lascivamente. Él centró su mirada por unos instantes en la mujer. Era atractiva. Casi tan alta como él, pelo largo y rizado, grandes pechos... En otra ocasión hubiera tenido algo con ella, pero en esos momentos no. Rebeca estaba en su vida y ella era lo único que le importaba.

Observó cómo la mujer que amaba se deshacía en carantoñas con el joven moreno y que, de vez en cuando, le buscaba a él con la mirada para asegurarse de que les estaba mirando.

Derek comenzó a hacer lo mismo con la rubia. La agarró de la cintura y la atrajo hacia sí. Empezó a hablarle al oído y Rebeca vio cómo esta asentía con la cabeza a algo que Derek le decía. Sintió una enorme punzada de celos, así que decidió forzar más la situación.

—Bueno y dime, ¿cómo ha ido el verano? —preguntó Rebeca al hombre con el que estaba—. ¿Has *ligoteado* mucho?

—No. Te esperaba a ti —contestó él agarrándola por la cintura y acercándola más a su cuerpo—. Y por fin estás aquí.

Se inclinó sobre ella para besarla y Derek, al verlo, casi corrió hasta ellos, dejando a la rubia con la palabra en la boca.

—Te estaba buscando... ¿Dónde te habías metido? —dijo pasando un brazo por sus hombros para atraerla hacia su cuerpo y alejarla del joven.

El chico los miró extrañado y Rebeca fue a decir algo, pero Derek se le adelantó.

—Hola, soy Derek. Su novio. —Le tendió una mano al otro hombre.

—Luis. Un... amigo —contestó este estrechándose y mirando a Rebeca con sorpresa.

«¡Ah, Luis! Se llamaba Luis», recordó Rebeca.

—No le hagas caso, Luis. No es mi novio. —Sonrió Rebeca apartándose de Derek.

—¡Vamos! Un simple enfado no va a conseguir que nuestra relación se acabe. Ya te he perdido perdón. —Derek la cogió de nuevo por la cintura en una actitud claramente posesiva—. ¿Sabes? Es un poco cabezota —añadió mirando a Luis.

Este no sabía qué decir. No esperaba que Rebeca tuviese pareja y le había sorprendido enterarse de ello y, además, conocerle.

—Déjalo ya, Derek. Me estás fastidiando la noche —masculló Rebeca molesta.

—¿Nos disculpas? —preguntó Derek al joven—. Tengo que hablar con *mi* novia. —Enfatizó el pronombre posesivo.

Sin esperar la respuesta de Luis, arrastró a Rebeca hasta la calle y comenzó a andar con ella hacia su casa mientras esta le gritaba que la soltase.

Cuando se hubieron distanciados lo suficiente del pub y estaban en una calle tranquila y sin gente alrededor, Derek la aplastó contra la pared y cubriéndola con su metro ochenta, le devoró los labios sin piedad.

Rebeca, al principio, se resistió al beso abrasador que Derek le estaba dando, pero finalmente tuvo que rendirse. Ella también lo deseaba. Se colgó de su cuello y profundizó el beso. Derek gimió en su boca, feliz. Había conseguido tenerla. Pero aún ansiaba más. Quería que todo volviese a ser como antes. Como aquellos días en Barcelona.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le preguntó Rebeca rozando los cálidos labios de Derek con los suyos.

—Estoy besando a mi mujer —contestó él— e impidiendo que haga algo de lo que mañana se arrepentirá. ¿Pensabas irte con el tipo ese?

—No soy tu mujer, Derek. No estamos casados y esto... esto no significa nada. Lo nuestro se acabó, así que soy libre de irme con quien quiera —dijo Rebeca todavía pegada a su boca.

—Sí. Ya lo veo. Por eso me has devuelto el beso. Vamos, princesa. Sigues queriéndome. Lo sé. ¿Por qué insistes en decir que lo nuestro se ha terminado? —Comenzó a recorrer con sus labios el delicado cuello de Rebeca y pudo oír cómo ella respiraba más agitadamente—. Dejémonos de jueguecitos y volvamos a estar juntos. Es lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Para quién? —soltó ella casi sin aliento. Los besos de Derek le estaban haciendo perder la capacidad de respirar y razonar correctamente—. ¿Para ti? Derek no...

Pero Derek volvió a cubrir con su boca la de Rebeca y no la dejó continuar. Hundió su lengua buscando a su homóloga y bailó con ella haciéndola saber cuánto la había echado de menos. Succionó el labio inferior de Rebeca y le dio un tierno mordisco en la hinchada carne. Rebeca se derretía entre sus brazos como si fuese mantequilla. ¡Dios! ¡Cómo besaba Derek! Había añorado sus besos, sus caricias... ¡Todo!

—Es lo mejor para los dos —afirmó él—. Confía en mí. Tenemos que estar juntos. Nos queremos. Es una tontería seguir peleados. Ya te he pedido perdón y sabes que no volverá a ocurrir.

—Aquello fue horrible para mí, Derek. No puedo hacer como que no pasó y ya está. No es tan fácil —susurró Rebeca, distanciándose unos centímetros de él para mirarle a los ojos.

—Lo sé, princesa. Lo sé —confirmó clavando su mirada en la de ella—. Pero tengo toda la vida para demostrarte que no ocurrirá de nuevo. Cada día que pase a partir de hoy, me ganaré tu confianza y al final, comprobarás que soy digno de ti.

Derek había encerrado con sus manos el rostro de Rebeca mientras le decía estas palabras. Se inclinó hacia ella y la besó de nuevo. Rebeca le agarró de la cintura y tiró de él para apretarle contra su cuerpo. Con sus sensibles pezones pegados al duro torso de Derek, sintió el calor que emanaba de él. Y su propio fuego comenzó a engullirla. Le deseaba. Mucho. Su sexo estaba ya húmedo, muy húmedo, y rabiaba por desahogarse. ¡Malditas hormonas del embarazo! Quería hacer el amor con él, pero no era ni el momento ni el lugar. Y no le convenía. No se rendiría tan fácilmente.

Derek comenzó un lento descenso por el cuerpo de Rebeca con una de sus manos y cuando llegó al borde de la falda del vestido, la metió por debajo y subió hasta encontrarse con su tanga empapado.

—¡Cielo santo! Estás muy mojada. —Apartó a un lado la delgada tela y le metió dos dedos de golpe.

A Rebeca se le cortó la respiración en el momento en el que Derek metió sus dedos en su anegada cavidad. Cuando comenzó a friccionar el clítoris, al tiempo que entraba y salía de ella, supo que no aguantaría mucho. Una parte de su ser gritó de alegría por la satisfacción que en breve sentiría en cada célula de su cuerpo. Pero otra parte le repitió que no debía rendirse a Derek ni al placer que le iba a suministrar. Puso una mano sobre la que él tenía bajo su falda e intentó detenerle.

—No, Derek... No es el mejor lugar...

—No hay nadie cerca. —Él miró alrededor para comprobar que así era—. Y, además, después del espectáculo que has dado esta tarde en el jardín del chalet ¿te preocupa ahora que nos vean? —Sonrió juguetón—. Estás empapada y tienes las pupilas dilatadas por la excitación. Lo deseas tanto como yo. Así que voy a darte lo que necesitas —dijo mientras continuaba metiendo y sacando los dedos de entre sus anegados pliegues íntimos—. No luches contra mí. Ni contra tus deseos. Sería una bonita manera de reconciliarnos, ¿no crees?

Rebeca sentía como un delicioso calor comenzaba a apoderarse de ella haciendo que sus piernas flaqueasen. Aun así, consiguió advertirle.

—No habrá sexo entre nosotros, Derek.

—¡Oh, sí! ¡Ya lo creo que sí! —Soltó una carcajada que fue como música para los oídos de Rebeca—. Sí lo habrá. Y será explosivo, como siempre lo ha sido. —Siguió con su salvaje ataque al mojado sexo de Rebeca sabiendo que ella estaba cerca de alcanzar el éxtasis—. ¿Sabes una cosa? Se me pone dura con solo una mirada tuya. Con olerte. Y sé que a ti te pasa lo mismo, ¿verdad que sí?

Rebeca no pudo responderle. Era tal el deseo que sentía por Derek y este la estaba llevando al límite tan rápidamente con sus dedos entrando y saliendo rudamente de su caliente coño, con su pulgar presionando sobre su botón mágico, que se dejó llevar y se corrió contra su mano empapándola con sus fluidos. Posó la boca en la curva que unía la garganta de Derek con su clavícula y ahogando un grito de placer, le mordió con fuerza. Hasta que notó el sabor de la sangre en su lengua y entonces se detuvo, al mismo tiempo que su tremendo orgasmo finalizaba.

Se quedó unos instantes más así. Cuando notó su pulso cardíaco normalizado se separó de él y comprobó la herida que le había hecho. Le había dejado todos los dientes marcados.

—¡Oh, Dios mío! Derek... yo... —dijo con los ojos como platos, completamente alucinada.

Derek se llevó la mano al cuello. Cuando Rebeca le mordió, sintió un intenso dolor, pero no le importó. Era una manera más de pagar por el daño que él le había causado. Retiró la mano de su garganta y se miró los dedos con restos de sangre.

—No te preocupes, princesa. Se curará pronto. —Sonrió para tranquilizarla.

—Vamos a casa. Tengo... tengo que...

—Shhh, tranquila, cielo. No es nada —dijo él al tiempo que encerraba el cuello de Rebeca con sus grandes y cálidas manos. Apoyó los pulgares en la barbilla de ella para levantar la cabeza de Rebeca y obligarla a mirarle a los ojos—. Se curará. Tranquila, ¿vale? Sé que ha sido muy intenso y que lo necesitabas. Llevabas muchas semanas sin tener uno, ¿verdad?

—Pero yo... yo nunca... he hecho daño a nadie... así —le contestó Rebeca arrepentida, viendo cómo el cuello de su camiseta se manchaba de sangre y fijándose también en una cadena de oro blanco que Derek llevaba alrededor.

«¿Lleva el corazón de zafiro?», pensó en ese instante.

—No me has hecho daño —afirmó él—. Tranquila. Eres así de ardiente y apasionada, y sabes que eso me gusta —dijo sin perder la sonrisa.

—Tengo que curarte esa herida —murmuró Rebeca ignorando lo que Derek le decía.

Le agarró de la mano y echó a andar hacia el chalet. ¿Por qué llevaba colgando de su cuello el corazón de zafiro? ¿Pensaría devolvérselo? La idea le alegró, tuvo que reconocer Rebeca.

Cuando llegaron a la casa, ella le hizo sentarse en una silla de la cocina y sacó el pequeño botiquín que tenían los padres de Derek. Cogió un poco de algodón y Betadine. Comenzó a curarle mientras le pedía perdón por lo que había hecho.

Colocada de pie entre las piernas de Derek, este aprovechó la ocasión para acariciarle los muslos. Notó la piel mucho más suave que las veces anteriores y, como siempre, su inconfundible olor a fresas invadió sus fosas nasales. ¡Cómo había echado de menos su aroma! Pero se dio cuenta de que le llegaba mezclado con otro perfume, algo básico, como crema corporal. Pensó que sería el protector solar que Rebeca usaba mezclado con su colonia habitual.

—Estate quieto. Me pones nerviosa —pidió ella sintiendo el fuego que Derek dejaba en sus muslos con sus caricias.

—Quiero acabar lo que hemos empezado antes. —La voz de él sonó baja y ligeramente ronca, producto de la excitación del momento.

—Ya te he dicho que no va a haber sexo entre nosotros. ¿Por qué no vas a buscar a la rubia de las tetas grandes?

—Porque estoy enamorado de una morena que usa la talla 90. Sabes que solo quiero estar contigo. Y tú lo estás deseando. Sé que un orgasmo no es suficiente para ti.

—Tendrá que serlo —suspiró Rebeca terminando de curarle.

Se alejó de él y comenzó a recoger el botiquín. Derek se levantó de la silla y al acercarse a la mesa, vio una revista especial para embarazadas. Le extrañó. Así que le preguntó a Rebeca por ella.

—Es... mía. —Ella dudó unos segundos si contarle la verdad o no. Al final decidió que no—. La compré porque hay varios artículos que me interesan... por mi trabajo. Ya sabes.

Rebeca no quería decirle aún que estaba embarazada. Lo haría. Sí. Pero no esa noche.

—Lo que llevas al cuello, ¿es el corazón de zafiro? —le preguntó a Derek para cambiar de tema.

—Sí. Hace que me sienta más cerca de ti. Pero ahora... ha llegado el momento de que lo tengas tú otra vez. Lo compré para ti. Es tuyo —dijo este quitandoselo.

Cuando fue a ponérselo alrededor de la garganta de Rebeca, esta le detuvo.

—No, Derek.

—¿Por qué no? —bufó él enfadado—. Quiero que lo tengas tú. Es el símbolo de nuestro amor.

—Eso ya no existe —confirmó ella cabezota.

Derek cerró los ojos e inspiró hondo. Exhaló el aire con lentitud intentando serenarse. Estaba cansándose de las negativas de Rebeca. Cada vez le enfurecían más. Abrió los ojos y, apretando los dientes para controlar su rabia, le dijo:

—Como vuelvas a decir que lo nuestro se acabó o que ya no volveremos a estar juntos, te juro que saldré por esa puerta y no volverás a verme en la vida. ¿Está claro?

Rebeca se quedó perpleja mirándolo. No esperaba esa furia en él. Intuyó que le había presionado demasiado y Derek estaba esforzándose por no dejar salir su rabia. En el fondo, ella deseaba que todo volviese a ser como antes, pero era tan cabezota...

... que le costaba darle lo que Derek le pedía sin ofrecer un poco de resistencia. No quería que Derek saliera de su vida. A pesar de todo aún le amaba. Además, era el padre de su hijo. ¿Qué iba a hacer al respecto? ¿Cómo se lo tomaría cuando lo supiera? No podía esconderlo mucho más. En un par de meses a lo sumo comenzaría a notarse la barriguita.

—¿Te das cuenta de que en todo el tiempo que llevamos juntos desde que volvimos a vernos en Londres no he hecho más que disculparme contigo? Me he pasado la mitad del tiempo suplicando tu perdón y otra oportunidad. —Le hizo ver Derek interrumpiendo sus pensamientos—. Por favor, princesa. No luchemos más —pidió con un cansado suspiro—. No quiero que estemos peleados. Lo único que quiero es que seamos felices juntos. Quiero amarte y adorarte. —La cogió de una mano y se la llevó hasta su propio corazón, aprisionándola entre las suyas—. Quiero cuidar de ti. Quiero protegerte. Quiero irme a la cama contigo cada noche. Dormirme abrazado a ti y despertarme igual al día siguiente. Quiero...

En ese momento Derek se dio cuenta de lo que realmente quería. Quería envejecer con ella. Sentarse en el salón de su casa a ver la tele, ya viejo y arrugado, con Rebeca a su lado y un montón de nietos a su alrededor. Oír las risas de los niños

y saber que eran el fruto de años y años de amor entre ellos dos.



Capítulo 36

—Voy a pedirle a Rebeca que se case conmigo —le confesó Derek a Trent por teléfono al día siguiente.

Esa noche, después de todo lo que le había dicho, Rebeca le había pedido un poco más de tiempo para pensar. Y Derek le había concedido hasta el día de la boda de Trent y Mayra.

Finalmente, ella aceptó de nuevo el collar, que ahora lucía en su bonito cuello, y tras despedirse con un cálido beso en los labios, Derek se dirigió a su apartamento con un único pensamiento ocupando su mente. Tenía que casarse con ella.

Rebeca apenas pudo dormir esa noche. Había pensado jugar un poco con Derek. Hacerle sufrir. Pero al final, Derek se había impuesto a su juego, como siempre, con tesón y constancia, afirmando que su amor era puro y verdadero. Así que ella no había logrado llevar a cabo lo que tenía planeado.

«Pero lo haré. Tarde o temprano, lo haré. Necesito sacarme esta espinita y devolverle la afrenta», pensó poco antes de quedarse dormida.

Cuando Rebeca despertó, amanecía. Cogió una ligera chaqueta y salió al jardín. Instintivamente miró hacia la terraza del tercer piso y vio que Derek estaba allí observándola.

«¿Se habrá pasado toda la noche ahí vigilando?», se preguntó a sí misma.

Derek no había pegado ojo en toda la noche. Su cabeza no dejaba de funcionar. Imaginaba mil y una formas de pedirle a Rebeca que se casara con él, pero ninguna le parecía lo suficientemente romántica para llevarla a cabo.

Salió al balcón. Amanecía.

Miró hacia el chalet de sus padres y vio cómo Rebeca salía de la casa y se sentaba en una de las tumbonas al lado de la piscina. El corazón en su pecho comenzó a latir

más fuerte. Allí estaba la mujer de sus sueños. Su mujer.

Levantó una mano y, llevándosela a los labios, le lanzó un beso a Rebeca, que en la distancia lo miraba. Ella hizo un gesto con la mano, como si cogiera el beso al vuelo, y se llevó dos dedos a los labios sin dejar de observarlo. Le sonrió y entró en la casa.

Estaba terminando de desayunar cuando llamaron a la puerta. Pensó que sería Derek, pero, cuando fue a abrir, se llevó una magnífica sorpresa. Un enorme ramo de margaritas azules ocupaba las manos de una chica bajita y morena. Tras firmar el correspondiente albarán de entrega, su mirada voló hacia el piso de Derek y allí estaba él, con una impresionante sonrisa en su apuesto rostro. Gesticuló un «gracias» y él, mediante señas, le indicó que buscara entre las flores.

Rebeca hizo lo que Derek le pedía y se encontró con una nota. La sacó del sobrecito donde iba y la leyó.

Te invito a comer y no acepto un «no» por respuesta.

Además, haré tu comida preferida.

Tuyo.

Derek.

Rebeca miró de nuevo hacia el balcón, donde Derek esperaba una respuesta, y asintió con la cabeza, indicándole así que aceptaba su invitación.

Derek hablaba con Trent por teléfono. Cuando le dijo que tenía pensado pedirle matrimonio a Rebeca, este saltó de alegría.

—Me alegro mucho de que todo se haya arreglado entre vosotros, hermano.

—Bueno, ella se ha mostrado bastante reticente y no es de extrañar. Me porté fatal, pero, poco a poco, he conseguido rebajar su enfado —le contó Derek a Trent mientras trasteaba en la cocina. Puso el manos libres para poder trabajar mejor y continuó escuchando a su hermano pequeño.

—¡Bien por ti, Derek! Estábamos preocupados. Rebeca es muy terca y, a veces, cuesta hacerle cambiar de opinión. Es igualita que Mayra. Bueno, son hermanas... —dijo riéndose—. Pero al final, todo se ha solucionado. Y estoy muy feliz por vosotros. ¿Quién lo hubiera dicho, eh? Dos hermanos casados con dos hermanas. Supongo que lo del *alien*, como lo llaman ellas, habrá sido determinante para que tomes esta decisión.

—¿Lo del *alien*? —preguntó Derek extrañado dejando de pelar la patata que tenía entre las manos. No sabía a qué se refería Trent.

—Sí, lo del... —Trent se interrumpió al darse cuenta de que estaba a punto de soltar algo que no debía—. Espera un momento. ¿No lo sabes? ¿Todavía no?

—¿Qué es lo que tengo que saber, Trent?

—¿Encontraste los sobres que llevó Rebeca a Londres? —quiso saber su hermano.

—Sí. Ya te dije que uno eran las fotos que ella se había hecho. —Sonrió al recordarlas y volvió a coger la patata para seguir pelándola—. Preciosas, por cierto. Y que el otro era del hospital donde trabaja Rebeca.

—Ya, pero... ¿no lo abriste? El del hospital.

—Pues no. —Derek se encogió de hombros y miró hacia la encimera donde había dejado el teléfono con el manos libres puesto—. Pensé que si metía las narices en sus asuntos médicos se enfadaría más conmigo, y quise evitarlo. Así que cuando la he vuelto a ver aquí, se lo he devuelto —le explicó.

—¡Entonces no lo sabes! —exclamó Trent al otro lado de la línea—. ¿Y ella no te lo ha dicho aún?

Derek soltó la patata y el cuchillo en el fregadero de la cocina, exasperado de tanto secretismo.

—¡Joder, Trent! ¿Qué coño es lo que tengo que saber? ¿Le pasa algo a Rebeca? ¿Está enferma? ¡Dímelo! —le exigió a su hermano.

—No puedo, Derek. Eso es algo... muy personal —se excusó Trent. Aunque nada le hubiese gustado más que darle la buena noticia a su hermano y compartir con él la alegría del momento—. Tiene que ser ella quien te lo diga. Nos aseguré que lo haría, a pesar de que estabais enfadados. Así que supongo que ahora que volvéis a estar bien, te lo dirá. Quizá esté esperando el momento oportuno. Pero no te preocupes, no es nada malo —afirmó para tranquilizarle—. No está enferma. Lo que tiene... Bueno, su cuerpo va a sufrir algunos cambios. Y lo bueno es que esto os va a unir más porque es algo para toda la vida.

—¡Joder, Trent! Me estás liando —gruñó Derek molesto—. No sé a lo que te refieres. ¿Que el matrimonio es para toda la vida? Ya lo sé. Es lo que pretendo al casarme con ella, que dure eternamente. ¿Es eso lo que quieres decirme? Pero no entiendo qué tiene que ver con que su cuerpo vaya a cambiar. Engordará con los años, supongo, como le pasa a todas las mujeres. Le saldrán arrugas, envejecerá. Pero yo también lo haré y lo haré a su lado, amándola como la amo ahora —afirmó con vehemencia—. No me importa que su aspecto físico se deteriore. La amaré hasta el fin de mis días.

Trent se dio cuenta del cambio sufrido en Derek a causa de su amor por Rebeca. Él sí miraba mucho el físico, siempre en busca de la mujer perfecta, y que ahora dijera todo esto... Significaba mucho.

—¡Qué declaración de amor tan bonita, Derek! —le alabó su hermano—. No me extraña que Rebeca te haya dado una nueva oportunidad.

—Menos guasa, hermanito... —bufó él.

—¡Eh! Que no me estoy riendo de ti —se defendió Trent—. Te lo digo en serio.

Nunca pensé que oiría esas palabras salir de tu boca y me alegro de que Rebeca sea la destinataria de tu amor. Seréis muy felices juntos.

—Gracias, Trent. Pero oye, eso que has dicho de un *alien*...

No puedo decirte nada, Derek —le interrumpió—. Tiene que ser ella quien lo haga. Pero no es nada malo. Al contrario. Cuando lo sepas, vas a sentirte el hombre más feliz del mundo. Vas a tener a la mujer de tus sueños y un pequeño regalo de la vida.

Derek se despidió de su hermano hecho un lío. ¿De qué narices estaba hablando? Su cuerpo cambiará. No es nada malo. Os unirá más. Es un pequeño regalo de la vida. Las palabras revoloteaban por su mente una y otra vez. Había algo en esas frases que le querían decir lo que pasaba con Rebeca, pero no conseguía descifrarlas. Se sentía como cuando despertaba por las mañanas, sabiendo que había estado soñando, pero no lograba recordarlo por más que se esforzara.

Rebeca pasó la mañana haciendo limpieza en el chalet. Los padres de Derek llegarían esa tarde, al igual que los suyos, y quería tenerlo todo limpio y ordenado. Trent y Mayra volarían a la isla al día siguiente y Kim, Peter y el resto de los invitados aterrizarían el viernes. Estaba nerviosa por la boda. A su mente volvió el recuerdo de su hermana con el vestido de novia y los ojos se le llenaron de lágrimas. Iba a estar preciosa. Y sería un día feliz para todos.

Instintivamente se tocó la inexistente barriguita. Tenía que decirle a Derek que estaba embarazada. Ella le había pedido de tiempo hasta la boda para aclararse las ideas y ese tiempo se agotaba. ¿Cuál sería la mejor manera de decírselo? ¿Antes o después de lo que había planeado hacerle? Se rio al imaginárselo de la manera que quería tenerle esa noche y, sobre todo, cuando le encontrasen así. Lo tenía todo planeado hasta el mínimo detalle. Solo le faltaba saber en qué momento de la noche le soltaría la noticia bomba.

—¿Princesa? ¿Estás en casa?

Oyó la voz de Derek en el piso de abajo y se asomó por la barandilla de las escaleras. Lo vio plantado delante de la puerta abierta mirando hacia los lados, buscándola.

—¿Cómo has entrado? —contestó ella.

Derek miró hacia arriba y se encontró con sus castaños ojos. Le sonrió.

—Es la casa de mis padres. Tengo una copia de las llaves. —Se las enseñó—. ¿Qué estás haciendo?

—Limpieza general. Esta tarde llegan tus padres, así que quiero tenerlo todo... bien.

—Pues lo tienes todo patas arriba —dijo Derek mirando a su alrededor—. Te ayudaré. Si no, no vas a acabar a tiempo para la comida.

Rebeca bajó las escaleras. Cuando estuvo a su lado, Derek la agarró por la cintura

y la atrajo hacia él para besarla. Fue un beso corto, suave, pero a la vez, intenso y lleno de amor.

—¿A qué has venido? —le preguntó ella cuando finalizaron el beso.

—Como no te he visto salir en toda la mañana de la casa, he venido para saber si estabas bien.

Aunque en realidad había ido para indagar un poco después de la conversación con Trent.

—Ah, bueno. Pues ya ves que sí. Estoy perfectamente —dijo ella todavía envuelta por el abrazo de Derek.

—Bien. ¿Qué quieres que haga? ¿Qué falta por limpiar? —le preguntó él.

Rebeca se separó del cuerpo de su hombre y lo miró de arriba abajo alucinada.

—¿Lo dices en serio? ¿Me vas a ayudar a limpiar la casa?

—¿Por qué no? —Derek sonrió mostrando todos sus blancos y perfectos dientes—. Así me voy acostumbrando para cuando vivamos juntos.

—Derek... No me presiones. Te pedí tiempo hasta la boda y aún falta —le riñó ella, aunque sabía de sobra cuál sería su respuesta.

—Vamos. No te pongas difícil. Sabes que mi intención era esa cuando fui a Madrid aquel día... ¡Ay, aquel maldito día en que lo estropeé todo! —contestó suspirando, cogiéndola de una mano para acariciarle lentamente el dorso. Aquel tierno contacto envió descargas eléctricas por todo el cuerpo de Rebeca, que se estremeció del gusto—. Y sigo con el mismo pensamiento. Ahora que nos estamos arreglando...

—Basta de cháchara y a trabajar —ordenó ella ignorando su respuesta y soltándose de su mano. Si Derek seguía tocándola así se abalanzaría sobre él y le haría el amor allí mismo, en el rellano de la entrada. Y eso que solo le estaba acariciando la mano. Cuando la tocaba en otras partes, Rebeca perdía la capacidad de pensar con coherencia—. Tienes que limpiar el baño de aquí abajo y después barrer el suelo.

—¡A sus órdenes! Mandona... —Le hizo un gracioso saludo militar llevándose la mano a la sien.

Rebeca comenzó a reírse y Derek, acercándose a ella, le dio un pequeño y casto beso en la frente. Después, con mucho esfuerzo, se separó de ella y empezó con el trabajo que Rebeca le había indicado. Mientras, ella subía de nuevo al segundo piso y terminaba de limpiar allí.

Al entrar en el baño, Derek vio de nuevo la revista de embarazadas del día anterior y la cogió para ojearla. ¿Para qué querría Rebeca saber esas cosas? Le había dicho que era por su trabajo, pero ella era enfermera de la UCI pediátrica. No tenía nada que ver con mujeres embarazadas. ¿Quizá estaba pensando en cambiar de área dentro del hospital?

Dejó la revista a un lado y siguió limpiando. Sin querer, tiró varios botes de crema. Al recogerlos y ponerlos donde estaban antes, leyó algunos de ellos. Antiestrías. Cuidado especial del pezón. ¿De qué iba todo esto? ¿Desde cuándo Rebeca usaba esas cosas? ¡Pero si ella no tenía estrías! Había adelgazado mucho en aquellos años que no se habían visto, pero de estrías nada de nada. Ahora Rebeca tenía un bonito cuerpo con una preciosa piel de porcelana. Bien lo sabía él, que conocía al milímetro cada parte de ella. ¿Para qué querría esas cremas?

Otro pensamiento cruzó su mente. A lo mejor no eran tuyas. Quizá eran de Kim o Mayra y se las habían dejado olvidadas allí cuando estuvieron en julio. Sí. Debían ser de ellas.

Poco después ambos comían en el apartamento de Derek. Tortilla de patata y filetes empanados. Rebeca sonrió al verlo. Su comida preferida.

Cuando había entrado en su casa se había puesto nerviosa. Era como entrar en la guarida del lobo. No sabía lo que pasaría entre ellos, aparte de comer, quizá hubiera algo más... algo de... sexo. Rebeca lo deseaba. Su cuerpo, con todas las hormonas revolucionadas, lo deseaba. Y tener a Derek tan cerca... Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos.

—Dime, amor, ¿has vuelto a tener esos... sueños conmigo? Los que me contaste en Barcelona. Estas semanas he estado preocupado pensando que quizá, después de lo que pasó en mi casa con Joel, habían vuelto a machacar tu mente.

Rebeca se quedó un instante pensativa. No. No los había tenido. Desde que se los contó a Derek aquel fin de semana, no había vuelto a tener pesadillas. Lo que soñaba ahora era con un precioso bebé de pelo negro y ojos azules como los zafiros. Un bebé igualito que Derek. Y todos, absolutamente todos esos sueños, eran felices. Sentía una emoción y una alegría inmensa cada vez que despertaba de uno de ellos.

—Pues no. La verdad es que no he vuelto a tenerlos —le dijo viendo cómo Derek suspiraba con alivio.

—Me alegro, porque estaba realmente preocupado. Bastante daño te he hecho ya y no quería...

—Derek. Para —pidió ella levantando una mano para detener su diálogo—. No sigas. No quiero recordar nada de aquello.

Él asintió y terminaron de comer mientras hablaban de los lugares donde les haría las fotos a los novios.

Tenerife era una isla preciosa, sobre todo el norte, con sus playas de arena volcánica y sus palmeras. El paisaje era encantador y Puerto de la Cruz tenía rinconcitos maravillosos para tomar distintas fotos románticas de los novios. El

Castillo de San Felipe, la Batería de Santa Bárbara, Playa Jardín, el Muelle Pesquero, el Paseo de San Telmo... Cualquier rincón era perfecto para lo que Derek quería hacer. Y estaba seguro de que a su hermano y a Mayra les encantarían las fotos una vez que las vieran.



Capítulo 37

Por la tarde fueron al aeropuerto a recoger a los padres de Derek, Edward y Clara, y a los de Rebeca, Juan y Mari Carmen. En el camino de vuelta, la madre de las dos hermanas iba hablando sin parar, cosa normal en ella, alabando el buen gusto de sus dos hijas respecto a los hombres.

Cuando había conocido a Derek en la terminal de Los Rodeos, el aeropuerto norte de Santa Cruz de Tenerife, se había quedado impresionada. El joven era muchísimo más atractivo que su hermano Trent.

Rebeca daba gracias a Dios porque los padres de Derek hubiesen ido en el otro coche con él. No quería ni imaginarse lo que pensarían de las tonterías que estaba soltando su madre por la boca.

—¡Qué hombre, hija! ¡Qué hombre! ¡Quién tuviese treinta años menos para pescarle!

—¡Mamá! —la regañó Rebeca mirando de reojo a su padre, sentado a su lado en el asiento del copiloto, que aguantaba impasible el torrente de palabras que salía por boca de su mujer.

—Tranquila, cielo. —Le sonrió este—. Son muchos años ya con ella. Estoy acostumbrado.

—Cariñito, sabes que yo te quiero —comenzó a decir Mari Carmen a Juan desde el asiento trasero del vehículo de alquiler—, pero es que no esperaba que Derek fuese tan... tan... Mira que Trent es guapísimo y le adoro, pero es que Derek... ¡Hija mía! Has superado a tu hermana. ¡Te has llevado al mejor de los dos!

—¡Mamá! ¡Basta ya! ¿Quieres dejar de decir tonterías? —resopló Rebeca—. Además, Derek y yo estamos ahora en una fase de... Bueno, hay algunas cosas que tenemos que solucionar. —Frunció el ceño. No quería contarle nada a la entrometida de su madre y ya había hablado demasiado.

—¿Qué cosas, hija? ¡No habrás hecho algo que le haya enfadado! Que tú eres muy cabezona y cuando te da por ahí... Eres igualita que tu padre, igualita, igualita

—contestó su madre.

—¡Pero bueno! ¿Y ahora por qué me metes a mí? —saltó Juan girándose en su asiento todo lo que el cinturón de seguridad le permitió para encarar a su mujer.

—Tranquilo, cariño, no te sulfures. Solo digo que Rebeca es igual de testaruda que tú. Para algunos aspectos de la vida eso es bueno, pero para otros... Mira, cielo —continuó su madre, tocándole el hombro a Rebeca—, un hombre así como Derek, tan atractivo, seguro que tendrá muchas... lobas a su alrededor intentando cazarle. Por eso te digo que... tienes que tenerle contento, ya sabes, contento, contento. Y atarle en corto. Debes procurar que no busque fuera de casa lo que puede tener dentro.

—¡Mamá! —gritó Rebeca sabiendo de lo que Mari Carmen hablaba—. ¡Por Dios! ¿De verdad me estás diciendo lo que creo que me estás diciendo? ¡No me lo puedo creer!

—Hija, acepta los consejos de tu madre. Sé de esto más que tú.

—Habló la lista de mi mujer —murmuró Juan que había vuelto a su posición correcta en el asiento.

—¿Cómo dices, cariño? —le preguntó Mari Carmen.

—No, nada. Yo no digo nada. Pero deja a la chica en paz, que ya es mayorcita para saber lo que hace —dijo poniendo los ojos en blanco.

—Gracias, papá —le susurró Rebeca.

Pero su madre continuó con su perorata hasta que llegaron al hotel donde se iban a alojar. Una vez que los soltó en la puerta, salió corriendo hacia el chalet. Tenía que recoger sus cosas y volver al hotel donde había reservado una habitación para ella.

El chalet de la familia Mason iba a llenarse cuando llegaran a la isla Kim, Peter, Trent y Mayra. Así que como no había camas para todos, Rebeca había hablado con los padres de sus amigos ingleses y les había contado lo que iba a hacer. A pesar de que ellos insistieron en que se quedara en la casa, Rebeca no aceptó.

Iba camino del hotel arrastrando su *trolley* cuando una fuerte mano la agarró del brazo y la detuvo. Al girarse, se encontró con Derek.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —le preguntó molesto.

—¿Decirte qué?

—Ya sabes a qué me refiero. Lo saben todos menos yo. ¿Cuándo ibas a contármelo?

«¡Mierda!», pensó Rebeca. «Sabe lo del embarazo».

—¿Quién te lo ha dicho? —quiso saber ella, enfadada, soltándose de su agarre.

—¡Qué más da quien me lo haya contado! ¿Por qué no lo has hecho tú? —La apuntó con un dedo acusador.

—Derek... —comenzó a decir Rebeca mirando a su alrededor y apretando los dientes para controlar su enfado—. Este no es el mejor lugar para hablar de eso, ¿no crees? Estamos en mitad de la calle y se va a enterar *to* Dios de nuestra discusión.

Derek también miró a su alrededor y cuando fijó su vista en Rebeca, asintió.

—Tienes razón. Vamos a mi casa, que es lo que tenías que haber hecho desde un primer momento.

Le cogió el *trolley* a Rebeca con una mano y, con la otra, la agarró de la cintura y se dirigieron hacia el piso de Derek.

Rebeca iba pensando que él no parecía enfadado por saber que iba a ser padre, aunque tampoco le notaba alegre. Parecía que le importaba más el hecho de que no se lo hubiera dicho que el descubrimiento de que ella estaba embarazada. ¿Quién se lo habría contado? Solo lo sabían Kim, Peter, Trent y Mayra. Cuando supiera quién había sido, iba a arder Troya. Quería habérselo confesado ella y, sin embargo, alguno de los otros se había ido de la lengua.

Nada más entrar en el piso de Derek, este la aplastó contra la puerta cerrada y acunó entre sus manos la cara de Rebeca. Le dio un beso que la derritió en el acto. Profundo, sensual y lleno de amor.

¡Ah! Pues sí que está contento por lo del *alien*, pensó Rebeca mientras disfrutaba del maravilloso contacto con los cálidos labios de Derek.

—Tenías que habérmelo dicho tú. No me ha gustado enterarme por otra persona —le susurró Derek cuando finalizó el increíble beso, aún pegado a los labios de ella.

—Yo... Te lo puedo explicar —dijo mirándole a los ojos y pidiéndole calma—. No sabía cómo decírtelo. Estaba buscando la mejor forma, pero todavía no la había encontrado.

—Pues yo creo que hubiera sido muy sencillo llamar a mi puerta y soltarlo. Así, sin más —replicó Derek bajando sus manos desde la cara de Rebeca hasta sus hombros, y de ahí las deslizó despacio hacia la cintura de ella. Rebeca notó cómo su piel ardía por el contacto con Derek.

—Hombre, así sin más... ¿Y si te daba un soponcio? No es algo que todos los días le pase a uno —respondió con la respiración un poco alterada por culpa de sus caricias—. ¿Quién te lo ha contado?

—¿Importa? —Derek detuvo sus manos en las caderas de ella y la atrajo más hacia su cuerpo—. ¿Y qué es eso de que igual me daba un soponcio? ¿Estás tonta? Me hubiese alegrado muchísimo.

Apoyó su frente en la de ella y continuó hablando.

—Es más. No quiero que te vayas de mi casa. A partir de ahora estaremos siempre juntos. Somos una pareja. Sé que te di de tiempo hasta la boda, pero esto lo cambia todo.

—¡Y tanto que lo cambia todo! —contestó Rebeca sonriendo y alzó sus brazos

para pasarlos por detrás de la nuca de Derek—. Pensé que igual saldrías corriendo al saberlo.

—Pues sí. He salido corriendo. Pero detrás de ti. A buscarte. Y ahora... Ahora ya no te pienso soltar.

Derek se abalanzó contra su boca, devorándola con un beso abrasador. Rebeca se prendió de su cabello y, tirando de él, profundizó el beso. Derek le clavó los dedos en las caderas, la levantó para enroscar sus piernas a su cuerpo y la condujo hasta la cama. Una vez allí, la tumbó y, con rapidez, le quitó la ropa, haciendo lo mismo él poco después con la suya.

La contempló unos instantes antes de lanzarse contra ella. ¡Dios! Qué hermosa era. Y por fin era suya. ¡Por fin! Y sería aún más suya cuando le pidiera matrimonio y Rebeca le dijera que sí.

Rebeca lo observaba con la respiración entrecortada y el sexo humedecido. Derek sabía que iba a ser padre. Lo había aceptado muy bien y estaba feliz por ello. Los acontecimientos se habían acelerado para bien y Rebeca estaba contenta por esto. Ahora todo sería más fácil.

Derek comenzó a besarla de nuevo. Recorrió con sus labios la comisura de los suyos, fue bajando en un tortuoso viaje por su mandíbula y su garganta hasta sus pechos. Mientras cubría con la boca uno de los pezones y se deleitaba con lametazos, saboreándolo, Rebeca le miró el mordisco que le había dado en el cuello. Se lo tocó con delicadeza.

—¿Te duele? —preguntó arrepentida.

Derek la miró un instante a los ojos antes de contestar.

—No, princesa. No te preocupes más por eso —dijo con una sonrisa.

Y volvió a centrar su atención en la dura punta de su pezón, lamiendo, chupando y mordisqueándolo, mientras no dejaba de acariciar el bello cuerpo de la mujer que amaba.

Rebeca cada vez estaba más mojada y anhelaba que Derek llegase al centro de su cuerpo para darle el placer que tanto ansiaba. Su respiración se había vuelto jadeante y pudo sentir contra su muslo la tremenda erección que Derek tenía en ese momento. Bajó una de sus manos para tocarle allí y cuando la abarcó, comenzó un lento ascenso y descenso por toda su longitud. Él gimió contra su pecho por la fricción que Rebeca ejercía en su aterciopelado pene y, sin querer, mordió un poco más fuerte el pezón de Rebeca.

—¡Ahhh! Duele... —se quejó ella casi ahogándose en su propio grito.

—Lo siento, cielo... —se disculpó Derek y comenzó a lamérselo para aliviar el dolor.

—Tienes que ser más... delicado, Derek —comentó ella acariciando el cabello negro de su hombre—. Ahora mismo tengo los pezones súper sensibles. Supongo que

es por las hormonas.

—¿Las hormonas? —preguntó mirándola extrañado.

—Sí. Ya sabes. Las tengo revolucionadas.

Derek no entendía qué tendrían que ver las hormonas en aquel momento, pero no le dio más vueltas y siguió devorando los pezones de Rebeca. Eso sí, con más delicadeza. Llevó una de sus manos hasta su mojada hendidura y le pasó los dedos por ella.

—Mmm, siempre lista para mí —ronroneó contra la tibia piel del seno de Rebeca.

—Sí, bueno, y más ahora... —Rebeca arqueó la espalda por el placer que él le estaba dando con sus hábiles dedos acariciando sus pliegues íntimos—. Últimamente tengo unas ganas increíbles de hacer el amor.

—Claro, princesa. Has estado desatendida demasiado tiempo —susurró Derek contra la piel de su estómago en su lento recorrido hacia su sexo—. Pero eso lo voy a solucionar ya. Te prometo que no dejaré que pase un solo día sin darte tu dosis de orgasmos.

Rebeca se rio por el comentario. Si todo el embarazo iba a tener esas ganas locas de sexo, estaba segura de que él se esforzaría en complacerla.

Recordó que, en Barcelona, Derek le había comentado que le gustaría tener hijos algún día, incluso habían bromeado sobre el número de niños. Pero él había dicho que sería dentro de varios años y este bebe llegaba demasiado pronto. ¿Y si no quería tenerlo ahora? ¿Qué pasaría si Derek le decía que en estos momentos de su vida no estaba preparado para ser padre? Tendrían que hablarlo muy seriamente. Ella no estaba dispuesta a abortar y si Derek le insinuaba que ahora no era el momento adecuado para tener un bebé...

Desechó de su mente esos pensamientos. Derek parecía encantado con la noticia de ser padres y no creía que le dijera estas cosas que ella estaba pensando.

—¿Esta es tu manera de reconciliarnos? —preguntó ella con la respiración más acelerada aún.

—Mmm —gruñó Derek posando su boca en su mojado sexo y comenzando a lamer el sensible clítoris.

—¡Oh, Dios! No sabes lo que he echado de menos tu boca... —le confesó Rebeca agarrándose con fuerza a las sábanas.

Derek la estaba llevando rápidamente a la cresta de la ola. Tenía razón. Había estado demasiado tiempo sin llegar al clímax. Eso, unido a sus revolucionadas hormonas y la pericia de él en este tipo de situaciones, haría que en breve alcanzara el orgasmo.

Él continuó lamiendo su anegada hendidura, succionando el hinchado botón y saboreándola a conciencia. Poco a poco le metió un dedo, para luego unirle otro más y darle placer como solo él sabía hacerlo.

Rebeca estaba perdida en su mar de sensaciones, sintiendo las tortuosas caricias de la lengua de Derek sobre su clítoris y sus mágicos dedos entrando y saliendo de su caliente cavidad. La sangre le martilleaba en las venas y comenzó a sentir un delicioso calor que le envolvía las entrañas y se concentraba en el punto exacto en el que Derek presionaba con su lengua y sus dientes.

Con un grito que resonó en los oídos de Derek, Rebeca se corrió contra su boca, quedando totalmente exhausta. Había sido tan intenso que le costó unos minutos volver a la realidad y se sorprendió al ver a Derek colocándose un preservativo. ¿Para qué se lo ponía? Ya no lo necesitaban.

—¿Qué haces? —le preguntó ella todavía jadeando.

—Quiero que tengas otro, mi vida. Y quiero que me lleves contigo al cielo cuando lo alcances tú —le respondió él dándole un voraz beso en la boca.

—Ya, pero... ¿Para qué te pones un condón?

—¿Quieres que lo hagamos *a pelo*? —preguntó él arqueando una ceja.

—Claro. Ahora ya no necesitamos esas cosas —dijo señalando la caja de preservativos que Derek había puesto encima de la mesita que había al lado de la cama.

Derek se quitó el condón y lo dejó caer al suelo. Supuso que Rebeca ya estaba tomando la píldora, como habían acordado en Barcelona, y por eso le había dicho que ya no necesitaban usar protección.

Se enterró en ella de una sola estocada y Rebeca gimió al sentir tan deliciosa invasión. Derek retrocedió hasta que la punta estuvo en su cálida entrada y, de nuevo, la embistió con fuerza. Repitió el proceso varias veces. Se retiraba lentamente y se hundía con rapidez y profundidad. El roce de su miembro, duro como el acero, contra las paredes de la vagina de Rebeca, tan estrecha y caliente, le estaba matando. Tampoco él duraría mucho.

Ella se aferró a su cabello y, tirando de sus cortos mechones oscuros, atrajo su boca y la atrapó en un devastador beso que a Derek le supo a gloria. Con la lengua recorrió su labio superior, después el inferior y más tarde la hundió en su húmeda cavidad para buscar a su gemela. Cuando la encontró, succionó la lengua de Derek con fuerza. Él gimió en su boca. El sonido quedó ahogado entre los labios de Rebeca mientras no dejaba de entrar y salir de su sexo con un ritmo cada vez mayor.

—Princesa... Te quiero —susurró él contra su boca.

—Yo también te quiero, Derek.

Él alcanzó su éxtasis con las bellas palabras de Rebeca en sus oídos, inundando su corazón. Estaba pletórico. Se sentía el hombre más feliz del mundo. No había nada que pudiese desear más. No había nada que quisiese más. Tenía a su amada con él y ella le correspondía. Un nuevo futuro se abría ante ellos.



Capítulo 38

Acurrucados en la cama, en un revoltijo de brazos y piernas, Derek y Rebeca se besaban con ternura. Él le acariciaba lentamente la espalda y ella jugaba con el vello de su torso haciendo circulitos y, de vez en cuando, tirando un poquito de él para fastidiar a Derek.

—Tuve tanto miedo de que no me perdonaras... —confesó Derek dándole un beso en el pelo a Rebeca—. De perderte para siempre...

—Shhh, calla —dijo poniéndole un dedo en los labios—. No hablemos ahora de eso. Hay cosas más importantes. —«Como nuestro bebé», pensó Rebeca—. Bueno, ¿me vas a decir quién te lo ha dicho?

—¿Quién me ha dicho qué? —preguntó Derek perdiéndose en los castaños ojos de su amada.

—Ya sabes. —Rebeca le sonrió y el corazón de Derek latió más feliz que nunca—. ¡Eso! Cuando me has detenido en la calle, estabas muy enfadado... pero supongo que ahora estás contento, ¿no?

—Sí. Muy contento —afirmó él—. Quiero que el resto de las vacaciones te quedes aquí conmigo. ¿Cómo se te ocurrió irte a un hotel teniéndome aquí? Cuando me lo dijo mi madre... —Derek sacudió la cabeza.

—Espera un momento... No estamos hablando de lo mismo —dedujo Rebeca y se levantó rápidamente de la cama para empezar a vestirse—. ¿Seré idiota? Yo que pensaba que te habías enterado de lo del *alien* y resulta que era otra cosa la que tú tienes en mente. ¡Joder!

—¿Qué pasa? ¿Por qué te vistes? ¿Adónde vas? ¿Y qué es eso del *alien*? —preguntó Derek levantándose de la cama también para detenerla.

Rebeca le ignoró y cuando estuvo totalmente vestida, cogió su *trolley* y se encaminó a la puerta del piso con Derek siguiéndola. La agarró del brazo y la hizo girar para quedar de cara a él.

—No te irás a ningún sitio. Vas a quedarte aquí conmigo y a contarme lo que ronda tu linda cabecita. ¿Qué es eso del *alien*?

—Déjame. He venido aquí pensando... pero estaba equivocada. —Rebeca se zafó de su agarre de un tirón.

—No te dejaré salir hasta que hablemos. No quiero más malos entendidos que nos separen otra vez. Dime qué pasa —le exigió.

Pero Rebeca agarró el pomo de la puerta y comenzó a abrirla. Derek la empujó, cerrándola de nuevo. Giró la llave en la cerradura, la sacó y se la guardó en el bolsillo de los vaqueros que se había puesto.

—No dejaré que te vayas —volvió a decir.

—En mi pueblo, a esto se le llama secuestro. —Rebeca se giró para quedar de cara a él—. ¿Qué piensas hacer? ¿Retenerme aquí toda la noche? Te recuerdo que hemos quedado a cenar con nuestros padres y se preocuparán si no aparecemos —le advirtió.

Derek la observó un momento. De pronto, cogió el móvil y marcó un número. Cuando la otra persona contestó, comenzó a hablar mientras Rebeca escuchaba boquiabierta la conversación.

—Mamá, sí, hola. Oye, Rebeca y yo no vamos a ir a cenar con vosotros y sus padres... —Hizo una pausa para oír lo que su madre le decía—. Sí. Tenemos cosas que hacer, ya me entiendes. —Soltó una risita—. De acuerdo, mamá. Hasta mañana.

Colgó el teléfono y le dirigió una pícaro mirada a una asombrada Rebeca.

—Todo arreglado. ¿Ves qué fácil?

—Serás... —comenzó a decir ella—. ¡Déjame salir!

—No hasta que hayamos hablado y me cuentes qué es eso que creías que yo sabía y no sé —dijo Derek cruzándose de brazos y apoyándose contra la puerta.

Rebeca resopló y dio una patada al suelo como si fuera una niña pequeña que se ha quedado sin postre. Se paseó por el pasillo varias veces mirando enfadada a Derek.

—¿Sabes que podría llamar a la policía y denunciarte? Estás reteniéndome en contra de mi voluntad —le amenazó.

Derek, con toda la tranquilidad del mundo, le tendió el móvil.

—Hazlo —la desafió.

—No me tientes... No me tientes.

—Hazlo —insistió él.

Rebeca continuó paseándose arriba y abajo por el pasillo del apartamento mientras Derek no dejaba de observarla. Cuando se cansó de sus idas y venidas, la agarró de la cintura y la abrazó. Ella, derrotada, enterró la cara en su pecho. No sabía qué hacer. Quería decírselo, pero ¿era ese un buen momento?

—Cuéntame lo que te pasa —pidió él con voz dulce.

—No sé por dónde empezar... —murmuró ella contra su pecho. Aspiró el inconfundible aroma del sexo compartido que emanaba del cuerpo de él y su mente recreó los últimos minutos en la cama con Derek.

—Fácil. Empieza por el principio —la animó Derek.

—Yo... Te lo diré en la boda —soltó de pronto, casi sin pensar—. Por favor, dame tiempo hasta la boda. Solo son dos días. —Lo miró esperanzada, pero el rostro de Derek le indicó que no iba a darle ni dos segundos.

—No. Me lo contarás ahora. ¡Vamos! No creo que sea algo tan grave que no podamos superar juntos. Después de todo lo que nos ha pasado ya...

Pero Rebeca no estaba segura de si debía decírselo en ese momento. Quería hacer las cosas de otra forma. No sabía si él se alegraría. Todo había sido demasiado rápido. Si ella se lo decía ahora, quizá no pudiera llevar a cabo su pequeña venganza. Quería resarcirse por lo que había sucedido en casa de Derek la última vez que estuvo en Londres.

Derek encerró la cara de Rebeca entre sus manos para obligarla a mirarlo y volvió a insistir.

—Dímelo. Sea lo que sea...

Rebeca se acercó a su boca y comenzó a besarle. Tiró de sus cabellos para profundizar el beso y poco después sus manos se dirigieron hacia la cinturilla de los vaqueros, que comenzó a desabrochar. Cuando liberó el miembro de Derek comprobó que estaba duro como una piedra. Igual que siempre.

Derek se ponía así solo con una mirada suya. Empezó a acariciar la suave piel de su pene, trazando tortuosos círculos en su sensible glande. Él gimió en su boca.

—Quieres distraerme con sexo, princesa... —Jadeó con la respiración entrecortada—. No lo conseguirás. Podemos hacer el amor otra vez, si quieres. Una vez, tres, cinco... Pero al final lograré sacarte lo que llevas dentro. Conseguiré que me digas qué te pasa.

La cogió en volandas y se sentó con ella en el sofá. Cuando la hubo colocado en su regazo, apartó a un lado las braguitas y se hundió en su húmeda cavidad con fuerza, de una sola vez. Rebeca comenzó a moverse encima de él, en un intento desesperado por distraerle, pero sabía que iba a ser inútil. Derek era muy insistente y no la dejaría marchar si ella no le confesaba lo que estaba ocultando.

Se fijó de nuevo en la herida que le había hecho en el cuello. Todos sus dientes estaban perfectamente marcados en su piel. Empezaba a cicatrizar. Se inclinó hacia

ella y la besó. Siguió recorriendo su garganta hasta que llegó a su mandíbula y de ahí continuó hasta sus labios. Succionó el inferior y le mordió tímidamente. Derek jadeó de nuevo en su boca mientras con sus manos posadas en su trasero, levantaba a Rebeca y la bajaba sobre su duro mástil, hundiéndose en ella hasta el fondo y sintiendo en cada centímetro de su verga la calidez del sexo de Rebeca.

—Me encanta cómo me montas, mi vida. Pero no vas a conseguir que me olvide de lo que quiero saber. Dímelo, cielo. Dímelo.

—No... Derek. Ahora no —le contestó Rebeca con el pulso a mil y la sangre espesándose en sus venas a la espera del orgasmo.

—Tarde o temprano conseguiré que me lo cuentes.

—Calla... y fóllame.

Derek atrapó su boca con un beso devastador mientras Rebeca seguía cabalgando en su regazo con más ahínco. Estaba cerca, muy cerca, de lanzarse por el precipicio. Un exquisito calor comenzaba a apoderarse de ella y el corazón, en su pecho, atronaba de una manera ensordecedora. Cogió las manos de Derek y las llevó hasta sus senos para que se los acariciara.

—Con cuidado —susurró contra sus labios.

Él obedeció y comenzó a masajearlos delicadamente. Con el pulgar trazaba círculos en torno a la areola y después presionaba un poco sobre el tierno pezón. Bajó su boca para cubrir uno de ellos y succionó despacio, al tiempo que con la otra mano continuaba acariciando el otro. Chupó y mordió llevando a Rebeca más al límite, que no dejaba de contonearse encima de él mientras sus gemidos inundaban sus oídos.

—Estoy a punto de correrme. ¿Cómo estás tú?

—Cerca... Muy cerca...

Con un agónico gemido, Rebeca alcanzó su clímax. Él continuó deslizándola por su duro miembro unos instantes más hasta que también llegó al suyo y la abrazó con fuerza mientras le susurraba al oído que la amaba.

Cuando se recuperaron del inmenso orgasmo tenido, Derek volvió a la carga. Abrazados en el sofá, sepultado aún en el interior de Rebeca, comenzó de nuevo a preguntarle.

—¿Qué me estás ocultando, cielo?

—Ahora no es el momento, Derek —dijo ella intentando levantarse de su regazo, cosa que impidió él abrazándola más fuerte.

—¿Tengo que llamar a Trent para que me lo cuente? —la amenazó—. Porque él lo sabe, ¿verdad? Hablamos esta mañana y me comentó que tenías algo que decirme. Pensaba que yo ya lo sabía, pero, por suerte o por desgracia, se dio cuenta a tiempo de que yo no sabía nada, así que no se le escapó ni una palabra. —Rebeca lo miraba muy seria mientras él continuaba hablando—. Pero sí mencionó que tenía que ver con el sobre del hospital donde tú trabajas. También me dijo que no es nada malo, que no

estás enferma y que esto nos iba a unir más. Dímelo, por favor.

Derek la miró con ojos suplicantes, pero Rebeca era terca. Comenzó a morderse el labio inferior decidiendo qué hacer. Si decírselo ahora y echar a perder su plan, o no. Él acarició con su pulgar los labios de Rebeca haciendo que esta dejara de mordérselos. Se acercó a su boca y la reclamó con un beso profundo.

—Te lo suplico, amor mío. Dime qué pasa. Qué te preocupa —insistió él.

—Tengo miedo de que cuando lo sepas... Con la vida tan ajetreada que llevas... Pueden pasar dos cosas. O que te alegres mogollón o que salgas corriendo y no te vuelva a ver. Claro que con lo pesadito que eres, quizá me vendría bien y todo... —comentó ella intentando sonreír.

—Bueno, no debe de ser muy grave cuando haces bromas. Venga. Suéltalo ya.

—Necesito unos minutos, por favor. Deja que me duche y luego te lo digo, ¿vale?

—¿Me prometes que no me engañarás? ¿Qué cuando salgas del baño, me lo contarás?

Rebeca asintió y Derek salió de su interior con desconfianza. No era la primera vez que ella le engañaba para ganar tiempo. Conocía sus trucos y estaba seguro de que esto era otra estratagema para librarse de él y no confesar lo que la corroía por dentro.

Para no perderla de vista, se duchó con ella. Le enjabonó todo el cuerpo con sus manos, recorriendo cada pedazo de su piel, disfrutando de su suavidad, de sus dulces curvas, de sus esbeltas piernas... Se puso duro de nuevo, pero la verdad es que, ¿cuándo no se ponía duro con ella? Presionó con su erección en la costura del trasero de Rebeca y sonrió con los labios pegados a su oreja.

—Un día, amor mío, te tomaré por aquí... Sé que cuando lo intenté fui brusco y que tienes miedo al dolor, pero te prometo que te iré preparando poco a poco, para que te resulte tan placentero que me supliques que te folle por aquí muy a menudo.

—No dejaré que me ates de nuevo, ni que me vendas los ojos —le advirtió ella—. En esa situación no confío en ti. Pero puede... Es una posibilidad muy remota, pero puede que te deje hacer eso. Follarme por detrás.

—No quiero que en nuestras relaciones sexuales haya trabas, ni miedos. Tienes que disfrutar al máximo. Me ganaré de nuevo tu confianza. No quiero que tengas miedo conmigo. Estoy aquí para cuidarte, protegerte y amarte. Para acompañarte cada día de mi vida. En lo bueno y lo malo. En la juventud y en la vejez —le dijo besándola en la nuca.

—Parece que estás pronunciando unos votos matrimoniales. —Se rio ella.

—¿Y si así fuera?

—Diría que estás loco. Completamente loco.

—¿Por qué? He encontrado a la mujer de mi vida, ¿por qué no casarme con ella?

¿Por qué no hacer que sea mía para siempre?

Rebeca se giró hacia él boquiabierta. Le miró a sus azules ojos y vio que Derek era totalmente sincero en lo que le estaba diciendo.

—No puede ser... ¿Me estás tomando el pelo? —preguntó de todas formas.

Derek cerró el grifo de la ducha y salió. Cogió una toalla y envolvió con ella a Rebeca. La hizo sentar en el retrete y después se secó él. Cuando terminó de anudarse la toalla a la cintura, se agachó frente a Rebeca y le cogió las manos entre las suyas.

—Sé que este no es el mejor momento. Un cuarto de baño no es nada romántico, pero... Una vez te dije que no quería a la persona más bonita del mundo, sino a la que hace que mi mundo sea más bonito, y esa persona eres tú. Te amo. Y sé que siempre te amaré. Por eso y, aunque en estos momentos no tengo ningún anillo para darte, ¿quieres casarte conmigo?



Capítulo 39

Si Rebeca no hubiera estado sentada, se habría caído de culo. ¡Derek le estaba pidiendo matrimonio! ¡Estaba loco! ¿Cómo se le ocurría proponerle semejante cosa? Hacía poco más de tres meses que se habían encontrado de nuevo y la mitad del tiempo lo habían pasado separados y enfadados.

Intentó levantarse del retrete. Necesitaba salir de allí. Distanciarse un poco de él. Todo había ido demasiado rápido. Volver a verle, que él le confesara su amor, quedarse embarazada y ahora... esto. Necesitaba pensar.

Derek la detuvo agarrándola de las manos y haciendo que volviera a sentarse donde estaba. La cara de Rebeca era un poema. Reflejaba confusión, angustia, nerviosismo...

«Vaya», pensó él, «no ha sido el mejor momento para pedírselo. Creí que saltaría loca de contenta al oírme, pero no. Si es que soy demasiado ansioso. Debería haber esperado y habérselo pedido con una cena romántica a la luz de las velas».

—No sabes lo que dices, Derek —respondió ella cuando recuperó la capacidad de hablar.

—Te quiero, Rebeca. Y quiero estar contigo para siempre. Mírame a los ojos y dime que tú no sientes lo mismo. —La cogió de la barbilla y la obligó a centrar sus castaños ojos en él.

Tras unos instantes, Rebeca comenzó a hablar.

—Yo nunca he querido casarme. Bueno, cuando era pequeña sí, como todas las niñas, pero según fui creciendo... me fui desengañando.

—Y yo tuve mucho que ver en eso, ¿verdad? —le preguntó Derek sabiendo la respuesta.

—No importa —dijo ella encogiéndose de hombros—. De todas formas, ¿tú te

has parado a pensar bien lo que me has dicho?

—Yo solo sé que te quiero y que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. Y que tú también me amas. Entonces, ¿por qué no hacerlo?

—Pues porque no, Derek. —Lo miró como si le estuvieran saliendo dos cabezas.

—Porque no, no es un motivo válido —contestó él levantándose del suelo.

Con sus manos aún en las de Rebeca, tiró de ella y la sacó del cuarto de baño. Se dirigieron al sofá donde poco antes habían hecho el amor y Derek se sentó con ella en su regazo.

—Tú me quieres. Lo sé —afirmó Derek perdiéndose en sus ojos—. Cásate conmigo, princesa. Cuando fui a Madrid la última vez, estaba decidido a trasladarme a vivir allí para estar contigo siempre. Con el tiempo, sé que te hubiera pedido matrimonio igual que estoy haciendo ahora. Te da miedo porque es muy precipitado, pero, bueno, entre nosotros las cosas funcionan así, ¿no crees? Además, mira mi hermano y Mayra. Ellos también...

—Trent y Mayra llevan años queriéndose —le interrumpió ella acariciando su torso desnudo—. Con altibajos y con separaciones, pero aun así, nunca han tenido los problemas que tú y yo...

Derek la besó para silenciarla. No quería volver a escuchar nada de lo que había pasado entre ellos. Era muy doloroso y en ese preciso momento en el que estaba tratando de convencerla para que se casase con él, no quería que ningún mal recuerdo echara a perder aquello. No quería que nada enturbiase ese instante con Rebeca. La cogió de la nuca y profundizó el beso. Deseó poder hacerla olvidar todo con solo pegar sus labios a los de ella y conseguir que le dijera que sí.

Rebeca le rodeó el cuello con los brazos y Derek la ciñó a su cuerpo, envolviéndola en su cálido abrazo.

—Quiero que seas mía —comenzó a decirle—. Y casándonos es la manera de conseguirlo.

—Derek, otra vez no... Por favor... No empieces de nuevo con eso —suplicó ella pegada a sus labios.

—Está bien —claudicó él—. Entonces, centrémonos en el otro tema. ¿Qué es lo que me ocultas? ¿Qué es eso del *alien*?

Rebeca negó con la cabeza. No quería decírselo en ese momento. Su cuerpo se estaba incendiando de nuevo con las caricias de Derek y lo único en lo que podía pensar era en tenerle otra vez sepultado en su interior dándole placer.

—Puedo retenerte aquí una semana o quizá más. La nevera está llena de comida, así que no necesitaríamos salir para nada. Y tienes todas tus cosas aquí, en la maleta. Puedo atarte a la cama otra vez. —Al ver la mirada asustada que le dirigió Rebeca, rectificó—. Pero no lo haré, tranquila. Hay otras formas de conseguir que me digas qué te pasa. Se me está ocurriendo una... maravillosa —terminó diciendo con una

sonrisa juguetona en la cara.

Derek le rozó la mejilla con ternura con sus nudillos y cubrió la boca de Rebeca con la suya. Todo lo que estaba pensando ella hasta ese instante se esfumó. El beso era una tierna caricia en sus labios y una agitada sensación la atravesó entera. Se arqueó contra él y sus sensibles pezones rozaron el torso desnudo de su amante.

Derek bajó una mano hasta cubrirle un seno y con la yema del pulgar dibujó círculos que, poco a poco, fueron endureciendo en el pezón. Su boca buscó la dura cima regando de besos todo el escote de Rebeca y, cuando alcanzó su meta, succionó con fuerza haciendo que ella exclamase un grito de dolor.

—¿Por qué tienes los pezones tan sensibles? Antes nunca te dolía que te hiciera esto —le preguntó Derek mirándola fijamente.

Pero ella calló. No iba a decirle nada, de momento.

La mente de Derek estaba inundada de preguntas. Rememoraba una y otra vez la conversación con Trent, pero no conseguía sacar nada en claro. Debía lograr que Rebeca hablase, pero ella no estaba dispuesta a abrir la boca. Tendría que jugar sucio.

Juguetón, continuó acariciando la dura punta de su pecho. Cada roce tenía como finalidad excitarla más. Sabía lo que quería hacerle a Rebeca y sabía cómo conseguirlo. Se rio contra su cuello solo de pensarlo.

—¿De qué te ríes? —le preguntó Rebeca comenzando a jadear.

Necesitaba que cada centímetro de la erección que tenía Derek se hundiera profundamente en los anegados pliegues de su sexo para alcanzar el más absoluto y devastador clímax.

—Sé cómo lograr que me cuentes lo que pasa —dijo él.

Recorrió con su húmeda lengua todo el cuerpo de Rebeca, arañando con los dientes su cálida piel hasta llegar a la unión de sus muslos. Se retiró unos instantes con la vista clavada entre sus piernas. Pasó los dedos por la mojada hendidura y observó la reacción de Rebeca. Ella contuvo la respiración ante una nueva oleada de placer.

—¿Me deseas? —le preguntó Derek.

Rebeca asintió con la cabeza mordiéndose el labio inferior. El fuego crecía dentro de ella con cada roce de los dedos de Derek sobre su piel y su sexo. Cada vez ansiaba más tenerle dentro.

—Quieres esto, ¿verdad? —la tentó él agarrándose la polla—. Quieres sentirlo tan profundo en tu interior que haga que te desmayes del placer, ¿cierto?

Rebeca volvió a asentir mientras dejaba salir el aire de sus pulmones con un fuerte suspiro.

Cuando el pulgar de Derek frotó su hinchado clítoris, se estremeció de deseo. La estaba llevando al límite y le necesitaba ya. Con desesperación. Y él lo sabía. El muy

cabrón lo sabía y se estaba aprovechando de ello.

Se arqueó hacia él para presionar más fuerte su nudo de nervios contra su mano, pero Derek la retiró.

—Todavía no. Dime lo que quiero saber.

Pero Rebeca permaneció callada.

Derek se arrodilló en el suelo, junto al sofá, y succionó un pezón. Al instante, una oleada de calor invadió a Rebeca haciéndola gemir. Notó cómo su sexo se empapaba con sus fluidos, volviéndose más resbaladizo. Derek fijó sus azules ojos en aquel lugar cuando abandonó el pezón de Rebeca, que protestó al verse privada de tal placer. Con un dedo trazó pequeños círculos en torno a su ombligo, que fue descendiendo hasta cubrir con toda la mano su anegada hendidura. Rebeca levantó las caderas en una silenciosa súplica.

—¿Me lo vas a contar?

—No... —consiguió responder ella con la respiración entrecortada.

—Muy bien. Tú lo has querido —dijo Derek alejándose de ella y poniéndose de pie.

—¿Qué coño...? ¿A dónde vas? —le preguntó Rebeca al ver que salía del salón.

Se incorporó hasta quedar sentada en el sofá totalmente perpleja. ¿Iba a dejarla así? ¿La había calentado solo para conseguir que ella le confesase lo que ocultaba y como no lo conseguía, le negaba el orgasmo?

Se levantó con la intención de ir tras él, pero cuando fue a salir de la estancia se chocó con su musculoso torso. Derek la agarró de la cintura y la condujo hasta la mesa del salón. Una vez allí, la puso de espaldas a él y la empujó para pegar su pecho a la fría superficie de cristal. Sus senos protestaron al notarse aprisionados, pero Derek la mantenía fija contra la mesa apoyando una de sus manos en la espalda, inmovilizándola.

—¿Qué me vas a hacer? —preguntó con un toque de miedo en la voz. No le gustaba nada la sensación de estar indefensa.

Pero él no contestó.

Giró la cabeza hacia un lado y vio que sobre la mesa había un bote de lubricante. «¡Oh, Dios mío! Penetración anal», pensó Rebeca.

—¡Espera! —gritó Rebeca—. ¡Te lo diré! ¡Lo haré! ¡Te contaré lo que quieres saber!

—Si es otro de tus juegos para ganar tiempo y engañarme... —contestó él apretando los dientes.

—No. Esta vez te lo digo en serio. Pero... Quiero que antes me prometas dos cosas.

—Está bien. Habla —accedió él reteniéndola aún contra la fría mesa de cristal.

—Lo primero es que me dejarás irme al hotel con mi familia —pidió ella.

—Lo siento, princesa. Eso no. No voy a dejar que te alejes de mí de nuevo.

—Entonces no te diré nada. —Y se movió para intentar levantarse.

—Espera, espera —dijo él sujetándola por las caderas para impedir su fuga—. De acuerdo. Te dejaré ir al hotel, pero solo a dormir. El resto del día estarás conmigo y solo hasta la boda. Después volverás aquí, a mi casa, y pasarás conmigo el resto de las vacaciones.

—De acuerdo —contestó Rebeca en un susurro y continuó—. La segunda cosa que quiero pedirte es que... No volverás a pedirme que me case contigo. —Miró por encima de su hombro para ver la reacción de Derek.

—¿Cómo? Ni lo sueñes, princesa. Serás mi mujer. Nos casaremos.

—Bien —dijo ella furiosa—. Tú lo has querido.

Rebeca echó hacia atrás uno de sus pies con tanta fuerza, que impactó contra la espinilla de Derek, haciéndole retroceder soltando un quejido de dolor, y consiguiendo así librarse de su agarre. Corrió hacia la puerta, cogiendo por el camino el vestido y poniéndoselo a toda velocidad, y cuando llegó intentó abrirla. Pero estaba cerrada. Recordó que Derek había echado la llave y se la había metido en el bolsillo del pantalón.

¡Mierda! Estaba encerrada. Sin la llave no podía salir. Se giró para ir a buscarla, aun sabiendo que volver al salón significaba enfrentarse de nuevo a Derek, pero era un riesgo que debía correr.

Chocó contra el duro torso de Derek y se cayó al suelo, quedando despatarrada ante él, que se abalanzó sobre ella sin apenas pestañear. La obligó a tumbarse y cogiéndole las manos para colocárselas por encima de su cabeza, metió una rodilla entre sus piernas para separárselas y cuando ocupó el espacio entre ellas, se hundió de una sola vez, con furia, hasta lo más hondo de su caliente vagina.

—No vas a ir a ningún sitio. Dime lo que quiero saber. No luches contra mí. ¡Dímelo! —le gritó Derek furioso.

—Ya sabes cuáles son mis condiciones... —contestó ella retorciéndose debajo de su cuerpo para intentar librarse.

—No puedo cumplirlas... Quiero pasar contigo el resto de mi vida porque te amo. ¿No te das cuenta? ¡Te amo! Maldita sea... —confesó desesperado.

—No es necesario que nos casemos, Derek. Podemos estar juntos. Vivir juntos sin casarnos —intentó convencerle ella.

—No... Quiero una garantía. Quiero un puto papel que diga que eres mía y que yo soy tuyo. Que me pertenesces y yo a ti. Y quiero que ese papel sea legal. Que a los ojos de todos seas mi esposa, no simplemente mi novia, o la chica con la que vivo...

¡Joder! Estoy a punto de estallar —masculló Derek sintiendo el orgasmo crecer en su interior, mientras no dejaba de penetrarla.

—Si me obligas a casarme... —le amenazó Rebeca apretando los dientes para contener su propio clímax—, te juro que me divorciaré de ti tan rápido que no tendrás tiempo ni de ponerme un anillo en el dedo.

—No me dejarás. Otra vez no. Mientras tenga una oportunidad de estar contigo, la aprovecharé. Aunque sea por las malas como ahora. —Y bombeó con tanta fuerza dentro de ella que el inminente clímax se apoderó de él en milésimas de segundo y se derramó en su interior, llenándola por completo.

Cayó sobre Rebeca, sin aliento y sudoroso, sintiendo los últimos espasmos del increíble éxtasis que acababa de tener.

Rebeca se sentía frustrada. Él había ganado en ese juego sexual. Y estaba cansada. Muy cansada de pelear y de ocultarle el embarazo. Tarde o temprano, Derek acabaría enterándose. ¿Por qué no se lo decía de una vez y ya está? En lugar de seguir resistiéndose. En lugar de seguir sufriendo en la encarnizada lucha que tenían.

«Se lo diré ahora. Pero juro por Dios que me voy a vengar de él por lo que me hizo en su casa con Joel».

—Derek... Lo que estoy ocultando es que...

Él seguía abrazado a ella tan fuertemente que casi la estaba dejando sin respiración. Tuvo que tragar varias veces antes de seguir hablando y haciendo fuerza con sus ya liberadas manos, empujó a Derek por los hombros para separarle un poco de su cuerpo y poder tomar aire antes de continuar.

—Estoy embarazada.



Capítulo 40

Derek se quedó inmóvil sobre el cuerpo de Rebeca.

¿Había oído bien? ¿Estaba embarazada! Una pequeña criatura crecía en su interior.

«El *alien*». La voz de Trent resonó en su cabeza.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? La revista para embarazadas, las cremas, la sensibilidad en los pezones... No es que él fuera un experto en esas cosas, pero algo había oído comentar a un par de amigos que tenían a sus mujeres en ese estado. ¡Dios mío! ¡Rebeca iba a tener un bebé!

—¿De cuánto estás? —le preguntó mirándola a sus castaños ojos.

—De algo más de dos meses.

Derek calculó rápidamente.

—Entonces... fue en Barcelona cuando...

Rebeca asintió.

—Es mío. Vas a tener un hijo mío —afirmó él.

—Pues claro que es tuyo, gilipollas. ¿No pensarás que lo del Espíritu Santo es verdad? —dijo ella empujándole para apartarle y poder ponerse de pie.

Se colocó bien el vestido mientras Derek también se levantaba del suelo.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Y por qué no me lo has querido decir antes?

—Me enteré cuando estábamos enfadados por lo de las fotos. Cuando tú creíste que había hecho un trío con Javier y su amigo —comentó con desprecio—. Y cuando fui a Londres para arreglar las cosas, intenté decírtelo. Pero ya sabes lo que pasó.

—¡Joder! —exclamó Derek—. Lo siento mucho, princesa —dijo intentando abrazarla, pero Rebeca se escabulló y comenzó a andar hacia el salón.

—¿Qué sientes? ¿Qué me haya quedado embarazada? —preguntó de malos

modos—. Ya sé que no entraba en tus planes más inmediatos, pero créeme, tampoco en los míos.

—No. No siento que te hayas quedado embarazada —confesó él siguiéndola—. En Barcelona te dije que me gustaría tener hijos algún día. Siento haber sido tan imbécil. —La agarró de un brazo para detenerla, pero ella se soltó y continuó su camino hasta entrar en el salón—. Lamento no haberte dado la oportunidad de hablar cuando apareciste en mi puerta aquella noche. El sobre del hospital... Era eso, ¿verdad? La confirmación del embarazo. Pero... ¿por qué no me lo has contado cuando me has visto aquí? Después de haberte pedido perdón, deberías habérmelo dicho.

—No estaba... segura. Y no quería decírtelo así sin más. Estaba buscando el momento adecuado —le contó Rebeca mientras se ponía la ropa interior y los zapatos caídos en el suelo del salón—. Tampoco veo que estés dando saltos de alegría por la noticia.

Derek la abrazó por detrás enterrando su cara en el cuello de Rebeca, acariciándole la inexistente barriguita.

—Pues claro que estoy contento, tonta. Es solo que... No me lo esperaba. Me ha pillado tan de sorpresa que aún estoy en estado de shock. —Depositó un dulce beso en su hombro—. Voy a ser padre. ¿No es maravilloso?

Rebeca pudo sentir la sonrisa en la voz de Derek y comenzó a tranquilizarse.

—Sé que no es el momento adecuado para tener un bebé, pero...

—Es el momento perfecto, cielo —la interrumpió él, girándola para quedar frente a frente—. Y es otro motivo más para que te cases conmigo. Y rápido. No quiero que nazca fuera del matrimonio —finalizó Derek con una espléndida sonrisa.

—¿Otra vez vas a empezar con eso? —resopló Rebeca aburrída ya del tema.

—Pues sí. Y ahora con más razón. Mi hijo crece en tu vientre y... ¡Joder! —exclamó al darse cuenta de algo—. ¿Te he hecho daño? Cuando te he follado. He sido... duro contigo. Te he penetrado de una manera bestial. Yo... ¿Crees que el bebé está bien? Quiero decir, después de haber sido tan animal.

Rebeca contempló el rostro preocupado de Derek y esbozó una lenta sonrisa.

—Sí, Derek. Seguro que está bien —le tranquilizó.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Y si le he lastimado? ¿Y si le he hecho daño a mi propio hijo? —replicó, poniéndose de rodillas, besando el vientre de Rebeca—. Te prometo que no volveré a tocarlo. No quiero que le pase nada a nuestro hijo.

—¿¡Qué!? —Ella lo miró alucinada—. ¿Cómo que no vas a volver a tocarme? ¿Estás diciendo que no haremos más el amor?

Rebeca se separó de Derek, que se levantó del suelo mirándola fijamente.

—¿Te crees que le vas a dar con la polla en la cabeza? ¡Joder! —exclamó—. Esto

no me puede estar pasando a mí —dijo llevándose una mano a la frente—. Tendremos relaciones sexuales como cualquier otra pareja, como si no estuviese embarazada. Incluso más. Porque desde que el pequeño *alien* está dentro de mí, tengo unas ganas increíbles de follar a todas horas.

—¿Por qué le llamas *alien*? —Derek la agarró de ambos brazos y clavó sus ojos azules en ella—. Es un bebé. No un monstruo viscoso.

—Le llamo *alien* porque me da la gana. —Rebeca comenzó a reírse—. Me va a salir de la barriga, berreará y babeará, y te juro que, aunque ahora no lo creas, habrá momentos en los que pensaremos que es un maldito monstruo... Pero será nuestro monstruo —susurró tocándose el vientre y bajando la mirada hacia esa zona de su cuerpo.

Derek la agarró por la barbilla obligándola a mirarle a los ojos de nuevo.

—Te quiero. Y adoro a nuestro pequeño *alien*.

Depositó un casto y tímido beso en la comisura de los labios de Rebeca, pero cuando esta intentó profundizar el beso, él la apartó.

—No, princesa.

—¿Los besos también son malos para el bebé? —preguntó molesta—. Si la mamá está contenta y feliz, el bebé también, ¿sabes? —dijo intentando llevarle a su terreno y conseguir lo que ella deseaba—. Tienes que darme lo que necesito para que mi cuerpo y el *alien* no sufran por las carencias. Y lo que más deseo en el mundo ahora mismo es sexo. Y chocolate.

—Buen sustituto. —Sonrió él, acariciándole la garganta a Rebeca.

—Ni hablar, Derek. El chocolate es porque necesito glucosa, pero no puede sustituir al sexo. ¿Qué quieres que haga? Mayra dice que es porque lleva tus genes de *machomen*.

—¿Te has hecho ya alguna ecografía? —preguntó este ignorándola. Bajó sus manos del cuello de Rebeca y las centró en la lisa barriga de ella, acariciándola con ternura.

—Sí. Una vaginal para confirmar el embarazo. Lo que quiere decir que si me han metido una sonda por ahí... Tú también puedes meterme «tu sonda». —Miró el cuerpo desnudo de Derek y comprobó con alegría que su miembro permanecía erecto—. ¡Oh, Dios! Pero si todavía la tienes dura. ¿Ves? Lo deseas tanto como yo. ¿Por qué no darnos el capricho de hacerlo? —Lo tentó de nuevo apretándose contra él—. Además, no puedo quedarme embarazada más de lo que ya estoy.

—¿Cuándo tienes que hacerte la próxima ecografía? —Derek continuaba ignorando sus insinuaciones. Dio un paso atrás para alejarse del roce del cuerpo de Rebeca contra su erección. Aquello le estaba matando, pero tenía que intentar por todos los medios posibles mantenerse en sus trece.

—Estoy de nueve semanas —refunfuñó ella al ver que se alejaba—. La siguiente

será a las doce semanas.

—Bien —contestó Derek, apoyándose en la pared y cruzándose de brazos para reforzar su postura de no tener sexo con Rebeca—. Hasta que no te hagas esa ecografía y nos confirmen que todo está bien, no haremos el amor.

Rebeca se plantó frente a él echando chispas por los ojos.

—Eso no te lo crees ni tú. ¡Ja! —le soltó molesta—. No pienso estar tres semanas sin follar. Ya he pasado estas tres últimas así y casi me vuelvo loca. ¡No! ¡Ni hablar! —gritó Rebeca agarrándole el pene con la mano—. Si yo te pertenezco, tú me perteneces. Lo que quiere decir que esto es mío.

—No es negociable, mi amor. No pondré en peligro la vida de mi hijo. —Derek le cogió la mano y la obligó a soltarle el duro miembro—. Los tres primeros meses hay riesgo de aborto, ¿no? Pues hasta que no hayas superado ese tiempo, nada de sexo.



Capítulo 41

Cuando Derek salió del cuarto vestido únicamente con un bóxer y una camiseta de tirantes, encontró a Rebeca rebuscando en los bolsillos de sus vaqueros. Seguramente estaría buscando la llave para poder abrir la puerta de casa y escapar. Pero Derek lo había intuido y la tenía a buen recaudo en otro lugar. Se acercó sigilosamente por detrás y le dijo:

—Si buscas la llave, no la encontrarás ahí. La he cambiado de sitio.

—Mierda, Derek. —Ella dio un respingo sobresaltada. No le había oído acercarse —. Abre la maldita puerta. No me gusta estar encerrada y mucho menos con alguien que no me va a satisfacer sexualmente —le pinchó de nuevo.

—¿Y dejarte libre para que cometes alguna estupidez? —Sonrió negando con la cabeza—. No, cielo, no. Y se acabó ya el tema. No quiero volver a hablar de ello. Lo hemos dejado bien claro —contestó, metiéndose en la cocina.

Rebeca le siguió enfadada.

—Lo tendrás claro tú, porque yo... No pienso renunciar.

Derek la ignoró y comenzó a preparar la cena. Rebeca se dejó caer, abatida, en una silla al lado de la mesa, pensando cómo podía conseguir lo que se proponía. Derek le había dicho que podía tenerla allí toda la semana, sin salir de casa para nada puesto que la nevera estaba llena de comida, ella tenía todas sus pertenencias en el *trolley* y él no necesitaba ir a comprar nada. ¿Qué podía hacer para una de dos, o que Derek la dejara salir a la calle o que le diera el sexo que le pedía a gritos?

«Piensa, Rebeca, piensa», se dijo a sí misma.

Comenzó a reírse cuando descubrió lo que podía funcionar. Derek se giró al oír su refrescante risa y la miró extrañado. Se levantó de la silla y, sin decir nada, salió de la

cocina camino de la habitación.

Derek continuó preparando el pescado y la ensalada para cenar. ¡Iba a ser padre! ¡Menudo notición! Nunca hubiera pensado que eso era lo que Rebeca le ocultaba. ¡Terca mujer! Su corazón comenzó a latir con más fuerza al saber que un bebé, su bebé, crecía en el interior del vientre de la mujer que amaba. ¿Cómo sería? ¿Tendría sus ojos azules o los preciosos y expresivos ojos castaños de Rebeca? El pelo sería negro, indudablemente. Ambos eran morenos. Aunque Rebeca tenía unos ligeros reflejos marrones en su corta melena, más como el color del chocolate. ¡Chocolate! Ella había dicho que necesitaba comerlo a menudo. Dejó lo que estaba haciendo y rebuscó en los armarios de la cocina. Estaba seguro de que tenía una o dos cajas de bombones en algún sitio. Él era un poco goloso y, de vez en cuando, le gustaba comerlos.

Volvió a pensar en su hijo. ¿Sería niño o niña?

«¡Bah! ¡Qué más da! Lo importante es que nazca bien. Y que lo haga dentro del matrimonio», pensó.

Para él era una cuestión de vital importancia. Se pasaba la vida viajando de un lado para otro. Si le sucediera cualquier cosa... Rebeca y el bebé estarían cubiertos bajo la legalidad del matrimonio. Todo lo suyo, todas sus pertenencias, sus bienes, todo su dinero, quedaría para ellos.

«Tengo que seguir insistiendo en esto», se dijo a sí mismo justo cuando encontró una caja de bombones.

Se giró para salir de la cocina y llevársela a Rebeca por si le apetecía comer uno o dos mientras esperaba que la cena estuviera lista. Se le cayó al suelo al quedarse asombrado cuando vio frente a él a Rebeca completamente desnuda.

—¿Qué haces así? Ponte... Ponte algo encima —le ordenó casi atragantándose con su propia saliva mientras se agachaba para recoger los bombones desparramados por el suelo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para apartar la vista de los pechos y los rizos púbicos de ella.

—Hace calor, amor mío —ronroneó ella.

—¿Me estás provocando? ¿Tratas de calentarme para que baje la guardia y te folle?

Derek sabía demasiado bien cuál era el juego de Rebeca.

—¿Estoy teniendo éxito? —preguntó ella al tiempo que se ponía en cuclillas ante él para ayudarlo a recoger los bombones y Derek soltaba un gruñido al ver su sexo abierto y expuesto en esa posición.

Ella le miró la entrepierna. Su erección luchaba contra el bóxer en un intento desesperado por salir de su cautiverio. Comenzó a reírse.

—Vaya... Creo que sí.

Alargó una mano para tocarle, pero Derek la detuvo cogiéndola de la muñeca y

con una fiera mirada, le dijo:

—Aunque me vuelvas loco paseándote desnuda por toda la casa, no lo vas a conseguir.

—¡Oh, vamos! En la revista de embarazadas dice que podemos hacerlo sin problemas —intentó convencerle ella otra vez.

—Me da igual lo que ponga en esas revistas —replicó apartando la mirada de ella, de su cuerpo desnudo y de su sexo tentador—. Hasta que un médico me asegure que el bebé está bien y no va a sufrir ningún daño... Nada de nada. Así que haz el favor de ir a vestirte. Por las noches refresca y no quiero que cojas un catarro.

Derek se levantó con la caja de bombones en la mano y la colocó sobre la mesa. Con el poco autocontrol que le quedaba, se dio la vuelta para no seguir mirando el maravilloso cuerpo desnudo de Rebeca e intentó concentrarse en terminar de hacer la cena.

Rebeca sabía que solo tenía que seguir insistiendo. Tarde o temprano, él acabaría claudicando y rindiéndose ante ella. Por eso, se sentó en la silla, con las piernas bien abiertas para que Derek pudiera contemplarla en todo su esplendor. Tranquilamente se puso a comer bombones mientras emitía pequeños gemidos de placer. Estaban realmente buenos.

—¿De dónde son estos chocolates? Mmm, están deliciosos. —Jadeó a propósito—. ¡Qué gusto, por Dios! Me comería la caja entera. Mmm.

—Los compré en Suiza. Son de los mejores. Puedes comer todos los que quieras. Tengo otra caja más —explicó él sin volverse a mirarla.

Derek sabía que si sus ojos se encontraban otra vez con su glorioso cuerpo desnudo, no lo soportaría y acabaría sucumbiendo al placer carnal que Rebeca le estaba pidiendo a gritos.

Ella continuó comiendo los bombones y gimiendo cada vez con más frecuencia para ver si conseguía alterar a Derek más de lo que ya estaba. Pero como él seguía ignorándola, se levantó de la silla, con varios bombones en la mano y se acercó por detrás. Le agarró de la cintura y le besó en un hombro. Poniéndose de puntillas, le susurró en el oído y a Derek su cálido aliento le hizo cosquillas.

—Me muero de ganas de que me llenes de chocolate los pezones, el ombligo, mi sexo... y luego me lamas toda entera.

—No me tortures, cielo —suplicó él con su autocontrol resquebrajándose poco a poco.

—Eres tú quien me tortura a mí.

Derek se giró y vio a Rebeca con la mano llena del chocolate derretido. Ella se restregó uno de los pezones, hizo lo mismo contra su boca. Él la agarró por las caderas y la atrajo más hacia el borde para acercarla a su cuerpo. Lamió sus labios, dulces por los bombones, y cuando se los hubo limpiado, centró su atención en el

pezón de Rebeca. Se relamió antes de acercarse a él y comenzar a chupar.

—Despacio —dijo Rebeca—. Con cuidado.

En el mismo momento que Derek cubrió con su boca la tierna punta de su pecho, Rebeca jadeó y sintió cómo todo el calor de su cuerpo se concentraba en su húmedo sexo. Necesitaba más, mucho más. Le necesitaba a él dentro. Enterrado en lo más profundo de su cuerpo.

—Dejaré que me ates y me vendas los ojos... si a cambio... me follas —le prometió ella con el pulso latiendo en sus sienes a mil por hora.

—No —contestó Derek contra su pecho.

Derek continuó succionando el pequeño brote endurecido de su seno, lamiendo con delicadeza y arañándolo con sus dientes. Mientras, Rebeca se aferraba a su cabello y presionaba contra ella para que Derek no pudiera escapar de su cuerpo. Le rodeó con las piernas la cintura y cogió sus manos, que él tenía puestas en sus caderas. Las llevó por todo su cuerpo obligándole así a acariciarla. Cuando se acercó peligrosamente a su mojado sexo, Derek retiró las manos gruñendo. No iba a darle lo que ella quería. A no ser que...

—¿Estás a punto? ¿Llegarás a correrte sólo con esto? —quiso saber él.

—No... No lo creo. Necesito más.

—Puedo comértelo. Puedo hacer que tengas un maravilloso orgasmo solo con mi boca —dijo Derek mirándola y sonriendo.

—Sí... Por favor... —pidió ella con la sangre corriendo enloquecida por su cuerpo, quemándola entera, el corazón desbocado y la respiración errática.

—Pero tienes que prometerme una cosa.

Derek rozó con su pulgar el hinchado clítoris de Rebeca y ella jadeó por el delicioso contacto.

—Lo que quieras. Haré lo que quieras —prometió ella.

Él le dirigió una sonrisa ladina antes de hablar.

—Prométeme... que te casarás conmigo.

—¡Ay, Dios, qué plasta eres! —le contestó Rebeca—. Estás volviendo el juego en mi contra.

Derek se encogió de hombros y puso cara de no haber roto nunca un plato.

—Es eso o nada, princesa. Lo tomas o lo dejas. Tú verás.

—Nunca hubiera creído que tú —replicó Rebeca sonriendo—, precisamente tú, insistieras en casarte. De todos los hombres del mundo... Tenías que ser tú.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Derek sacudió la cabeza y apartó la mano del sensible clítoris de Rebeca. Ella gruñó al sentirse abandonada—. Te amo, Rebeca. Y

quiero estar contigo el resto de mi vida. —Clavó su azul mirada en los castaños ojos de ella, que brillaban por la excitación del momento—. Quiero crear una familia contigo. Este niño que está en camino será solo el primero de los que faltan por venir. El matrimonio es el mayor compromiso que puedas adquirir con una persona, no es solo firmar un papel y ya está. Nos unirá más. Todo lo mío, será tuyo. Y de nuestros hijos.

—A mí no me hace falta firmar un papel ni casarme contigo para sentirme comprometida —replicó ella agarrándole de la cintura para volver a ponerle entre sus piernas abiertas sobre la encimera de la cocina—. Eso se lleva dentro, Derek. Se siente. Y yo lo siento, cariño. Por eso no es necesario que nos casemos. Los niños pueden venir igual, aunque no estemos casados.

Le agarró de la nuca y cubrió su boca con sus labios para besarle. Le lamió la comisura de los mismos y succionó el inferior, mordiendo la cálida carne. Derek gimió en su boca y ahogó en ella sus sonidos. La abrazó con fuerza. Quería estar dentro de Rebeca, sintiendo el éxtasis que solo alcanzaba con ella. Pero aún deseaba más que se convirtiera en su esposa.

—Cásate conmigo —murmuró él pegado a su boca—. Además de todo lo que te he dicho, también es porque tengo miedo de que si me sucediera algo... —Se alejó un momento de esos labios que sabían a chocolate para continuar—. Me paso la vida viajando de un lado para otro y si me ocurriese algo, nuestro hijo y tú estaríais cubiertos bajo la legalidad del matrimonio. Tengo varias posesiones en Londres y aquí... Tengo una pequeña fortuna que he ido amasando todos estos años de trabajo sin descanso y no quiero que os quedéis sin nada si me pasara alguna cosa...

—Pero, Derek, ¿qué te va a pasar? —dijo ella sonriéndole—. Acabas de cumplir treinta y tres años. Eres muy joven para pensar en la muerte. Y los aviones son seguros. ¡Vamos! No va a ocurrirte nada malo.

—En esta vida no hay nada seguro. Un minuto estás bien y al siguiente... —Sacudió la cabeza negando. Cogió la cara de Rebeca entre sus manos, acunándola, y añadió—. Escucha, cielo. Nunca me había parado a pensar en estas cosas, pero desde que estoy contigo... Y sobre todo desde que sé que voy a ser padre... —Clavó su mirada en los ojos de ella—. Quiero hacerlo bien. Y quiero hacerlo así. Cásate conmigo, Rebeca. Solo tienes que decir «Sí». No es tan difícil.

Rebeca apoyó la frente en su hombro. Estaba cansada de ese tema. Si pudiese convencerle de que no era necesario firmar ningún papel... y de que no iba a pasarle nada malo. No entendía su miedo. Y nunca creyó que Derek tuviese miedo de algo. Se le veía siempre tan seguro de sí mismo. Tan fuerte. Tan arrogante. Recorrió con sus labios la clavícula del hombre que amaba y al llegar al lóbulo de su oreja, lo cogió con los dientes y tiró de él.

—Hazme el amor. Lento. Despacio. Sé tierno y delicado. Al bebé no le pasará nada. Te lo prometo —insistió de nuevo.

—Lo haré... Cuando me digas que te convertirás en la señora Mason —prometió

él sin dar su brazo a torcer.

Rebeca resopló distanciándose de su cuerpo.

—¡Oh, Dios! Como cada vez que esté embarazada me cueste tanto llevarte a la cama, creo que nos vamos a quedar con este niño y ya está.

Él sonrió y le acarició el óvalo de la cara.

—Eres muy terca, mi vida. ¿Por qué estás tan en contra del matrimonio? Tienes a tu alrededor personas casadas o a punto de estarlo y míralos, tan felices. ¿No quieres lo mismo para ti? ¿Para nosotros? —quiso saber Derek mirándola fijamente a los ojos.

—No envidio a los demás —replicó ella vehemente—. Me alegro por ellos cuando son felices y me entristezco si les ocurre alguna desgracia o tienen algún problema. Pero no me casaré porque los demás lo hagan o porque quiera tener lo que tienen ellos. No soy envidiosa. Y yo no estoy en contra del matrimonio —dijo levantando las manos como si fueran una ofrenda de paz—. Es solo que... No me gustaría equivocarme. No me gustaría... perder. También conozco a mucha gente divorciada que lo han pasado francamente mal y...

—¿Crees que te equivocas casándote conmigo? —le preguntó Derek ofendido—. No me quieres lo suficiente. Eso es, ¿verdad? O piensas que yo no te quiero tanto como digo. No me crees cuando te digo que estaré siempre a tu lado, amándote.

Se separó de ella enfadado. Salió de la cocina y, cuando regresó, traía una camiseta y unas braguitas. Se las lanzó a Rebeca, que las cogió al vuelo.

—Vístete —le ordenó con furia—. La cena ya está.



Capítulo 42

Cenaron en silencio. Rebeca no habló porque no quería continuar con ese tema y, además, veía a Derek muy enfadado por sus negativas ante tal oferta. Cuando terminaron, ella se dirigió a la cama esperando que Derek la siguiera. Pero cuando se quedó dormida, él aún no había aparecido por la habitación.

A la mañana siguiente, Derek no estaba cuando despertó. Le llamó al móvil, pero no se lo cogió.

«Bien», pensó Rebeca, «empezamos el día enfadados».

Al pasar por delante de la puerta de casa para ir a la cocina, comprobó que esta seguía cerrada con llave. Maldijo a Derek. Se había largado a Dios sabe dónde y la había dejado encerrada en el apartamento.

Una hora más tarde llegó Derek sudoroso. Al parecer había estado corriendo por la playa. Encontró a Rebeca tumbada en el sofá, escuchando música, y se deleitó con las dulces curvas de sus pechos que asomaban por el escote de la camiseta que llevaba. Ella se lo quedó mirando en silencio y él, sin decir nada, se dirigió hacia el baño para ducharse.

Rebeca frunció el ceño y se mordió el labio inferior planeando sus siguientes pasos.

—Te he llamado al móvil —dijo metiéndose en la ducha con él.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Derek sorprendido, girándose hacia ella.

Estaba gloriosamente desnuda a su lado. Sus rosadas areolas con sus tiernos

pezones apuntaban hacia él, incitándole a lamerlos. Bajó la vista hasta su sexo y se encontró con los maravillosos rizos oscuros, tan suaves... Su miembro le recordó la dicha que sentía al enterrarse en aquella caliente hendidura.

—Voy a ducharme contigo —dijo ella sonriendo juguetona—. Hay que ahorrar agua, cariño.

Recorrió con sus castaños ojos el cuerpo desnudo de Derek, admirando como siempre su fuerte torso, sus delineados abdominales, la musculatura de sus bíceps y sus largas piernas. Centró su atención en el potente y endurecido pene.

—Veo que te alegras de verme. —Arqueó una ceja—. Al menos, una parte de ti se alegra. La más sincera.

Alargó la mano y cubrió con ella el aterciopelado mástil. Derek la asió por la muñeca con fuerza.

—No, princesa. Ahora no quiero —negó con tono duro.

—Pues yo diría que sí. Viendo cómo estás...

—He dicho que no. Sal de la ducha, por favor.

Derek consiguió que Rebeca le soltara el pene y se volvió para seguir duchándose. Ella hervía de rabia y frustración. ¡Maldito cabezota! Al bebé no iba a pasarle nada porque mantuvieran relaciones sexuales. Enfadada, salió de la ducha, pero no se vistió. El cuerpo de Derek reaccionaba ante el suyo. No le daría el placer del descanso. Le torturaría todavía más.

Comenzó a sonar su móvil. Miró la pantalla y vio con alegría que era Mayra.

—Holaaaa. ¿Cómo está la mami más guapa de la Tierra? —la saludó su hermana.

—De muy mala leche —contestó Rebeca.

—¡Uy! ¿Qué te ha pasado?

—Que Derek no quiere follar conmigo y estoy... estoy que me subo por las paredes —dijo entre dientes intentando controlar su enfado.

Mayra comenzó a reírse.

—A ver, cuenta.

—Le he dicho lo del *alien*. —Empezó a hablar Rebeca, pero su hermana la cortó.

—¡Guayyyy! ¿Cómo se lo ha tomado? Bien, supongo.

—Demasiado bien. Se lo ha tomado tan estupendamente que no quiere que hagamos el amor por miedo a dañar al *alien* —comentó con sarcasmo.

Rebeca pasó a relatarle a su hermana las últimas veinticuatro horas. Cómo Derek, a base de negarle el orgasmo, había conseguido que ella le confesara lo que le ocultaba. Le contó la insistencia de este respecto al tema del matrimonio y el posterior enfado por su negativa. Mayra, entre risas, intentó convencer a su hermana

de que aceptara casarse con él, pero Rebeca se negaba una y otra vez.

—Yo no digo que no me vaya a casar nunca, Mayra —se sinceró con ella—. Es que ahora es pronto. Solo hace cuatro meses que nos hemos vuelto a encontrar y... además, él se pasa media vida de viaje. Nunca íbamos a poder estar juntos el tiempo suficiente para hacer que funcionara. Tarde o temprano, la distancia destruiría nuestro amor.

—¡Bah! Eso son excusas tontas —soltó Mayra al otro lado de la línea telefónica—. No tiene por qué pasarte lo que estás diciendo. Además, Derek le dijo a Trent que pensaba ralentizar su ritmo de trabajo para poder estar más tiempo contigo cuando vivieseis juntos. Así que supongo que ahora que sabe que va a ser padre, y como se preocupa tanto por su futuro hijo, hará lo imposible para no perderse nada de la vida de ese niño.

Rebeca se quedó pensativa unos segundos, meditando las palabras de su hermana.

—Tienes razón. —Suspiró largamente—. No había pensado en eso. Pero aun así, sigo creyendo que es demasiado pronto para casarnos. ¿Por qué no puede esperar a que nazca el *alien*? Quizá dentro de un año o dos... —Miró hacia la ducha donde, a través de la mampara de cristal opaco, Derek continuaba duchándose y enterándose de todo—. Total, si vamos a vivir juntos, es como si estuviésemos casados. Pero ¿sabes qué es lo que más me jode? Que no quiera hacer el amor conmigo. Con lo que lo necesito en estos momentos... —Su voz sonó lastimosa para darle pena a su hombre.

—Bueno, eso demuestra que tiene una fuerza de voluntad a prueba de bombas —dijo Mayra riéndose.

—¡Y tanto! Fíjate que me paseo desnuda por toda la casa para excitarle y, aun consiguiéndolo, nada —se quejó—. Eso sí. Me tiene secuestrada. Ha cerrado la puerta con llave y no sé dónde la ha escondido. Dice que hasta que no le diga que voy a ser la señora Mason, no me dejará salir.

Mayra se desternillaba de risa. Varias lágrimas rodaban por sus mejillas por el momento tan divertido que estaba pasando escuchando a su hermana por teléfono.

Rebeca se levantó de donde estaba sentada y salió del baño para ir hacia la habitación y vestirse. ¿O no? ¿Qué debía hacer? ¿Continuar paseándose desnuda por la casa hasta conseguir minar la paciencia y el autocontrol de Derek? ¿O dejarlo ya?

—¡Deja ya de reírte, petarda! —le soltó Rebeca molesta.

—Es que... Es tan divertido. Adoro a mi cuñado. Es tan ingenioso...

—Pues yo me cago en la madre que lo parió... —murmuró Rebeca furiosa.

—¡Oye! ¡Qué estás hablando de mi suegra! Y de la tuya... —continuó riéndose Mayra—. Vaya dos. Menudas escenas que os montáis. Derek todo el día duro y tú en bolas y cachonda. ¡Me parto!

Rebeca cogió un vestido de florecillas azules y dudó si ponérselo o no.

—Sí, sí, riéte, capulla. Verás cuando estés preñada y a Trent le dé por volverse súper protector y se niegue a follarte. —Dejó el vestido sobre la cama y salió de la habitación para irse al salón y sentarse en el sofá. Totalmente desnuda.

—Bueno, entonces aprovecharé a tirármelo ahora, por lo que pueda pasar...

Continuaron contando sus confidencias y a Rebeca, poco a poco y gracias a las risas compartidas con su hermana, se le fue pasando el mal humor. Se despidieron hasta dentro de unas pocas horas. Después de comer, Trent y Mayra aterrizarían en la isla y Rebeca esperaba que Derek la dejara salir de casa para pasar la tarde con los futuros novios.

Derek había oído toda la conversación telefónica de Rebeca. Se alegró al escucharla decir que no se negaba en rotundo a la idea del matrimonio, que solo quería esperar un poco más, pero a él le parecía una idiotez hacerlo.

«Si continúo presionándola, acabará por decirme que sí», pensó en ese momento.

Se secó con la toalla y contempló su reflejo en el espejo. La ducha no le había servido de nada. Seguía teniendo el miembro tan duro que le dolía.

Oyó cómo sonaba de nuevo el móvil de Rebeca y que esta vez hablaba con Kim. También le relató lo sucedido y ella, al igual que Mayra, la animó para casarse con Derek y se murió de risa al oír todo lo referente al tema sexual.

—Dile al cavernícola de mi hermano que se ponga, anda, que voy a tener unas palabritas con él. De médico a papá histérico —le dijo su amiga inglesa.

—No sé si te hará mucho caso, Kim —soltó ella abatida—. Tú eres cirujano plástico, no ginecóloga.

—Bueno, tú dile que se ponga.

Rebeca se levantó del sofá y, al girarse para ir a buscar a Derek, se encontró con este apoyado en el marco de la puerta vestido únicamente con un pantalón corto de chándal. Estaba irresistible. Como siempre. Se acercó a él, mordiéndose el labio y deleitándose con su musculoso pecho.

—¿Espionando las conversaciones ajenas? —preguntó al tenderle el móvil—. Tu hermana quiere hablar contigo. Como médico.

Derek cogió el teléfono y se lo colocó en la oreja sin apartar los ojos de la maravillosa vista que ofrecía el cuerpo desnudo de Rebeca. Esta se apoyó en la pared frente a él para escuchar todo lo que Kim le decía, sabiendo que no iba a convencerle de que tuvieran sexo. Como así fue. Cuando Derek colgó el teléfono, todo seguía igual.

—Haz el favor de vestirte. No me lo pongas más difícil. —Le lanzó una mirada

suplicante.

—¿Difícil? —Se rio ella sarcástica—. Para mí sí que es difícil tenerte tan cerca, sabiendo el placer que me das, y no poder hacer nada. ¡Nada, Derek! —le gritó molesta—. Y tú dices que para ti es difícil...

Derek se aproximó a ella en dos zancadas y poniendo las manos contra la pared donde estaba apoyada, la acorraló.

—No te imaginas la lucha interior que tengo —confesó a escasos centímetros de la boca de Rebeca—. Estoy tan duro que me duele la polla. Ardo en deseos de penetrarte y hacerte gritar mi nombre cuando te corras. —Restregó su potente erección contra el vientre de ella—. Y llenarte otra vez con mi semilla, una y otra vez, cielo. Sin parar. Sin descanso. Todo el día y toda la noche. Sabes que no me basta con tener una noche contigo. Sabes que quiero todas las demás.

A Rebeca se le aceleró el corazón por las palabras de Derek y su sexo se mojó todavía más. La sangre martilleaba en sus sienes y la exquisita calidez del cuerpo de su hombre la invadía teniéndolo tan cerca. Cogió una de las manos de Derek y la llevó hasta su hendidura presionando contra ella, cubriéndola por completo.

—Derek... —gimió y su aliento le acarició los labios a su hombre, haciéndole estremecer—. Mira cómo estoy... Empapada por ti. Por favor...

Él acarició el largo de su hendidura con un dedo mientras con el resto de la mano presionaba contra ella. Rebeca empezó a jadear. Le agarraba fuertemente de la muñeca para que no pudiese retirar su caliente mano, mientras le miraba a los ojos, suplicándole que le hiciera el amor.

—Ten paciencia —pidió él con un ronco gemido. Tenía que ser fuerte. Debía resistir la tentación que suponía el cuerpo de ella—. Solo serán tres semanas. Hasta que te hagas la ecografía y nos confirmen que todo está bien. Cuando hayamos hablado con el médico, si nos da el visto bueno, te prometo que te haré el amor día y noche hasta que nazca nuestro hijo... Pero, por favor, no compliques más las cosas.

Se distanció de ella con gran pesar. Era tan hermosa... Con mucho gusto le daría lo que ella le pedía, pero primero quería asegurarse de que su futuro hijo no corría ningún peligro. Sabía que los tres primeros meses del embarazo había riesgo de aborto y Derek no quería hacer nada que pudiese provocarle uno a Rebeca.

—Me casaré contigo —dijo Rebeca a su espalda tratando de coaccionarle.

—Claro que lo harás. Pero no a cambio de sexo —soltó Derek volviéndose hacia ella.

—Te quiero, Derek. Y te deseo más que a nada en este mundo. —Rebeca se acercó a él con prisas y cuando llegó a su lado, se abrazó con fuerza al cuerpo de su hombre.

—Yo también te quiero, princesa. Pero ahora mi amor está repartido entre tú... y él. O ella. —Posó con delicadeza su cálida mano en el vientre de Rebeca—. ¿Cuándo

sabremos qué va a ser?

—Yo ya sé qué va a ser —dijo Rebeca sonriendo, mientras se perdía en los azules ojos de Derek—. Va a ser un *alien*.

Él sonrió tiernamente.

—Hablo en serio, tonta. —Acarició con adoración su inexistente barriguita.

—Cuando esté de veinte semanas. Si se deja ver.

—¿Cómo lo estás llevando? ¿Tienes náuseas? Vómitos he comprobado que no.

—Al principio sí tuve. Fue así como me di cuenta de que estaba embarazada y me hice los análisis —le contó ella todavía pegada a su cuerpo—. Trent y Mayra estaban conmigo en ese momento y no veas lo contentísimo que se puso tu hermano.

—Ya me lo imagino —dijo Derek con pena por haberse perdido ese mágico momento, pero alegre al mismo tiempo porque su hermano lo hubiera vivido por él, aunque el bebé no era suyo—. A los dos nos encantan los niños. Sin embargo, Kim... No le van mucho.

—Ya lo sé. Le dan repelús. Aunque se alegró mucho cuando le di la noticia.

Derek se acercó a ella y la abrazó sintiendo la tibieza de su piel. El vello de su torso le hizo cosquillas a Rebeca en los pezones y empezó a reír. Le contó a Derek muchas cosas sobre el embarazo. Cómo había pasado las primeras semanas y todo lo que les esperaba. Pruebas médicas, cómo iba a crecer el bebé en su vientre... Se sentaron en el sofá y, juntos, comenzaron a ver las revistas de premamá que Rebeca tenía.

—No me extraña que le llames *alien* —dijo Derek mirando una foto de un feto de nueve semanas, exactamente de las que estaba Rebeca embarazada ahora—. Míralo. Es igualito. ¿Cómo le vamos a llamar?

—Bueno... Habrá que esperar hasta que sepamos el sexo, ¿no? No hay prisa.

—Rebeca Mason —contestó él.

—¿Otra vez vas a empezar con el rollo del casamiento? —preguntó ella al oír su nombre junto con el apellido de Derek.

—No... Estaba pensando en un nombre para el bebé, en el caso de que sea niña.

—¿Quieres que se llame como yo? —preguntó ella sorprendida.

Derek asintió mientras contestaba.

—Quiero que, algún día, una Rebeca vuelva loco a un hombre, igual que haces tú conmigo. —Dejó la revista sobre una mesita cercana y se inclinó hacia Rebeca. Le besó los labios dulcemente.

—Si es niño, le pondremos Derek —comenzó a decir Rebeca, agarrándole de la nuca para atraerle más hacia ella—. Para que haya otro Derek Mason que haga mojar las bragas de las chicas con su maravillosa sonrisa.

—Cásate conmigo, Rebeca.
—Fóllame primero —exigió ella.
—Cabezota —replicó él.
—Pesado.



Capítulo 43

Salieron a comer con los padres de Derek y de Rebeca. Esta le advirtió que no sabían nada del embarazo y que quería esperar hasta después de la boda para decírselo. Derek no estaba de acuerdo. Quería pregonar a los cuatro vientos que la mujer que amaba estaba esperando un hijo suyo. Pero finalmente optó por obedecer a Rebeca para no tener otro enfado.

La madre de Rebeca no paró de hablar en toda la comida. Estaba encantada de que sus dos hijas estuvieran emparejadas con los hermanos Mason. El padre se mantuvo en un discreto segundo plano, cediéndole a su esposa toda la atención del resto de comensales. Los padres de Derek, al principio, se sorprendieron de que una persona pudiese hablar tanto sin pararse a penas a respirar. Luego se acostumbraron.

Por la tarde hicieron una excursión a La Orotava, Icod de los Vinos y Garachico, para que los padres de Rebeca conocieran esa parte del norte de Tenerife.

Cuando regresaron a Puerto de la Cruz, Trent y Mayra ya estaban en el chalet de la familia Mason. Las hermanas se abrazaron cariñosamente y Mayra expresó su deseo de celebrar la *libertad* de Rebeca. Quedaron para cenar juntos en un restaurante del Paseo de San Telmo y después ir a bailar un poco a alguno de los pubs que había por allí cerca.

—Quiero hacer un brindis por mi futuro hijo —dijo Derek con una copa de vino en la mano antes de empezar a cenar—. Y por mi futura esposa. —Sonrió a Rebeca.

—¡Qué pesadito eres! De verdad... —bufó ella, poniendo los ojos en blanco.

—¿Por qué no quieres convertirte en mi cuñada? —le preguntó Trent sentado a su lado.

—¡Pero si ya lo voy a ser! —respondió Rebeca—. Vas a casarte con la petarda de mi hermana...

—Ya. Pero si te casas con Derek, lo serías por partida doble —dijo Trent tratando de convencerla—. Y además también lo serías de Kim.

—¡Qué horror! Ser la cuñada de los mellizos diabólicos...

—Veeengaaa, dile que sí a mi hermano.

—Le diré que sí cuando todos dejéis de darme el coñazo con el tema —contestó ella sonriendo maliciosamente.

Derek, a su lado, le acariciaba la mano con ternura. Sabía que pronto, muy pronto, la convencería.

Terminada la cena fueron a bailar y más tarde paseaban por la playa comentando cosas del embarazo, la boda y la luna de miel de Trent y Mayra. Una hora después, los cuatro se despidieron hasta el día siguiente.

Cuando Rebeca se encaminó hacia el edificio de apartamentos donde Derek tenía el suyo, este tiró de su mano para modificar el rumbo de sus pasos y, de nuevo, se dirigieron hacia la playa. Pasearon por el paseo marítimo en silencio. Rebeca sabía que algo iba a suceder. Derek estaba demasiado callado, algo inusual en él. Además, le apretaba la mano con tanta fuerza que creyó que se le iba a cortar la circulación sanguínea en esa parte de su cuerpo.

De repente Derek se paró, obligando a Rebeca a detenerse también. Se colocó frente a ella mirándola a los ojos. La suave brisa marina revolvía el pelo de Rebeca y Derek, tras una tierna caricia en su mejilla, cogió un mechón para ponérselo detrás de la oreja.

—Te ha crecido el pelo en estos meses —comenzó a decir—. Me gusta. Estás increíblemente bella en este momento. Con la luna llena a tu espalda y su suave resplandor acariciando tu piel.

Se inclinó hacia ella y la besó en los labios. Fue un beso corto, sutil, pero cargado de amor.

—Esta mañana me dijiste que me habías llamado al móvil cuando salí a correr y no te lo había cogido —continuó hablando Derek—. Estaba ocupado... comprando esto.

Sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña caja de terciopelo negro, con letras doradas en la tapa indicando el nombre de la joyería.

A Rebeca casi le da una apoplejía cuando vio la caja. Sabía perfectamente lo que contenía.

Derek cogió una de sus manos y depositó la pequeña caja negra en su palma.

—Oh, Dios... —susurró Rebeca—. Derek no...

—No digas nada, por favor —la interrumpió él—. Cada vez que te niegas, me destrozas el alma, pero aun así, mientras tenga una oportunidad lo seguiré intentando. Seguiré pidiéndote que te cases conmigo una y otra vez porque te amo, mi vida —confesó clavando sus ojos en los de ella—. El amor es, sin duda, el más maravilloso de los sentimientos y yo lo he descubierto contigo. Te he dicho varias veces que no quiero a la persona más bonita del mundo, sino a la que hace que mi mundo sea más

bonito y mejor. Y sabes que esa persona eres tú. Acepta este anillo —pidió abriendo la caja— como prueba de mi amor. Como prueba de la vida que quiero compartir contigo y con nuestro hijo. Quiero caminar cada día contigo de la mano y cumplir nuestros sueños juntos. Quiero compartir sonrisas y lágrimas contigo. Que seas mi compañera. Mi amiga. Mi amante. Mi mujer. Lo quiero todo. Y lo quiero contigo, amor mío. Por eso —sacó el anillo de la caja y comenzó a colocárselo en el dedo a Rebeca—, te pido otra vez que seas mi esposa. Cásate conmigo, Rebeca.

Ella contempló la impresionante alianza de oro blanco con zafiros incrustados que Derek le había puesto en el dedo. Era un anillo precioso. Su corazón latía tan fuertemente que creyó que se le saldría del pecho. Era un momento mágico. En un entorno paradisíaco. Con la luna como testigo y el mar susurrando al compás de las palabras de amor de Derek.

Pero seguía sin estar segura de que casarse fuera la opción correcta para compartir su vida con él.

—Yo... —comenzó a decir ella—. Te quiero. Pero una vez más siento que ahora no es el mejor momento y... tengo que decirte que no.

—Mira que eres cabezota —contestó él sonriendo amargamente—. Dices que me quieres, pero no quieres vivir nada de lo que te he dicho.

Ella le agarró de las dos manos y, sin dejar de mirarle a los ojos, continuó con su alegato.

—Derek, sí quiero todo lo que me has prometido. Estar contigo cada día, criar juntos a nuestro hijo... Es solo que... El matrimonio, a veces, no es la solución. Pero lo que realmente importa es que te quiero. Y no necesito casarme contigo para demostrártelo.

—Bueno, pues yo sí necesito que te cases conmigo para demostrarme tu amor. Por favor, Rebeca...

Derek cogió la cara de ella entre sus manos y la besó. Hundió los dedos en su pelo y acariciando suavemente su cabeza, profundizó el beso. Rebeca se agarró a sus hombros para no perder el equilibrio. Derek mordisqueaba sus labios conteniéndose. La rabia y la furia por la nueva negativa de ella inundaban sus sentidos. Estaba desesperado. Ya no sabía de qué manera convencerla. Ni con bonitas palabras, ni con promesas de amor eterno, ni si quiera poniendo en su delicado dedo un anillo de zafiros.

—Si me dices que sí... Te haré el amor esta noche —murmuró tratando de convencerla.

—Eso es chantaje. Dijiste que no te casarías conmigo a cambio de sexo. Pues yo no pienso hacerlo tampoco —susurró ella contra sus labios.

—A veces hay que sacrificarse en beneficio de la persona amada —contestó Derek.

—¿Hacer el amor conmigo es sacrificarte? —preguntó ella indignada, separándose bruscamente de él—. ¡Maldita sea, Derek! Con eso que has dicho acabas de arruinar esta maravillosa noche.

—La noche la has destrozado tú con tu negativa a casarte conmigo —casi le gritó él.

—Sabías que te iba a decir que no otra vez —masculló Rebeca controlando su enfado—. ¿Por qué me lo has vuelto a pedir?

—¡Porque te quiero! —aulló Derek—. Y no descansaré hasta que me digas que sí. No perderé la esperanza de convertirte en mi mujer.

Rebeca comenzó a pasear de un lado a otro mientras sentía clavada en ella la dura mirada que Derek le dirigía en ese momento. Se miró la alianza de oro blanco y zafiros. Sentía un enorme peso con ella en el dedo. Le quemaba. Comenzó a hacerla girar mientras continuaba pensando la manera de hacerle comprender a Derek que no necesitaba casarse con él para sentirse comprometida y unida a él para siempre.

—No se te ocurra quitártela.

Oyó que le decía él con voz dura refiriéndose a la alianza. Se giró para mirarle. En su cara vio rabia, dolor, cansancio... Ella también estaba cansada de discutir por el mismo tema una y otra vez.

—Quiero irme a casa, Derek. Por favor. Estoy agotada y necesito... —Emitió un largo suspiro—. Necesito tranquilidad.

Al día siguiente y tras haber dormido separados, Derek en el sofá y Rebeca en la gran cama que dominaba la habitación, ella comprobó que la puerta del piso no estaba cerrada con llave. Desayunaron por separado también y Rebeca se vistió para salir a pasear por la playa y pensar.

Poco después vio pasar a Derek cerca de ella corriendo. Le llamó, pero él la ignoró. Continuaba enfadado. A lo lejos vio cómo un par de mujeres jóvenes que también corrían por la playa, al cruzarse con él, se dieron la vuelta y comenzaron a seguirle. Se pusieron a su altura en poco tiempo y empezaron a charlar con Derek animadamente. Cuando llegaron al final de la playa, subieron las escaleras que daban al paseo marítimo y los tres se sentaron en la terraza de una cafetería para tomar un refrigerio.

Rebeca sintió una punzada de celos. No le gustaba nada que Derek regalase sus sonrisas y su tiempo a otras mujeres.

«Quizá debería casarme con él para asegurarme de que es completamente mío», pensó.

Pero descartó la idea de inmediato. Una persona podía ser fiel o no estando casada y sin estarlo. El matrimonio no garantizaba la fidelidad. Recordó la historia de Mayra con su ex. Después de tres años de relación, su hermana se había enterado de que el hombre que amaba estaba casado y era padre de dos niños, lo cual no le había impedido serle infiel a su esposa y hacerle promesas vanas a Mayra. Esta había terminado con el corazón roto.

Hasta que llegó Trent y con su cariño, y grandes dosis de paciencia, había logrado conquistarla y hacerla creer de nuevo en el amor. Ahora Mayra era inmensamente feliz.

Rebeca miró de nuevo en la dirección donde estaba Derek con las dos mujeres, que se deshacían en carantoñas para ver quién de las dos lograba captar la atención del atractivo hombre y salir así vencedora.

Con rabia, pensó acercarse hasta ellos y montar una escena diciéndoles que ella era su novia. Que estaba esperando un hijo suyo. Pero se dio cuenta de que Derek, precisamente, era eso lo que pretendía con su actitud. Quería obligarla a declarar su amor delante de la gente y a que se comprometiera con él definitivamente por miedo a que se fuera con otra.

Esa misma rabia que sentía la obligó a dar media vuelta y volver al apartamento. No lo haría. No le daría a Derek el gusto de enfrentarse a nadie para defender su amor. Y menos a dos desconocidas que no supondrían más que un polvo de una noche. Aunque en este caso, Rebeca tenía una fe ciega en que Derek no se iría con ninguna de las dos. Solo estaba jugando con ella para presionarla y que le dijera que sí.

Para hacerle pagar su mal humor, recogió todas sus cosas y se marchó al hotel donde se alojaban sus padres. Por el camino, llamó a Mayra y le contó lo que había sucedido desde la última vez que se vieron la noche anterior. Esta volvió a insistir en que Rebeca se equivocaba negándose a casarse con Derek y le advirtió que con su actitud iba a conseguir que él se diera por vencido y la abandonase.

Cuando Derek llegó al piso y vio que Rebeca se había marchado, la llamó al móvil y nuevamente discutieron.

Por la tarde llegaron Peter y Kim a la isla. Las dos amigas se fundieron en un cariñoso abrazo y Rebeca le contó a Kim cómo estaban las cosas entre ella y Derek. Su amiga le dijo lo mismo que su hermana. El matrimonio no era tan malo como ella pensaba, ni ninguna cárcel, y no debería obcecarse en su negativa a ser la esposa de Derek o terminaría perdiéndole.

Derek no volvió a llamarla ni se puso en contacto con ella de ninguna otra manera. Esa noche salieron a cenar todos juntos, pero él no les acompañó. Rebeca no

dejaba de darle vueltas a todas las conversaciones mantenidas con Derek, Kim, Trent y Mayra. Todos la empujaban hacia un lugar donde no quería ir. Se quedó mirando la alianza en su dedo pensativa.

—Es preciosa —le dijo Peter, el marido de Kim, una vez que se quedaron solos en la barra del pub donde habían ido a bailar después de la cena—. Es el símbolo de la unión entre dos personas que se aman.

—¿Tú también vas a darme el coñazo con el tema, Peter? —preguntó de malos modos.

—Nooo, ¡Dios me libre! Con el genio que tienes... —contestó este sonriendo—. Solo quería contarte una cosa. Sobre mi relación con Kim.

Rebeca lo miró expectante.

—¿Sabes cómo fue nuestra historia? —le preguntó él.

—Sé que os conocisteis en la universidad y que, aunque al principio ella no te hacía ni caso, tú fuiste muy constante. Hasta que por fin un día se decidió a salir contigo —respondió Rebeca, sentándose en un taburete de los que había en la barra del pub al lado de Peter.

Él dio un trago a su bebida antes de continuar.

—¿Sabes por qué me ignoraba? —Y sin esperar a que Rebeca respondiese, Peter le explicó—. Porque estaba enamorada de otro. Pero ese chico era un depravado, un perverso. Es de esos que atan y azotan a las mujeres para excitarse, ya me entiendes.

Rebeca comprendió que Peter estaba hablándole del mundo BDSM. Lo que le chocaba era que dijera que ese tipo de personas, que viven su sexualidad así, eran unos perversos. Puede que él no estuviera de acuerdo con los gustos de esa gente, pero de ahí a decir que eran unos depravados....

Esto le confirmó a Rebeca que Peter no era para nada una persona liberal en cuanto a gustos sexuales y se dejaba llevar por prejuicios.

—Se lo conté a Derek y le hice ver que ese hombre no era para ella. Gracias a Dios, conseguimos que ese tipo se alejara de Kim. Así tuve mi oportunidad de conquistarla —continuó hablando el inglés. La miró fijamente a los ojos antes de proseguir—. Le estaré eternamente agradecido a mi cuñado por haberme dejado el camino libre, quitando de en medio al perverso del que estaba enamorada ella.

—¡Vaya! —exclamó Rebeca—. No tenía ni idea. Conozco a Kim desde los diecisiete años y nunca me dijo que le gustase ningún chico hasta que empezó a salir contigo.

—No le digas ni una palabra de esto a Kim —le advirtió señalándola con un dedo acusador—. Ella no sabe que Derek y yo obligamos al tipo ese a alejarse de ella. Siempre ha creído que, simplemente, ella no le gustaba y por eso no intentó ligársela. —Suspiró y miró con amor a su recién estrenada mujer, que bailaba en la pista—. A

mí me costó muchos años conquistarla, pero por fin lo conseguí y míranos ahora. Estamos felizmente casados.

Rebeca no lograba entender por qué Derek había ayudado a Peter si él mismo conocía el mundo del BDSM a través de su amigo Joel, aunque no lo practicase. Incluso había participado en algunos tríos. ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había alejado a su hermana del chico que le gustaba?

—Así que si Derek y tú no hubierais quitado del medio al chico ese, de la manera que sea, ahora ella podría estar con ese hombre en lugar de contigo. ¿Por qué me cuentas todo esto, Peter? —le preguntó Rebeca, intuyendo que aquella historia que él le explicaba tenía algo que ver con ella y Derek.

—Te lo cuento porque se lo debo a Derek. Si no fuera por él, Kim y yo nunca habríamos tenido una oportunidad. Es lo mínimo que puedo hacer. Así que hazme el favor de decirle que sí la próxima vez que te pida matrimonio.

—Quien está en deuda con él eres tú, no yo. Así que no me casaré con Derek para pagar por lo que tú le debes.

Se bajó del taburete en el que había permanecido sentada hasta entonces. Dio media vuelta y se encaminó hacia la pista de baile para despedirse de su hermana y sus amigos. Estaba tan harta del tema del matrimonio que lo que más necesitaba en ese momento era alejarse de todos y tratar de olvidar todo ese maldito asunto.



Capítulo 44

Llegó el día de la boda entre Mayra y Trent. La ceremonia se celebraba a las cinco y media de la tarde en la Iglesia de Nuestra Señora de la Peña de Francia, en Puerto de la Cruz.

Trent esperaba nervioso en la puerta de la iglesia a que su futura mujer apareciera en el increíble Rolls Royce que habían alquilado para la ocasión. Llevaba el típico traje de novio, en color gris oscuro, con un pañuelo a modo de corbata y un alfiler en el medio para sujetarlo. Rebeca se acercó a él.

—Pareces un galán de telenovela —dijo riéndose mientras le besaba en la mejilla.

—Gracias, cuñada. Espero que a Mayra le guste cómo voy. Tú estás deslumbrante.

Rebeca llevaba un vestido de lentejuelas doradas, largo hasta los pies y anudado al cuello. El escote, bastante generoso, dejaba entrever las curvas de sus senos con el colgante del corazón de zafiro en medio. Pero lo más sensual era que dicho vestido dejaba toda su espalda al descubierto llegando un poco más abajo de su cintura. Justo donde la espalda pierde su nombre, le había dicho Mayra al verla con él antes de que Rebeca saliera del hotel en dirección a la iglesia.

El pelo lo llevaba recogido en un desenfadado moño, con varios mechones escapándose de él y flotando alrededor de su cara. Como bien había dicho Trent, estaba deslumbrante.

—Bueno —comentó ella sin dejar de reír—, parezco una burbujita de champán. A lo mejor me llaman para protagonizar el anuncio de Freixenet de las próximas navidades.

Trent se rio con ella.

—Cuando te vea Derek... va a flipar. Estás impresionante, de verdad.

—Si bueno... Ya veremos. No sé nada de él desde que discutimos la otra noche —contestó Rebeca, mirándose el anillo de zafiros que llevaba en el dedo.

—Bah, ya verás cómo se le pasa el enfado en cuanto te vea —Intentó animarla, pues de repente ella había dejado de sonreír—. Y si no, tendrás que favorecer tú el acercamiento —le aconsejó.

Rebeca lo miró con una expresión de «ni lo sueñes» en su cara, pero Trent siguió insistiendo.

—Por favor, dame ese gusto. Es mi boda. —La cogió de las manos y les dio un ligero apretón—. El gran día de tu hermana y mío. No quiero malos rollos, ni caras largas, ni enfados. Venga... Por favor.

—Está bieeenenn —respondió Rebeca con un largo suspiro—. Si Derek se acerca a mí para hablar o bailar, no le rechazaré. Trataré de comportarme para no montar una escena y no amargaros la boda. Pero ya puedes ir rezando a Dios para que no me pida otra vez matrimonio. Creo que no podré soportar que me lo diga por decimosexta vez —finalizó resoplando.

Continuó charlando con Trent hasta que oyó que alguien la llamaba. Al girarse, se quedó de piedra cuando se encontró con su amiga Lucía muy bien acompañada. El nórdico que les había hecho el striptease en la despedida de soltera de Mayra, Erik, estaba con ella. Sin poder disimular su asombro, caminó hacia ellos para saludarles.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a Erik mientras le daba dos besos en las mejillas.

—Ya ves. De chico de compañía —le contó este con una gran sonrisa mientras la amiga de Rebeca les dejaba solos para saludar a otras personas—. Lucía me dijo que iba a venir sola y que no le apetecía ser la única persona sin pareja, así que me animé a venir con ella.

—Pero... ¿estáis juntos? —preguntó Rebeca.

—Nooo. —Se rio Erik—. Bueno, hemos tenido nuestros... encuentros, pero ella me ha dejado claro que no quiere una relación conmigo y... sinceramente, yo tampoco la quiero con ella. Por cierto, ¿y tú novio? ¿Habéis hecho las paces?

—Pues sí. Las hicimos. Pero ahora... volvemos a estar enfadados otra vez —soltó Rebeca encogiéndose de hombros.

—Vaya, que no os aburrís... —comentó guasón el nórdico mirándola de arriba abajo, comiéndosela con los ojos.

—No, ya ves que no.

—¿Os peleáis mucho? Lo digo porque quizá sea el momento de pasar página y... buscar otra cosa. A otra persona. —Cogió a Rebeca de una mano, acariciándosela, mientras la miraba fijamente a los ojos.

Rebeca sintió la presencia de Derek en su espalda incluso antes de que este hablara.

—Uno de los diez mandamientos dice: «No codiciarás los bienes ajenos». Ella está conmigo, rubito, así que ya te estás largando por donde has venido.

Derek agarró a Rebeca de la cintura posesivamente para atraerla hacia él justo en el momento que decía estas palabras, mientras le lanzaba una gélida mirada a Erik.

—Tu novio, supongo —dijo el nórdico mirando a Rebeca, que asintió con la cabeza.

—Su futuro marido —corrigió Derek.

Rebeca se volvió hacia él para encararle.

—¡Joder, Derek! ¿Quieres dejarlo ya de una vez? —le gritó molesta.

Erik los miró sorprendido. Después, centró su atención de nuevo en Rebeca mientras esta le decía:

—No le hagas caso, Erik. No me voy a casar con él. —Y separándose de Derek, cogió del brazo al nórdico—. ¿Me acompañas dentro?

Se encaminaron hacia la iglesia antes de que Derek pudiera reaccionar y montar una escena. Su amiga Lucía se les unió dentro del templo y los tres se sentaron juntos en uno de los primeros bancos.

Poco después comenzó a sonar la marcha nupcial. La novia hacía su aparición en la iglesia. Mayra estaba preciosa con su vestido de novia de corte romántico, en color blanco roto y una larga cola arrastrando tras ella. Su padre, con un traje oscuro y una bonita flor en la solapa, la llevaba con paso firme y decidido hasta el altar, donde un nervioso Trent la esperaba impaciente, con una gran sonrisa y los ojos chispeantes de felicidad. Cuando los novios se unieron, se saludaron con un casto beso en la mejilla y el párroco comenzó la ceremonia.

Durante el enlace, Rebeca observó trabajar a Derek. Este sacó fotos en los momentos más importantes y pocas veces tuvo la ocasión de situarse en el banco al lado de Rebeca, lugar que le tenían reservado especialmente por ser su pareja en la boda, a pesar de estar enfadados.

Ella le echó de menos. Necesitaba sentir su cálida cercanía, pero aún seguía irritada con él por su insistencia en contraer nupcias con ella y por lo que había sucedido fuera de la iglesia con Erik.

Suspiró. Derek estaba guapísimo. Llevaba un traje blanco con chaleco y corbata dorados, combinando a la perfección con el vestido de Rebeca. Al principio, ella pensó que se debía a una coincidencia. Pero luego cayó en la cuenta de que el día que se compró el vestido, era cuando él la había seguido por todo Puerto de la Cruz. Seguramente había visto a través del escaparate de la tienda cómo iba a ser su atuendo para la boda y había decidido comprarse él algo para ir a juego con ella. Ese detalle le gustó. Sonrió para sus adentros pensando que ese hombre tan guapo y

atractivo le pertenecía.

«Pero no quiere hacer el amor conmigo», pensó frustrada.

Recordó la pequeña venganza que tenía preparada para Derek y el objeto que había comprado en el *sex shop* unos días antes, y que llevaba en su pequeño bolso de mano.

«Está noche le daré su merecido por lo que me hizo en su casa con Joel», se dijo a sí misma.

Un par de horas más tarde degustaban un exquisito cóctel en el hotel donde tendría lugar el banquete nupcial. Una orquesta contratada para el evento amenizaba la velada mientras los invitados charlaban y reían esperando que los novios terminasen de hacerse la sesión de fotos y acudieran al hotel para cenar.

Rebeca, acompañada en todo momento por Lucía y Erik, y huyendo de su madre, saludaba a unos y a otros mientras aguantaba el comentario de muchos que le decían «a ver cuándo te casas tú, que nos han dicho que ya tienes novio». Con una ficticia sonrisa en su bonito rostro, les contestaba que «cuando la gente deje de preguntármelo». Después de haber pasado por esta situación unas veinte veces, ya no pudo más y, arrastrando a sus amigos a una esquina del jardín, se despachó a gusto soltando improperios contra todo aquel que le había preguntado eso.

—Estoy hasta los cojones ya. ¿Pero es que la gente no sabe hablar de otra cosa?

—Bueno, Rebeca. —Intentó su amiga Lucía que se calmara—. Ya sabes lo que dicen siempre. De una boda, sale otra. Y como estás con Derek... Es normal que la gente saque sus propias conclusiones.

—Me tienen harta —protestó ella dando una patada al suelo como si fuera una niña pequeña.

Erik comenzó a reír por el arranque de mal humor de Rebeca.

—En mi país sucede lo mismo, si te sirve de consuelo —dijo acercándose más a ella—. ¿Sabíais que el término «luna de miel» procede de una antigua tradición nuestra? Según cuentan los expertos en ritos vikingos, los novios bebían juntos un brebaje especialmente hecho para la ocasión que se llamaba hidromiel, y del que se les regalaba cantidad suficiente para todo un mes, o para una luna completa. De ahí la expresión «luna de miel» —les explicó a las dos—. También después de la ceremonia, en la que la novia llevaba una corona de flores en la cabeza, el novio le quitaba esa corona, «desflorándola» de esta manera. Y dicen que esa noche de bodas la mujer tenía un sueño profético sobre el número de hijos que tendría, pero esto yo no me lo creo mucho —terminó de contarles Erik, riéndose.

—¡Vaya! ¡Qué interesante! —exclamó Rebeca, a quien siempre le habían gustado las historias antiguas, con una gran sonrisa—. Cuéntame más cosas de tu país.

Erik continuó relatándole a Rebeca viejas historias nórdicas. Unos minutos después, Lucía, aburrída porque no le interesaba el tema de conversación, se alejó en

busca de un poco de entretenimiento dejándoles completamente solos en aquel rincón del jardín.

Estaban riéndose por algunas tradiciones que a ellos les parecían absurdas cuando Derek se metió en medio de los dos y agarró a Rebeca de la cintura con actitud posesiva.

—Es hora de cenar. Acompáñame —ordenó, dándole un beso en el cuello—. Eres mi pareja en la boda y tienes que estar conmigo. Recuérdalo.

Y, sin dar tiempo a que Erik pudiese reaccionar, se la llevó hacia el salón donde tenía lugar el evento.

—Eres un maleducado —le riñó Rebeca de camino hacia su mesa.

—No te quiero cerca de ese tipo. Te mira como si fuera a comerte. Y tú eres mía. Recuerda, princesa. Eres mía y de nadie más.

—¡Qué posesivo! ¡Por Dios! —resopló ella poniendo los ojos en blanco, mientras se dejaba guiar por Derek.

—Si estuviésemos casados o, al menos, comprometidos —susurró él inclinándose sobre la oreja de Rebeca para que solo ella pudiera escuchar lo que iba a decirle—, yo estaría mucho más tranquilo y no me vería obligado a rescatarte de las garras de gilipollas como el rubiales ese. No soporto ver cómo babea por ti.

Llegaron a su mesa y Derek retiró la silla para que ella pudiera sentarse. Después se quitó la chaqueta del traje que llevaba, la colocó en el respaldo de su silla y tomó asiento.

—No pensé que fueras tan inseguro, Derek —le pinchó Rebeca.

—Pues lo soy —se defendió él, clavando su mirada en los castaños ojos de ella—. No me gusta nada, pero contigo así es como me siento. Por eso necesito que nos casemos. Además, llevas a nuestro hijo en tu vientre. Razón de más para pasar por el altar.

—No uses al niño como moneda de cambio —bufó Rebeca molesta—. No es justo. ¡Ah! Y hablando de justicia. Anoche me enteré de una historia que no me gustó nada, sobre algo que le hiciste a Kim.

Derek la miró extrañado mientras Rebeca desdoblaba la servilleta para colocarla en su regazo y evitar que le cayera comida y le manchase el vestido.

—¿A qué historia te refieres?

—Un pajarito me ha contado —comenzó a relatarle en voz baja, inclinándose hacia él para que nadie se enterase de su conversación— que Kim estaba enamorada de un chico antes de conocer a Peter y que entre los dos conseguisteis separarles. Y todo porque Peter te dijo que no aprobaba los gustos sexuales de este hombre y te convenció para que le ayudases —añadió endureciendo su voz—. ¿Por qué lo hiciste, Derek? Fue injusto para Kim. ¿No crees que debía haber sido ella la que decidiera si quería vivir su sexualidad de la manera en que lo hacía este chico? Deberías haberla

dejado probar y decidir por ella misma —terminó, dándole con un dedo acusador en el pecho.

Derek recordó aquellos momentos del pasado. Lo que había hecho estaba mal, pero ya no había vuelta atrás.

—Este no es el mejor lugar para hablar de eso.

—Aun así, quiero una explicación. No entiendo por qué jugaste con la felicidad de tu hermana. —Bajó todavía más la voz y le susurró al oído—. Sobre todo tú, que has participado en tríos y tienes conocimientos de BDSM, aunque no lo practiques. Puedo entender que Peter lo hiciera movido por el egoísmo de conseguir a Kim solo para él. Pero ¿y tú?

Derek tragó saliva y se quedó pensativo un momento antes de continuar.

—¿Te ha dicho Peter quien era el chico en cuestión? —preguntó sin dejar de mirarla a la cara para ver sus reacciones.

—No. ¿Importa? —contestó Rebeca—. ¿Debería saberlo?

—No, cielo. No es necesario que sepas quién era. —Negó con la cabeza e hizo una pausa antes de seguir—. Si me metí en medio fue porque cuando pasó todo aquello, ese hombre estaba dando sus primeros pasos en ese mundo y no quería que usara a mi hermana de conejillo de indias —le explicó mientras la cogía de la mano y acariciaba lentamente el dorso—. De todas formas, yo no conocía esas técnicas sexuales tan bien como las llegué a conocer después y me pasó como a mucha gente, me asusté e intenté por todos los medios alejar a Kim de todo eso. —Se llevó la mano de Rebeca a los labios y le dio un tierno beso—. Entonces me parecía que era perversión. Pero como pudiste comprobar en Barcelona cuando te conté... lo de Joel, ya no pienso así. No hay nada como conocer a fondo un tema, haberlo experimentado, para saber de lo que hablas. Aun así, Kim es mi hermana pequeña y mi deber es protegerla. No quiero para ella lo que no quise para ti en aquel momento cuando Joel hizo esa proposición en la puerta del hotel. —Le soltó la mano y levantó la suya para acariciarle dulcemente la mejilla—. ¿Recuerdas lo que te dije esa noche? No te compartiré nunca. Y no quiero que Kim sea compartida tampoco. Ni que la dominen o la azoten para excitarla. Hay otras formas más sencillas de disfrutar del sexo sin tanta parafernalia.

Rebeca se mantuvo en silencio un par de minutos, asimilando las razones por las que Derek le había hecho eso a su hermana. Pero seguía sin estar de acuerdo con él.

—Eso debería decidirlo ella, ¿no crees?

—Además, no creo que Kim fuera una buena sumisa —rebatía él—. Tiene demasiado temperamento. Mírala. —Derek señaló a la otra punta de la mesa donde Kim reía y hablaba con Peter—. Está felizmente casada. ¿Qué importa ahora todo lo que pasó?

—Quizá si le hubieseis dado la oportunidad de experimentar, le habría gustado y puede que ese hombre la hiciera tan feliz como Peter o más —le contestó Rebeca

antes de coger su copa de agua y beber un trago.

Los camareros empezaron a servir las mesas y cuando Derek y Rebeca tuvieron sus platos delante, comenzaron a comer.

—Por favor, princesa. Déjalo ya —le pidió Derek murmurando—. Me parece increíble que estemos hablando de la vida sentimental y sexual de mi hermana.

—Ella no lo sabe, ¿verdad? —dijo Rebeca, dejando el tenedor y el cuchillo sobre el plato y mirándolo fijamente—. ¿Cómo crees que se sentiría si se enterase de todo?

—No le digas nada a Kim, Rebeca —le advirtió—. Prométemelo —suplicó, clavando sus azules ojos en ella.

Tras meditarlo unos instantes, Rebeca contestó:

—De acuerdo. No le contaré nada a Kim —prometió—. A cambio de que nunca más vuelvas a hacer algo así.

Derek suspiró aliviado.

—Pero también te voy a pedir una cosa. Llámalo chantaje si quieres.

Derek la miró expectante. ¿Qué podría pedirle Rebeca a cambio de su silencio?

—En algún momento de esta noche —comenzó a decir ella— te pediré que vayamos a tu casa. Tengo una sorpresa para ti. Y no me digas que no o...

Él notó la amenaza en su voz y se apresuró a contestar.

—Está bien, mi vida. Me imagino lo que puede ser. —Sonrió con orgullo por haber adivinado su juego—. Y no creo que lo consigas. Pero ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

«Pues no. No te imaginas lo que tengo preparado para ti esta noche», pensó Rebeca. «Vas a flipar cuando lo descubras».



Capítulo 45

La orquesta continuaba amenizando la maravillosa velada que tenía lugar esa noche. Los novios, radiantes de felicidad, eran reclamados por unos y por otros para felicitarles por su enlace.

Derek hizo varias fotos más de los invitados y finalmente dejó la cámara a un lado para centrarse en Rebeca. Estaba preciosa con su vestido dorado. Sexy y elegante al mismo tiempo. Se acercó a ella por detrás y la cogió por la cintura. Depositó un tierno beso en su hombro mientras se balanceaba con ella al compás de la música.

—¿Bailamos, amor? —le preguntó Derek con sus labios pegados a la piel de ella.

—Eso estamos haciendo ahora, ¿no? —contestó Rebeca, recostándose contra el pecho de Derek.

—Estás increíble esta noche. Ese vestido... Mmm, no veo el momento de quitártelo. —La giró para quedar de cara a él y continuar bailando.

—¿Para qué? Si te niegas a que hagamos el amor —le pinchó, alzando la cara hacia él—. ¿O vas a hacer una excepción hoy? —Sonrió traviesa tentándole.

Derek la guio por todo el salón de baile entre sus brazos.

—Eso es lo que pretendes cuando vayamos a casa, ¿verdad?

—Ya lo descubrirás.

—Sabes que no te follaré hasta que un ginecólogo me confirme que todo marcha bien y no hay riesgo para el bebé. Pero podemos disfrutar haciendo otras cosas... —Le dirigió una provocativa sonrisa que hizo que a Rebeca se le espesara la sangre en las venas y la calentase más.

—Si no vamos a llegar al final... no voy a dejar que me calientes —le advirtió ella.

—Bueno, mientras... —Derek se encogió de hombros y puso cara de niño bueno —, podemos seguir bailando.

Giraron por toda la pista al ritmo de una balada. Rebeca sentía el calor de la mano de Derek en la parte baja de su espalda. Su fuego interno acabaría por abrasarla si no ponía remedio. Él la observaba con su mirada perdida en el valle de sus senos y la boca haciéndosele agua. ¿Cómo podía soportar tener tan cerca a la mujer que amaba, sabiendo el delicioso cuerpo que se ocultaba bajo el vestido, y ser capaz de resistir la tentación de estar con ella en una cama disfrutando de los maravillosos orgasmos a los que llegaban cada vez que hacían el amor? Estaba loco. Completamente loco. Por ella. Y por el hijo que crecía en su vientre.

—¿Me has hecho muchas fotos hoy? —preguntó Rebeca al cabo de un rato.

—Por supuesto —afirmó Derek—. ¿Lo dudabas?

—No. Pero a lo mejor ya te has cansado de tener fotos mías. Tienes demasiadas.

—Nunca me cansaré de ti, princesa. —Le acarició la espalda despacio, revolucionando todas las terminaciones nerviosas de su mujer—. Y aún tengo que hacerte muchas fotos más. Tengo toda la vida para tomar instantáneas tuyas. Estoy deseando que te empiece a crecer la barriguita para immortalizar esos pequeños momentos antes de que nazca nuestro hijo. Y después tendré que repartir mi atención entre él y tú. ¿Te apetece un poco más de tarta? Es de chocolate —dijo Derek lanzándole una significativa mirada.

Rebeca tenía la respiración alterada a causa de las sutiles caricias de Derek sobre la piel suave de su espalda.

—No, cariño. Ya me he comido tres trozos. Voy a reventar. —Intentó que no escapase un gemido de placer, como el ronroneo de un gato, pero no pudo evitarlo. Derek sonrió al escuchar aquel erótico gemido—. En cuanto a lo de tomarme fotos embarazada... —añadió dudosa—. Uf, no sé. Me voy a poner como una vaca y no creo que sea muy fotogénica entonces.

—Vas a ser la mamá más bonita del mundo. Te lo aseguro. —Se inclinó hacia ella y la besó.

Apretó sus labios contra los de Rebeca, obligándola a abrirlos para meter su lengua y explorar el interior de su caliente boca. Ella gimió en respuesta y se apretó más contra él. Pudo sentir su dura erección a través de la ropa. Sonrió contra sus labios y Derek le mordisqueó el inferior. Rebeca subió sus manos de los hombros de él hasta su cabello y, agarrando algunos mechones de pelo, profundizó el beso, devorándole la boca.

Comenzó a sonar otra canción y ambos finalizaron el beso. Se miraron sonriendo y dijeron al mismo tiempo:

—Nuestra canción.

Abrazados, continuaron bailando con la cabeza de Rebeca reposando en el pecho

de Derek, sintiendo su calor y los rítmicos latidos de su corazón. Ella se miraba la bonita alianza de oro blanco y zafiros que Derek le había regalado un par de días antes.

—Aún no te he dicho que me encanta el anillo —susurró contra la camisa de Derek—. Es precioso. Muchas gracias. Y también tengo que decirte que hoy estás especialmente guapo con ese traje.

Lo besó dulcemente en la garganta y volvió a recostar la cabeza sobre sus musculosos pectorales.

Continuaron bailando, pero a mitad de la canción Derek se apartó de ella.

—Tengo algo que hacer —le dijo—. No te muevas de aquí. Será toda una sorpresa y... espero que te guste. —Sonrió antes de abandonarla en medio del salón de baile.

Rebeca vio cómo se dirigía hacia la orquesta. Habló con uno de los músicos unos segundos y este afirmó con la cabeza. Acto seguido, subió al escenario y el cantante le pasó el micrófono. Derek comenzó a cantar las últimas estrofas de la canción mirando fijamente a una asombrada Rebeca que permanecía en el centro de la pista sin perder detalle.

—Y yo te amaré, *baby*, siempre. Estaré allí por siempre y más. Estaré para ti hasta que las estrellas dejen de brillar. Hasta que el cielo arda y las palabras dejen de rimar. Y cuando muera, estarás en mis pensamientos y te amaré siempre... siempre.

Toda la gente le miraba sorprendida, alternando su vista entre él y Rebeca, que le observaba boquiabierta. Cuando la canción finalizó la orquesta dejó de tocar. Derek continuó con el micrófono en la mano mirando a Rebeca y comenzó a hablar.

—Esta noche es muy especial para mí porque, además de compartir la felicidad de mi hermano y Mayra, quiero que todos seáis testigos de algo importante en mi vida. Estoy enamorado. —Derek sonrió al ver las caras de complicidad de los invitados a la boda—. Muchos ya sabéis quién es la destinataria de mi amor. Pero para los que todavía no os habéis dado cuenta, os diré que es la mujer más bonita, alegre y maravillosa del mundo entero. Rebeca —dijo señalándola a ella.

Casi un centenar de personas giraron sus cabezas para mirar a Rebeca que, en el medio del salón de baile, suplicaba a Dios que se la tragase la tierra. Derek la miraba con la felicidad inundándole el rostro, mientras ella ideaba mil y una formas de matarle por la vergüenza que le estaba haciendo pasar. Él tomó aire y continuó hablando.

—Rebeca, me enloquece verte. Me fascina mirarte. Mi gran sueño es tenerte a mi lado cada día y que formes parte de mi vida. Son tus ojos, tu bonita cara y esa forma de ser que tienes, los que me han enamorado. —Suspiró largamente y añadió—. Y este sentimiento va en aumento. Por eso quiero gritar a los cuatro vientos que te amo. Te adoro. Sabes que eres la dueña de mi alma.

Se llevó una mano al corazón al tiempo que las palabras salían de su boca.

—Tú eres quien me hace feliz y por estos motivos, y otro que los dos sabemos y que nos unirá más en el futuro, quiero entregarte mi vida y mi ser. Quiero entregarte mi amor, a ti, hermosa mujer. —Sonrió con todo el cariño que sentía por ella reflejado en sus pupilas—. Te lo he pedido ya muchas veces y me has dicho que no.

Se oyeron cuchicheos entre los invitados al enlace desaprobando la negativa de ella.

—Pero aún mantengo la ilusión de que te conviertas algún día en mi esposa. Por eso y delante de todos estos testigos, con la esperanza de que hoy cambies tu respuesta, te lo vuelvo a preguntar. —Hizo una pausa, inspiró hondo y soltó la bomba—. Rebeca, ¿quieres casarte conmigo?



Capítulo 46

«Le mato. Juro que le mato», pensaba Rebeca viendo a Derek allí, plantado encima del escenario, y a toda la gente a su alrededor sonriendo y aplaudiéndole por el discursito que había dado. Algunos incluso silbaron para hacer notar su alegría ante tal petición de matrimonio.

Inspiró hondo varias veces para serenarse. La gente la miraba expectante a la espera de una respuesta. Sin apartar los ojos de Derek, levantó una mano y con el dedo índice le hizo un gesto a él para que se acercase hasta donde ella estaba.

Cuando Derek llegó hasta Rebeca, esta, con una falsa sonrisa en la cara, le cogió de la mano y desapareció con él tras las puertas del salón. Una lluvia de aplausos cayó sobre ellos mientras lo atravesaban. Todos dieron por hecho que la respuesta era afirmativa.

Una vez en la calle, Rebeca comenzó a gritar.

—¿Cómo se te ocurre decir esas cosas delante de toda la gente?! ¿Te has vuelto loco? ¿Tú sabes la vergüenza que me has hecho pasar? ¡Idiota! ¡Más que idiota!

—Princesa... —Derek sonrió, acercándose a ella para cogerla de la cintura. Pero Rebeca dio un paso atrás alejándose de él—. Solo quiero que me digas que sí de una vez por todas. Y se me ocurrió que sería una forma bonita y original de pedírtelo por decimonovena vez. Como las otras veces no me ha funcionado nada de lo que he probado...

—¡Pues esta vez tampoco! —continuó gritándole con los brazos en jarras—. ¿Pero tú te das cuenta de lo que has hecho? Ahí, delante de todos... ¡Oh, Dios mío! —Alzó la vista al cielo pidiendo paciencia—. ¿Cómo voy a mirar a toda esa gente a la cara cuando sepan que te he dicho que no?

Rebeca comenzó a pasear de un lado a otro de la acera, nerviosa y enfadada.

—Pues muy fácil, cielo. Dime que sí y ya está —le contestó Derek agarrándola del codo para detener su andadura.

—Te voy a matar —le amenazó apuntándole con un dedo al pecho—. Esta me la pagas. Te lo juro —dijo clavando su mirada enfurecida en los ojos de él.

—¡Uyyy! ¡Qué vengativa! —se burló Derek—. Vamos, nena, si es muy sencillo. Di que sí. —Le dirigió la mejor de sus sonrisas para convencerla por fin.

Rebeca se quedó un momento pensando. Había llegado la hora de llevar a cabo su plan.

—Vamos a tu casa y hablamos tranquilamente —dijo ella con una calma que no sentía—. No quiero que nadie más se entere de nuestra vida privada.

Cuando llegaron al piso de Derek, Rebeca le estampó contra la puerta nada más cerrarla y comenzó a devorar sus labios con auténtica pasión. Poco a poco fue desabrochándole la chaqueta hasta que consiguió deslizarla por sus brazos, dejándola caer al suelo. El chaleco dorado y la camisa siguieron el mismo camino. Se deleitó acariciando su amplio torso desnudo. Le cogió por la corbata y tiró de él hasta caer de espaldas en el sofá del salón.

—Sabes que no vamos a llegar hasta el final —dijo Derek, apoyándose sobre los codos para no aplastarla con su peso.

—Calla y bésame.

Mientras ella le quitaba el pantalón, Derek hizo lo mismo con su vestido. La ropa interior fue lo siguiente. En pocos segundos, ambos estuvieron completamente desnudos, besándose y recorriendo con sus cálidas manos el cuerpo de la persona que amaban.

—Eres tan hermosa... —susurró Derek admirando su bella desnudez.

—Vamos a la cama. Es más cómodo. —Rebeca lo empujó para que se levantara y poder salir de debajo de su cuerpo.

—No voy a hacerte el amor. Ya te lo he dicho —comentó él alzándose.

—¡Oh! ¡Cállate, pesado!

Tiró de la mano de Derek hasta llegar a la habitación y lo tumbó sobre la cama, colocándose ella encima. Comenzó a frotar su húmeda hendidura contra la potente erección de Derek y sintió cómo la sangre se agolpaba en sus venas, espesándose al ritmo del exquisito calor que comenzaba a centrarse en el interior de su sexo. Con cada fricción, su cuerpo le pedía más. Muy pronto estallaría en llamas y el orgasmo la invadiría. Pero antes, debía llevar a cabo su pequeña venganza.

Con un esfuerzo sobrehumano, Rebeca se bajó del cuerpo de Derek. Se colocó a su lado de rodillas. Cogiendo el duro miembro de él comenzó a deslizar la mano por toda su largura, acariciándole mientras lo besaba de nuevo en la boca. Los gemidos de placer de Derek quedaron ahogados entre los labios de Rebeca. Este la agarró de la nuca para hacer el beso más duro y profundo. Ella siguió trabajando el pene de Derek con su mano, trazando tortuosos círculos en torno a su sensible glande para luego continuar deslizándose hacia abajo, en dirección a los pesados testículos llenos de su

semilla.

—¡Oh, nena! Me vas a matar... —gimió él con la respiración entrecortada.

—No te corras todavía. Aún tengo mucho que hacer.

Rebeca se levantó y se puso sobre la cara de Derek, con las rodillas a ambos lados de su cabeza y con su mojado sexo encima de su boca. Con voz autoritaria, le exigió:

—Cómeme. Eso sí puedes hacerlo, ¿verdad?

Derek no contestó. Simplemente abrió la boca y sacó la lengua. La deslizó lentamente por los húmedos pliegues de Rebeca, mientras la agarraba por las nalgas clavando sus dedos en ellas y esta jadeaba de placer. Ella no podía apartar los ojos de su entrepierna. Ver a Derek allí, prometiéndole el paraíso, la excitaba de una manera abrumadora.

—Mmm... No sabes lo que necesitaba esto... Oh... Derek...

Con cada lametón de la lengua de Derek y succión en su clítoris, algo dentro de Rebeca se contraía más y más. La liberación que tanto ansiaba estaba cerca. Muy cerca. Derek posó sus manos a ambos lados de sus anegados pliegues, separándolos con los pulgares para tener un mejor acceso. Su mágico botón estaba duro, hinchado, ansioso. Continuó chupando y mordisqueando, llevándola cada vez más al límite hasta que con un largo gemido, Rebeca se corrió en su boca.

Cayó desmadejada hacia un lado respirando trabajosamente. Derek se apoyó sobre un codo y se la quedó contemplando.

—Me encanta el brillo de tus ojos cuando llegas al orgasmo —confesó—. Un día tengo que sacarte una foto justo en ese momento.

Ella no dijo nada, perdida aún en el mar de placer en el que acababa de bañarse. Derek se inclinó sobre su boca y la reclamó con un tierno beso. Rebeca se saboreó a sí misma en los labios de él.

—Me alegro de haberte hecho disfrutar, princesa. ¿Ves cómo hay otras formas de pasarlo bien sin tener que llegar a la penetración?

—Sí —consiguió decir ella—. Pero no es lo mismo que sentirte dentro de mí.

—Ten paciencia. ¿Cuánto queda? ¿Dos semanas y media? Lo superarás —la animó él.

Rebeca se irguió y de nuevo tumbó a Derek sobre el colchón. Comenzó a besarlos lentamente y poco a poco fue descendiendo con sus besos por su garganta, su amplio pecho, sus marcados abdominales, hasta llegar a su miembro todavía endurecido. Le envió a Derek una mirada lasciva junto con una pícaro sonrisa.

—Ahora te toca a ti.

—Soy todo tuyo, nena —dijo poniéndose las manos tras la nuca.

Rebeca se metió el pene en la boca y comenzó a succionar despacio, absorbiendo

toda su largura. Se agarró de sus muslos para poder profundizar más en su húmeda boca y comenzó a hacerle una felación sin piedad. Rodeaba con su lengua la corona rosada saboreándola a conciencia. Entraba y salía de su cavidad bucal arañándole con los dientes a su paso y haciendo que Derek emitiera grandes gemidos de placer. Cada vez que llegaba a su sensible punta, le daba un pequeño mordisco. Él la agarró por el moño en que se había recogido el pelo y siguió hundiéndose en su boca mientras le decía entre jadeos lo maravillosamente bien que se lo estaba haciendo.

—Estoy a punto de correrme. Para si no quieres que me derrame en tu boca...

Rebeca no le hizo caso y continuó con su frenético ritmo hasta que notó cómo palpitaba su polla y la llenaba como la lava de un volcán, vertiéndose en su lengua. Salado, espeso y caliente. Muy caliente.

Se retiró limpiándose los restos de la esencia de Derek en sus labios y lo besó apasionadamente. Este cerró los ojos tratando de recuperar el aliento después del fascinante clímax al que le había llevado la sensual boca de Rebeca.

Derek notó cómo ella se levantaba de la cama, salía de la habitación y al poco regresaba. Rebeca le colocó los brazos a ambos lados de la cabeza estirándoselos hacia arriba y le acarició los bíceps con parsimonia. Sintió algo frío contra sus dos muñecas y oyó un clic. Abrió los ojos al comprender lo que era y se encontró con Rebeca esposándole a la cama con otro par de manillas de hierro. Eso era lo que había comprado en el *sex shop* aquel día, recordó Derek.

—¿Qué demonios haces, mi amor? —Intentó que su voz sonara calmada, pero algo dentro de él le dijo que Rebeca no tenía buenas intenciones.

—Quiero jugar un poco —contestó ella con una inocente sonrisa.

Oír aquello a Derek no le gustó nada. Sabía de sobra cual era el juego de Rebeca y que se iba a aprovechar de tenerle vulnerable e indefenso para lograrlo.

—Suéltame, Rebeca. Hoy no vamos a jugar a nada.

Rebeca le ignoró. Se subió a su cuerpo y, cogiendo con la mano su pene, comenzó a trabajarle unos minutos hasta que consiguió que de nuevo se pusiera duro. Colocó la punta en la entrada de su vagina. Derek al ver lo que hacía se revolvió para impedir que ella le montase.

—No, Rebeca, no. ¡Maldita sea! ¡No!

—Eso mismo gritaba yo la noche en que me ofreciste a Joel en tu casa, ¿recuerdas? Pero tú no me hacías caso —dijo ella metiéndose poco a poco el miembro de Derek en su interior—. Mmm, ¡qué gusto! No sabes el tiempo que llevo esperando sentirte así... Dentro de mí...

Rebeca apoyó las manos en el pecho de Derek y comenzó a cabalgarle, deleitándose con la sensación de su aterciopelada piel contra la suya.

—¿Quieres vengarte de mí por aquello? ¡Te he pedido perdón mil veces! —exclamó Derek sintiendo cómo el sexo de Rebeca se ceñía a su miembro como un

guante. Como ella le ignoró, lo intentó con otro tema—. ¿No te has parado a pensar en que puedes hacerle daño al niño?

—Al *alien* no le va a pasar nada, idiota. Te lo he dicho infinidad de veces. Y no creas que mi venganza acaba aquí. —Se rio Rebeca jadeante—. Esto es solo el principio, cielo.

Ella aumentó el ritmo de sus caderas sobre su polla. ¡Joder! Qué bien se sentía. Lo había anhelado tanto... La maravillosa unión con Derek, sentirle enterrado en lo más profundo de su ser, era lo que necesitaba después de tantos días sin probarlo. Notar cómo la colmaba con cada centímetro de su duro y largo mástil. Siguió montándole con su castigador y enloquecido ritmo hasta que una deliciosa ola de placer se apoderó de ella, llevando la dicha a cada una de sus células. Con los últimos espasmos de su éxtasis, Derek alcanzó al suyo quedando totalmente hipnotizado.

Rebeca cayó sobre el cuerpo desnudo de su hombre. Le besó en la garganta y se quedó un momento más así, con su miembro en su interior, llenándola por completo.

Cuando notó que se volvía flácido, se bajó de encima de Derek y comenzó a vestirse con rapidez.

—Rebeca... —la llamó Derek desde la cama y en su voz se notó la ansiedad que comenzaba a invadirle. ¿A dónde demonios se iba ella? ¿Y por qué no le desataba?

Ella le ignoró y terminó de vestirse.

—Rebeca... Cielo... Desátame para que me pueda vestir yo también.

Rebeca lo miró unos segundos y sonrió. Se acercó a él y le sacó por la cabeza la corbata que Derek aún llevaba al cuello. Se la colocó encima del pene, tapándoselo pudorosamente. Le dio unos últimos toques para que no se viera nada. Cuando estuvo contenta con el resultado, se inclinó sobre él y lo besó en la boca, obligándole a abrir sus labios, y mordiéndole con fuerza en el inferior. Notó el sabor de su sangre y entonces paró. Le lamió, limpiándole, y se separó de él.

—Eres exquisito, Derek Mason —susurró acariciándole con dulzura las mejillas—. Enviaré a Trent a buscarte. Chao.

Él abrió los ojos como platos al oírla.

—¿Qué? ¡Ni se te ocurra! ¡Desátame ahora mismo! ¡Rebeca! ¡Rebecaaaaaa!

Gritó enfurecido mientras veía cómo ella abandonaba la habitación y el piso.



Capítulo 47

Cuando Rebeca llegó al hotel donde la boda estaba a punto de terminar, la emoción por haberle dado a Derek su merecido la embargaba. Con una espléndida sonrisa, entró en el salón de baile donde ya quedaban pocos invitados.

Trent y Mayra al verla llegar sola se acercaron para preguntarle por Derek. Al principio ella desvió el tema, comentando lo bien que había salido todo, lo deliciosa que había sido la cena y lo guapísimos que estaban ellos dos vestidos de novios.

—Menuda declaración de amor que te ha hecho Derek, ¿eh? Nos ha sorprendido a todos —le dijo una Mayra eufórica.

—Sí. Muy bonita y original —contestó Rebeca sin darle importancia—. Casi me muero de la vergüenza.

—Supongo que las dos horas que habéis estado desaparecidos las habréis empleado en celebrarlo —continuó su hermana con un guiño cómplice viendo su desaliñado pelo.

—Pues sí. Lo hemos celebrado a lo grande. —Rebeca sonrió con malicia—. Pero le he vuelto a decir que no.

Los novios abrieron los ojos como platos y la miraron como si a Rebeca le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Cómo? —exclamaron a la vez.

—Lo que oís. Le he dicho que no otra vez —contestó Rebeca tan tranquila—. Por cierto, Trent, necesito que me hagas un pequeño favor. Bueno, en realidad, el favor no es para mí, sino para tu hermano.

—¿Qué ha pasado? —preguntó este temiéndose lo peor.

Rebeca inspiró hondo antes de contarle lo que había hecho. Bueno, mejor no. Que lo descubriera él mismo cuando llegase al apartamento de Derek.

—Tienes que ir a su casa a liberarle. Toma la llave. Esta es la del apartamento y esta otra... Bueno, ya lo descubrirás.

—¿A liberarle? —volvieron a preguntar Mayra y Trent a la vez. No entendían a qué se refería Rebeca.

—¿Todos los que se casan hablan al mismo tiempo como vosotros? Sois patéticos —se burló Rebeca.

Mayra se colocó frente a ella con los brazos en jarras. No le gustaba nada lo que intuía que había pasado con su recién estrenado cuñado.

—Explícate, Rebeca. Qué es eso de que Trent tiene que ir a casa de Derek a liberarle. ¿Qué le has hecho, loca?

Rebeca comenzó a reírse al recordar todo lo que había pasado en el apartamento. Cuando terminó de reírse, pero aún con una gran sonrisa en sus labios, les relató a grandes rasgos lo que había sucedido. Trent no terminó de escuchar la historia. Salió corriendo en el mismo momento en que Mayra le soltaba un bofetón a su hermana.

—¿Cómo has podido hacerle eso? ¡Imbécil! —chilló Mayra enfadada—. Pobre Derek, ay señor, pobrecillo.

—Se lo merecía. No te puedo contar por qué, pero créeme cuando te digo que tengo un buen motivo para hacer lo que he hecho —siseó Rebeca masajeándose la mejilla donde Mayra le había dado el tortazo. Pegaba fuerte la *jodía*—. Por cierto, no se te ocurra volver a pegarme nunca, ¿me has oído? —amenazó a su hermana—. Me arde la cara y seguro que me has dejado marcada.

—Tú también te lo mereces, idiota —dijo Mayra entre dientes intentando dominar su rabia y no soltarle otro guantazo a Rebeca—. Si no estuvieras embarazada, te daba una paliza que te quitaba toda la tontería que tienes encima. ¡Pobre Derek! Ese hombre tiene el cielo ganado contigo.

Mayra se alejó de su hermana enfadada. Al final, Rebeca les había fastidiado la boda con sus juegucitos.

Rebeca se quedó observando cómo su hermana salía del salón de baile del hotel echa una furia. Pero ella estaba tranquila porque sabía que en poco tiempo se le pasaría el enfado, aunque ¡maldita sea! qué fuerte pegaba la petarda de Mayra. Le ardía la mejilla dolorosamente.

—¿Te duele? —le preguntaron.

Se giró para encontrarse con la mirada preocupada de Erik.

—Se me pasará.

—Menuda hostia te ha dado tu hermana. ¿Por qué lo ha hecho?

—Le he dicho que no a mi novio por decimoooo... bueno, ya he perdido la

cuenta de las veces que le he dicho que no —le explicó al guapo chico.

Él bebió un trago de la copa que tenía en la mano y prosiguió.

—Pues a mí me ha gustado la forma en que te ha pedido matrimonio —comentó con una sonrisa—. ¿Por qué le has dicho que no? ¿Es que no le quieres? —preguntó el nórdico frunciendo el ceño.

Rebeca resopló cansada antes de contestar.

—Sí le quiero. Pero es que no me parece que el matrimonio sea lo mejor. Podemos vivir juntos sin estar casados, pero él no lo entiende e insiste una y otra vez en pedírmelo.

—Oh, ya veo. —Asintió con un ligero movimiento de cabeza.

Erik la agarró por la cintura y empezaron a bailar. Le acarició la mejilla dolorida tiernamente y depositó un suave beso en ella.

—Te ha dejado toda la mano marcada.

—Bah, seguro que mañana no se nota nada —contestó Rebeca quitándole importancia al asunto. Pero lo cierto era que sí le importaba. No quería que nadie viera eso y preguntasen por qué tenía la mejilla así.

—Tienes el moño deshecho. Parece que te hayas dado un buen revolcón —indicó Erik mientras la guiaba por todo el salón bailando.

—Y lo he hecho. No te creas. —Sonrió Rebeca con orgullo—. Me he aprovechado de la ingenuidad de mi novio. Pero también le he hecho pagar por la vergüenza que he pasado esta noche por su culpa. —«Y por más cosas» pensó ella.

—Me da miedo preguntar de qué manera te has vengado de él. Eres una mujer de armas tomar, ¿eh? —le dijo mientras continuaban bailando al son de la tranquila música que la orquesta continuaba tocando.

Rebeca asintió y le dedicó una espléndida sonrisa.

—Ya sabes... No te metas conmigo. Sé defenderme muy bien.

—No lo dudo. —Se rio Erik.

Cuando la canción llegó a su fin, el nórdico le propuso salir a la terraza del salón y sentarse en los mullidos y confortables sofás que allí había.

Hacía una noche preciosa. La luna los observaba desde su altura y la brisa marina revolvió los mechones de Rebeca una y otra vez. Se soltó el destartado moño y ahuecó con sus dedos el cabello, peinándolo como buenamente pudo.

—Eres la mujer más atractiva y sexy que he visto en mi vida —comenzó a decir Erik sentándose más cerca de ella—. Es una pena que estés con otro. Ojalá te hubiese conocido antes...

Rebeca se rio.

—Adulador... Seguro que, por tu trabajo, conoces a muchas mujeres, y puede que no todas, pero algunas serán muy guapas. Te sentirás atraído por muchas.

—No te creas. Yo simplemente hago mi trabajo y luego me voy. Apenas me fijo en las féminas que tengo delante. Aquella noche con vosotras fue distinto. Sentía que algo me impulsaba hacia ti, como un imán... Por eso decidí irme con vosotras al acabar. Tenía la esperanza de que sucediera... algo entre tú y yo —confesó mientras acariciaba el brazo de Rebeca.

Esta sintió un escalofrío por su contacto y viendo que las cosas iban a ir más allá y ella no quería que sucediese nada, se levantó del sillón y se acercó a la barandilla de la terraza para poner distancia entre los dos.

Pero Erik no le dio tregua y se acercó a ella. La cogió por los brazos antes de continuar con su ataque.

—Ya te dije entonces que me gustabas mucho y si con tu novio las cosas no van bien... Quizá podríamos intentar algo tú y yo. A lo mejor si pruebas conmigo... Si me conoces a mí, es posible que...

—¡Quítale las manos de encima a mi mujer! —Oyeron el atronador grito de Derek a sus espaldas.

Los dos se separaron dando un respingo. En los ojos de Derek podía leerse fácilmente la furia ciega que le corría por las venas.

—Ella no es feliz contigo. Por eso no quiere casarse. —Erik se encaró con él.

—¿Ya te ha dicho que está embarazada? De mí, por supuesto. —Derek sacó pecho orgulloso.

Erik, al oírlo, retrocedió un par de pasos y miró a Rebeca confundido. Esta fulminó con la mirada a Derek. Detrás de él estaban Trent y Mayra con cara de pocos amigos. La poca gente que aún quedaba en la boda se había congregado en la terraza al oír los gritos y les observaban asombrados. ¡Menuda boda! Una petición de mano inesperada y la noticia de un embarazo. Lo recordarían mucho, pero mucho, mucho tiempo.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Erik a Rebeca.

—Sí —contestó esta asesinando con la mirada a Derek—. No lo sabía casi nadie, pero ahora, gracias al macho alfa de mi «novio» —escupió la palabra como si fuese veneno—, se ha enterado *to* Cristo. Muy bien, Derek —dijo sin apartar sus ojos de él—, muy bien, pero ¿sabes qué? Acabas de conseguir algo más aparte de impedir que Erik ligue conmigo. Hemos terminado —le soltó con rabia—. No quiero volver a verte nunca más. ¿Me oyes? ¡Nunca más!

Salió corriendo de allí con las lágrimas inundándole los ojos y resbalando por sus mejillas. Derek la siguió y una vez fuera, en la calle, la detuvo agarrándola del brazo y haciéndola girar para quedar frente a frente.

—¡Déjame!

Rebeca acompañó su grito con un sonoro bofetón. Pero Derek ni se inmutó por el golpe, aunque le dolió en el alma la reacción de ella.

—¿Eso quieres? ¿Romper conmigo para estar con el vikingo? ¿Para que te folle y luego te deje tirada cuando se canse de ti? —gritó él furioso.

—Te odio, Derek Mason —masculló ella con toda la rabia que sentía.

Él la contempló. Las lágrimas surcaban sus mejillas y sintió cómo su propio corazón se iba rompiendo poco a poco.

Estaba cansado.

Ya no se sentía con fuerzas para seguir luchando.

Si eso era lo que Rebeca quería, se lo daría.

La dejaría libre.

—Muy bien, Rebeca. Tú lo has querido. Hemos terminado —confirmó con resignación.

Con todo el dolor de su corazón y sintiendo que le faltaba el aire para respirar, Derek giró sobre sus talones y se montó en el coche que tenía aparcado allí mismo. Salió a toda velocidad y se perdió en la negrura de la noche.



Capítulo 48

Eran las cuatro de la madrugada cuando unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Rebeca. Sobresaltada por el escándalo y por oír los gritos de Mayra llamándola, corrió para abrir y ver qué ocurría. Su hermana entró como un vendaval en la habitación de hotel casi arrollándola a su paso.

—¡Vístete rápido! Tenemos que ir al hospital —le dijo cogiendo unos pantalones piratas y una camiseta de una silla cercana a la cama y tirándoselos a Rebeca encima.

Esta cogió la ropa al vuelo y, todavía quieta intentando aclarar su cabeza por el sueño interrumpido, preguntó:

—¿Al hospital?

—Sí. Vamos. Deprisa —la instó la otra al ver que no se movía.

—¿Le ha pasado algo a papá o a mamá? ¿Dónde está Trent?

—No, no. A ellos no. Están bien. Y Trent nos espera abajo en el coche. Rápido, Rebeca no te quedes ahí parada como un pasmarote.

—Pero ¿qué ha pasado? —volvió a preguntar mientras se vestía.

—Es... Derek. Ha tenido... —Mayra dudó si contarle lo sucedido o no. Decidió que sí lo haría—. Ha tenido un accidente con el coche y... ¡Joder! ¡Date prisa!

—¿Derek? —El corazón se le paró unos segundos al oír a su hermana—. Dime que está bien. Por favor, Mayra. Dime que está bien —suplicó acercándose a ella y agarrándola de ambos brazos.

—Yo... No lo sé. —Se soltó del agarre de su hermana—. Nos han avisado hace veinte minutos. Al parecer se estrelló contra un muro de hormigón y... le están operando a vida o muerte. Corre, Rebeca. Tenemos que llegar lo antes posible —la urgió su hermana saliendo a toda prisa de la habitación de hotel.

De camino al hospital un tenso silencio se cernió sobre ellos. Todos estaban preocupados por el estado de salud de Derek y además enfadados por lo que había sucedido esa noche entre él y Rebeca.

«Seguro que ha tenido el accidente por mi culpa», pensaba ella. «Estaba tan enfadado. Con tanta rabia en su interior...».

Ahora la horrible discusión, su pequeña venganza y su último adiós, le parecían ridículas comparado con el momento que estaban viviendo y con la frase de su hermana: «le están operando a vida o muerte».

Comenzó a llorar amargamente. Si Derek moría por su culpa, no se lo perdonaría en la vida. Y lo que era peor, no podría amar de nuevo. Su corazón le pertenecía a él y solo a él.

—Lo siento —susurró entre lágrimas—. Lo siento muchísimo. Todo es culpa mía.

Se cubrió la cara con las manos mientras no dejaba de repetir las mismas palabras una y otra vez.

—Shhh, tesoro, no te preocupes —le dijo su hermana intentando consolarla—. Verás cómo se recupera enseguida. Derek es un hombre fuerte y luchador. Saldrá de esta.

—Lo siento, Trent —repitió Rebeca, mirando por el espejo central del coche a su amigo—. Es culpa mía. Si no hubiésemos discutido... él... ahora estaría... —Las palabras quedaron atascadas en su garganta.

—Eso ahora no importa, Rebeca. Lo hecho, hecho está. Lo principal en estos momentos es que la operación salga bien y que mi hermano vuelva pronto a casa —respondió Trent con un deje de amargura en la voz, mirándola por el retrovisor.

—Os he fastidiado la boda. Lo siento tanto... —suspiró compungida Rebeca sin dejar de llorar.

El resto del camino lo hicieron en silencio, interrumpido únicamente por los constantes sollozos de Rebeca. Rezó todo lo que sabía y más pidiéndole al buen Dios, una y otra vez, que Derek se recuperase y volviera a su lado.

¿Qué iba a hacer sin él? Ya no se imaginaba la vida sin Derek en ella. A pesar de las duras palabras que le había dicho en la discusión, le quería con toda su alma. Y un bebé crecía en su interior. Un bebé que era parte de Derek. Se tocó la inexistente barriguita rogando que el padre de su hijo superase la operación para ver crecer a su bebé.

Cuando llegaron al hospital se reunieron en la sala de espera con el resto de la familia. Todos tenían los ojos llorosos y la preocupación se reflejaba en sus rostros. Aún no sabían nada de la operación. Se estaba alargando.

Rebeca creyó morir al ver la mirada de rabia e indignación que le dedicó Kim. Estaba enfadada por lo que había sucedido horas antes entre ella y Derek. Con ese

gesto, la inglesa le transmitió todo su dolor y la certeza de que, si algo malo le sucedía a su hermano, se lo haría pagar a ella.

Sus padres se acercaron a Mayra y a Rebeca nada más entrar en la sala y los cuatro se abrazaron. Después Rebeca se giró para dirigirse hacia los padres de Derek y nuevamente les pidió perdón porque la culpa del accidente de su hijo era suya. Estos intentaron en vano tranquilizarla.

—Todo va a salir bien, niña —le decía Clara, la madre de Derek, con su dulce acento canario—. Seguro que mi hijo está luchando para salir adelante. Y más ahora que tiene un motivo nuevo para vivir —añadió, tocándole a Rebeca el vientre.

—¿Por qué no nos lo habíais dicho antes? —preguntó Edward, el padre.

Rebeca respiró profundamente antes de dar explicaciones.

—Derek y yo hemos estado enfadados una temporada y... fue entonces cuando me enteré de que estaba embarazada. Cuando hicimos las paces, tardé bastante en decírselo porque no sabía cómo se lo tomaría él. Si querría tenerlo o no... —Comenzó a llorar de nuevo—... y ahora lo he estropeado todo.

—Hija. —Juan, el padre de Rebeca y Mayra, que había permanecido a su lado todo el tiempo, intervino—. Tenías que haber confiado en nosotros y habérselo dicho también antes. No me ha gustado nada enterarme así de que voy a ser abuelo. Pero no te preocupes, cielo, verás cómo Derek se recupera enseguida.

Rebeca se abrazó de nuevo a su padre y continuó sollozando. Mari Carmen, su madre, al lado le acariciaba la espalda intentando que se calmase.

—No llores, cariño —dijo con voz dulce—. No es bueno para el bebé.

Alrededor de una hora después llamaron por megafonía a los familiares de Derek Mason. Todos corrieron hacia la salida de la sala de espera justo en el momento en el que un doctor la atravesaba. Con ellos enmarcándolo en un gran círculo, el médico comenzó a hablar.

—Creemos que la operación ha salido bien, aunque aún es pronto para decirlo. Las próximas horas son de vital importancia. —Los miró uno a uno, pero centró su atención sobre todo en los padres de Derek—. El señor Mason ha llegado al hospital con una fractura craneal causada por el fuerte impacto que ha sufrido y se le estaba formando un gran coágulo en el cerebro, de ahí la intervención con tanta urgencia.

Hizo una pausa en la que miró el informe que tenía entre manos y añadió, ante la expectación de todos:

—También tiene perforado un pulmón, dos falanges de la mano izquierda rotas y la tibia del mismo lado, a parte de varios hematomas en el rostro y el pecho. —Levantó la vista de nuevo y se centró en Edward y Clara—. Ahora mismo el paciente está en coma. Le hemos trasladado a la UCI. Si quieren verlo pueden hacerlo, pero solo pueden pasar dos personas cada vez y no estar más de veinte minutos —les advirtió recorriendo con sus ojos de nuevo a todos los allí presentes—. En la entrada

de la UCI encontrarán unas batas, gorros y demás, que deberán ponerse.

Rebeca asintió a todo lo que indicó el doctor. Como ella trabajaba de enfermera en la UCI pediátrica del Hospital 12 de Octubre en Madrid, conocía muy bien el protocolo a seguir.

Todos querían verlo y al final decidieron que las primeras personas en entrar a la UCI serían Clara, la madre de Derek, y Rebeca.

Lo primero que Rebeca oyó fue el bip-bip que salía de una de las máquinas a las que estaba conectado Derek. Cuando apartó la cortina y lo vio, el alma se le cayó a los pies y su corazón se paralizó. Lleno de tubos y sondas, parecía estar dormido, inerte, y esta quietud hizo que Rebeca se desplomase en una silla que había al lado de la cama, llorando aterrada.

—Derek... —balbuceó—. Lo siento. Lo siento muchísimo —dijo aferrándose a su mano.

—Mi pobre niño... —sollozó Clara acariciándole el rostro.

Derek tenía grandes hematomas en la cara, el cuello y los brazos. Rebeca pensó que seguramente también los tendría en más partes de cuerpo, pero estos quedaban ocultos por la sábana del hospital. En la frente, una gran cicatriz encima de su ceja izquierda le llegaba hasta la sien. Tenía dos dedos, de la otra mano que no estaba agarrando Rebeca, rotos y el vendaje se extendía desde ellos hasta el codo. También se había fracturado la pierna izquierda, que tenía inmovilizada con un contrapeso que colgaba del techo.

—Derek... Soy Rebeca... Estoy aquí —susurró—. Tienes que ponerte bien, por favor. Lucha para salir adelante. Te necesito en mi vida. Te quiero.

Se levantó de la silla y se inclinó sobre él. Notó su débil respiración y su corazón se oprimió más, presa de la angustia y la preocupación. Lo besó tímidamente en los labios y varias lágrimas cayeron de sus ojos a las mejillas de Derek. Se las limpió delicadamente con el dorso de la mano sintiendo la tibieza de su piel.

Al día siguiente el médico se reunió de nuevo con los padres de Derek y con Rebeca, que no se había marchado a dormir la noche anterior, pese a la insistencia de todos los demás.

—No me separaré de su lado nunca más. Quiero estar aquí cuando despierte. Necesito pedirle perdón por todo y... —Había dicho ella antes de romper a llorar de nuevo.

Esa mañana se habían llevado a Derek para hacerle nuevas pruebas y el doctor ya tenía los resultados. El hematoma craneal estaba disminuyendo, lo cual era buena señal y no se apreciaban indicios de que hubiese alguno más. La herida del pulmón

estaba sanando correctamente, sin signos de infección, así que solo les quedaba esperar a ver cómo evolucionaba el paciente. Volverían a hacerle más pruebas al día siguiente para evaluar de nuevo su situación.

Cuando Rebeca entró en la UCI, esta vez sola, para ver a Derek le encontró igual que la noche anterior. Seguía inerte, como sin vida. Ella se sentó de nuevo en la silla al lado de la cama y otra vez se aferró a su mano.

—Derek, tienes que despertar, cariño —susurró junto al oído de su hombre—. Necesito hablar contigo. Todo lo que te dije la noche de la boda... Lo siento tanto... No hablaba en serio. —Comenzó a llorar amargamente—. Estaba enfadada y me dejé llevar por la rabia. Quiero pedirte perdón, pero quiero hacerlo mirándote a los ojos. —Le acarició con ternura—. A esos increíbles y maravillosos ojos color zafiro que sabes que me encantan. Por favor, despierta. Despierta.

Pero Derek continuó inmóvil en la cama, con los ojos cerrados, su leve respiración y el bip-bip de las máquinas como únicos sonidos.



Capítulo 49

Por la tarde apareció Joel. Trent le había avisado del accidente y este cogió el primer vuelo a Madrid desde Londres y de allí a Tenerife. Su cara reflejaba la misma angustia y preocupación por la que estaban pasando todos los demás. Después de saludarles e informarse del estado de su gran amigo, se reunió con Rebeca. La abrazó y le susurró al oído:

—Siento mucho lo que pasó aquella noche en su casa...

—Shhh, calla, Joel —murmuró ella también en su oído lo más bajo que pudo para que nadie se enterase de lo que hablaban—. Eso ya está olvidado. Entiendo que él te llevó engañado, pero tú... gracias a Dios, te diste cuenta a tiempo —intentó tranquilizarle Rebeca. Le dio otro beso en la mejilla y se separó de su cara para mirarlo a los ojos y que Joel viera que le había perdonado de verdad.

—Le eché una buena bronca por ello, no creas... —le contó este intentando hacerla sonreír.

—¿Y Heidi? ¿Qué tal está? ¿Sigues con ella? —preguntó Rebeca cambiando de tema.

Joel frunció el ceño unos momentos y se quedó pensativo antes de contestar.

—Sí. Bueno... Es... complicado —dijo sacudiendo la cabeza y sentándose en una silla bastante alejada del resto de la gente—. Sabes cómo soy yo y lo que me gusta. Le costó un poco aprender, pero ahora lo hace muy bien. El problema es que... quiere que vivamos juntos. Heidi quiere una relación seria... y yo no.

—Oh... —exclamó Rebeca, quien se sentó a su lado—. Pensé que estabas enamorado de ella.

Joel sonrió con tristeza. Recorrió con su mirada la habitación donde estaban y la centró en la otra esquina, en la que permanecía sentada Kim con Mayra y la madre de los hermanos Mason.

—No. No estoy enamorado de Heidi —contestó devolviendo sus ojos a Rebeca

—. Solo es una más. El amor... no es para mí.

—¿Por qué dices eso? —Ella frunció el ceño—. ¿Eres otro de esos gallitos que se creen súper duros y que piensan que no necesitan el amor en su vida? Pues todo el mundo necesita amor, que lo sepas —dijo arqueando una ceja.

—No es eso, Rebeca. Es que... Da igual, déjalo.

—Uy, uy... Intuyo que alguien te ha roto el corazón.

—Fue hace mucho tiempo —contestó Joel con un suspiro largo y cansado.

—¿Quién era ella? ¿Alguna de tus sumi...?

Joel la miró como si estuviera loca.

—¿Qué? ¡No! No. —Sacudió la cabeza para realzar su negativa—. Ella no tiene nada que ver con ese mundo. Además, no llegué a tener una oportunidad con esa mujer. Y ahora... Ahora es demasiado tarde. Está casada. Felizmente casada dicen todos —respondió con desdén.

Rebeca pensó durante unos instantes en las palabras de Joel. Sintió pena por él porque a pesar de tener a tantas mujeres a su disposición, la única que le interesaba no estaba disponible para él. ¿Quién sería?

Le observó unos segundos, comprobando la tristeza que había en sus ojos y, en un impulso, le abrazó con cariño. Joel se sorprendió ante aquel gesto, pero no la rechazó. En el poco tiempo que hacía que se conocían su amistad había ido creciendo, pero tras lo último que sucedió en casa de Derek.

Esa mujer le gustaba mucho para su amigo. Se alegraba de que él hubiese encontrado el amor y fuera correspondido.

—¿Crees que ella no es feliz en su matrimonio? —preguntó Rebeca deshaciendo el abrazo que le había dado.

—Estoy casi seguro de que así es. Pero no puedo hacer nada. Pertenece a otro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Sigues teniendo contacto con esa chica? ¿Te ha contado algo que te haga pensar que no es feliz con su marido?

Mayra se acercó a ellos en ese momento interrumpiendo la conversación. Kim la acompañaba, pero se quedó un par de pasos más atrás.

—Rebeca, vamos a ir a la cafetería a tomar algo, ¿vienes?

—No. Me quedo aquí. —De repente, cayó en la cuenta de que su hermana no conocía a Joel—. Ah, por cierto, te presento a Joel. El mejor amigo de Derek. Esta es mi hermana, Mayra.

—La nueva señora Mason —dijo Joel levantándose de la silla sonriendo y, agarrando la mano de Mayra, se la llevó a los labios para besarle el dorso, como siempre hacía—. Es un placer.

—¡Cómo se nota que eres amigo de Derek! Tan adulator como él... —soltó esta

riéndose—. Encantada. El gusto es mío. —Lo miró de arriba abajo poniéndole nota, «Un diez, para qué engañarnos», y girándose hacia Rebeca continuó hablando—. Deberías venir y comer algo. Si no lo haces por ti, hazlo por el *alien*.

Joel se giró para encararse con Rebeca.

—Tu hermana tiene razón. Deberías ir a comer algo. Y enhorabuena por el embarazo. Derek estaba eufórico cuando me llamó para contármelo.

—Gracias, Joel, pero de verdad que no quiero nada. Estoy bien. En serio — insistió Rebeca.

Kim carraspeó un poco y alargó la mano para coger del brazo a Mayra e irse.

—Kimberly Mason —dijo Joel con una sonrisa, clavando sus ojos en ella. A Rebeca le pareció que él saboreaba cada letra del nombre de su amiga—. La más bella flor del jardín.

—Ahora soy Kimberly Abercrom —recalcó Kim con mal genio—. Me casé con Peter hace cuatro meses.

—Sí, lo sé. Peter... Un hombre con suerte —contestó Joel con un toque de desprecio en la voz—. Pero no me gusta cómo suena el apellido Abercrom con tu nombre. Así que, para mí, siempre serás la pequeña y dulce Kim Mason.

—Me da igual si te gusta o no el apellido de mi marido, Joel Mackenzie —replicó Kim irritada—. ¿Nos vamos ya, Mayra? ¿Vienes, Rebeca?

Rebeca se dio cuenta de la tensión entre Joel y Kim. ¿Habría sucedido algo entre ellos? ¿Alguna disputa? Joel, como siempre hacía con todas las mujeres, miraba a Kim comiéndosela con los ojos. La desnudaba con su mirada verde. Quizá era que Kim conocía la fama de Joel y por eso le caía mal. A lo mejor sabía algo de sus jueguitos y no los aprobaba.

Todo esto pensaba Rebeca mientras veía cómo se alejaban su hermana y su amiga en dirección a la cafetería del hospital. Se giró para continuar su conversación con Joel, pero había desaparecido. Le preguntó a Trent por él y este le indicó que había entrado a la UCI para ver a Derek.

Como su estómago comenzó a rugir, Rebeca finalmente se decidió a ir a la cafetería y tomar algo. A lo mejor así podría indagar sobre lo que había ocurrido entre Kim y Joel, ahora que Peter no estaba con las chicas.

Las encontró en un rincón sentadas ante una mesa, con un par de cafés delante y unas tostadas. A Kim ya se le había pasado el enfado con Rebeca. Lo más importante ahora era la recuperación de su hermano, así que se olvidó de su malestar hacia su amiga.

—¡Qué buenísimo está el Joel ese! ¡Madre mía! —comentaba Mayra, abanicándose con la mano—. ¿Todos los amigos de Derek son así? —preguntó mirando a su hermana.

Rebeca se rio antes de contestar.

—Bueno, yo conozco solo a unos pocos. Algunos son guapos y otros... menos —le explicó—. Pero, en general, están todos bien y son muy simpáticos, como has podido comprobar con Joel.

—Pedazo de hombre. Alto, moreno, ojazos verdes, cuerpo perfecto... Mmm. Para comérselo —continuó diciendo Mayra.

—¡Oye! ¡Qué estás casada con mi hermano! —dijo Kim dándole una colleja cariñosamente.

Mayra se volvió hacia ella con una gran sonrisa en los labios.

—Tengo ojos en la cara, ¿qué pasa? ¿Es que ya no voy a poder mirar a un tío bueno nunca más? ¡Por favor! —exclamó riéndose—. ¡Con lo que alegra la vista ese hombre! Pero no os preocupéis, chicas, que a Trent no le llega ninguno a la suela del zapato.

—Eso está mejor —añadió Kim con una sonrisa.

Rebeca, que no podía aguantar más su curiosidad, aprovechó la ocasión para preguntarle a Kim por Joel.

—Oye, ¿tú hace mucho que conoces a Joel?

—Sí. Muuuchos años —comenzó a contarles a sus dos amigas—. Yo tendría unos veinte, estaba en la universidad todavía. Organizaron un concurso de fotografía al que se presentó Derek, pero que no ganó, y Joel era uno de los participantes. Él fue quien le arrebató el primer premio a mi hermano.

Hizo una pequeña pausa antes de proseguir y Rebeca comprobó en los ojos de su amiga un brillo de anhelo al recordar el pasado. ¿Por qué Kim tenía esa mirada? Era como si hubiese recordado que había perdido algo muy querido...

—Ellos se conocían de vista y Derek se acercó para felicitarle. Yo estaba con él y me lo presentó. Joel Mackenzie. —Suspiró al pronunciar su nombre—. Ya entonces tenía la costumbre de besar en la mano a las chicas. Era tan galante... Y te hacía sentir única y especial. Tenía un montón de niñas tontas siempre a su alrededor —añadió con desdén endureciendo la voz—. Pero ninguna es lo bastante buena para él por lo visto, ya que nunca se ha casado ni ha tenido pareja estable.

Por el comentario de Kim, Rebeca dedujo que una de esas «niñas tontas» como ella las había llamado, era su amiga inglesa y pensó que quizá por eso estaba resentida con Joel, por no haber sido la elegida.

—A lo mejor es gay —aventuró Mayra—. Aunque sería una pena si lo fuera. Con lo bueno que está...

—Nooo. —Se rio Rebeca—. No lo es. Yo sí he conocido a alguna novia suya, así que te aseguro que Joel no es gay. Y... a lo mejor... —añadió dudando—... no tiene pareja ni se ha casado porque no ha encontrado a la mujer de su vida todavía, ¿no crees, Kim?

Rebeca esperó con impaciencia la respuesta de su amiga. Allí ocurría algo y

quería saber qué era.

—Rebeca tiene razón —contestó Kim bajando la mirada hacia su taza de café—. Joel no es gay. Yo también he conocido a varias chicas que han estado con él y lo de que encuentre a la mujer de su vida... Lo va a tener difícil. Como no baje un poco listón...

—Cuando ha nombrado a Peter, me ha parecido que lo decía con un tono... de desdén. ¿Ha pasado algo entre ellos? —quiso saber Rebeca.

Kim se encogió de hombros sin mirar a sus amigas. Permaneció callada unos segundos más hasta que alzó los ojos y miró por la ventana de la cafetería.

—Ellos nunca se llevaron bien —dijo al final y se volvió para mirar a Rebeca y a Mayra—. Sé que una vez discutieron, aunque no sé por qué. Nunca se lo he preguntado a Peter y tampoco me importa. Solo sé que mi marido no le soporta. Y a Joel también le cae mal Peter, así que... ya ves. Dos tontos muy tontos.

Kim dio un trago más a su café acabándolo. Mayra hizo lo mismo con el suyo.

—Venga, Rebeca, acábate el sándwich y el zumo, y subamos arriba a ver si hay novedades con Derek —la apremió su hermana, levantándose de la silla al mismo tiempo que Kim.

—Voy delante, chicas. Ahora os veo —se despidió la inglesa con prisa.

A Rebeca no le pasó desapercibido que Kim tenía los ojos llenos de lágrimas y que luchaba por no dejarlas salir. Frunció el ceño preocupada. ¿Qué era lo que le había afectado tanto para que estuviese a punto de llorar? Además del estado en el que se encontraba su hermano, claro.

Centró la atención en Mayra, que la esperaba de pie frente a la mesa, y recordó que, a esas horas, ella y Trent ya deberían estar de viaje.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Os he estropeado la luna de miel —se disculpó Rebeca.

—Bah, no te preocupes. —Mayra le quitó importancia con un gesto de la mano y una sonrisa—. Nos iremos a Hawaii más adelante. Ahora lo principal es que Derek se recupere. Y que volváis a estar juntos. ¿Cómo lo estás llevando? —Ladeó la cabeza estudiándola.

—Estoy fatal de los nervios —se sinceró Rebeca—. Si le pasara algo... Si se muriese...

—¡No se te ocurra pensar eso! ¡Por Dios! —exclamó Mayra, llevándose una mano al pecho—. Derek va a salir de esta. Estoy completamente segura. Y vais a estar juntos para siempre. Va a ver crecer a su hijo y tendréis muchos más niños. Y Trent y yo os daremos sobrinos algún día. Y Kim —añadió sentándose de nuevo a su lado y abrazándola.

—Bueno, de Kim... No estoy yo muy segura —respondió Rebeca—. Sabes que los niños no le atraen mucho que digamos...

Mayra cabeceó confirmando las palabras de Rebeca.

—Sí. En eso tienes razón. Antes la he oído discutir con Peter. —Bajó la voz para que solo Rebeca la oyese a pesar de que estaban prácticamente solas en la cafetería—. Parece ser que él quiere meterse en faena ya y ella no quiere. Además, también le he oído a Peter decir algo sobre Joel. Creo que le ha pedido a Kim que se mantuviera alejada de él. Que no quería que hablase con Joel ni nada. ¿Tendrá Kim algo que ver con el mal rollo que hay entre esos dos?

—No sé, Mayra. —Soltó un largo suspiró y miró a su hermana a los ojos—. Escucha. Te voy a contar algo de Joel, pero prométeme que no dirás ni una palabra a nadie. Ni siquiera a Trent. ¿Entendido?

Mayra asintió con la cabeza y Rebeca le contó el episodio de Barcelona, en el que ella descubrió que a Joel le gustaba el sado y los tríos. Pero omitió la parte en que Derek admitió que él también había participado en alguno. Mayra abrió tanto la boca por la sorpresa que casi se le desencaja la mandíbula.

—¡No jodas! —exclamó cuando Rebeca hubo terminado de contar la historia.

—Como lo oyes. Pero no digas absolutamente nada. A nadie. No estoy segura de si Kim sabe algo. Pero por si acaso, ya sabes, *chitón*.

Rebeca hizo un gesto de cerrar la boca con una cremallera y tirar la llave, indicándole así a su hermana que el tema era alto secreto.

—Yo creo que si Peter le ha dicho a Kim que no se acerque a él es porque debe conocer bien sus... gustos —aventuró Rebeca— y tendrá miedo de que su mujer caiga en las redes de este Don Juan. Parece ser que Peter no aprueba las técnicas sexuales de Joel. La otra noche me comentó algo sobre un posible novio que tuvo Kim cuando era más joven —continuó contándole a su hermana sus sospechas— y que él logró quitar de en medio para quedarse con ella. Al parecer a ese chico también le iba... todo ese rollo. Pero Kim no lo sabía y no tuvo tiempo de descubrirlo gracias a la intervención divina de Peter.

—¡Joder! Me dejas de piedra, tía —exclamó alucina por el culebrón mejicano que le estaba contando Rebeca. Se quedó en silencio unos segundos pensando y después, con una sonrisa traviesa, Mayra añadió—. Pero claro, con lo bueno que está no le faltarán chicas donde elegir. Lo del sado me da un poco igual —dijo encogiéndose de hombros—. Pero lo de los tríos... ¡Qué morbo! ¡Por Dios! ¡Qué morbazo!

Rebeca la miró sorprendida. Nunca hubiera imaginado que Mayra fuera capaz de prestarse a hacer algo así.

—No me digas que te gustaría hacer uno.

Su hermana suspiró con ojos soñadores y se recostó en el respaldo de la silla.

—No sé. Tendría que hablarlo con Trent. Yo sin él no voy a ninguna parte, ya lo sabes. Aunque pensándolo bien... —Se mordió el labio inferior dudando—. No sé. Que me folle otro hombre que no sea él... Dependería mucho de quién fuera. Tendría

que ser un tío que me pusiera muy caliente, al menos, la mitad de cachonda que me pone Trent. Claro que si viene David Beckham a pedírmelo no me lo pensaría dos veces —confesó riéndose—. ¿Y tú? ¿Harías un trío?

—¿Yo? —respondió Rebeca recordando la noche aquella en casa de Derek con Joel—. No. No. Aunque nunca se puede decir de esta agua no beberé. A mí Derek me deja tan agotada que no me imagino con dos a la vez. Uf. Quita. Quita. —Hizo un gesto con la mano como si estuviera espantando moscas.

Rebeca le dio el último bocado a su sándwich mientras Mayra continuaba hablando.

—¿Y Kim? ¿Crees que ella lo haría?

—Bueno... No sé. Nunca ha surgido el tema —contestó tras haber tragado la comida que tenía en la boca—. Pero las personas siempre nos sorprenden, ¿verdad? De todas formas, si alguna vez en la vida una de nosotras lo hace, prométeme que se lo contará a la otra con pelos y señales.

—Hombre, con pelos, pelos... Yo es que si tienen mucho pelo, me da un poco de asquito... Ya sabes, los ositos solo de peluche —contestó Mayra riéndose.

—Andaaaa, picantona... —Rebeca le dio un codazo—. Qué peligro tienes. Pobre Trent. ¡Pobre Trent!

Rebeca apuró su zumo y fueron de nuevo a la sala de espera donde aguardaban todos los demás. Después de la charla con su hermana se encontraba de mejor humor, aunque todavía muy preocupada por el estado de salud de Derek.



Capítulo 50

Esa noche Rebeca la pasó junto a la cama de Derek. Le rogó al médico que la dejara estar a su lado. Ella era enfermera y, aunque no estaba en su hospital, trataba a diario con pacientes en el estado de su novio. Así que si notaba algún cambio o surgía alguna complicación sabía perfectamente lo que debía hacer. A regañadientes, el doctor aceptó.

—Cariño... Estoy aquí. A tu lado —susurró cerca del oído de su hombre—. Tienes que despertar, Derek. No quiero perderte. Te amo demasiado —le confesó con el corazón en un puño, rogando a Dios que se recuperase lo antes posible—. Tienes que ver cómo crece nuestro hijo. Ya falta poco para la ecografía de las doce semanas y tienes que estar conmigo ese día. Quiero que la primera vez que veamos a nuestro pequeño *alien* estemos los dos juntos, mirando como dos tontos la pantalla, y emocionándonos por lo bonito que es. Despierta, Derek. Vuelve conmigo —le pidió antes de que un sollozo escapara de su garganta.

A la mañana siguiente, se llevaron a Derek para hacerle más pruebas y Rebeca aprovechó para ir al hotel a ducharse y cambiarse de ropa. Regresó dos horas después y se encontró con Joel a punto de entrar a la UCI para ver a su amigo, que ya había regresado de las pruebas médicas.

—El doctor dice que está evolucionando bien, pero que aún hay que seguir esperando —comentó él abriéndole la puerta de la UCI para dejarla entrar primero—. Estoy completamente seguro de que en un par de días estará como nuevo. Derek es muy fuerte. Saldrá de esta. Ya lo verás.

—Eso espero, Joel. Cada vez que lo veo ahí, tan quieto... Se me encoge el corazón. No puedo perderle. No puedo.

—Tranquila, preciosa. Lo superará —dijo él animándola.

Llegaron hasta donde estaba Derek y Rebeca comprobó, con gran alegría, que algunos de los tubos y sondas a los que había estado conectado hasta entonces, habían desaparecido. Se inclinó sobre él y le besó dulcemente los labios.

—Hola, mi amor. Hoy he venido acompañada. Joel está conmigo —susurró contra su boca.

—Hola, socio —comenzó a hablar Joel, al otro lado de la cama—. Joder, tienes una pinta horrible, tío. A ver si te recuperas pronto porque estás hecho un asco.

—¡Ay que ver, Joel! Eres menos delicado que unas bragas de esparto —le riñó Rebeca.

Él la miró divertido por el comentario tan español que había hecho ella.

—¡Pero si no me oye! —dijo para defenderse.

—Pero yo sí que te oigo. —Rebeca puso los brazos en jarras y lo miró indignada—. Y pienso que él también. Aunque no está demostrado científicamente que los pacientes en coma lo hagan. Se sabe que el cerebro mantiene su actividad, pero que oigan... Yo prefiero pensar que sí nos escuchan.

Joel asintió, dándole la razón para que el enfado de la morena no aumentase.

—Pues si me estás oyendo, pedazo de cabrón... —se inclinó sobre Derek—... recupérate pronto o me quedo con tu chica.

—¡Joel! —le riñó de nuevo Rebeca.

Él la contempló sin perder su sonrisa.

—¡¿Qué?! A ver si así sale del coma. Hay que darle algún... aliciente para que luche —comentó arqueando una ceja.

—Jolín, pero después de lo que ha pasado entre nosotros tres, que le digas eso... —Bufó molesta, mirando alrededor para ver si alguien los había escuchado. Afortunadamente no—. Ya te vale, hombre.

—Bueno, si me ha oído, le dejaré que me dé un buen puñetazo por lo que acabo de decir —respondió este con una gran sonrisa.

Se sentaron cada uno en una silla, con la cama donde yacía Derek en medio. Tras unos minutos en silencio, Rebeca le preguntó a Joel por la conversación que habían mantenido el día anterior sobre la mujer que él había amado una vez. Necesita confirmar algunas sospechas que tenía.

—Dime, ¿por qué crees que ella, la chica que amas, no es feliz en su matrimonio?

Joel emitió un largo suspiro antes de contestar.

—Lo veo en sus ojos —dijo—. El fuego arde en su interior y su marido, con la relación vainilla que tienen, no es capaz de darle lo que ella necesita. En cambio, yo... podría satisfacerla enormemente. Ella necesita que la dominen para disfrutar por completo de su sexualidad. Aunque todavía no lo sabe. —Sonrió con tristeza—.

Pero él, su marido, acabará haciendo que ese fuego se apague y le dará una vida triste y sin sentido. Sin placer. Conmigo eso no le pasaría.

Rebeca se removió en la silla y apoyó los codos sobre la cama en la que Derek yacía inmóvil. Cogió una mano de su hombre y comenzó a acariciarle el dorso.

—¿La ves muy a menudo? —preguntó Rebeca mirándolo a los ojos.

—Más de lo que yo quisiera.

Ante la cara de extrañeza de Rebeca por su contestación, Joel aclaró:

—Lo que te voy a contar no lo sabe nadie, excepto Derek. Él es el único que conoce mis sentimientos respecto a esa mujer. Y a ti te lo cuento porque sé que eres una persona legal, de confianza. Y, a partir de ahora, para mí vas a ser como una hermana. —Hizo una pausa buscando las palabras adecuadas para describir sus sentimientos—. Cuando miro a esa mujer... Me muero de ganas de besarla. Agonizo por no tenerla conmigo, a mi lado, en mi vida... Cada vez que la veo con su marido... ¡Dios! No sabes cómo odio a ese hombre. —Apretó los dientes por la rabia que sentía en ese instante—. Él consiguió arrebatármela. Le contó a su hermano mis gustos sexuales y como este tampoco estaba de acuerdo porque desconocía el tema en aquel momento, entre los dos me declararon el perverso número uno del país. Consiguieron alejarla de mí antes de tener la oportunidad de estar con ella y mostrarle mi mundo.

Rebeca recordó la conversación con Peter en el pub y la que tuvo al día siguiente con Derek sobre Kim y aquel novio que no había llegado a ser tal. Empezó a encajar piezas, confirmando así sus sospechas, mientras Joel continuaba hablando.

—Me duele muchísimo verla y saber que no es mía. Que nunca será mía —confesó con una mezcla de tristeza y rabia en la voz.

Después permaneció en silencio tanto tiempo que Rebeca creyó que no continuaría con su historia. Cuando ella iba a preguntarle el nombre de su amada, aunque a estas alturas ya estaba casi segura de quién era, Joel habló de nuevo.

—Es la mujer más hermosa que hay en la Tierra. Sus ojos son del color del cielo y sus labios... Tiene una boca de fresa que pide a gritos ser besada... Su cuerpo es perfecto... Pero prometí que no me acercaría a ella nunca más con intenciones sexuales y yo cumplo mis promesas.

Joel recorrió con su mirada el cuerpo inerte de Derek antes de añadir:

—Un tiempo después, su hermano y yo acabamos haciéndonos amigos y él me pidió perdón. Pero ya era tarde. El amor de mi vida se había escapado entre mis dedos y estaba a punto de casarse con otro —dijo con amargura—. Bueno, hoy está casada con ese malnacido que nos separó. Pero no es feliz. Puedo asegurarte que no es feliz —afirmó mirándola de nuevo.

—Es Kim, ¿verdad? —le preguntó Rebeca finalmente—. Estás enamorado de Kim. Por eso no tienes relaciones estables. Sigues enamorado de ella y ninguna la

supera. Es eso, ¿verdad?

Joel la contempló con ojos tristes y a Rebeca se le partió el corazón por verlo así.

—No digas nada, por favor —le pidió—. Le prometí a Derek y a Peter que me mantendría alejado de ella.

—¿Por qué Joel? —Rebeca siguió indagando en la historia. Había cosas que no entendía aún—. Deberías haber luchado. Si tanto la querías, deberías haber luchado por ella.

—Yo entonces estaba comenzando en el mundo del BDSM y entendía perfectamente a la gente que no compartía mis gustos. Cuando Derek me explicó sus miedos respecto a que su hermana tuviese una relación conmigo, lo comprendí —le contó—. Me rogó que la dejara libre, que si de verdad la amaba, que la dejara decidir. Y si ella realmente me quería y continuaba insistiendo en que quería estar conmigo, él nos permitiría tener una relación. Pero Peter ya había empezado a camelársela. —Apretó los dientes y sacudió la cabeza negando—. Y al final se llevó el gato al agua. Me he arrepentido mil veces de haber desaparecido de su vida entonces. Si hubiese seguido insistiendo con Kim... Si no hubiese escuchado las palabras de Derek... Si Peter no hubiera hecho lo que hizo... Quizá ahora sería mi mujer.



Capítulo 51

—Derek, abre los ojos, amor mío. Llevas ya tres días así y yo... necesito ver esos preciosos ojos que tienes, cariño. Necesito que los abras y me mires, y que me digas que estás bien —suplicó Rebeca, inclinada sobre él en la cama del hospital, a la mañana siguiente.

Estaba sola con él. Los médicos habían vuelto de hacerle más pruebas y los resultados eran satisfactorios. Derek se estaba recuperando. Ahora solo faltaba que despertase. Le acarició dulcemente la cara y lo besó de una manera fugaz en los labios. Recordó la última vez que vio esos bonitos ojos azules. Toda la rabia y el dolor que había en ellos, y que había causado Rebeca con su pequeña venganza y su negativa a casarse con él.

—Derek, he sido una tonta. Has tenido que estar al borde de la muerte para darme cuenta de lo mucho que te quiero. De que sin ti no puedo vivir. De que nunca podré amar de nuevo a otro como te amo a ti. Por favor, despierta. —Lo besó de nuevo en los labios, aguantando las lágrimas que luchaban por salir otra vez de sus ojos.

Sacó de su bolsillo una pequeña caja y la puso sobre la cama. La abrió lentamente para ver las bonitas alianzas de oro que había comprado esa misma mañana. Cada una con el nombre del otro grabado en su interior. Cogió la que pertenecería a Derek y se la colocó en un dedo. Después se puso ella la otra junto con la de zafiros que él le había regalado unos días antes.

—Yo... —comenzó a hablar de nuevo—. Derek... Siempre te he querido. Fuiste mi primer amor, mi primer hombre y nunca, nunca he dejado de amarte... A pesar de todo lo que nos ha ocurrido en estos meses... A pesar de todos estos años... Siempre has sido tú, Derek. Mi gran amor. —Volvió a sentarse en la silla a su lado, sin dejar de agarrarle la mano donde tenía la alianza—. Alguna vez me has dicho que mientras tuvieras una oportunidad seguirías luchando por mí, por mi amor. Bueno, pues ya no tienes que luchar más por él porque es tuyo. Mi corazón es tuyo y lo será siempre.

Ahora tienes que ser fuerte para salir adelante. Quiero que luches por ti. Por recuperarte. Porque si te mueres yo... yo... —Comenzó a llorar de nuevo y hundió la cara en el regazo de él—. Me moriré también. Te quiero, Derek. Por favor, abre los ojos. Te prometo que si lo haces, me casaré contigo —dijo entre lágrimas—. He sido una estúpida por estar tanto tiempo negándotelo. Solo ahora me he dado cuenta de que es lo que más deseo en este mundo. Casarme contigo. Estar siempre contigo. Despertar a tu lado y dormir contigo cada noche porque, como tú dices siempre, una noche no es suficiente y necesito todas las demás. Te quiero a mi lado para criar juntos a nuestro pequeño *alien*. Por eso he comprado estas alianzas con nuestros nombres en ellas. Para que las podamos usar en nuestra boda. Por favor, Derek. Abre los ojos. Ábrelos y cástate conmigo.

—Princesa... —Oyó la débil voz de Derek.

Rebeca levantó la cabeza sobresaltada y se encontró con la maravillosa mirada de su hombre. Este levantó una mano para acariciarle el rostro y limpiar las lágrimas que surcaban sus mejillas. Observó el anillo dorado que Rebeca le había colocado en el dedo y sonrió. Le acarició los labios con las yemas de sus dedos antes de continuar hablando.

—No llores, cielo. Estoy bien. Estoy aquí... contigo.

Derek tuvo que hacer un esfuerzo enorme para poder hablar. Rebeca lo miraba boquiabierta.

—Te has despertado... —Consiguió decir ella acercándose a sus labios para besarle de nuevo.

Derek sonrió.

—En realidad, llevo bastante rato despierto. He notado que entrabas en la habitación. Reconocería tu olor a fresas en cualquier parte, en cualquier lugar...

—Entonces, has oído todo lo que te he dicho —afirmó ella.

Derek asintió y la miró con todo el amor que sus ojos podían reflejar en ese instante.

—¿Quieres hacerme un favor, cielo? —preguntó sonriéndole.

—Sí, dime. ¿Qué necesitas? ¿Agua? ¿Qué? Dime lo que quieres.

—No. No quiero agua. Necesito que vayas a buscar a un sacerdote inmediatamente para que nos case. No vaya a ser que te arrepientas de todo lo que me has dicho.

Comenzó a reírse y a Rebeca se le inundaron nuevamente los ojos de lágrimas, pero esta vez eran de felicidad. El amor de su vida había vuelto con ella. Estaba sano y salvo y estaba junto a ella.

Se inclinó sobre sus labios y los besó despacio.

—Venga, vete a buscar al sacerdote —la apremió él—. No te vayas a arrepentir...

—No me arrepentiré, tranquilo. Enseguida iré a buscar a un cura para que nos case, pero antes, cuéntame qué ocurrió en el accidente.

—La verdad es que está todo borroso en mi mente. Recuerdo que estaba muy enfadado por lo ocurrido y que iba como un loco conduciendo. Llegué a una curva muy cerrada... Había un muro de hormigón y... No estoy seguro, pero creo que me salí de la calzada y choqué contra ese muro... No lo recuerdo bien. Lo siento, no te puedo decir con seguridad lo que ocurrió, aunque creo que fue así.

—Bueno, lo importante es que ahora estás aquí conmigo y te vas a recuperar. Voy a decirles a todos que has abierto los ojos y estás consciente —dijo alejándose de él en dirección a la salida.

—Y trae un sacerdote para que nos case —le recordó Derek.

—Que sí, pesado. —Se rio ella.

Cuando Rebeca salió de la UCI informó a todos de que Derek había despertado y de que se casaban ese mismo día, si es que encontraban un cura dispuesto a ello.

Mientras le hacían nuevas pruebas médicas a Derek buscaron al sacerdote y cuando lo hallaron, subieron a la habitación donde habían trasladado al paciente. Allí mismo, rodeados de todos sus familiares y amigos, pronunciaron sus votos matrimoniales y los sellaron con un amoroso beso.

Epílogo

Castillo de Warwick. Warwickshire. Gran Bretaña.

Un año después.

En la verde extensión de césped alrededor del castillo junto al río Avon se celebraba una boda medieval. El enlace de Derek y Rebeca. A pesar de que llevaban ya un año casados, en aquel momento lo hicieron sin grandes ceremonias ni celebraciones debido al accidente de Derek y su lenta recuperación. Ahora querían renovar sus votos y hacerlo de una manera original y divertida. Todos los invitados iban ataviados con trajes de la época del medievo. Caballeros, damas, mesoneras, leñadores, campesinos... Había de todos los estilos y clases sociales.

Derek esperaba la llegada de Rebeca bajo la pérgola instalada para la ocasión llena de flores, mientras los invitados ocupaban sus asientos en diversos bancos de madera. Llevaba una cota de malla gris y, sobre esta, una túnica azul con un gran dragón bordado en el pecho. El cinturón y las botas eran de cuero marrón. Para complementar el traje, Derek tenía enganchada a los hombros una hermosa capa de terciopelo, de un azul más oscuro que la túnica. Realmente parecía un noble inglés del siglo XIII.

Estaba bastante nervioso. Rebeca llevaba diez minutos de retraso. Observó a su madre, Clara, y a su suegra, Mari Carmen, vestidas de damas con sendos trajes verdes, uno más oscuro que el otro, cómo se deshacían en carantoñas con la pequeña Rebeca, que ya tenía casi cinco meses de edad. La niña era una copia exacta de Derek. El mismo pelo negro, los mismos ojos color zafiro. Salvo por la boquita en forma de corazón, igual que la de su madre, la pequeña Beki, como la llamaban para diferenciarla de su progenitora, era un clon de los Mason.

Derek adoraba a sus dos mujeres. Vivía por y para ellas. Tras recuperarse del accidente de coche había trasladado su domicilio a Madrid. Rebeca y él compraron

un chalet cerca de la capital y pasaron todo el embarazo de la niña decorándolo a conciencia. La noche que nació la pequeña Beki fue una de las más maravillosas de la pareja. El parto fue rápido y, gracias a la epidural, Rebeca no sintió apenas dolor. Cuando tuvo a su hija en sus brazos, con Derek sacando multitud de fotografías, lloró de emoción. La vida le había hecho el mejor de los regalos.

Derek era todo un padrazo y un excelente marido. Se anticipaba a todos los deseos de su esposa y, en cuanto la pequeña niña abría los ojos, se ocupaba de todo lo relacionado con ella para que Rebeca pudiese descansar. Cuando estaba de viaje haciendo alguno de sus reportajes hablaba con sus chicas por Skype varias veces al día. No podía pasar ni un momento sin ver los bellos rostros de las mujeres que más amaba en el mundo. Cuando la pequeña Beki dormía, él se sentaba al lado de su cunita y la miraba embelesado, dando gracias a Dios por esa maravillosa niña.

Hasta que llegaba Rebeca y reclamaba sus atenciones. Su vida sexual volvió a ser plena y satisfactoria desde que les dijeron en la ecografía de las doce semanas que todo estaba bien y podían practicar sexo sin problemas.

Algo que Rebeca celebró con gran alegría y una noche de desenfreno total.

En el siguiente banco de madera, justo detrás de su madre y su suegra, se hallaban Kim y Peter, con Trent y Mayra, esta última embarazada de seis meses. Hacía poco les habían comunicado que iba a ser un niño, al que llamarían Ian, y que nacería en las navidades. Todos estaban como locos de contentos por la llegada de un miembro nuevo a la familia.

Al lado de Mayra se encontraba Joel, el mejor amigo de los novios, y al que habían encargado hacer las fotos de la boda y dar un pequeño discurso en honor a los contrayentes. Aunque en esos momentos descansaba charlando animadamente sobre el embarazo con los futuros papás.

El resto de amigos y familia se repartían por los demás bancos de madera.

Comenzaron a sonar los primeros acordes de *Always*, la canción que habían decidido los novios que fuera la banda sonora de su boda en lugar de la típica marcha nupcial, y Rebeca hizo su aparición.

Con un vestido de corte medieval en color crudo, con ribetes dorados en el cuello, las mangas, el bajo de la falda y la cintura, estaba más hermosa que nunca. En lugar de velo había decidido llevar una sencilla corona de pequeñas flores en la cabeza y el pelo recogido en una trenza, a la que habían unido una extensión del mismo color castaño del cabello de Rebeca que le llegaba casi hasta las nalgas, balanceándose con cada paso que daba. En sus manos portaba un precioso ramo de margaritas azules. Y alrededor de su delicado cuello colgaba el corazón de zafiro azul que Derek le había regalado hacía más de un año, como símbolo de su amor, al igual que la alianza de oro blanco y zafiros colocada en el dedo anular de su mano izquierda.

Derek admiró a su esposa mientras esta se dirigía hacia él por el pasillo lleno de pétalos de rosa con una sonrisa en su bonita cara. Al llegar a su lado se dieron un tímido beso en la mejilla y el actor contratado para ejercer de cura, ataviado también

con la indumentaria medieval de clérigo, comenzó la ceremonia.

Fue breve y emotiva. Todos aplaudieron entusiasmados cuando el sacerdote les declaró marido y mujer, y Derek y Rebeca se besaron en los labios.

—Estás increíblemente hermosa, mi Reina —le susurró Derek al oído mientras bailaban después de haber degustado una exquisita comida en uno de los salones del castillo.

—¿Reina? ¿Cuándo me has ascendido? —quiso saber Rebeca con una gran sonrisa.

—Ahora la princesa es ella. —Derek señaló a su hija, que dormía plácidamente en su cochecito al lado de los cuatro abuelos, que la custodiaban con mucho celo.

—Entonces, yo tendré que ascenderte también, Rey.

—¿Ah, sí? —preguntó él divertido arqueando una ceja.

—Sí. Otro pequeño *alien* está en camino —soltó Rebeca de sopetón sonriendo a su flamante marido—. Estoy embarazada de ocho semanas.

Con gran alegría, Derek levantó en brazos a su esposa y giró con ella varias veces, mientras gritaba a todo pulmón:

—¡Voy a ser padre otra vez! ¡Voy a ser padre otra vez!

Esa noche, una vez acabada la boda y de vuelta en el piso que Derek mantenía en Londres, los casados comentaban lo bien que había salido todo.

—Ha sido la mejor boda que podía haber soñado, amor —le confesó Rebeca—. Nuestro cuento de hadas hecho realidad.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, mi reina. Quería que fuese un día especial y romántico. Sabía que te iba a gustar —contestó él mientras cerraba la puerta de la habitación y se acercaba lentamente a su esposa.

—¿Ya está dormida la princesita?

—Como un tronco —confirmó Derek con una sonrisa en los labios que auguraba una noche de placeres tórridos—. Hemos tenido mucha suerte, ¿no crees? Come bien, duerme aún mejor...

—Sííí, sobre todo que duerma, que duerma... —dijo Rebeca mirándolo lascivamente mientras deslizaba por sus brazos el vestido medieval.

—Y ahora que todo ha acabado —comenzó a decir Derek desnudándose también—, ¿qué tienes planeado para esta noche, cielo?

Rebeca sonrió antes de contestar.

—He pensado que deberíamos celebrar el nuevo embarazo, ¿no crees? Sabes que con la pequeña Beki tenía las hormonas revolucionadas y me apetecía sexo a todas horas. Bueno... Ahora no va a ser distinto —ronroneó cual gata en celo acercándose a su marido, ambos desnudos completamente—. Te deseo, Derek. Y quiero que me hagas el amor toda la noche.

Le agarró de la nuca y reclamó su boca con un ardiente beso mientras con la otra mano le acariciaba su erección. Derek la abrazó sintiendo la calidez del cuerpo de su mujer.

—Creo que deberíamos esperar a la ecografía de las doce semanas para saber que todo está bien —la pinchó él.

—Ya me imaginaba que dirías eso —gruñó Rebeca.

Se deshizo de su abrazo y caminó hasta la mesita que había al lado de la cama. Abrió un cajón y sacó un par de objetos metálicos. Cuando se giró de nuevo para volver donde había dejado a Derek, este comprobó lo que eran. Unas esposas.

—Túmbate en la cama y levanta los brazos por encima de la cabeza —le ordenó ella.

—No lo dirás en serio —contestó Derek comenzando a reírse nervioso.

Pero ante el gesto serio de Rebeca, exclamó:

—¡Ni lo sueñes! No dejaré que me encadenes otra vez a la cama. La última vez que lo hiciste, pasé la mayor vergüenza de mi vida —soltó, recordando el incidente durante la boda de Trent y Mayra, en Tenerife.

—Te lo debía, guapetón. Pero no te preocupes. Esta vez no me voy a largar después —prometió rozando sus labios con los de su marido—. Andaaaa, no te pongas difícil. Sabes que al bebé no le pasará nada. Ya hemos tenido esa experiencia cuando el embarazo de Beki.

Derek permaneció pensativo unos minutos observando a su dulce y bella mujer con las esposas colgando de un dedo. El cuerpo de Rebeca seguía siendo perfecto, aún después de haber dado a luz a su pequeña hija. Y lo más importante... seguía excitándole como el primer día. Le dio un rápido beso en los labios y, poniendo su frente contra la de Rebeca, claudicó.

—Está bien. Lo haremos. Pero prométeme una cosa.

—Dime, amor.

—Después me dejarás que te vende los ojos y te ate a la cama —le pidió dulcemente Derek.

Rebeca sonrió. No habían vuelto a hacer eso desde aquella fatídica noche, en esa misma habitación, en compañía de Joel. Quedaba tan lejano todo...

Ella le dio un apasionado beso en los labios y respondió:

—Sí, Derek.

Primero ella encadenó a su marido a la cama y le montó. Cabalgó sobre él hasta que le exprimió por completo y el orgasmo los arrastró a los dos a un mar de placer. Cuando se hubieron recuperado un poco, Rebeca cumplió su palabra. Se dejó atar y vendar los ojos, quedando así en las manos de Derek. Confiando en él plenamente. Este la obsequió con otro maravilloso éxtasis y justo antes de caer rendida en los brazos de Morfeo, oyó cómo él le susurraba al oído:

—Mi pequeño diablo, mi ángel, mi reina, mi amor... Gracias a Dios que ya te tengo en mi vida para siempre porque solo una noche no me vale contigo. Quiero todas las demás.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que, de una manera u otra, me han ayudado para que esta novela vea la luz.

A mis lectoras O, Vanessa y Mónica, por sus críticas al borrador del manuscrito. ¡Qué haría yo sin vosotras!

A Marien Fernández por la maravillosa portada que ha hecho, por sus banners publicitarios, por esos booktrailers que parecen películas de cine...En fin, por su buen hacer y su dedicación. Muchas gracias, guapa.

A mi grupo de Tetonas y de Parlanchinas, por su apoyo y sus ánimos para continuar en este mundo literario tan difícil a veces.

A mis Amigas Lokas y Revoltosas por lo Erótico del otro lado del Atlántico, muy especialmente a Gabriela Serna, fan incondicional de mis novelas desde el primer día, y a mi Twin, Karla Calderón.

A mi marido, hijos, demás familia y amigos, por todo su apoyo y por entender que, a veces, no puedo estar con ellos porque tengo que escribir otro capítulo más.

A todas las compañeras de letras que he ido conociendo a lo largo de estos años, María José Vela, Laura Sanz, Kris L. Jordan, Raquel Plaza y muchas más que me han apoyado de una manera o de otra.

A toda la gente que me sigue por Facebook e Instagram cada día, que comparte mis post, que dedican un minuto de su tiempo a saludarme.

Y a ti, que estás leyendo este libro, ya sea en versión física o digital. Muchas gracias por comprarlo y no contribuir a la piratería, que tanto daño nos hace a las autoras. Gracias por dedicarme tu tiempo y si, es posible, dejar un comentario recomendándolo.

Biografía

Mabel Díaz nació en Bilbao, en 1977. Tras vivir unos años en Alcoy (Alicante), el amor la llevó a Madrid, donde reside actualmente. Empezó a escribir romántica y erótica para sacar todas las historias que tenía en su cabeza, y que amenazaban con volverla loca. Así nacieron *El fuego que arde en ti*, *Dulce Tentación*, *El calor de tus besos* y *3 te odio y un te quiero*, entre otras.

Sus novelas están disponibles en papel y en digital.